



E. ZOLA
—
EL
DOCTOR
PASCAL.



Lectulandia

Vigésimo y último volumen de la serie Rougon-Macquart. La trama se desarrolla entre 1872 y 1874, es decir, después de la caída del Segundo Imperio, período que constituía el escenario histórico de toda la serie. De hecho, se trata de dar una conclusión a la historia de la familia y de desarrollar las teorías sobre la herencia que Zola tomó de los doctores Prosper Lucas y Benedict Augustin Morel . El *Dr. Pascal* es, según admite el propio autor, «una de las novelas a las que [él] mas se aferra», porque es a la vez, como dice en su dedicatoria, «el resumen y la conclusión de todo su trabajo». Pascal es uno de los personajes más importantes de todas las novelas de Zola. De hecho, es el único que es a la vez desinteresado y sin tara. A través de esta novela, el autor nos hace conocer sus propios motivos para vivir.

Lectulandia

Émile Zola

El doctor Pascal

Los Rougon-Macquart - 20

ePub r1.0

Titivillus 01-06-2019

Título original: *Le Docteur Pascal*
Émile Zola, 1893
Traducción: Mariano García Sanz

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

El doctor Pascal, que es el último de los veinte tomos que comprende la serie de Los Rougon-Macquart, presenta frente a todos los demás una característica muy señalada: su trasfondo autobiográfico. Emilio Zola se ocultaba siempre tras de este personaje para emitir sus propias opiniones y formular sus propios juicios evitando, al mismo tiempo, interpolaciones o divagaciones enojosas que interrumpiesen y quitasen nervio a la acción. Nada tan eficaz para ello como introducirse en la misma acción, hablando por boca de uno de los personajes.

Pero en esta última novela Zola va más allá. Ya no se trata de poner en boca del doctor Pascal sus propios juicios. Son sus propias vivencias, su propia personalidad, algunos de los actos más trascendentales de su existencia los que aquí transvasa a la criatura de su imaginación. Muy especialmente, sus relaciones con Juana Rozerot y la impresión que le produjo su tardía, paternidad. Mas, para componer la figura del Doctor Pascal, no se atuvo estrictamente Zola a la introspección autobiográfica. Hay en el protagonista de la última novela de Los Rougon-Macquart una buena dosis de Claudio Bernard, el autor de la Introducción al estudio de la medicina experimental, es decir, de la obra que más impresión produjo en Emilio Zola y que más directamente influyó en sus ideas acerca de la novela experimental, las cuales, dicho sea de paso, no hubiesen merecido la aprobación del propio Bernard.

El doctor Pascal se publicó en febrero de 1893 y por el éxito de venta obtenido, así a raíz de su aparición como en los años sucesivos, se la puede situar en una zona media, junto con El dinero y Vida en común.

I

SUMIDA en el sofocante calor de las primeras horas de la tarde y con los postigos cuidadosamente cerrados, en la sala todo era calma y tranquilidad. Por sus tres ventanas y a través de las rendijas de su maderamen sólo penetraban débiles rayos de luz, y en aquella casi oscuridad, podía apreciarse un suave resplandor bañando los objetos con unos reflejos delicados y difusos. Se estaba allí relativamente fresco dado el tórrido sofoco que se sufría fuera, bajo el implacable sol del mes de julio que incendiaba la fachada.

De pie ante un gran armario y frente a las ventanas, el doctor Pascal trataba de encontrar una nota que buscaba. Abierto de par en par el armario de encina tallada y con sólidos y nobles herrajes, propios del siglo pasado, tenía en cada uno de sus estantes, llenos hasta los topes, un extraordinario amontonamiento de papeles, de expedientes y manuscritos, desordenadamente apilados. Hacía más de treinta años que el doctor echaba en el armario todo lo que escribía, desde las más escuetas notas hasta los textos completos de sus importantes trabajos sobre la herencia. Así las búsquedas no siempre le resultaban fáciles. Armado de paciencia, se dedicaba a hojear, y esbozó una sonrisa cuando por fin encontró lo que quería.

Todavía permaneció unos instantes junto al armario para leer la nota aprovechando la dorada claridad que penetraba por la ventana de en medio. Con aquella luz matinal, el doctor, con su barba y sus nevados cabellos, aparentaba una vigorosa fortaleza, pese a que ya se acercaba a los sesenta años; viendo la lozanía de su cara, la finura de sus rasgos, con unos ojos que seguían siendo transparentes y asombrosamente juveniles, y ceñido en su chaqueta de terciopelo color marrón, bien hubiera podido tomársele por un joven con peluca empolvada.

—Escucha, Clotilde —acabó diciendo—, tú te encargarás de copiar esta nota. Ramond jamás llegaría a descifrar mi diabólica letra.

Puso el papel cerca de la joven que trabajaba de pie en un alto pupitre situado en el hueco de la ventana de la derecha.

—Está bien, maestro —respondió ella.

La jovencita ni siquiera se volvió, entregada en cuerpo y alma al dibujo al pastel que en aquel momento pretendía lograr con rotundos trazos de lápiz. Cerca de ella, en un jarrón florecía un ramillete de malvarrosas de un tono violeta raramente vetado de amarillo. Pero se veía perfectamente el perfil de su redondeada cabecita, de cabellos rubios y muy cortos; un exquisito e impresionante perfil, con la frente recta aunque fruncida por la atención, los ojos color azul de cielo, nariz fina y recia barbilla. Sobre todo su inclinada nuca denotaba una adorable juventud, de una frescura de leche bajo el oro de los rebeldes rizos. Embutida en su larga blusa negra, aparentaba ser muy alta, de delgada cintura, menudos senos y cuerpo sutil, con esa sutileza alargada de las figuras divinas del Renacimiento. A pesar de sus veinticinco años, seguía siendo infantil y apenas sí representaba dieciocho.

—Y te dedicarás también a poner un poco de orden en el armario —continuó diciendo el doctor—. Ya no es posible encontrar nada.

—Está bien, maestro —repitió la muchacha sin levantar la cabeza—. Enseguida.

Pascal fue a sentarse de nuevo a su escritorio, al otro lado de la sala y frente a la ventana de la izquierda. Era una sencilla mesa de madera negra, también repleta de papeles y de folletos de toda índole. Y de nuevo imperó el silencio, aquella profunda paz en una semioscuridad, bajo el aplastante calor que se sufría afuera. La espaciosa pieza, de unos diez metros de largo por seis de ancho, no tenía más muebles, además del armario, que dos cuerpos de biblioteca atestados de libros. Sillas y sillones antiguos estaban anárquicamente repartidos, y por todo ornamento y a lo largo de las paredes recubiertas con papel antiguo de salón Imperio a base de rosetones, aparecían colgados una serie de dibujos al pastel de raros coloridos, cuyo tema apenas se adivinaba. El maderamen de las tres puertas, de doble batiente la de la entrada que daba al rellano, y las otras dos, la de la alcoba del doctor y la de la habitación de la jovencita, situadas a uno y otro lado de la pieza, correspondían a la época de Luis XV, lo mismo que la cornisa del descolorido techo.

Transcurrió una hora sin el menor ruido, sin que el más leve soplo alterase aquel sosiego. Luego, cuando Pascal, para intentar abstraerse un poco de su trabajo, rompió la faja de un periódico que había sobre su mesa, *Le Temps*, exhaló una ligera exclamación.

—Escucha esto. Nombran a tu padre director de *L'Epoque*, ese periódico republicano de gran éxito, en el que se publican las notas informativas de las

Tullerías.

La noticia debía de ser para él algo inesperado, pues se reía abiertamente, satisfecho y entristecido a la vez; bajando algo la voz, prosiguió:

—Qué caramba, estoy convencido de que no hay que inventar nada para que la originalidad surja de por sí... la vida es extraordinaria... Desde luego, hay tema para un artículo muy interesante.

Clotilde no contestó, como si su mente se hallase a cien leguas de lo que pudiera decirle su tío. Tampoco él dijo nada más, limitándose a coger las tijeras después de leer el artículo y recortarlo, pegándolo en una hoja de papel a la que añadió unas notas con su estrafalaria letra. Seguidamente, volvió al armario para catalogar aquella noticia. Tuvo que valerse de una silla, pues el estante de arriba no podía alcanzarlo a pesar de lo alto que él era.

En ese estante, ordenadamente alineados y metódicamente clasificados había muchos y voluminosos expedientes. Tratábase de documentos de diversa especie, hojas manuscritas, documentos redactados en papel sellado, así como recortes de periódicos con artículos y coleccionados en carpetas de color azul, cada una de las cuales tenía un nombre escrito con gruesos caracteres. Se advertía que todos los documentos eran conservados y tenidos al día con el mayor cuidado, a menudo consultados y devueltos a su sitio; no cabe duda de que, de todo el armario, aquél era el único rincón que se conservaba en orden.

Cuando Pascal, subido a la silla, encontró el legajo que buscaba, una de las carpetas más abultadas y en la que había escrito el nombre de «Saccard», le puso la nueva nota y volvió a colocarlo en el sitio que le correspondía por orden alfabético. Durante algunos instantes se quedó abstraído, enderezando con complacencia unos legajos que estaban a punto de desmoronarse. En el momento en que bajó de la silla exclamó:

—¿Me oyes, Clotilde? Cuando hagas limpieza no se te ocurra tocar los legajos de arriba.

—Bien, maestro —respondió dócilmente la muchacha por tercera vez.

Entonces, se rió otra vez, con su jovial y congénita alegría.

—Eso no se debe tocar.

—Lo sé, maestro.

El doctor volvió a cerrar el armario con la llave que dejó en el fondo de un cajón de su mesa de trabajo. La joven se hallaba lo bastante al corriente de sus búsquedas para poder poner un poco de orden en todos los manuscritos, y Pascal se valía de ella para que le hiciera también de secretaria, haciéndole copiar sus notas cuando algún colega y amigo, como el doctor Ramond, le

pedía referencias de cualquier documento. Pero la chica no tenía nada de lo que se dice una erudita, y el tío le prohibía terminantemente que leyese nada que él creyese que no debía conocer.

El ensimismamiento en que la veía sumida acabó, sin embargo, por llamarle la atención.

—¿Qué te ocurre para que no abras la boca? ¿Hasta ese punto te apasiona la copia de esas flores?

Era ése uno de los trabajos que le confiaba con frecuencia, la confección de dibujos, acuarelas y dibujos al pastel, que él distribuía en láminas de sus obras. Desde hacía cinco años, se dedicaba a realizar experiencias muy curiosas sobre una colección de malvarrosas, una serie de nuevos coloridos logrados por medio de fecundaciones artificiales. Al hacer esas copias, ella ponía una minuciosidad, una exactitud de dibujo y de color realmente extraordinaria, hasta el punto de que el tío quedaba siempre maravillado ante aquella fidelidad, diciéndole complacido a la muchacha que tenía «una cabecita pequeña, redonda y firme y al mismo tiempo juiciosa y resistente».

Esta vez, sin embargo, cuando se acercó para mirar por detrás de sus hombros lo que la muchacha estaba haciendo, lanzó un grito de cómico furor.

—¡Oh...! Otra vez con lo mismo; por lo visto emprendes el camino de lo desconocido... Ahora mismo rompes eso.

La muchacha se irguió ruborizada, encendidos los ojos de pasión por su obra, manchados sus finos dedos con el rojo y el azul de los colores al pastel que acababa de utilizar.

—Maestro...

En la expresión «maestro», tan tierna, de una sumisión tan cariñosa, de absoluta entrega y de la que se valía la muchacha para no emplear las palabras tío o padrino, que estimaba torpes, dejó traslucir por vez primera una llama de rebelión, la protesta de un ser que se recobra a sí mismo, imprimiendo su personalidad.

Después de dos horas había conseguido la copia exacta de unas malvarrosas y terminaba de trazar en otra hoja una ristra de flores imaginarias, extravagantes y soberbias. Semejantes saltos bruscos eran frecuentes en ella; cuando trabajaba en la más preciosista de las reproducciones, sentía la necesidad de recurrir a las más desequilibradas fantasías. Inmediatamente volvía a sentirse satisfecha, para acabar recayendo en aquella florescencia extraordinaria de una fogosidad y una fantasía tales que jamás se repetía, creando rosas cuyo corazón sangraba y al propio tiempo derramaban lágrimas de azufre, lirios semejantes a urnas de cristal, incluso

flores sin forma conocida, irradiando rayos de astro, con corolas flotantes como si fueran nubes. Aquel día, sobre la hoja trazada a grandes rasgos con lápiz negro, había como una lluvia de pálidas estrellas, un chorro de pétalos que eran un encanto, y en un ángulo se abría como una eclosión innominada, un capullo de castos velos.

—Uno más que vas a clavarme allí —le dijo el doctor indicándole la pared, en la que había dibujos al pastel igualmente extraños—. Pero te pregunto yo ahora, ¿puedes decirme lo que esa pintura representa?

Entonces, para ver mejor su obra, retrocedió la muchacha, con gesto muy serio.

—Si quieres que te diga... no lo sé; pero desde luego es muy bonito.

En aquel momento entró Martine, la única criada de la casa, convertida en auténtica dueña desde que treinta años antes entró al servicio del doctor. Y aunque entonces pasaba ya de los sesenta, también ella conservaba un aire juvenil, con su temperamento activo y silencioso, con su eterno vestido negro y aquella cofia blanca que la hacía semejar a una religiosa; con su carita pálida y sosegada, en la que parecían haberse apagado sus ojos color de ceniza.

No dijo una palabra y fue a sentarse en el suelo junto a un sillón cuya vieja tapicería dejaba escapar la crin por uno de sus desgarrones, y, sacándose del bolsillo una aguja y un ovillo de lana, se dedicó a remendarlo. Hacía tres días que esperaba un momento libre para hacer aquella compostura que la preocupaba.

—Aprovechando que está aquí, Martine —exclamó Pascal bromeando y cogiendo la alborotada cabeza de Clotilde— remiéndeme también esta cabezuela, pues me parece que tiene algunos escapes.

Martine levantó sus pálidos ojos, y mirando a su amo con su habitual devota adoración, le preguntó:

—¿Por qué me dice usted eso, señor?

—Porque estoy convencido, mi buena Martine, de que fue usted quien se dedicó a llenar esta redonda, firme y sólida cabecita de ideas del otro mundo, y con la mejor voluntad.

Las dos mujeres cruzaron una mirada de inteligencia.

—Señor, la religión nunca causó daño a nadie... Y cuando no se comulga con las mismas ideas, lo mejor es no hablar de ellas.

Hubo un silencio embarazoso. Era aquélla la sola divergencia que a veces sembraba la discordia entre los tres seres, tan unidos por lo demás. Martine sólo tenía veintinueve años, uno más que el doctor, cuando entró al servicio

de éste, en la época en que Pascal empezó a ejercer como médico en Plassans, en una acogedora casita del sector nuevo de la ciudad. Y trece años después, cuando Saccard, un hermano de Pascal, le envió desde París a su hija Clotilde, que tenía siete años, a raíz de la muerte de su mujer y porque proyectaba su nuevo matrimonio, fue la propia Martine quien educó a la criatura, llevándola a la iglesia, transmitiéndole algo de la llama devota que siempre ardió en ella. Mientras, el doctor, de espíritu amplio, les dejaba disfrutar con sus creencias, pues no se consideraba con derecho alguno a privar a nadie de la dicha de la fe. Y cuando lo creyó oportuno se contentó con velar por la instrucción de la jovencita, procurando que por encima de todo tuviese ideas precisas y sanas. Hacía cerca de dieciocho años que vivían así, retirados en *La Souleide*, una propiedad en un suburbio de la villa a un cuarto de hora de Saint-Saturnin, la catedral; su vida transcurrió felizmente, ocupado él en sus quehaceres, pero algo inquieto por el creciente malestar que le producía el choque, cada vez más violento, de sus creencias.

Durante unos instantes Pascal dio vueltas por el despacho, entristecido. Después, como hombre poco acostumbrado a disimulos, dijo:

—Ya lo estás viendo, querida, toda esa fantasmagoría del misterio sólo sirvió para echar a perder tu precioso cerebro... Para nada precisa tu Dios de ti; debí guardarte para mí exclusivamente, y más te hubiera servido, créeme.

Pero Clotilde, temblorosa y con la mirada valientemente clavada en la de él, le replicó:

—Es a ti, maestro, a quien te irían mejor las cosas si no te encerraras dentro de esos límites puramente materiales con que lo miras todo. Existe algo más; ¿por qué te emperras en no ver?

Martine acudió en su ayuda, con su lenguaje y a su modo.

—Qué cierto es eso, señor; usted que es un santo, como yo digo siempre, debería acompañarnos a la iglesia... A lo mejor Dios le salvará, pero cuando pienso que quizá no vaya directamente al Paraíso, me entran unos escalofríos...

Pascal se detuvo; las tenía a las dos frente a él y en plena rebelión, a ellas, que tan dóciles eran habitualmente y de una ternura de mujeres conquistadas por su alegría y su bondad. Abría ya la boca, iba a responder con rudeza, pero de repente se dio cuenta de la inutilidad de discutir.

—¡Está bien!; mejor será que me dejéis en paz. Más vale que me vaya a trabajar... Y sobre todo, que no me moleste nadie.

Con paso ligero se dirigió a su alcoba, donde tenía instalado una especie de laboratorio, y se encerró. La prohibición de entrar allí era absoluta. Era en

ese cuarto donde se entregaba a sus especiales preparaciones, de las que no hablaba a nadie. Casi inmediatamente se oyó el ruido regular y lento de una mano de almirez en un mortero.

—Vamos —dijo Clotilde sonriendo—, ya le tenemos metido en su cocina del diablo, como dice la abuela.

La muchacha se puso tranquilamente a copiar el ramillete de malvarrosas. Esbozaba el dibujo con una precisión matemática, encontraba el tono justo de los violáceos pétalos, veteados de amarillo, hasta en los más delicados de sus matices.

—Oh —murmuró Martine al cabo de un momento, sentada nuevamente en el suelo para remendar el sillón—, qué lástima que un santo varón como él pierda su alma por puro capricho... Aunque no hay por qué decirlo, hace treinta años que le conozco y nunca le ha hecho un daño a nadie. Es un corazón de oro, y se quitaría el pan de la boca para dárselo a otro... y tan amable, siempre alegre y reventando de salud... Una verdadera bendición... Es un crimen que no quiera hacer las paces con Dios. ¿No le parece, Clotilde? Tendremos que obligarle.

Clotilde, sorprendida de oírle una parrafada tan larga y de un solo tirón, le contestó gravemente.

—Eso, Martine; le obligaremos.

Siguió un silencio, que interrumpió la campanilla de llamada en la puerta de la calle. La habían puesto allí para estar sobre aviso en aquella casa demasiado grande para sólo tres personas. La criada se sorprendió y refunfuñó por lo bajo; ¿quién podría ir a la casa con aquel calor? Se levantó para ir a abrir la puerta y antes se asomó por la barandilla, y volvió diciendo:

—Es la señora Felicité.

Ágil el paso, entró entonces la anciana señora Rougon. A pesar a sus ochenta años acababa de subir la escalera con una ligereza juvenil; seguía siendo la cigarra morena, delgada y estridente de otros tiempos. Muy elegante aún y ataviada con un vestido de seda negro, al verla por la espalda y gracias a la finura de su talle, se la podía confundir aún con una mujer que acudía a una cita. En aquel reseco rostro los ojos se conservaban con todo su fulgor, y si se lo proponía todavía esbozaba una hermosa sonrisa.

—¿Cómo, eres tú, abuela? —exclamó Clotilde yendo a su encuentro—. Si es para derretirse con este sol.

Felicité la besó en la frente y se echó a reír.

—Oh, el sol es mi amigo.

Seguidamente con ligero paso fue a abrir los pórticos de una ventana.

—Abrid un poco; es demasiado triste vivir con tanta oscuridad... En casa dejo que entre el sol, por todos lados.

Por el resquicio penetró de pronto un chorro de ardiente luz, una ola incontenible de ascuas danzantes. Y bajo el cielo de un azul violáceo de incendio, pudo contemplarse la vasta campiña achicharrada, como adormecida y muerta en aquel aniquilamiento de descomunal horno, mientras que, hacia la derecha y por encima de los rojizos tejados, se erguía el campanario de Saint-Saturnin, una torre dorada con aristas semejantes a huesos blanqueados por la deslumbrante claridad.

—Sí —proseguía Felicité—, quiero irme enseguida a los Tulettes, y quería saber si estaba Charles con vosotros, para llevarle conmigo... No está aquí, ya lo veo. Otro día tendré más suerte.

Pero, mientras daba ese pretexto a su visita, sus huroneado res ojos echaban una rápida ojeada por la pieza. Y sin insistir más, cambiando rápidamente de tema, se puso a hablar de su hijo Pascal mientras oía los golpes acompasados de la mano de almirez, que no había cesado un solo momento en la habitación contigua.

—Ah, sigue todavía en su cocina del diablo... No le molestéis, pues nada tengo que decirle.

Martine, dedicada de nuevo al remiendo del sillón, movió la cabeza como para demostrar que no pensaba molestar a su amo, y reinó un nuevo silencio mientras Clotilde se secaba con un trapo sus dedos sucios de pintura y Felicité recorría otra vez la habitación tratando de averiguar.

Pronto haría dos años que la señora Rougon se había quedado viuda. Tanto engordó su marido que llegó a no poder dar un paso, y murió ahogado por una indigestión el 3 de septiembre del 1870, la noche que se enteró del desastre de Sedán. El derrumbamiento del régimen, del que presumía ser uno de sus fundadores, pareció fulminarle. Por lo mismo Felicité se apartó por completo de la política y vivía como una reina destronada. Nadie ignoraba que en el año 1851 los Rougon habían salvado a Plassans de la anarquía, haciendo triunfar el golpe de Estado del 2 de diciembre, y que algunos años más tarde lo habían conquistado de nuevo contra los candidatos legitimistas y republicanos, para dárselo a un diputado bonapartista. Hasta que estalló la guerra, el Imperio fue allí omnipotente, tan aclamado, que en el plebiscito obtuvo una mayoría aplastante. Pero a raíz de los desastres, la ciudad se fue haciendo republicana y el barrio de Saint-Marc volvió a sus intrigas realistas, mientras el barrio viejo y la villa nueva enviaron a la Cámara un representante liberal con un vago tinte de orleanismo, pero dispuesto a situarse del lado de

la República si ésta llegaba a triunfar. Tal era la razón por la que Felicité, como mujer inteligente que era, se desinteresaba aparentemente de todo y consentía en no ser más que la reina destronada de un régimen depuesto.

Todavía, sin embargo, conservaba una significada posición, rodeada de cierta melancólica poesía. Había reinado durante dieciocho años, con la leyenda de sus dos salones, el salón amarillo donde maduró el golpe de Estado, y el salón verde más tarde, convertido en terreno neutral donde se puso punto final a la conquista de Plassans. Ese proceso triunfal se embellecía enormemente con el alejamiento de épocas ya desaparecidas. Se la encontraba, además, muy digna en su caída, y soportaba su nueva situación sin un lamento, presenciando a sus ochenta años una tan larga sucesión de furiosos apetitos, de abominables maniobras y desmesuradas saciedades, que su figura se convirtió en augusta. Además, era muy rica, y su único gozo ahora consistía en disfrutar en paz de su gran fortuna y de su pasada realeza. Le quedaba una única pasión; defender su historia, apartando todo lo que con el transcurso del tiempo pudiera enturbiarla. Su orgullo, cuyo germen de vida se hallaba en la doble proeza de la que todavía hablaban los habitantes de la ciudad, velaba siempre con cuidadoso celo, resuelta a no dejar en pie más que los documentos que pudieran reflejar algo hermoso, la leyenda que motivaba el que la saludasen como a una reina destronada cuando atravesaba la ciudad.

Se acercó hasta la puerta de la alcoba y escuchó el ruido de la mano de almirez. Luego, denotando preocupación, se volvió hacia Clotilde.

—¡Qué estará fabricando, Dios mío! No tienes idea del daño que se está causando a sí mismo con su nueva droga. Me han dicho que el otro día estuvo a punto una vez más de matar a uno de sus enfermos.

—¡Por Dios, abuela! —exclamó la joven.

Pero la anciana se había ya lanzado.

—¡Sí, así es!; imagínate otras muchas cosas que se dedican a contar las comadres... Tú vete a dar una vuelta por el suburbio y pregunta si quieres. Te dirán que se dedica a triturar huesos de muerto en sangre de recién nacido.

Mientras Martine protestaba, Clotilde demostró su enfado, herida en sus sentimientos.

—Por lo que más quieras, abuela, no repitas esas atrocidades... ¡Hablar así del maestro que tan gran corazón tiene, y que sólo piensa en la felicidad de todos...!

Cuando vio que las dos se indignaban, Felicité, comprendiendo que llevaba la cosa demasiado lejos, continuó hablando en un tono más suave.

—Pero, gatita mía, si no soy yo quien cuenta esos horrores. Sólo te repito las especies que hacen correr, para que comprendas el error de Pascal queriendo ignorar a la opinión pública... Por lo visto, cree que ha encontrado un nuevo medicamento; ¡ojalá sea así! Quiero creer que va a curar a todo el mundo, como es su ilusión. Ahora bien, ¿por qué esas misteriosas andanzas? ¿Por qué no habla en voz alta y sin rodeos?, y, ¿por qué, sobre todo, limitarse a realizar sus ensayos entre esa chusma del barrio viejo y de la campiña, en lugar de hacerlo con gentes de la ciudad y haciendo entre ellas sus asombrosas curas, que le proporcionarían honra y crédito? No, ya estás viendo, pequeña, que tu tío nunca ha sabido hacer lo que sería más práctico.

Había adoptado un aire afligido, bajando el tono de voz para poner de manifiesto esa lлага secreta de su corazón.

—A Dios gracias, no es que falten hombres de prestigio en nuestra familia; bastantes satisfacciones supieron darme mis otros hijos. ¿Miento acaso? Mucha fue la altura que alcanzó tu tío Eugène siendo ministro durante doce años; ¡casi emperador!, y tu padre manejó muchos millones promoviendo muchas de las mejoras que han embellecido París. Y ya no te hablo de tu hermano Máxime, tan rico y tan distinguido, ni de tu primo Octave Mouret, uno de los conquistadores del nuevo comercio, ni de nuestro querido abate Mouret, un verdadero santo... Pues bien, ¿por qué Pascal, que hubiera podido seguir sus huellas, se obstina en vivir en su madriguera, como un viejo estrambótico y medio trastornado?

Como fuera que la joven tratase de reaccionar, la abuela le cerró la boca con un cariñoso ademán.

—No, no, déjame acabar... Sé que Pascal no es ningún tonto, que ha realizado notables trabajos, que sus envíos a la Academia de Medicina le han dado reputación entre los sabios... Pero ¿qué vale todo eso al lado de lo que yo había soñado para él? Soñé la más distinguida clientela de la ciudad, condecoraciones, los más preciados honores, una gran fortuna, una posición digna de la familia... Y ya lo estás tú viendo; de todo eso es de lo que me quejo. No es de la familia, como si no quisiera serlo. Cuando era niño le decía: «¿A quién sales tú? Tú no eres de los nuestros». Yo lo sacrifiqué todo a la familia; ¡me dejaría matar para que la familia fuese siempre grande y gloriosa!

Mientras hablaba erguía su menudo talle y parecía crecer hasta alcanzar las alturas, embriagada en esa única pasión de gozo y de orgullo que llenó su vida. Volvía a dar vueltas por la estancia cuando se alarmó al ver en el suelo el número del *Temps* que el doctor había tirado después de recortar el artículo

y unirlo al legajo de Saccard. Al ver la ventana abierta sirvió sin duda para informarla, pues de repente cesó en su paseo y se dejó caer en una silla, como si al fin hubiese averiguado lo que había venido a saber.

—Tu padre ha sido nombrado director de *L'Epoque* —prosiguió bruscamente.

—Sí —dijo Clotilde con tranquilidad—; me dijo el maestro que lo decía el periódico.

Con gesto atento e inquieto a la vez Felicité no cesaba de mirarla, pues aquel nombramiento de Saccard, su ligamen con la República era de una enorme trascendencia. Después de la caída del Imperio, Saccard se atrevió a regresar a Francia, a pesar de su condena como director del Banco Universal, cuyo total desmoronamiento precedió al del régimen. Nuevas influencias y una extraordinaria intriga debieron sacarle otra vez a la palestra. No sólo había logrado su indulto, sino que una vez más se hallaba dispuesto a emprender negocios de consideración, desde el mundo del gran periodismo, sacando provecho en todos los tinglados que pudieran presentarse. Y evocaba las desavenencias de antes entre él y su hermano Eugène Rougon, al que tan a menudo comprometiera y que, por una de esas ironías del destino, acaso tendría que proteger ahora que el antiguo ministro del Imperio no era más que un simple diputado, resignado a desempeñar el papel de defender a su abatido amo, con esa misma obstinación que su madre ponía en defender a su familia. Felicité obedecía aún dócilmente las órdenes de su primogénito, al que consideraba el águila, incluso una vez derrotado, pero Saccard, fuera lo que fuese, le tenía ganado el corazón por su indomable afán de éxito, y estaba orgullosa de Maxime, el hermano de Clotilde, que se había instalado de nuevo, después de la guerra, en su hotel de la avenida del Bosque de Bolonia, donde se dedicaba a comerse la fortuna que le había dejado su mujer, pero con la cordura del enfermo alcanzado en la médula de sus huesos, tratando de esquivar la amenazadora parálisis que se le venía encima.

—Ser director de *L'Epoque* —repitió la abuela— es una auténtica categoría de ministro lo que tu padre ha sabido conquistar... Me olvidaba decirte que he vuelto a escribir a tu hermano para que se decida a venir a vernos. Eso le distraería, sería un sedante. Hay de por medio lo del chiquito ese, el pobre Charles...

No quiso insistir más, aunque aquella era otra de las heridas por donde sangraba su orgullo: un hijo que Maxime había tenido a los diecisiete años, producto de sus relaciones con una criada, y que tenía ahora unos quince

años, de cerebro poco desarrollado; vivía en Plassans, tan pronto en casa del uno como del otro, y a costa de todos.

Todavía aguardó unos instantes, esperando una reflexión de Clotilde, una transición que le permitiese llegar adonde ella quería ir a parar. Cuando vio que la joven se desinteresaba del tema, distraída ordenando unos papeles de su pupitre, la anciana se decidió después de lanzar una mirada a Martine, la cual seguía parcheando el sillón, muda y sorda.

—Así, pues, tu tío ha recortado el artículo del *Temps*.

Clotilde sonreía.

—Sí, el maestro lo puso en un legajo. La de notas que habrá metido ahí. Los nacimientos, las defunciones, los más insignificantes incidentes de la vida; todo se acumula en ese armario. Como ya debes saber también hay en ese archivo nuestro famoso árbol genealógico y que lleva con exactitud.

Los ojos de la anciana señora Rougon habían llameado mirando fijamente a la joven.

—¿Sabes qué hay en esos legajos?

—No, abuela. Nunca me cuenta nada el maestro, y me tiene prohibido tocarlos.

La abuela no la creía.

—Los tienes a mano y forzosamente has tenido que leerlos.

Con su acostumbrada sencillez y buen juicio, sonriendo de nuevo, Clotilde le respondió:

—No; cuando el maestro me prohíbe una cosa, sus razones tendrá, y me limito a obedecerle.

—Pues bien, hijita —exclamó violentamente Felicité cediendo a sus impulsos—, tú, a quien Pascal quiere tanto y probablemente haría caso, deberías rogarle que quemase todo eso, pues si muriese y se encontrasen las horrendas cosas que hay ahí metidas, la deshonra caería sobre todos nosotros.

Durante sus pesadillas veía con espanto a aquellos abominables legajos exhibir en letras de fuego las auténticas historias, las taras fisiológicas de la familia, como el revés de su gloria, que ella hubiera querido sepultar con los antepasados ya fallecidos. Sabía la anciana cómo el doctor concibió la idea de recopilar todos los documentos desde que comenzó sus profundos estudios sobre la herencia, y de qué modo se había visto impulsado a escoger como ejemplo su propia familia, castigada y sembrada de casos típicos que tenía en su mano constatar y que venían a corroborar las leyes por él descubiertas. ¿No constituía en efecto un campo de observación perfectamente natural, de control directo y que conocía a fondo? Y con abierta despreocupación de

sabio, iba recopilando desde hacía treinta años los informes más íntimos sobre los suyos, recogiendo y clasificándolo todo, forjando ese árbol genealógico de los Rougon-Macquart respecto al cual aquellos voluminosos legajos no eran sino el comentario atestado de pruebas.

—Ah sí —proseguía la anciana señora Rougon con ardor—, al fuego, al fuego todos esos papelotes que sólo servirían para enlodarnos.

Al ver que la criada se levantaba para irse, viendo el sesgo que tomaba la conversación, la vieja la detuvo en seco.

—No, no; quédese aquí, Martine, no estorba toda vez que puede considerarse de la familia.

Prosiguió diciendo:

—Un sinfín de falsedades, de chismes y de embustes que nuestros enemigos lanzaron contra nosotros, furiosos por nuestro triunfo... Piensa un poco en todo eso, pequeña. Un cúmulo de horrores cayendo sobre todos nosotros, ofendiendo a tu padre, a tu madre, a tu hermano, a mí misma...

—¿Horrores dices, abuela? ¿Y cómo lo sabes?

De momento la anciana se quedó turbada.

—¿Qué quieres que te diga? Lo sospecho... ¿Qué familia no ha sufrido desdichas que pueden ser mal interpretadas? Pero ocurre, pongamos por caso, a la madre de todos nosotros, la querida y venerable tía Dide, tu bisabuela; ¿no hace veintiún años que está recluida en el manicomio de los Tulettes? Si Dios le concedió la gracia de dejarla vivir hasta la edad de ciento cuatro años, la azotó cruelmente, en cambio, privándola de la razón. Ninguna vergüenza hay en eso, es cierto, pero lo que me exaspera y encuentro indigno es que se diga que todos nosotros somos unos locos... Y óyelo bien, de tu tío segundo Macquart también se han hecho correr intolerables murmuraciones. Que Macquart cometió errores no lo dudo, pero ¿no vive hoy como es debido, con discreción y cordura en su propiedad de los Tulettes, a dos pasos de nuestra desdichada madre, por la que vela como buen hijo? Escucha un último ejemplo. Tu hermano Maxime cometió una grave falta cuando tuvo con una criada al pequeño Charles, y también es cierto que la criatura no está bien de la cabeza. ¿Te gustaría que vengan a contarte que tu sobrino es un anormal y que a tres generaciones de distancia es el calco de su tatarabuela, la respetable y querida señora que solemos llevarle a ver y con cuya compañía tanto disfruta la pobre? No, no hay familia posible si nos ponemos a desmenuzarlo todo, los nervios de éste o los vicios del otro. Es como para perder el gusto de vivir.

De pie, metida en su larga blusa negra, Clotilde la había escuchado atentamente. Con los brazos caídos y mirando al suelo, se la veía inquieta. Hubo un silencio, y luego la joven dijo:

—Se trata de la ciencia, abuela.

—¡La ciencia! —exclamó Felicité—. Pues sí que es hermosa esa ciencia que tanto respeto les merece y que va contra cuanto de sagrado existe en el mundo... Cuando todo lo hayan demolido, ¡vaya adelante el que habrán conquistado! Acaban con el respeto, terminan con la familia, matan a Dios...

—No diga esas cosas, señora —exclamó Martine, cuya acendrada devoción ponía a prueba—. No diga que el señor mata a Dios.

—Sí, hijita, sí; le está matando... Y ahí donde lo estáis viendo, desde el punto de vista de la religión es un verdadero crimen dejarle que se condene de ese modo. En el fondo no le queréis; os lo digo en serio. Vosotras dos que tenéis la dicha de sentir la fe, no podéis quererle cuando nada hacéis para que se encamine por la verdadera senda... ¡Ah!, si yo estuviera en vuestro lugar empezaría por destrozar ese armario a hachazos, haría un grande y jubiloso fuego con esos procaces insultos a Dios que hay en cada papel.

Estaba frente al armario y lo medía con su mirada de fuego, como si se dispusiera a saquearlo y a hacerlo astillas, a pesar de sus ochenta años. Luego, con irónico desdén, añadió:

—Y si con su ciencia pudiera llegar a saberlo todo...

Clotilde se quedó como absorta, con la mirada perdida. Entonces, lo mismo que si las otras dos no estuviesen allí, hablando a media voz y como para sí, repuso:

—Es cierto, no puede saberlo todo... Hay siempre un más allá... Y eso es precisamente lo que me contraría, la razón de que a veces riñamos; no me es posible, como él pretende, situar el misterio aparte; la inquietud late en mi alma hasta torturarme... Ese más allá, cuyas fuerzas nos son desconocidas...

Su tono de voz se había ido moderando hasta caer en un murmullo imperceptible.

Con gesto sombrío desde hacía un momento, Martine intervino.

—Sin embargo, si fuera verdad que el señor se perjudicaba con todos esos miserables papeles, dígame, ¿le dejaríamos acaso hacerlo? Por lo que a mí se refiere, lo sé perfectamente, el señor me diría que me tirase por la terraza, y, sin dudarle un momento, cerraría los ojos y me arrojaría, simplemente porque sé que siempre tiene la razón. Pero tratándose de su salvación, si estuviera en mi mano hacerlo, haría lo preciso aún no queriéndolo él. Vería de forzarle por

todos los medios, pues me resulta demasiado cruel el pensar que no se hallará en el cielo con nosotros.

—Me parece magnífico lo que está diciendo —respondió Felicité en son de aprobación—. Por lo menos aprecia a su amo de un modo inteligente.

Situada entre una y otra, Clotilde parecía indecisa. Las creencias en ella no se doblegaban a las reglas estrictas del dogma y el sentimiento religioso no se materializaba en la esperanza de un paraíso, en la existencia de un lugar de deleites donde encontraría a los suyos. En ella era la necesidad de concebir un más allá y animaba en su mente la certidumbre de que el vasto mundo no terminaba, de que existía otro mundo desconocido, que había que tener en cuenta. Pero su abuela, tan anciana ya, y aquella criada tan devota agredían la inquieta ternura que sentía por su tío. ¿No le amarían más ellas de un modo más diáfano y recto desde el momento en que le querían sin tacha, desligado de sus manías de sabio, y puro para ser admitido entre los elegidos? Acudían a su mente con este motivo frases de libros devotos, la continua batalla librada al espíritu del mal, la gloria de las conversiones surgidas en ardiente lucha. ¿Y si con todo, se decidiese a acometer esa santa tarea y, aún a pesar suyo, consiguiera salvarle? Una fuerte exaltación iba poco a poco apoderándose de su espíritu, propenso de por sí a las empresas de aventura.

—Sería extraordinariamente feliz —se dijo— si lograrse que no siguiera agotándose amontonando tanto papeleo y acabase viniendo con nosotras a la iglesia.

Viéndola a punto de ceder, la señora Rougon dijo que era preciso poner manos a la obra, y Martine puso todo su peso en la balanza con su firme autoridad. Las dos mujeres se habían acercado la una a la otra, adoctrinaban con celo a la jovencita, bajando el tono de voz como si se tratara de un complot, del que saldría un milagro perfecto, un gozo divino del que resultaría perfumada la casa entera. ¡Qué triunfo si lograban reconciliar con Dios al doctor!, y seguidamente, ¡qué dulzura poder vivir juntos, en la comunión celeste de una misma fe!

—En fin, ¿qué debo hacer? —preguntó Clotilde, vencida ya, conquistada por completo.

Pero en aquel preciso instante en medio del silencio reinante, la mano de almirez del doctor reemprendió más fuerte su regular ritmo. Y Felicité, al ir a hablar, volvió la cabeza con inquietud y contempló unos instantes la puerta de la vecina alcoba. Luego, a media voz, dijo:

—¿Sabes dónde está la llave del armario?

Clotilde no respondió, y esbozó un simple gesto para expresar su repugnancia en traicionar a su maestro.

—¡Qué criatura eres! Te juro que no voy a coger nada ni a cambiar de sitio un solo papel... Pero puesto que estamos solas, y Pascal nunca aparece por aquí antes de comer, podríamos ver lo que hay ahí dentro... Sólo verlo.

La joven seguía sin aprobar.

—Además, quizá me equivoque y no haya en ese armario ninguna de las cosas nefastas de que antes os hablé.

El argumento resultó decisivo, y la muchacha cogió la llave del cajón, abriendo ella misma el armario.

—Ahí tiene, abuela; los legajos están arriba.

Sin pronunciar palabra, Martine se acercó a la puerta, escuchando los golpes de la mano de almirez, mientras Felicite, materialmente clavada en el suelo por la emoción, registraba los legajos. Por fin tenía a mano los terribles documentos que eran su pesadilla. Los veía con sus propios ojos, podía tocarlos y llevárselos. Intentaba empujarse, con un esfuerzo de sus débiles piernas.

—Es demasiado alto, pequeña —dijo a la nieta—. Ayúdame, bájalos tú misma.

—Eso sí que no, abuela... Quizá en una silla...

Felicité se subió a una silla. Pero seguía siendo demasiado baja. Placiendo un extraordinario esfuerzo, procuraba tocar con la punta de los dedos las cubiertas; sus dedos iban de un lado para otro, crispados, como si fuesen garras. De pronto se oyó un estrépito: era una muestra geológica, un trozo de mármol que había en un estante inferior y que acababa de caer.

Inmediatamente la mano del almirez se detuvo, y Martine dijo con voz ahogada:

—Está aquí; cuidado.

Pero Felicité no oía lo que le estaban diciendo ni soltaba su presa; precipitadamente entró Pascal. Creyendo que ocurría alguna desgracia, que alguien se había caído, se asomó, y se quedó estupefacto ante el espectáculo que veía: su madre subida a la silla y con el brazo todavía en alto, mientras Martine estaba cerca y Clotilde de pie, muy pálida, esperaba sin desviar la mirada. Cuando comprendió lo que ocurría el doctor se quedó blanco como un cirio, sin disimular su cólera.

La señora Rougon no se turbó. Vio que se le escapaba la ocasión y bajó de la silla sin la menor alusión a la tarea en que la sorprendía.

—Ah, eres tú... No quise interrumpirte. Vine para dar un abrazo a Clotilde. Pero llevo ya cerca de dos horas charlando y me marchó. Estarán esperándome en casa, impacientes por lo que pueda haberme ocurrido... Nos veremos el domingo.

Y se marchó tan tranquila después de sonreír a su hijo, quien, respetuoso, se había quedado como mudo. Era esa la actitud que adoptaba desde hacía mucho tiempo para evitar una explicación que comprendía había de resultar cruel y a la que siempre le tuvo miedo. La conocía a fondo, quería perdonárselo todo, en su amplia tolerancia de sabio que tanta trascendencia atribuía a la herencia, al medio ambiente y a las circunstancias. Además, ¿no era su madre? Eso sólo hubiera bastado, pues pese a los rudos golpes que sus búsquedas significaban para la familia, les tenía una gran estimación.

Cuando salió su madre, estalló contra Clotilde. Había desviado sus ojos de Martine para fijarlos en la joven, la cual resistió su mirada, con ese gesto de valor del que acepta la responsabilidad de sus actos.

—¿Tú, tú? —dijo al fin.

La cogió del brazo, apretándoselo hasta hacerla chillar. Pero ella seguía mirándole de frente con la voluntad indomable de su propia personalidad. Estaba realmente hermosa en aquella postura de herida susceptibilidad, tan delgada y desafiante, vestida con su blusa negra: su exquisita y dorada juventud, su frente erguida, recta nariz y firme barbilla proporcionaban un encanto guerrero a su actitud de rebelión.

—¡Tú, a quien he forjado, que eres mi alumna, mi amiga, mi otro yo, a quien cedí algo de mi corazón y de mi cerebro! Hubiera debido conservarte entera para mí, no dejarme arrebatarse lo mejor de ti misma por el cuento de tu Dios.

—¡Oh señor...! Está blasfemando —gritó Martine, que se había acercado para hacer recaer sobre sí parte de la cólera de su amo.

Pero éste ni siquiera la veía. Sólo Clotilde existía para él. Estaba como transfigurado, por la pasión; bajo sus níveos cabellos y su blanca barba llameaba airado su bello rostro, reflejando una inmensa ternura, herida y exasperada. Durante unos instantes, estuvieron contemplándose en aquella forma, sin ceder ninguno de los dos, mirándose fijamente a los ojos.

—¡Tú, tú! —repetía él con voz estremecida.

—Sí, yo... ¿Por qué no he de quererte tanto como tú a mí, y por qué, si te creo en peligro, no he de intentar salvarte? Te inquietas demasiado por lo que yo pueda pensar, y quieres forzarme a que piense como tú.

Jamás la muchacha se había atrevido a plantarle cara de aquel modo.

—No eres más que una niña; nada sabes de nada.

—No; soy un alma, y en ese orden de ideas tú no sabes más que yo.

Soltándole el brazo esbozó Pascal un vago gesto hacia el cielo, y un gran silencio se impuso a continuación, plagado de serias consideraciones, ante la inútil discusión que él se negaba a entablar. Obedeciendo a un rápido impulso, Pascal se dirigió a abrir el postigo de la ventana de en medio, pues al irse poniendo el sol la sala quedaba poco a poco sumida en la oscuridad. Seguidamente volvió sobre sus pasos.

Pero la jovencita, ansiosa de aire libre y de un horizonte más amplio, se acercó a la ventana abierta, y de la tierra, ardiente aún, remontaban cálidos olores con la respiración de alivio exhalada por el anochecer. Al pie de la terraza veíase en primer término la vía del ferrocarril y las primeras dependencias de la estación; luego, atravesando la árida y extensa llanura, una hilera de árboles señalaba el curso del Viorne, más allá del cual se alzaban las colinas de Sainte-Marthe, las estribaciones de tierras rojizas plantadas de olivos, sostenidas por muros de piedras, y más arriba los pinares que formaban un amplio y desolado anfiteatro, proyectando en lo alto, bajo el cielo, una franja de oscuro verdor. Hacia la izquierda se abrían las gargantas de la Seille, montones de amarillentas piedras desmoronadas por entre tierras de color de sangre, dominadas por una sucesión de peñas semejante a una muralla almenada, y hacia la derecha, a la entrada del valle por donde discurría el Viorne, la ciudad de Plassans exhibía sus techumbres descoloridas y rojizas entre las copas de los viejos olmos, y sobre la cual reinaba la alta torre de Saint-Saturnin, solitaria y serena en aquellas horas, bajo el resplandor del nítido oro del sol poniente.

—Dios mío —dijo Clotilde—, muy orgulloso hay que ser, para creer que es posible cogerlo todo con las manos y saberlo todo.

Pascal acababa de subirse a la silla para asegurarse de que no faltaba ninguno de sus legajos. Seguidamente recogió el trozo de mármol y lo volvió a poner en el estante, y cuando con fuerte impulso cerró el armario se metió la llave en el bolsillo.

—Sí —repuso—, querer conocerlo todo, y perder la cabeza tratando de averiguar lo que no se conoce ni se conocerá jamás.

Martine se había acercado de nuevo a Clotilde, para apoyarla y demostrarle que las dos hacían causa común. Y si la percibía el doctor a ella también, vería a una y otra unidas por la misma voluntad. Después de años enteros de sordas tentativas, planteábase finalmente la guerra abierta, el conflicto que se presenta indefectiblemente al sabio que ve a los suyos

rebelarse contra su modo de pensar, amenazándolo de destrucción. No se concibe peor tormento que el de tener metida la traición en la propia casa, alrededor de uno mismo, y verse acorralado, desposeído, aniquilado por aquellos a quienes se ama y le aman a uno.

Bruscamente ese horrendo pensamiento le sacudió.

—A pesar de todo, las dos me queréis entrañablemente.

El doctor vio cómo los ojos se les empañaban de lágrimas, y sintió una infinita tristeza en medio de aquel sosegado final de un hermoso día. Toda su alegría, toda su bondad, que provenían de su pasión por la vida, sufrían una profunda conmoción.

—Ah, querida, y tú, mi pobre chiquita, hacéis todo eso por mi felicidad, ¿cierto? Sin embargo, ¡qué desdichados vamos a ser!

II

AL otro día, muy de mañana, desde las seis, Clotilde se hallaba despierta. Se había metido en la cama disgustada con Pascal. Y su primera reacción fue de profundo malestar; sentía una sorda pena ante la necesidad de una reconciliación, para aligerar su corazón del enorme peso que la agobiaba.

Bajó de la cama y fue a abrir los postigos de las dos ventanas. El sol, ya alto, invadió la alcoba con dos franjas de oro. En aquella adormecida pieza, con agradable olor a juventud, la clara mañana proyectaba ligeras ráfagas de frescor, mientras vuelta a la cama para sentarse al borde del colchón, la joven permaneció unos instantes pensativa, teniendo por todo vestido la ceñida camisa que parecía adelgazarla aún más, con sus piernas alargadas, su torso firme y esbelto, redondos el cuello y los pechos, lo mismo que sus brazos, y su nuca, sus adorables hombros eran leche pura, una seda blanca alisada y suave. Durante mucho tiempo, en esa ingrata edad que va desde los doce a los dieciocho años, pareció demasiado alta, desgarbada, y siempre se subía a los árboles como un chico. Luego, de aquella traviesa sin sexo surgió una criatura de encanto y de amor.

Con la mirada perdida, seguía viendo las paredes de la alcoba. Aunque *La Souleide* databa del siglo último, el mobiliario y ornamentación interior debieron cambiarlos bajo el Primer Imperio, pues la tela que cubría las paredes era de indiana estampada, representando bustos de esfinges por entre listas de guirnaldas. En otro tiempo de un rojo vivo, la indiana adquirió un tono rosa, de un sonrosado difuso que tiraba a naranja. Subsistían las cortinas de las dos ventanas, pero tuvieron que limpiarlas, amarilleando más. Pero era grato aquel color de púrpura difuso, su tono de aurora, delicadamente suave. Y la cama, cubierta con una tela igual, tuvieron que sustituirla por otra de una pieza contigua, de un lecho estilo Imperio, bajo y muy ancho, de caoba maciza, cuyas cuatro columnas tenían bustos de esfinges, semejantes a los que figuraban en la tapicería. El resto del mobiliario hacía juego con todo, y estaba integrado por un armario de hojas macizas y con columnas, una

cómoda de mármol blanco, un espejo vertical de gran tamaño, un largo diván y sillas de recto respaldo en forma de lira. Una colcha de lujo, confeccionada con una antigua falda de seda Luis XV, alegraba el majestuoso lecho situado en medio del panel, frente a las ventanas; un cúmulo de cojines y almohadones convertían en muelle el duro diván, y también había allí dos aparadores y una mesa adornados igualmente de viejas sedas recamadas de flores que habían hallado en un armario de pared.

Finalmente Clotilde se puso las medias y un peinador blanco, y recogiendo con la punta de los pies sus chancletas de paño gris, acudió a su cuarto tocador, una pieza de la parte trasera de daba a la otra fachada. La había hecho tapizar de cutí crudo con rayas azules, y había unos muebles de abeto barnizado, el tocador, dos armarios y sillas. Se observaba, no obstante, una especie de coquetería natural y delicada, muy femenina. Su feminidad se había desarrollado al mismo tiempo que su belleza. Igual a la terquedad y a los resabios de muchacho que delataba a veces, demostraba una zalamería y una ternura, afanosa de ser amada. La verdad era que había crecido libremente, sin trabas, no habiendo aprendido más que a leer y a escribir, para adquirir después por su propio esfuerzo y sin la intervención de nadie una preparación bastante amplia espoleada por el deseo de ayudar a su tío. No hubo, sin embargo, un plan de estudios preconcebido entre ambos; habíase apasionado por la historia natural, lo que le reveló los secretos que encierra la fisiología del hombre y de la mujer. Y conservaba su pudor de virgen como fruto no tocado por mano alguna, gracias sin duda a su expectativa ignorada y religiosa del amor, ese profundo sentimiento propio de la mujer que le había hecho reservar la entrega de su ser.

Se recogió el cabello, se lavó con abundancia de agua y luego, cediendo a su impaciencia, volvió a abrir con cuidado la puerta de su alcoba, y a través de puntillas, sin hacer ruido, la amplia sala de trabajo. Los postigos estaban aún cerrados, pero veía lo bastante para no tropezar con los muebles. Cuando estuvo al otro extremo de la estancia, ante la puerta del doctor, se encogió conteniendo el aliento. ¿Estaba ya levantado?, ¿qué estaría haciendo? Le oyó ir de un lado para otro, con pasos cortos; sin duda se vestía. Nunca entraba en la alcoba aquella donde el tío acostumbraba a esconder determinados trabajos y que estaba siempre cerrada, lo mismo que un tabernáculo. Una viva ansiedad se apoderó de ella, la de que pudiera sorprenderla si se le ocurría abrir la puerta; entre tanto, vivía una gran turbación, debatiéndose entre la rebelión de su orgullo y el deseo de demostrarle su sumisión. Durante unos

momentos el afán de hacer las paces fue tan fuerte que estuvo a punto de llamar. Sin embargo, cuando el ruido de pasos se acercó, huyó rápidamente.

Hasta las ocho, Clotilde se sintió agitada por una impaciencia cada vez mayor. A cada minuto que pasaba, dirigía su mirada al reloj de chimenea que había en su alcoba, un reloj estilo Imperio de bronce dorado que representaba el Amor, apoyado sobre una columnata y contemplando adormecido el Tiempo. Acostumbraba a bajar hacia las ocho para desayunar con el doctor. Para distraer la espera, se entregó al más minucioso aseo de su persona, se calzó, se puso un vestido de tejido blanco con lunares rojos, y luego, como fuera que le quedaba un cuarto de hora de espera, se dedicó a reparar unos encajes para una blusa. Cuando dieron las ocho abandonó su trabajo y bajó a toda prisa.

—Tendrá que desayunar sola —le dijo Martine cuando llegó al comedor.

—¿Por qué?

—Me llamó el señor para que le sirviera el desayuno. Sigue con su almirez y su filtro. No le veremos hasta mediodía.

Clotilde al oírla palideció; se bebió su leche de pie y se llevó el panecillo, yendo con la criada a la cocina. Además del comedor y la cocina, en la planta baja sólo había un desván en el que almacenaban las patatas. En otro tiempo, cuando el doctor recibía clientes en su casa, era allí donde celebraba su consulta, pero desde hacía ya años el escritorio y el sillón los subieron a su alcoba. Cerca de la cocina sólo había otra pequeña habitación, la de la vieja sirvienta, muy limpia, con una cómoda de nogal y una cama monástica con cortinas blancas.

—¿Crees que se ha puesto de nuevo a fabricar su licor? —preguntó Clotilde.

—Seguro; no puede ser más que eso. Ya sabe usted que cuando el señor coge una manía, pierde las ganas de comer, de beber y de todo.

La contrariedad de la joven se manifestó en el acto.

—Dios mío, Dios mío...

Mientras Martine subía para arreglar su alcoba, ella cogió una sombrilla de la percha del vestíbulo y salió fuera a comerse su panecillo, desesperada, no sabiendo en qué distraer el tiempo hasta el mediodía.

Hacía ya cerca de diecisiete años que, resuelto a abandonar su casa de la villa nueva, el doctor Pascal había comprado *La Souleiade* por unos veinte mil francos. Su propósito era vivir retirado y proporcionar más espacio y un ambiente más grato a la sobrinita que su hermano acababa de enviarle desde París. *La Souleiade*, situada a las puertas de la ciudad, en una meseta que

dominaba el llano, era una antigua finca de considerable extensión, cuya vasta superficie inicial quedó reducida a menos de dos hectáreas, a causa de sucesivas ventas, sin contar con que la construcción del ferrocarril hizo desaparecer los últimos campos de cultivo. La propia casa había sido medio destruida por un incendio, y sólo quedaba uno de los dos cuerpos que la integraban, un ala cuadrada, de cuatro lienzos de pared, como se dice en Provenza, con cinco ventanas en la fachada y la techumbre rojiza. El doctor, que la había comprado amueblada, se contentó con hacer reparar y completar las tapias que la cercaban, a fin de estar tranquilo en casa.

Por lo regular, Clotilde amaba aquella soledad, el reducido reinado aquel que podía visitar en diez minutos y que aún conservaba retazos de su pasada grandeza. Pero en esta mañana una sorda cólera la embargaba. Avanzó hacia el miradero, a cuyos lados se alzaban unos cipreses centenarios, como dos descomunales y sombrías agujas que se veían desde tres leguas de distancia. La pendiente descendía hasta el ferrocarril; muros de piedra servían de contención a las rojizas tierras, de las que habían desaparecido las últimas viñas; entre aquellos declives escalonados, no crecían sino enclenques olivos y almendros de mezquino follaje. El calor era agobiante, y la jovencita estuvo mirando cómo las lagartijas huían por las rendijas de las losas de piedra y por entre las erizadas alcaparras.

Luego, como irritada con aquel dilatado horizonte, atravesó el vergel y el huerto que Martine se empeñaba en cuidar ella misma, dejando sólo que un jornalero fuese dos veces por semana para que hiciese los trabajos más pesados; luego subió a un bosquecillo, lo que quedaba de aquellos soberbios pinos que años atrás llenaban la meseta. Allí estaba a gusto: las hojas crujían bajo sus pies y un olor a resina desprendíase de las ramas. Caminando a lo largo de la tapia pasó por delante de la puerta de entrada que daba al camino de los Fenouillères, a cinco minutos de las primeras casas de Plassans, para ir a desembocar en la era, una era de veinte metros de radio, la cual demostraba la importancia que tuvo la heredad. La vieja era, sembrada de cantos rodados, como en tiempos de los romanos, era ahora una vasta explanada forrada de una hierba menuda y seca parecida al oro, como una alfombra crecida y espesa; ¡cuántos trotes no se habrían dado allí en otros tiempos, corriendo sin parar, dando volteretas por el suelo y permaneciendo horas y horas tumbada de espaldas, cuando nacían las estrellas en el cielo sin límites!

Volvió a abrir la sombrilla y atravesó la era despacio. Hallábase ahora a la izquierda del terraplén, al acabar de dar la vuelta a la propiedad. Fue a parar de nuevo detrás de la casa, bajo los grandes plátanos que proyectaban por

aquel lado una espesa sombra. A ese lado daban las dos ventanas de la habitación del doctor. Alzó entonces la vista, pues si se había acercado fue sólo con la esperanza de verle. Pero las ventanas permanecían cerradas, lo que motivó que se sintiera ofendida como si se tratara de un premeditado acto de dureza hacia ella. Sólo entonces se dio cuenta de que seguía teniendo en la mano el panecillo, y empezó a mordisquearlo con sus hermosos dientes de juventud.

Era un delicioso refugio formado por una alameda, restos del pasado esplendor de *La Souleide*. Debajo de aquellos gigantescos troncos, apenas si entraba luz, una luminosidad verdosa de exquisita frescura en aquellos calurosos días de verano. En otro tiempo hubo allí un jardín francés, del que no quedaban más que las cenefas que formaban los boj, a los que indudablemente debía favorecer la sombra dado lo que habían crecido. El encanto del rincón ese tan amparado por la sombra era una fuente, una simple cañería de plomo empotrado en una columna, de donde fluía, incluso durante las más pertinaces sequías, un hilillo del grosor del dedo meñique, que alimentaba un estanque recubierto de musgo y el cual sólo se limpiaba cada tres o cuatro años. Cuando todos los pozos de la vecindad se agotaban, *La Souleide* conservaba intacta su fuente, de la que los plátanos eran con toda seguridad hijos centenarios. Noche y día y desde hacía siglos ese delgado chorrito de agua, siempre igual e inacabable, cantaba su cristalina canción.

Después de andar vagando por entre los boj que le llegaban hasta el hombro, Clotilde entró de nuevo en la mansión para buscar un bordado y fue otra vez a la alameda, a sentarse ante una mesa de piedra que había al lado de la fuente. Habían allí algunas sillas, pues era el sitio donde solían tomar café. Siguió allí sin levantar la cabeza, absorta en su trabajo. De tanto en tanto, sin embargo, dirigía una mirada furtiva, por entre los troncos de los árboles, hacia las ardientes lejanías, hacia la era deslumbradora como una brasa. Pero en realidad miraba hacia las ventanas del doctor. Nada ni nadie hacía allá acto de presencia, ni siquiera una sombra. Y una tristeza infinita se iba apoderando de ella ante el abandono en que la dejaba desde su disputa de la víspera. Ella que se había levantado con el deseo de hacer inmediatamente las paces. A él, en cambio, no le corría prisa por lo visto; ¿sería que no la quería desde el momento en que le era posible vivir enfadado? Poco a poco se entenebrecía su espíritu, renacían en su mente propósitos de lucha, resuelta a no ceder en nada.

Hacia las once, antes de poner la comida en el fuego, Martine fue a reunirse con ella, llevando su calceta, que no interrumpía ni para pasear

cuando los quehaceres de la casa no la tenían ocupada.

—¿Quiere usted creer que sigue allá arriba, encerrado como un lobo y dedicado a preparar su endemoniada cocina?

Clotilde se encogió de hombros sin apartar los ojos del bordado.

—Si me atreviera a repetirle lo que se cuenta, señorita... La señora Felicité tenía razón ayer, cuando decía que había motivos para sonrojarse... Se me ha llegado a soltar en pleno rostro, a mí, a la misma que le está hablando, que el doctor mató al viejo Boutin. ¿Recuerda de quién se trata? Ese pobre anciano que padecía de epilepsia y que murió yendo de camino.

Siguió un silencio. Luego, viendo que la joven se entristecía más aún, la criada, sin dejar de hacer calceta, agregó:

—Yo no entiendo nada de eso, pero me da mucha rabia toda esa potinguería suya... Y a usted, señorita, ¿le parecen bien todos esos mejunjes?

Clotilde alzó la cabeza, cediendo a la angustia que se apoderaba de ella.

—Escucha, no es mi propósito penetrar en todo ello más que tú, pero creo que se está buscando muchas preocupaciones... Ten por seguro que a nosotras no nos quiere.

—Sí, señorita, sí nos quiere.

—No, no; no como le queremos nosotras... Si nos quisiera, estaría a nuestro lado en lugar de perderse allá arriba, comprometiendo su dicha y la nuestra con su empeño de salvar a todo el mundo.

Las dos mujeres se miraron unos instantes, ardientes sus ojos de ternura, afectadas por una misma reacción colérica de celos. Sin decirse una palabra más, reanudaron su labor, sumergidas en aquella apacible sombra.

Arriba, en su habitación, el doctor Pascal trabajaba con una serenidad gozosa. Sólo había ejercido su carrera de médico durante una docena de años, desde su regreso de París hasta el día en que se retiró a *La Souleide*. Satisfecho con los cien mil y pico de francos que llevaba ganados y que tenía prudentemente colocados, habíase consagrado casi exclusivamente a sus estudios favoritos, limitándose simplemente a conservar una clientela de amigos, sin negarse jamás a acudir a la cabecera de un enfermo, pero sin enviarle nunca la nota de sus honorarios. Cuando le pagaban, dejaba el dinero en su cajón del escritorio, estimando aquellos fondos susceptibles de una inmediata inversión en sus experiencias y caprichos, al margen de sus rentas que de por sí le bastaban para ir viviendo. Mofábase abiertamente de la mala fama motivada por sus rarezas, y únicamente se sentía completamente feliz con sus investigaciones sobre los temas que le apasionaban. Entrañaba para muchos una sorpresa ver cómo aquel sabio, con dotes de genio echadas a

perder por una imaginación demasiado vivaz, se había resignado a permanecer en Plassans, aquella ciudad perdida, que daba la impresión de no poder ofrecerle ninguno de los útiles necesarios para su trabajo. Pero él explicaba muy bien las comodidades que había descubierto en aquel ambiente; en primer lugar un refugio de absoluta calma, y seguidamente un insospechado terreno de continua investigación desde el punto de vista de los hechos de la herencia, su estudio preferido, en aquel rincón provinciano donde conocía a cada una de las familias, donde podía seguir los fenómenos mantenidos en secreto durante dos y tres generaciones. Por otra parte, se hallaba cercano al mar, y casi cada temporada estival fue a estudiar en el fondo de sus dilatadas aguas, donde la vida nace y se propaga. Tenía allí finalmente, en el hospital de Plassans, una sala de disección que casi era el único en frecuentar; una espaciosa sala clara y tranquila, en la que desde hacía más de veinte años todos los cuerpos no reclamados pasaban por su escalpelo. Muy modesto, además, y de una timidez invencible, durante mucho tiempo le había bastado con mantener contacto por correspondencia con sus antiguos profesores y algunos amigos recientes, respecto de «memorias» muy notables que a veces enviaba a la Academia de Medicina. Carecía totalmente de la menor ambición por figurar.

Lo que había inducido al doctor Pascal a ocuparse especialmente de las leyes de la herencia, fueron determinados trabajos por él realizados sobre la gestación. Como siempre ocurre, al azar le había correspondido su parte, suministrándole una serie de cadáveres de mujeres preñadas, muertas durante una epidemia de cólera. Después vigiló las defunciones, completando la serie llenando lagunas para llegar a conocer la formación del embrión y luego el desarrollo del feto durante su vida intrauterina; y así había conseguido preparar un catálogo con las observaciones más nítidas y definitivas. Desde entonces y a la cabeza de toda otra indagación, el problema de la concepción había hecho mella en él con su poderoso misterio. ¿Por qué y cómo surgía un nuevo ser? ¿Cuáles eran las leyes que regían la vida, esa sucesión de seres que integran el mundo? Ya no se contentaba con los cadáveres, sino que ensanchaba sus disecciones sobre la humanidad viviente, impresionado por ciertos hechos constantes apreciados entre su clientela, poniendo sobre todo en observación a su propia familia, a la que había convertido en su principal campo de experiencia. Desde entonces, a medida que se acumulaban los hechos y los clasificaba, el doctor intentó una teoría general de la herencia, que bastase para explicarlos.

Arduo problema, cuya solución venía manoseando desde hacía años. Había partido del principio de invención y del principio de la imitación; la herencia o reproducción de los seres bajo el imperio del símil, la calidad de innato o reproducción de los seres bajo el imperio de los cambios. Con relación a la herencia, admitía sólo cuatro casos: la herencia directa, representación del padre y de la madre en la naturaleza física del hijo; la herencia indirecta, imagen de los colaterales, tíos y tías, primos y primas; la herencia con rodeo, representación de ascendientes a una o varias generaciones de distancia, y finalmente la herencia de influjo de los cónyuges anteriores, por ejemplo, el del primer varón que consiguió impregnar a la hembra para su concepción futura, incluso en el caso en que ya no sea el autor. En cuanto a la calidad de innato correspondía al ser nuevo, o que semejaba ser tal, y en el que se confunden las características físicas y morales de los padres, sin que nada de ellos parezca volver a encontrarse en su ser. Partiendo de esa base, cogiendo de nuevo los dos términos, el de la herencia y el del innatismo, los había subdividido, separando la herencia en dos casos, el que entraña haber escogido el hijo al padre o a la madre, la elección, el predominio individual, o, en el otro supuesto, la mezcla del uno y del otro, mezcla ésta que podía entrañar tres formas, bien por soldadura, bien por diseminación, o por fusión, yendo desde el estado menos bueno al más perfecto, en tanto que el innatismo sólo tenía previsto un posible caso, el de la combinación, esa combinación química que da lugar a que dos cuerpos confrontados puedan constituir uno nuevo, totalmente diferente de aquellos que lo llegaron a formar. En eso consistía la síntesis de un considerable amasijo de observaciones, no sólo en materia antropológica, sino también en zoología, pomología y horticultura. La dificultad surgía, no obstante, cuando en presencia de esos múltiples hechos aportados por el análisis, y al proceder a una síntesis de los mismos, se trataba de formular la teoría que constituyera una explicación para todos. Al pisar ese escalón, el doctor se sentía sobre ese terreno movedizo de la hipótesis, que viene siempre a transformar cualquier nuevo descubrimiento, y si bien no podía privarse de formular una solución, por la necesidad que experimenta el espíritu humano de acabar, el suyo era lo bastante amplio como para dejar el problema planteado y abierto a subsiguientes estudios. Había ido, pues, desde las plúmulas de Darwin, de su pangénesis, a la perigénesis de Haeckel, pasando por las estirpes de Galton. Tuvo luego la intuición de la teoría que Weismann había de hacer triunfar más adelante; se había detenido ante la idea de una sustancia extremadamente fina y compleja, el plasma germinativo, del que una parte queda siempre en

reserva en cada nuevo ser, para de ese modo transmitirse invariable, inmutable, de generación en generación. Aquello parecía explicarlo todo; pero ¡qué infinito misterio aún el de ese mundo de semejanzas que transmiten el espermatozoide y el óvulo, donde el ojo humano nada distingue, ni bajo el aumento del microscopio! Al comprender que su teoría podía un día resultar caduca, la aceptaba tan sólo como explicación transitoria, suficiente y satisfactoria para el estado actual del problema, esa perpetua inquisición sobre la vida, de la que la misma fuente parece escapar a nuestro conocimiento para siempre.

Aquella dichosa herencia, ¡qué tema de meditaciones sin fin! Lo inesperado, lo prodigioso, ¿no residía precisamente en que el parecido no fuera completo, matemático, entre hijos y padres? Con relación a su familia, había trazado un árbol lógicamente deducido, en el que las partes de influencia de generación en generación se distribuían mitad por mitad, la correspondiente al padre y la de la madre. Pero la realidad viviente venía a desmentir la teoría casi a cada momento. La herencia, en lugar de ser el parecido, no era sino el simple esfuerzo hacia la semejanza, contrariado por las circunstancias y el medio. Y había ido a parar a lo que él llamaba la hipótesis del aborto de las células. La vida no es en sí más que un movimiento, y la herencia, entrañando el movimiento comunicado, las células, al irse multiplicando, se azuzaban unas a otras hasta estrujarse, desplegando cada una de ellas el esfuerzo hereditario ese, por lo que si durante esa lucha las células más débiles llegaban a sucumbir, el resultado final podían ser turbaciones de consideración, órganos totalmente diferentes. El innatismo, esa invención constante de la naturaleza a la que él era opuesto, ¿no provenía de ahí?; si tan diferente resultaba de sus padres, ¿no era precisamente como consecuencia de semejantes accidentes, o por efecto de la herencia larvada, en la cual creyó en un momento dado? Puesto que todo árbol genealógico tiene raíces que se sumergen en la humanidad hasta el primer hombre, no cabe partir de un ascendiente único; siempre puede uno parecerse a un remoto antepasado, desconocido. Dudaba, no obstante, del atavismo; pese a un ejemplo particular apreciado en su propia familia, el doctor era de la opinión de que, al cabo de dos o tres generaciones, la semejanza debe naufragar, debido a los accidentes, intervenciones y mil posibles combinaciones. Existía, pues, una perpetua transformación, una mutación constante en el esfuerzo comunicado, en aquel poder transmitido, en la sacudida que inyecta vida en la materia y constituye la vida misma en su integridad. A través de las edades, ¿existía realmente un progreso físico e

intelectual? Al contacto con el progreso de las ciencias, ¿ensanchábase acaso el cerebro? ¿Cabía esperar una mayor acumulación de razón y de dicha? Venían luego los problemas especiales; entre otros, uno cuyo misterio le había alarmado durante mucho tiempo; ¿por qué la incógnita esa de niño o niña en la concepción? ¿No se llegaría a prever científicamente el sexo, o por lo menos encontrar una explicación al interrogante? Sobre esa materia había escrito una muy curiosa «memoria», desbordante de hechos, pero que le llevaba a la conclusión de una absoluta ignorancia respecto a las investigaciones por él llevadas a cabo sobre el particular en lo que se refería concretamente a los resultados. Y si la herencia le apasionaba de aquel modo, era sin duda porque seguía siendo algo oscuro, vasto e insondable, como todas las ciencias todavía balbucientes y en las que la imaginación resulta ser la dueña y señora. Finalmente, un largo estudio que había realizado sobre la herencia de la tuberculosis acababa de despertar en él la fe vacilante del médico sanador, volcándole en la esperanza noble y loca de regenerar a la humanidad.

En suma, el doctor Pascal no tenía más que un solo credo: su creencia en la vida. La vida era la única manifestación divina. La vida era Dios mismo, el gran motor, el alma del universo. Y la vida no se valía de otro instrumento que la herencia; la herencia forjaba el mundo, de modo y manera que si se hubiera podido llegar a conocerla, a captarla, para disponer de ella a merced, hubiera moldeado el mundo a su gusto. En él, que había vivido de cerca la enfermedad, el sufrimiento y la muerte, despertaba una conmiseración militante de médico. ¡Ah!, no estar nunca enfermo, dejar de sufrir, morir lo menos posible... Su sueño le conducía a la ilusión de que se podría acelerar la dicha universal, la futura ciudad de perfección y de felicidad, interviniendo de un modo activo y eficiente, asegurando la salud a todos. Cuando todos estuviesen sanos, fuertes e inteligentes, no habría más que un pueblo superior infinitamente cuerdo y feliz. En la India, y en el transcurso de siete generaciones, ¿no se hacía de un sudra un bramán, encaramando así el último de los miserables al tipo de ser humano más acabado o perfecto? Como en su estudio sobre la tuberculosis había llegado a la conclusión de que no era hereditaria, pero que todo hijo de tísico, en cambio, llevaba latente un terreno degenerado en el que la tuberculosis se desarrollaba con pasmosa facilidad, sólo pensaba en la posibilidad de enriquecer ese terreno empobrecido por la herencia, con el fin de infiltrarle la fuerza suficiente para resistir a los parásitos, o, hablando de un modo más preciso, a los fermentos destructores que él sospechaba existentes en el organismo humano, mucho antes de que

surgiera la teoría de los microbios. Proporcionar, inyectar fuerza: en eso consistía todo el problema, y dar fuerza significaba tanto como infundir voluntad, dilatar el cerebro al consolidar los demás órganos.

Por aquella época, leyendo un libro antiguo de medicina del siglo xv, le llamó extraordinariamente la atención una medicación designada con el nombre de «droga de las firmas». Para curar un órgano enfermo bastaba con coger un carnero o un buey, sacarle el mismo órgano sano y hacerlo hervir, para que luego el enfermo se bebiera el caldo. La teoría consistía en reparar el mal acudiendo a lo semejante, y, según decía la obra, en las enfermedades del hígado sobre todo las curaciones eran innumerables. Pensando en ello, la imaginación del doctor no paró un momento. ¿Por qué no hacer un ensayo? Puesto que su propósito era regenerar a los débiles hereditarios, a los que faltaba sustancia nerviosa, siguiendo esa norma no tenía más que proveerles de sustancia nerviosa normal y sana. Sólo que el procedimiento del caldo le pareció ingenuo, y en su lugar se le ocurrió machacar en un mortero seso y cerebro de carnero y depositarlo en agua destilada, filtrando luego el líquido conseguido. Inmediatamente probó en sus enfermos el líquido mezclado con vino de Málaga, sin lograr ningún resultado apreciable. Cuando ya se desanimaba, tuvo una inspiración un día en que a una señora que sufría de cólicos hepáticos le estaba poniendo una inyección de morfina con la jeringuilla de Pravaz. ¿Y si probase unas inyecciones hipodérmicas con el líquido aquel? Al llegar a su casa realizó el ensayo en su propia persona, dándose un pinchazo en los riñones, que repitió mañana y noche. Las primeras dosis de un gramo no dieron resultado. Pero habiendo duplicado y triplicado la dosis, una mañana al levantarse le llenó de alborozo comprobar que la agilidad de sus piernas respondía a la de un muchacho de veinte años. Y así se fue aventurando hasta los cinco gramos, y observó que respiraba con mayor soltura, que trabajaba con una lucidez y un desahogo que desde hacía años había perdido. Un completo bienestar, la alegría máxima de vivir inundaba su ser. Desde entonces, y cuando consiguió que le fabricaran en París una jeringuilla capaz de contener cinco gramos, el doctor quedó más que sorprendido por los felices resultados conseguidos con sus enfermos, a los que sólo en breves días lograba poner en pie, como impulsados por una nueva ola de vida, vibrante, activa. Pero su método seguía siendo empírico y bárbaro, lo que hacía presentir al doctor Pascal la existencia de toda clase de peligros; tenía miedo sobre todo a las embolias si el licor no era de una pureza perfecta. Sospechaba, además, que la energía de sus convalecientes provenía en parte de la fiebre que causaba con sus inyecciones. Pero el doctor no era

más que un explorador; más adelante ya se perfeccionaría el método. En principio, ¿no se lograba ya un prodigio haciendo caminar a los atáxicos, resucitando a los tísicos y proporcionando incluso horas de lucidez a los dementes? Ante aquel hallazgo de la alquimia del siglo xx, una gran esperanza anidaba en su corazón, pues creía haber descubierto la panacea universal, el licor vital que tendría como objetivo combatir la debilidad humana, la causa real de todos los males; una auténtica y científica fuente de juventud que, al proporcionar fuerzas, salud y voluntad, conseguiría forjar una humanidad totalmente nueva y superior.

Vivía como preso en su alcoba, una pieza de la casa que daba al norte, algo oscura por la vecindad de los plátanos, cuyo mobiliario consistía simplemente en una cama de hierro, un escritorio de caoba y una espaciosa mesa, en la que había un mortero y un microscopio. La mañana aquella el doctor estaba acabando con infinitos cuidados la fabricación de una redoma de su licor. Después de triturar una sustancia nerviosa de carnero en agua destilada, tuvo que filtrar. Acababa de obtener una botellita de un líquido turbio, opalino, de azulados reflejos, que estuvo observando durante mucho rato a la luz, como si tuviese en sus manos la sangre regeneradora y salvadora del mundo.

Unos suaves golpes en la puerta y una voz apremiante le sacaron de su sueño.

—Es ya la hora, señor; ¿no quiere almorzar?

Esperaba el almuerzo en el fresco y amplio comedor. Habían cerrado los postigos y sólo uno permanecía entreabierto. Era una estancia aleare, con paneles de madera de un gris perla con filetes azules. La mesa, el aparador, las sillas, debieron de completar tiempo atrás el mobiliario estilo Imperio que adornaba las habitaciones, y sobre aquel claro fondo, destacaba vigorosamente la vieja caoba, de un rojo intenso. Una lámpara de cobre pulimentado, siempre reluciente, brillaba como un sol, en tanto que, colgados en las paredes, florecían cuatro grandes ramilletes pintados al pastel, de alelíos, claveles, jacintos y rosas.

El doctor Pascal entró radiante en el comedor.

—Caramba caramba, con las ganas de acabar me había distraído. Aquí está la más nueva y pura esta vez, y dispuesta a realizar milagros.

Y enseñaba la botella con el mayor entusiasmo. Pero se fijó en Clotilde, rígida y silenciosa. El desagrado por la larga espera acabó de convertirla en totalmente hostil, y la jovencita que había ardido en deseos de echársele al

cuello hacía sólo unas horas, permanecía inmóvil, fría y ausente por completo.

—Muy bien —prosiguió, sin perder ni un ápice de su jovialidad—; todavía dura el nubarrón por lo que veo. No me gusta. ¿Te niegas a admirar mi licor de brujo, capaz de despertar a los muertos?

Se había sentado a la mesa, y la jovencita, sentándose frente a él, tuvo que responder.

—Bien sabes, maestro, que admiro todo lo tuyo... Mi mayor deseo es que también los demás te admiren. Pero la muerte de ese pobre Boutin...

—¡Oh! —exclamó el doctor sin dejarla acabar—. El epiléptico ese que murió de una hipercrisis congestiva... Óyeme, puesto que estás de mal humor, no hablemos de eso; terminarías poniéndome también a mí de mal humor, y echaría a perder la jornada.

Habían servido huevos pasados por agua, chuletas y natillas. Hubo un largo silencio, durante el cual y a pesar de su enfurruñamiento, la jovencita comió con un apetito que no tuvo la coquetería de ocultar, y el doctor, riendo, le dijo:

—Lo que me tranquiliza es que tienes un buen estómago... Martine, dele pan a la señorita.

Como de costumbre, la criada les servía, y miraba cómo comían con su habitual familiaridad. Frecuentemente hablaba con ellos.

—Señor —dijo después de cortar el pan—, el carnicero ha traído la cuenta: ¿hay que pagarla?

Levantando la cabeza, el doctor la miró con sorpresa.

—¿Por qué me pregunta eso? ¿No paga siempre sin consultarme nada?

En efecto, Martine manejaba los cuartos. El dinero depositado en casa del señor Grandguillot, notario de Plassans, producían unos seis mil francos de renta. Cada trimestre daban a la criada mil quinientos francos, y era ella quien los administraba y cuidaba los intereses de la casa; compraba y pagaba, dedicándose al más rígido ahorro, puesto que era tan tacaña que incluso le gastaban muchas cuchufletas. Clotilde, poco gastadora, no sabía lo que era disponer de dinero propio, y el doctor se limitaba a coger lo que necesitaba para sus experimentos, los tres o cuatro mil francos que ganaba los metía en un cajón de su escritorio, donde había un pequeño tesoro, en oro y billetes de banco, pero sin que nunca supiese a cuánto alcanzaba.

—No hay duda, señor, que soy yo la que paga —repuso la criada—, pero lo hago cuando encargo y me traen el género, pero esta vez la cuenta sube tanto por culpa de los sesos que el carnicero le ha traído...

El doctor la interrumpió bruscamente.

—Vamos, ¿también usted se me va a poner enfrente? Esto ya sería el colmo... Ayer me disgustasteis mucho las dos, y eso tiene que acabar, pues no quiero que se convierta la casa en un infierno... Dos mujeres en contra mía, y las únicas que me tienen un poco de afecto. Os diré que estoy dispuesto a irme y dejaros en paz.

Distaba mucho de estar enfadado, más bien reía, aunque en el temblor de su voz se notaba su inquietud. Y añadió con tono y aire jovial:

—Si le asusta no poder llegar hasta fin de mes, dígame al carnicero que envíe aparte mi cuenta... Y no tema, no se le pide que ponga dinero de su bolsillo.

Era una alusión a la pequeña fortuna de Martine. En treinta años, a razón de cuatrocientos francos de sueldo, la mujer había ganado doce mil francos, de los cuales no había deducido más que lo estrictamente necesario para sus modestos gastos, y, engrosada, casi triplicada por la acumulación de intereses, la suma de sus ahorros ascendía a una treintena de miles de francos, que no quiso colocar en casa del señor Grandguillot por uno de esos caprichos tontos, por el mero deseo de tener su dinero aparte. Lo tenía invertido en rentas sólidas.

—Dinero que reposa, dinero honrado —dijo con mucha seriedad—. Pero tiene razón el señor; le diré al carnicero que envíe una cuenta aparte, pues todos esos sesos son para la cocina del señor y no para la mía.

Su explicación hizo sonreír a Clotilde, a quien las bromas sobre la tacañería de Martine la divertían de ordinario, y el almuerzo acabó más alegre de lo que había empezado. El doctor quiso ir a tomar café bajo los plátanos, diciendo que necesitaba respirar aire libre después de estar encerrado toda la mañana. El café fue servido en la mesa de piedra, cerca de la fuente. Y lo bien que se estaba allí, a la sombra, junto al fresco rumor del agua, mientras el pinar y la era ardían materialmente bajo el duro sol de las dos de la tarde.

Pascal se había traído la botella de sustancia nerviosa, dejándola sobre la mesa, sin descuidarse de vigilarla.

—Así, pues, señorita —bromeó el doctor—, usted no cree en mi elixir de resurrección, pero sí, en cambio, en los milagros.

—Maestro —respondió Clotilde—, lo que yo creo es que no lo sabemos todo.

Dejó traslucir el doctor cierta impaciencia.

—Pues no habrá más remedio que saberlo todo... Comprende ante todo, mi pequeña testaruda, que jamás llegó a constatarse científicamente una sola

derogación de las inmutables leyes que rigen el universo. Hasta la fecha, sólo la inteligencia humana tuvo una intervención eficiente, y te desafió a que me encuentres una voluntad real, una intención cualquiera que pueda estimarse al margen, fuera de la vida... Y todo queda resumido ahí; no hay más voluntad en el mundo que esa fuerza que impulsa a la vida entera, a una vida cada vez más desarrollada y superior.

Habíase puesto en pie, no cesaba en sus animados gestos y ademanes, como obedeciendo a un tal impulso de fe que la joven le miraba fijamente, sorprendida por encontrarle tan joven a pesar de sus blancos cabellos.

—¿Quieres que te explique mi *Credo*, puesto que me acusas de no querer saber nada del tuyo? Pues bien, creo que el porvenir de la humanidad está en el progreso de la razón a través de la ciencia. Creo que la persecución de la verdad por mediación de la ciencia es el ideal divino que el hombre debe proponerse. Creo que todo es ilusión y vanidad, fuera del tesoro de verdades lentamente adquiridas y que ya no se perderán. Creo que la suma de esas verdades, siempre en aumento, acabará por proporcionar al hombre un poder incalculable, y desde luego la serenidad, si no la dicha... Sí, creo en el triunfo final de la vida.

Su amplio ademán parecía que quisiera alcanzar el horizonte, como poniendo por testigo la campiña en llamas, donde bullía la savia de todas las existencias.

—Pero, hija mía, si el constante milagro consiste precisamente en la vida... Abre, si no, los ojos y contempla.

La joven meneó la cabeza.

—Los abro, pero no lo veo todo... El tozudo eres tú, maestro, al no querer admitir que existe allá, hacia el infinito, un algo desconocido donde jamás podrás penetrar. Y sé que eres demasiado inteligente para ignorarlo. Lo único que sucede es que no quieres tenerlo en cuenta; sitúas lo desconocido aparte porque te estorbaría para tus investigaciones... Por mucho que te empeñes en que abandone el misterio, en que parta de lo conocido hacia la conquista de lo desconocido, me es materialmente imposible hacerlo; el misterio me atrae y me inquieta enseguida.

El doctor la escuchaba sonriente, contento al verla animarse, y acarició con la mano sus rubios cabellos.

—Sí, sí, ya lo sé; eres como los demás, sin la ilusión y sin la mentira no te es posible vivir... El caso es que nunca llegaremos a entendernos. Disfruta de buena salud, que constituye la mitad de la sabiduría y de la felicidad.

Luego, cambiando de tema, dijo:

—Supongo que a pesar de todo me acompañarás y querrás ayudarme. Estamos a jueves, mi día de visitas. Cuando el calor haya cedido un poco, saldremos juntos.

La muchacha se negó al principio, para dar la impresión de que no cejaba en su postura, pero consintió al ver la tristeza que le causaba. Habitualmente era ella quien le acompañaba. Siguieron largo rato bajo los plátanos, hasta que el doctor decidió subir a vestirse. Cuando volvió a bajar, con su levita correctamente ceñida al cuerpo y su sombrero de seda de ala ancha, propuso enganchar a *Bonhomme*, el caballo que durante un cuarto de siglo le llevó a sus visitas. Pero el pobre y viejo animal estaba quedando ciego y en reconocimiento por sus servicios y por el afecto que le tenía no era mucho lo que le molestaban. La tarde aquella adormilado, pareciendo mirar en el vacío y con las patas imposibilitadas por el reuma. De ahí que cuando el doctor y la jovencita lo vieron en la cuadra, ella le diese un sonoro beso a cada lado del hocico, mientras le decían que siguiese en el lecho de paja que la criada le preparó. Decidieron ir a pie.

Clotilde, llevando su mismo vestido blanco con lunares rojos, se limitó a ponerse un sombrero ancho de paja con un copete de lilas; estaba realmente encantadora con sus hermosos ojos y su faz, mezcla de leche y rosa, recogida bajo la sombra de las anchas alas. Cuando salía así del brazo de Pascal, delgadita como era, esbelta y tan joven, y radiante él, con el rostro embellecido por la blancura de su barba, y con un vigor que aún le permitía cogerla en brazos para vadear los riachuelos, la gente sonreía al verles, volviéndose y siguiéndoles con la mirada. Aquel día, cuando abandonaban el camino de las *Fenouillères* a las puertas de Plassans, un grupo de comadres se paró a comentar. Hubiérase dicho uno de esos antiguos reyes que suelen verse en los cuadros, uno de esos reyes poderosos e indulgentes y que ya no envejecen, con la mano posada sobre el hombro de una niña hermosa como la luz del día, y a los que sostiene su deslumbrante y sumisa juventud.

Volvían por el paseo Sauvaire, para llegar a la calle de la Banne, cuando un mozo alto y moreno y de unos treinta años les detuvo.

—Maestro, veo que me tiene olvidado. Sigo esperando su nota sobre la tisis.

Era el doctor Ramond, instalado desde hacía dos años en Plassans, donde se estaba haciendo una bonita clientela. De soberbia cabeza, reflejando todo él un fulgor de sonriente virilidad, las mujeres le adoraban, aunque afortunadamente para él también era mucha su cordura y extraordinario su talento.

—Se le saluda, Ramond; buenas tardes... Pero nada de eso, mi querido amigo, conste que no le olvido. A esta niña precisamente le di ayer la nota para que la copiara, y como está viendo todavía no ha hecho nada.

Los dos jóvenes se habían estrechado la mano con gesto de cordial amistad.

—Buenas tardes, señorita Clotilde.

—Buenas tardes, doctor Ramond.

Durante una fiebre mucosa, afortunadamente benigna, que la joven había padecido el año anterior, el doctor Pascal dudó de sí mismo, y para que le tranquilizase había pedido ayuda a su joven colega. Fue de ese modo como nació entre los tres una auténtica familiaridad, una especie de camaradería.

—Tendrá su nota, mañana por la mañana, se lo prometo —repuso ella riendo.

Ramond les acompañó unos breves minutos, hasta el final de la calle de la Banne, en la entrada del barrio viejo, hacia donde se dirigían. Podía fácilmente apreciarse, por la forma de inclinarse él y de sonreír a Clotilde, un amor discreto, que lentamente había ido desarrollándose, esperando con impaciencia la hora señalada para el más razonable de los desenlaces. Escuchaba con deferencia al doctor Pascal, cuyos trabajos admiraba.

—Escuche, mi querido amigo; casualmente voy ahora a casa de Guiraude, ya sabe, la mujer esa cuyo marido, curtidor, murió tísico hace cinco años. Le quedaron dos hijos; Sophie, una muchachita que pronto cumplirá dieciséis años y a la que, cuatro antes de la muerte del padre tuve que mandar al campo, cerca de aquí, en casa de una de sus tías, y un hijo, Valentín, que acaba de cumplir veintiún años, y al que la madre quiso conservar a su lado por una de esas tozudeces sentimentales, a pesar de las horrorosas consecuencias con que la había amenazado. Pues bien, vea cómo tengo razón al sostener que la tisis no es un mal hereditario, aunque, eso sí, los padres tísicos legan, en cambio, aunque sólo sea eso, un terreno degenerado, propicio para el desarrollo de la enfermedad al menor contagio. Y así ocurre que Valentín, que vivió en contacto diario con su padre, es tísico, mientras Sophie, crecida al aire libre, disfruta de una salud soberbia.

Su expresión era de triunfo, y añadió riéndose:

—Lo que no impide, claro está, que pueda quizá salvar a Valentín, pues se rehace a ojos vistas, engorda desde que le vengo pinchando... Ramond, acabará usted opinando como yo y dando el visto bueno a mis punzadas.

El joven médico les estrechó la mano.

—No le digo que no. Y sabe usted que siempre soy de su parecer.

Cuando estuvieron solos apresuraron el paso, doblando enseguida por la calle Canquoin, una de las más estrechas y más oscuras del barrio viejo. No obstante el ardiente sol de la jornada, había allí una luz lívida, un frescor de sótano. Era allá, en los bajos, donde vivía Guiraude con su hijo Valentín. Les abrió ella; delgada, consumida, también afectada la pobre mujer por una lenta descomposición de la sangre. De la mañana a la noche se dedicaba a romper almendras con un hueso de carnero sobre una gruesa piedra que sujetaba con las rodillas; de ese único trabajo vivían, pues el hijo tuvo que abandonar el trabajo. Aquel día, sin embargo, Guiraude sonrió al doctor en cuanto le vio, pues Valentín acababa de comerse una chuleta con mucho apetito, auténtico desenfreno que no se había permitido desde hacía meses. El joven, enjuto, con muy escasos cabellos en la cabeza y en la barba, de salientes y sonrosados pómulos que destacaban sobre el color de cirio de su piel, se levantó enseguida para demostrar que estaba fuerte. También Clotilde se emocionó ante la acogida dispensada a Pascal, a título de salvador, como el esperado Mesías. Aquellas pobres gentes le estrechaban las manos, le hubieran besado los pies, no cesaban de contemplarle con ojos de gratitud. ¿Lo podía, pues, todo? ¿Era, en efecto, el Dios que resucitaba a los muertos? El doctor esbozó una sonrisa ante aquella cura que tan buenas perspectivas ofrecía. Indudablemente, el enfermo no estaba curado, pues le veía excitado y febril. Pero ¿no significaba ya mucho el ganar días? Le inyectó mientras Clotilde, de pie junto a la ventana, se volvía de espaldas, y, cuando se fueron vio que el doctor dejaba veinte francos sobre la mesa. Pagar a sus enfermos en lugar de cobrar, le ocurría muy a menudo.

Hicieron otras tres visitas en el barrio viejo, y se fueron luego a casa de una señora de la villa nueva, y cuando estuvieron de nuevo en la calle, dijo el doctor:

—¿Sabes lo que te digo? Si fueras una jovencita valiente, antes de pasar por casa de Lafouasse llegaríamos hasta *La Séguiranne*, para ver a Sophie en casa de su tía. Me gustaría ir.

Apenas si había que andar tres kilómetros, y sería un paseo encantador con un tiempo tan magnífico. La muchacha aceptó alegremente, dichosa y contenta de ir cogida de su brazo. Eran las cinco y el sol inundaba la campiña como una auténtica sábana de oro. Sin embargo, al salir de Plassans tuvieron que atravesar un trozo del llano, seco y desnudo, por el lado derecho del Viorne. El nuevo canal, cuyas aguas de regadío habían de transformar la comarca sedienta de sed, no regaba todavía aquel sector, y los rojizos campos, las amarillentas tierras se extendían hasta el infinito, con sus raquíuticos

almendros, sus olivos enanos, continuamente podados y cuyos troncos se retorcían, adoptando posturas de sufrimiento y rebelión. A lo lejos, en las peladas laderas, no se veía más que las pálidas manchas de las casas de recreo, valladas por la línea oscura de los cipreses reglamentarios. No obstante, la inmensa extensión aquella sin árboles, con sus anchos y desolados campos, de fuertes y nítidas coloraciones, conservaba hermosas curvaturas de una severa grandeza. En el camino había veinte centímetros de polvo, un polvo níveo que el menor soplo lo levantaba, espolvoreando de blanco las higueras y los espinos.

Clotilde, que se divertía oyendo crujir el polvo bajo sus pies, quería proteger a Pascal con su sombrilla.

—Te está dando el sol en los ojos. Inclínate hacia la izquierda.

El doctor acabó por coger él la sombrilla.

—No sabes llevarla, y, además, te cansa. Pero ya llegamos.

En la ardiente llanura se veía ya un islote con la frondosidad de un bosque. Era *La Séguiranne*, la heredad donde creció Sophie, la casa de su tía Dieudonné, la mujer del colono. El más modesto arroyuelo de aquella llameante tierra valía para la vegetación, proporcionando espesas sombras, agradables senderos de una frescura francamente deliciosa. Los plátanos, los castaños, los olmos, crecían impetuosamente. Tío y sobrina se metieron por una avenida de admirables y recias encinas.

Cuando se acercaban a la granja, una aldeana que estaba en un prado soltó el biello y acudió corriendo. Era Sophie, quien reconoció al doctor y a la señorita, como solía llamar a Clotilde. Sophie sentía por ellos verdadera adoración, y se quedó de momento confusa, mirándoles, sin poder exteriorizar todo lo que le desbordaba del corazón. Se parecía a su hermano Valentín, pero en el campo, lejos de todo contagio, había engordado, y se la veía firme sobre sus robustas piernas. Tenía unos ojos hermosísimos que rebosaban salud y demostraban agradecimiento. La tía Dieudonné, dedicada a recoger el heno, se había adelantado gritando desde lejos, bromeando alegremente con cierta rudeza provenzal.

—Oh doctor, si aquí no le necesitamos para nada; no hay ningún enfermo.

El doctor, que había ido simplemente a contemplar aquel bello espectáculo de salud, respondió en el mismo tono:

—Estoy convencido. Lo que no es obstáculo para que esta chiquita nos deba un cirio bien largo, lo mismo a usted que a mí.

—Eso es la pura verdad. Y ella lo sabe, doctor Pascal, y no cesa de decir que sin usted estaría igual que su pobre hermano Valentín.

—Bah, también le salvaremos. Valentín está mejor; acabo de verle.

Sophie cogió las manos del doctor, y gruesas lágrimas brotaron de sus ojos. Sólo pudo decir:

—Doctor Pascal...

¡Cómo le quería!, y Clotilde notaba crecer la ternura que sentía por él. Permanecieron allí unos momentos charlando, a la sombra de las encinas. Luego volvieron a Plassans, pues todavía les quedaba una visita por hacer.

En el cruce de dos caminos había un tabernucho. Enfrente, acababan de instalar un molino de vapor, aprovechando las antiguas edificaciones del Paradou, una finca que databa del siglo anterior. Y Lafouasse, el tabernero, no dejaba de hacer su pequeño negocio gracias a los obreros del molino y a los campesinos que llevaban su trigo. El domingo tenía como clientela a los escasos vecinos de Artaud, un villorrio vecino. Pero la mala suerte se cebaba en él y andaba desde hacía tres años quejándose de dolores, que el doctor diagnosticó como un principio de ataxia; no obstante, se emperraba en no coger una criada, por lo que apoyándose en los muebles seguía sirviendo a su parroquia. Razón por la cual, al sentirse rehecho después de una decena de pinchazos, proclamaba a gritos su curación....

Estaba en la puerta cuando Alegaron.

—Le esperaba, doctor Pascal. ¿Creerá usted que ayer pude embotellar dos barriles de vino sin sentir cansancio alguno?

Clotilde se quedó fuera, sentada en un banco de piedra, mientras Pascal entraba en la estancia para pinchar a Lafouasse. Se oían sus voces, y éste, muy sensible a pesar de sus fuertes músculos, se quejaba de que el pinchazo había sido doloroso, pero bien podía sufrirse un poco si le valía para recobrar la salud. Seguidamente el tabernero se empeñó en que el doctor tomase algo. Con seguridad que la señorita no cometería el desaire de rechazar un vaso de jarabe. Sacó una mesa afuera y tuvieron que brindar con él.

—A su salud, doctor, y a la salud de todos los infelices a quienes usted devuelve la alegría de vivir.

Clotilde pensaba en aquellos momentos en los comadres de que le había hablado Martine, en aquel Boutin de cuya muerte se acusaba al doctor. No mataba, pues, a todos sus enfermos; su medicación, por lo visto, hacía verdaderos milagros. Renacía su fe en el maestro. Cuando se fueron, la muchacha se había ya entregado nuevamente por entero; podía cogerla, llevársela, disponer de ella a su gusto.

Algunos minutos antes, sin embargo, estando sentada en el banco de piedra, la muchacha estuvo pensando en una confusa historia mientras miraba

el molino de vapor. ¿No era allí, en aquellas edificaciones ennegrecidas por el carbón y ahora blanqueadas por la harina, donde se desarrolló en otro tiempo un drama pasional? La historia acudía de nuevo a su mente, una serie de detalles contados por Martine, alusiones del propio doctor, toda una aventura amorosa y trágica de su primo, el abate Serge Mouret, entonces cura de Artaud, con una adorable jovencita salvaje y apasionada que vivía en el Paradou.

Seguían de nuevo el camino, y Clotilde se detuvo a la vez que señalaba con la mano la vasta y monótona extensión de rastrojos, llanas superficies de cultivo y terrenos yermos.

—Maestro, ¿no había allí un jardín?, ¿no fuiste tú quien me contó esa historia?

Pascal, embriagado por el regocijo de aquella para él tan dichosa jornada, sintió un ligero estremecimiento y sus labios esbozaron una sonrisa de infinita tristeza.

—Sí, sí, el Paradou, un jardín muy grande, con praderas y parterres, incluso fuentes y riachuelos que iban a verter al Viorne... Un jardín abandonado desde hace un siglo, el jardín de la Bella Durmiente, donde la naturaleza volvió a ser su soberana... Ya lo estás viendo, lo han talado, roturado y nivelado para dividirlo en lotes y venderlo en pública subasta. Los manantiales se agotaron, y ya no queda más que ese pantano... Cuando paso por aquí se me encoge el corazón.

La joven preguntó:

—¿No fue en el Paradou donde mi primo Serge y tu gran amiga Albine se amaron apasionadamente?

Abstraído, el doctor no veía en aquellos instantes a su sobrina, y siguió con los ojos fijos en el horizonte, perdida la mirada y reviviendo el pasado.

—¿Albine? Me parece estar viéndola entre los rayos de sol del jardín, como un precioso ramillete de penetrante olor, con la cabeza inclinada hacia atrás, joven el torso, dichosa con sus flores silvestres trenzadas con sus rubios cabellos... La vuelvo a ver muerta, muy blanca, con las manos juntas y durmiendo con una sonrisa en los labios en el lecho de jacintos y nardos... Una muerte de amor, y ¡cómo habían llegado a amarse Albine y Serge en el gran jardín tentador, en el seno mismo de la cómplice naturaleza! ¡Qué oleada de vida arrastrando consigo todos los lazos que puedan imaginarse, qué triunfo de la vida misma!

Clotilde, turbada ante aquel ardoroso murmullo de palabras, le miraba fijamente. Jamás se había permitido hablarle de otra historia que corría

referente al único y discreto amor que el doctor sintió por una dama, muerta ya también. Contábase que la había asistido como médico sin atreverse ni a besarle la punta de los dedos. Hasta ahora, ya cerca de los sesenta años, el estudio y la timidez le habían apartado de las mujeres. Se adivinaba, no obstante, al hombre predispuesto a la pasión, con el corazón desbordante e inédito, pese a su blanca cabellera.

—Y la que murió, aquélla a quien se llora...

La joven se quedó cohibida, le temblaba la voz y sus mejillas se tiñeron de púrpura sin saber por qué.

—¿No la amaba Serge para dejarla morir así?

Pascal pareció despertar en aquel momento, notando como un estremecimiento al encontrarla cerca de sí, tan joven, con sus preciosos ojos ardientes y nítidos bajó la sombra de su sombrero de alas anchas. Algo había sucedido, un mismo soplo acababa de atravesarlos. Y no volvieron a cogerse del brazo, pero siguieron caminando el uno junto al otro.

—Ah, querida, no habría límites para la hermosura y la felicidad si los hombres no lo echaran todo a perder. Albine murió y Serge es ahora párroco de Saint-Eutrope, donde vive con su hermana Désirée, una buenísima criatura que tiene la suerte de ser medio idiota. Él es un santo varón; nunca he dicho lo contrario...

Y así continuó, contando cosas crudas de la existencia, que calificaba como humanidad execrable y negra, aunque sin abandonar su alegre sonrisa. Amaba la vida y hacía resaltar su esfuerzo incesante, con tranquila valentía, a pesar de todo lo malo y del descorazonamiento que pudiera contener. Aunque pareciese horrenda, debía ser grande y buena, puesto que se ponía en vivirla una voluntad tan tenaz, debido sin duda a la propia finalidad de esa misma voluntad y del enorme e ignorado trabajo que llevaba a cabo. Ciertamente, él era un sabio, un clarividente; no creía en una humanidad de idilio transcurriendo en un mundo de ensueño; por el contrario, veía los males y las taras, los sacaba a relucir, dedicándose a buscar en ellas y catalogarlas desde hacía treinta años, y su pasión por la vida, su admiración respecto de las fuerzas que la regían, bastaban para sumirle en un perpetuo gozo, de donde parecía desprenderse de un modo natural su amor al prójimo, una fraternal ternura, una simpatía que traslucía bajo su rudeza de anatomista y la afectada impersonalidad de sus estudios.

—Bah —terminó diciendo, mientras miraba por última vez los vastos y melancólicos campos—, el Paradou ya no existe, lo han saqueado y destruido, pero no importa; plantarán viñas, crecerá el trigo, será un renacer de nuevas

cosechas, y volverá a surgir el amor en los días de la vendimia y la cosecha... La vida es eterna, jamás hace otra cosa que volver a empezar y desarrollarse.

Volvió a cogerla del brazo y regresaron apretados el uno contra el otro como buenos amigos, entre el lento crepúsculo que agonizaba en el cielo, convertido en un lago tranquilo de violetas y rosas. Al verles pasar, apoyado él en el hombro de una niña encantadora y sumisa y cuya juventud le servía de soporte, las mujeres del suburbio, sentadas al umbral de sus puertas, les seguían con emocionada sonrisa.

En *La Souleide*, Martine estaba esperándolos. Desde lejos les había hecho un ademán significativo. ¿Hasta cuándo? ¿No se cenaba aquel día? Cuando ya estuvieron más cerca les dijo:

—Ahora tendrán que esperar un cuarto de hora. No me atrevía a poner en el fuego la pierna de carnero.

Permanecieron fuera, encantados con tener que esperar y contemplar cómo se extinguía el día. El pinar, que exhalaba un balsámico olor a resina, iba sumiéndose en las sombras, y del aire, caldeado aún y entre el que moría un último reflejo, remontaba un estremecimiento. Era como un desahogo, un suspiro de alivio, un gesto de reposo de la heredad entera, de los raquíuticos almendros, de los retorcidos olivos, bajo el gran cielo de una serenidad pura, y detrás de la casa, el platanar no era ya más que una masa oscura e impenetrable, donde se oía la fuente con su eterno canto de cristal.

—Fíjate —dijo el doctor—, el señor Bellombre ha cenado ya y está tomando el fresco.

Señalaba un banco de la casa vecina y a un hombre viejo y delgado, de unos sesenta años, con la cara surcada de arrugas, de dilatados e inmóviles ojos, muy correctamente enfundado en su levita.

—Sabe lo que se hace —murmuró Clotilde—. Es feliz.

Pascal exclamó:

—¿Quién, ése? No lo creo.

A nadie odiaba Pascal; sólo tenía el don de irritar al señor Bellombre, su antiguo profesor de séptima, retirado ya y que vivía en su casita sin más compañía que la de un jardinero, mudo y sordo y más viejo que él.

—Un atrevido que ha tenido miedo a la vida, ¿me oyes?; ¡miedo a la vida!... Sí, egoísta, duro y avaro. Si prescindió de una esposa que le hiciera compañía en la vida, fue por el terror de tener que pagarle el calzado. Y no ha conocido otros hijos que los de los demás, motivo de sufrimientos para él; de ahí su odio a la infancia. El miedo a la vida, el miedo a las cargas y deberes, a los disgustos y a las catástrofes... El miedo a la vida que da lugar a que, por

terror a sus sufrimientos, se renuncie a sus goces. Ya lo estás viendo, pues no puedo evitarlo, pero esa cobardía me subleva, no la perdono. Hay que vivir, vivir por entero, apurar la vida en su integridad, e incluso, antes el dolor, el sufrimiento, que esa renuncia, esa muerte de cuanto en uno hay de vivo y humano.

El señor Bellombre se había levantado y paseaba apaciblemente por uno de los senderos de su jardín. Clotilde, que no cesaba de mirarle, comentó:

—Existe, sin embargo, el goce de la renuncia. Renunciar, abstenerse de vivir, reservarse para el misterio, ¿no consistió en eso la gran dicha de los santos?

—Si no han vivido —replicó Pascal—, no pueden ser santos.

Pero viendo que la muchacha se rebelaba, añadió sonriendo:

—No, no; por hoy hay bastante, no disputemos más, procuremos querernos lo más posible... A propósito, Martina nos está llamando; vamos a cenar.

III

DURANTE un mes el resquemor fue en aumento, y Clotilde sufría al ver que ahora Pascal cerraba los cajones con llave. Ya no tenía en ella la confianza de antes, y eso la hería hasta tal punto que si hubiese encontrado abierto el armario habría arrojado los legajos al fuego, como su abuela Felicité le impulsaba a hacerlo. Y volvieron a surgir las caras mohínas; muchas veces se pasaban hasta dos días sin dirigirse la palabra.

Una mañana, a raíz de una de sus quejas, Martine dijo mientras servía el desayuno:

—Ahora mismo, cuando atravesaba la plaza de la subprefectura, he visto entrar en casa de la señora Felicité a un forastero que he creído reconocer... Sí, seguro que es su hermano, señorita; no me sorprendería.

Pascal y Clotilde intervinieron:

—Tu hermano, ¿le esperaba acaso la abuela?

—No, no lo creo... Hace más de seis meses que está esperando, y sé que hace ocho días volvió a escribirle. Seguidamente interrogaron a Martine.

—Señor, nada puedo asegurarle; la última vez que vi al señorito Maxime fue hace cuatro años, cuando estuvo en casa un par de horas, al irse a Italia, y desde entonces puede haber cambiado mucho...

Continuó la conversación; Clotilde parecía dichosa con aquel acontecimiento que lograba romper el pesado silencio que se habían impuesto, y Pascal terminó diciendo:

—Bueno, si efectivamente es él, ya vendrá a vernos.

Desde luego era Maxime. Cedía después de haber rehusado durante meses a las apremiantes llamadas de la anciana señora Rougon, quien aún tenía respecto de la familia una viva llaga que cerrar. La historia era antigua, y se agravaba cada día.

A los diecisiete años, y hacía ya quince, Maxime tuvo un hijo de sus relaciones con una criada; necia aventura de mozo precoz y que Saccard, su padre, y su madrastra Renée, tomaron a broma. La criada, Justine Mégot, era de un pueblecito de los alrededores; una chiquita rubia de diecisiete años

también, dócil y apacible, y la mandaron a Plassans con un pensión de mil doscientos francos para educar al pequeño Charles. Tres años después la criada se casó con un guarnicionero del suburbio, Anselme Thomas, buen trabajador y mozo avisado al que atraía aquella pensión. Ella se convirtió en una persona de ejemplar conducta; había engordado y parecía curada de unos tos que hizo temer que se tratase de una desagradable herencia, debido a una ascendencia de alcohólicos. Dos otros hijos nacidos de su matrimonio, un chico de diez años y una niña de siete, rollizos y sonrosados, disfrutaban de admirable salud, por lo que Justine hubiera sido la más respetada y la más feliz de las mujeres sin las preocupaciones que Charles ocasionaba al hogar. A pesar de la pensión, Thomas detestaba a aquel hijo de otro, y le pegaba, causando con ello un secreto sufrimiento a la madre, como esposa sumisa y silenciosa que era. Y ella, aunque le adoraba, hubiera preferido entregar al hijo a la familia del padre.

Charles, que tenía quince años, apenas si aparentaba doce y su cerebro se había estancado en la balbuciente inteligencia de un niño de cinco. De un extraordinario parecido con su tatarabuela, la tía Dide, la loca de las Tulettes, tenía una gracia vivaraz y fina, semejante a la de uno de esos reyezuelos exangües que son el acabamiento de una raza, con largos cabellos sin color y suaves como la seda. Sus grandes ojos claros estaban como vacíos y su inquietante belleza tenía una sombra de muerte. En cuanto a cerebro y corazón, nada que no pudiera tener un perrito mimado que se restregaba a la gente para acariciarse. Su bisabuela Felicité, captada por aquella hermosura en la que creía reconocer su sangre, al principio quiso llevarlo al colegio, tomándolo bajo sus auspicios, pero al cabo de seis meses dio lugar a que le echasen, acusado de vicios inconfesables. En su tozudez, la vieja le hizo cambiar de colegio tres veces, para llegar siempre al mismo vergonzoso resultado. Entonces, dado que él mismo no quería, y como, efectivamente, nada podía aprender, hubo que convivir con el chico, yendo a parar de unos a otros en la familia. El doctor Pascal, enternecido y creyendo en su curación, no abandonó su ilusoria idea sino después de haberle tenido en su casa durante cerca de un año, inquieto porque no llegara a contagiar a Clotilde. Ahora, cuando Charles no estaba en casa de su madre, donde casi puede decirse que no vivía, había que buscarle en casa de Felicité o en la de cualquier otro pariente, siempre lleno de juguetes y viviendo como un pequeño delfín afeminado de una vieja raza venida a menos.

A todo esto, la anciana señora Rougon sufría lo indecible pensando en aquel bastardo de regia y rubia cabellera, y su plan consistía en sacarlo del

chismorreos de Plassans, convenciendo a Maxime para que le tuviera bajo sus auspicios en París. De ese modo se olvidaría una nefasta historia más de la familia. Pero Maxime se hizo el sordo durante mucho tiempo, obsesionado por el continuo miedo en complicarse la existencia. Acabada la guerra y rico desde la muerte de su mujer, había vuelto, para ir liquidando la fortuna que ella le dejó, a su hotel de la avenida del Bosque de Bolonia, habiendo adquirido en su precoz desenfreno el saludable temor a los placeres y resuelto a huir de emociones y responsabilidades, a fin de durar lo más posible. Punzantes dolores en los pies, que él creía reumáticos, venían atormentándole desde hacía algún tiempo; se veía ya inválido, clavado en un sillón, y el brusco retorno a Francia de su padre, la nueva actividad que Saccard desplegaba, habían acabado por aterrarle. Sabía lo que aquel devorador de millones era capaz de hacer, y temblaba al verle junto a sí, con su bonachón aspecto y su irónica risa. ¿No resultaría devorado él mismo si un día quedaba a merced suya, vencido por aquellos dolores que se iban apoderando de sus piernas? El miedo a la soledad lo invadía, cediendo finalmente a la idea de volver a ver a su hijo. Si el pequeño le parecía templado, inteligente y disfrutaba de buena salud, ¿por qué no llevárselo consigo? Tendría un compañero, un heredero que le protegería contra las empresas de su padre. Poco a poco, su egoísmo hizo que se creyese querido, llevado en palmas, defendido, y, sin embargo, no se hubiera arriesgado a hacer aquel viaje si su médico no le hubiese enviado a tomar las aguas de Saint-Gervais. Y ya una vez allí, no le quedaba para llegar sino un rodeo de algunas leguas, apareciendo de improviso aquella mañana en casa de la anciana señora Rougon, resuelto a coger el tren la misma tarde, después de hablar con ella y visto al niño.

Hacia las dos, Pascal y Clotilde todavía se hallaban junto a la fuente, bajo los plátanos, donde Martine les había servido el café, cuando llegó Felicité con Maxime.

—¡Qué sorpresa, querida!; te traigo a tu hermano.

Sorprendida, la joven se había alzado ante aquel forastero enjuto y amarillento, al que apenas reconoció. Desde su separación, en el 1854, no le había visto más que dos veces, la primera en París y la segunda en Plassans. Pero conservaba de él una imagen clara y viva. Habíasele arrugado el rostro y se le iba aclarando el cabello, sembrado de canas. Acabó, sin embargo, por imaginársele de nuevo, con su hermosa y fina cabeza, de una gracia inquietante de jovenzuela hasta en su actual prematura decrepitud.

—¡Qué bien estás! —dijo al abrazar a su hermana.

—Pues para estar así —respondió ella—, hay que vivir al sol.

Pascal, con su ojo clínico de médico, escudriñó a su sobrino mientras le abrazaba.

—Buenos días, buen mozo... Y conste que tu hermana tiene razón, para estar bien no hay más remedio que pasarse la vida al sol, como los árboles.

Felicité había llegado a la casa, de donde volvió enseguida gritando:

—¿Y Charles, no está aquí?

—No —dijo Clotilde—. Estuvo ayer con nosotros. El tío Macquart se lo llevó y pasará un día en las Tulettes.

Felicité se desesperó. Si había venido a toda prisa era creyendo que encontraría al chico en casa de Pascal. ¿Qué hacer ahora? El doctor, con su aire apacible de siempre, propuso escribir al tío para que lo trajese al día siguiente. Luego, cuando supo que Maxime ponía especial empeño en volverse en el tren de las nueve, sin quedarse allí a dormir, tuvo otro propósito. Enviaría a buscar un landó e irían los cuatro a casa del tío Macquart para ver a Charles. Sería un paseo encantador. De Plassans a las Tulettes no había ni tres leguas; una hora para ir, otra para volver y todavía les quedarían cerca de dos horas para permanecer allí si querían estar de regreso a las siete. Martine prepararía la cena y a Maxime le quedaría tiempo de sobra para cenar y coger el tren.

Pero Felicité se agitaba, inquieta por la proyectada visita a Macquart.

—Eso sí que no; cualquiera se aventura con este tiempo de tormenta... Es mucho más sencillo enviar a alguien para que nos traiga a Charles.

Pascal hizo un movimiento con la cabeza. El traerse a Charles no era cuestión de querer simplemente ni tan fácil como todo eso. Era un chico sin juicio y al menor capricho a veces echaba a correr alocadamente lo mismo que un animal salvaje.

Y la anciana señora Rougon, acosada por todos, furiosa consigo misma por no haber previsto nada, tuvo que acabar por ceder ante la imperiosa necesidad de entregarse al azar.

—En fin, haremos lo que queráis. Dios mío, cuando quieren salir mal las cosas...

Martine se apresuró a ir en busca del landó, y aún no habían dado las tres cuando ya los dos caballos volaban en línea recta por la carretera de Niza, bajando la pendiente del puente del Viorne. Se torcía enseguida a mano izquierda, para durante cerca de dos kilómetros seguir las márgenes del río pobladas de árboles. A continuación el camino se introducía por las gargantas del Seille, un desfiladero estrecho entre dos gigantescos muros de rocas

doradas por el sol. Por entre las hendeduras habían crecido los pinos y algunos árboles que desde abajo parecían simples haces de hierba que adornaban con flecos las cimas, colgando sobre el precipicio. Producía el efecto de algo caótico, como un paisaje fulminado por el rayo, de un color de infierno, con sus tumultuosas revueltas y sus desprendimientos de tierra roja surgidos de cada grieta; una desolada soledad turbada únicamente por el vuelo de las águilas.

Agobiada por las reflexiones, viendo de poner en orden sus ideas y proyectos, Felicité no despegó los labios. Se notaba cierta pesadez en la atmósfera, el sol ardía tras un velo de grandes y lívidos nubarrones. Pascal fue casi el único en hablar, movido por la apasionada ternura que le inspiraba aquella naturaleza ardiente, y se esforzaba para que la sintiese su sobrino. Pero de nada servía que soltara exclamaciones de tanto en tanto, mostrándole la reciedumbre de los olivos, las higueras y las zarzas pretendiendo abrirse camino entre las rocas, la vida de las rocas mismas, aquel caparazón de la tierra, de donde parecía remontar un hálito. Maxime permanecía frío, presa de una sorda angustia ante aquellos inmensos bloques de salvaje majestad, cuya masa le tenía como anonadado. Y prefería volver los ojos hacia su hermana, sentada frente a él. Poco a poco iba sintiéndose a gusto, hasta tal punto la veía sana y dichosa, con su bonita y redonda cabeza, frente recta y equilibrada. Sus miradas se cruzaban a cada momento, y ella esbozaba una tierna sonrisa que servía para reconfortarle.

Pero la agreste y abrupta garganta se fue suavizando, los dos muros de rocas se amortiguaron, y avanzaron entonces por entre lomas de suaves pendientes en las que abundaba el tomillo y el espliego. Todavía era aquello el desierto, desnudas superficies, verdosas y violáceas, donde la más leve brisa arrastraba consigo un áspero perfume. De pronto, después de un último rodeo, descendieron al valle de los Tulettes, refrescado por manantiales. Hacia el fondo, extendíanse las praderas, entrecortadas por grandes árboles. El pueblo se hallaba a mitad de la cuesta, entre olivares, y la quinta de Macquart, algo apartada, se encontraba a la izquierda, en pleno Mediodía. Fue preciso que el landó enfocara el camino que conducía al Asilo de dementes, cuyas blancas paredes se veían enfrente.

El silencio de Felicité era más sombrío, pues no le gustaba que vieran al tío Macquart. Otro peso que la familia se quitaría de encima el día que les dejase para siempre. Para gloria y bienestar de todos, hace ya mucho tiempo que debía reposar bajo tierra. Pero se emperraba en vivir, llevaba auestas sus ochenta años de viejo borracho saturado de bebida, al que el alcohol parecía

conservar. En Plassans tenía una fama terrible de holgazán y de bandido, y los más viejos murmuraban sobre la execrable historia de los cadáveres que mediaban entre él y los Rougon, una traición de las turbulentas jornadas de diciembre del 1851, una emboscada en la que había dejado caer sobre el ensangrentado pavimento y con el vientre abierto a muchos camaradas. Más tarde, cuando regresó a Francia, en lugar del magnífico empleo que se hiciera prometer prefirió el pequeño dominio aquel de los Tulettes que Felicité le había comprado. Y allí vivía con holgura desde entonces, sin más ambición que engrandecerlo, siempre al acecho de algún posible buen golpe que le permitiera darse ese gusto, y habiendo encontrado el medio de que le diesen un campo codiciado durante largo tiempo, ayudado por su cuñada cuando ésta tuvo que emprender la tarea de reconquistar Plassans bajo los legitimistas. Otra horripilante historia que también se contaba la gente al oído era la que se refería a un loco soltado intencionadamente del Asilo que en la oscuridad de la noche corrió a satisfacer sus ansias de venganza e incendió su propia casa, muriendo dentro cuatro personas. Afortunadamente eran ya historias lejanas y Macquart, de ordenada vida al presente, ya no era el bandido inquietante que tuvo en vilo a toda la familia. Extremadamente correcto, de una diplomacia astuta, sólo había conservado de los antiguos modales su risa burlona, que parecía como una eterna mofa de la gente.

—El tío está en casa —dijo Pascal cuando se fueron acercando.

La quinta era una de esas construcciones de estilo provenzal, de un solo piso, de descoloridas tejas y con las cuatro paredes pintadas al temple en amarillo. Sobre la fachada había una pequeña terraza, donde el tío fumaba su pipa en verano. Al oír acercarse el coche, se asomó a la terraza, correctamente vestido con un traje de paño azul, con su eterna gorra de piel que no se quitaba en todo el año.

Cuando reconoció a los visitantes, sonriendo irónicamente se puso a gritar:

—¡Qué agradable sorpresa! Cuánta amabilidad la vuestra; entrad y refrescaremos.

Pero la presencia de Maxime le intrigaba. ¿Quién era? ¿Por qué venía con ellos aquel tipo? Le dijeron de quien se trataba, e inmediatamente interrumpió las explicaciones que quisieron añadirle para ayudarle a hacer memoria respecto a la complicada madeja que constituía la parentela.

—El padre de Charles, ya sé, ya sé... El hijo de mi sobrino Saccard, el que tan buen matrimonio hizo y cuya mujer murió...

Y miraba a Maxime de hito en hito, con gesto de contento al verle ya lleno de arrugas a los treinta y dos años, con el cabello y la barba casi blancos.

—Maldita sea —añadió—; todos nos vamos haciendo viejos... Pero yo no puedo quejarme; estoy fuerte.

Parecía estar gozando de su triunfo, con el rostro mofletudo y reluciente, de un rojo de ascua. Desde hacía mucho tiempo el aguardiente ordinario le parecía agua pura; sólo el *trois-six*, como alcohol de extremada dureza, conseguía aún cosquillear su endurecida garganta, y se bebía cada trago, que quedaba completamente saturado, empapado lo mismo que una esponja. Su piel rezumaba alcohol. Cuando se ponía a hablar su boca exhalaba un penetrante tufo.

—Desde luego que le encuentro robusto, tío —dijo Pascal, admirado de veras—. Y no es que haya puesto ningún cuidado; tiene razón que le sobra para burlarse de nosotros. Sólo me inspira cuidado una cosa; temo que un día al encender su pipa no se encienda usted como si fuera una taza de ponche.

Halagado, Macquart empezó a reír ruidosamente.

—Chistoso, muy chistoso, jovencito. Un vaso de coñac vale más que tus inmundas drogas... Y ahora vamos a brindar todos, para que quede bien sentado que vuestro tío os hace los debidos honores. Y conste que me tienen sin cuidado las malas lenguas. Tengo trigo, olivos, almendros, viñas y tierra, lo mismo que pueda ocurrirle a cualquier burgués. En verano, fumo mi pipa a la sombra de las moreras, y en invierno me voy a fumarla a la tapia, al sol. ¿Qué os parece? Un tío así no es para sonrojarse... Clotilde, si quieres, tengo jarabe. Y tú, mi querida Felicité, ya sé que prefieres el anisete. Aquí hay de todo, que os digo que hay de todo.

Mientras así hablaba no hacía más que gesticular como si quisiera demostrar bienestar de viejo tunante convertido en ermitaño; y Felicité, quien desde hacía unos instantes estaba azorada con la enumeración de sus riquezas, no le quitaba la vista de encima, queriendo interrumpirle.

—Gracias, Macquart; no tomaremos nada, pues tenemos prisa... Y a propósito, ¿dónde está Charles?

—¿Charles?; enseguida viene. Debí comprenderlo, el papá viene para ver al hijo... Pero eso no es obstáculo para que bebáis un trago.

Y como insistieron en su negativa, él se sintió ofendido y exclamó con su malévolos risa:

—Charles no está en casa; está en el Asilo con la vieja.

Llevándose a Maxime hasta el borde de la terraza, le mostró las grandes edificaciones blancas, cuyos jardines interiores parecían patios de cárcel.

—Fíjate sobrino; ¿ves aquellos tres árboles que hay frente a nosotros? Junto al de la izquierda verás una fuente que hay en un patio. Sigue los bajos con la vista y cuando llegues a la quinta ventana a mano derecha, ésa es la de la tía Dide. Y allá es donde está el pequeño... Sí, acabo de llevarle ahora mismo.

Tratábase de una tolerancia de la administración. En los veintiún años que llevaba en el Asilo, la vieja no había causado la menor preocupación a su guardiana. Completamente tranquila, sosegada, inmóvil en su sillón, se pasaba los días mirando frente a sí, y como al niño parecía distraerle aquello y ella daba muestras de interesarse por él, la Administración hacía la vista gorda respecto a aquella infracción del reglamento, y se le permitía estar allí durante dos o tres horas, muy ocupado en recortar estampas.

Pero ese nuevo contratiempo colmó el mal humor de Felicité. Y dejó traslucir su enfado cuando Macquart propuso ir los cinco en busca del pequeño.

—¡Qué idea! Ve tú solo y vuelve enseguida... No tenemos tiempo que perder.

La cólera que la anciana procuraba contener pareció divertirse al tío, y desde aquel momento, dándose cuenta del desagrado que le causaba, siguió riéndose burlescamente.

—Dejaos de remilgos, hijos; así aprovecharíamos la ocasión para ver a la abuela, la madre de todos nosotros. No hay por qué pensarlo dos veces; todos procedemos de ella y no sería muy cortés no ir a saludarla, además de que mi sobrino quizá no la ha visto nunca... Yo por lo menos no reniego de ella, eso sí que no. Está loca, desde luego, pero no es corriente ver madres ancianas que pasan de los cien años, y eso bien merece la pena de que sea uno un poco amable con ella.

Siguió un silencio y fue Clotilde, callada hasta entonces, quien dijo con voz enternecida:

—Tiene usted razón, tío; iremos todos.

Felicité no tuvo más remedio que asentir. Subieron al landó, Macquart sentado al lado del cochero. Una especie de desazón hizo palidecer el fatigado rostro de Maxime, y durante el corto trayecto interrogó a Pascal acerca de Charles, con un interés paternal que demostraba una creciente inquietud. El doctor, violento por las inquietas miradas de su madre, dulcificó la verdad. El chico no disfrutaba de una salud desbordante, desde luego, y era por eso por

lo que se le dejaba pasar alguna que otra semana en el Campo, con su tío... no padecía, sin embargo, de ninguna enfermedad definida. Pascal no añadió que hubo un momento en que estuvo tentado de tratar en su cerebro y sus músculos con sus inyecciones de sustancia nerviosa, pero había temido que provocasen continuos accidentes, pues los menores pinchazos le causaban al pequeño hemorragias que había que cortar con apósitos compresivos; se trataba de una relajación de tejidos debida a la degeneración, de una especie de rocío sanguíneo que le debilitaba la piel, sufriendo hemorragias nasales, tan súbitas y abundantes, que no se le podía dejar sólo por miedo a que se quedase sin sangre en las venas. Y el doctor acabó diciendo que si la inteligencia no estaba muy desarrollada en él que digamos, esperaba en cambio que acabara evolucionando en un ámbito de actividad cerebral más pujante.

Habían llegado ya delante del Asilo. Macquart, que no había cesado de permanecer a la escucha, se bajó del pescante diciendo:

—Se trata de un chiquillo dócil. ¡Es tan hermoso además, un verdadero ángel!

Maxime, palideció más de lo que estaba, y, tiritando pese al sofoco reinante, no hizo ya más preguntas. Estuvo contemplando las espaciosas edificaciones que integraban el Asilo, las alas de los diferentes sectores, separados por jardines, el de los hombres y el de las mujeres, el de los locos pacíficos y el de los furiosos. Reinaba por doquier un significativo aseo, una monótona soledad, que tan sólo se veía turbada por el ruido de pasos y el de llaves. El viejo Macquart conocía a todos los guardianes. Las puertas de la institución abríanse por lo demás ante el doctor Pascal, que había sido autorizado para cuidar a alguno de los internados. Siguieron primero por una galería, girando luego por un patio: allí se hallaba una de las habitaciones del piso bajo, una pieza empapelada de color claro, amueblada del modo más sencillo con una cama, un armario, una mesa, un sillón y dos sillas. La guardesa, que no debía dejar nunca sola a su pensionista, acababa precisamente de ausentarse. Y, a uno y otro lado de la mesa no era posible ver más que a la loca, rígida en su sillón, y al niño en una silla, tan distraído, dedicado a recortar estampas.

—¡Entrad, entrad! —iba diciendo Macquart—. ¡Oh! ¡No hay ningún peligro, está muy sosegada!

La antepasada, Adélaide Fouque, a quien sus nietos, la raza toda, que de ella había pululado, designaban con el cariñoso sobrenombre de tía Dide, ni tan siquiera volvió la cabeza al oír ruido. Desde su juventud, las alteraciones

históricas la habían desequilibrado. Ardiente, apasionándole enormemente el amor, sacudida por constantes crisis había llegado de ese modo a la respetable edad de ochenta y tres años, cuando de improviso un espantoso dolor, una terrible contrariedad moral, la había lanzado a la demencia. A partir de entonces, hacía de ello veintiún años, había tenido lugar en su cerebro una paralización de la inteligencia, una brusca debilitación, que hacía imposible cualquier especie de cura. En la actualidad, a los ciento cuatro años, seguía vegetando, como un objeto olvidado, en su calidad de demente pacífica, con el cerebro osificado y en el cual por otra parte podía la locura permanecer indefinidamente estacionaria sin provocar la muerte. La senectud, no obstante, le había atrofiado los músculos. Su carne aparecía como comida por la edad, tan sólo la piel seguía sobre los huesos, y ello hasta el punto de que se hacía preciso trasladarla desde el lecho a su sillón. Pero, aún siendo tan sólo un amarillento esqueleto, disecado, cual árbol secular del que ya no queda sino la corteza, tía Dide se mantenía erguida, como adosada al respaldo del sillón, no resaltando más que los relucientes ojos en su consumido y alargado rostro. Parecía mirar fijamente a Charles.

Clotilde, algo temblorosa, se había ido acercando.

—Tía Dide, somos nosotros que hemos querido verla... ¿No me reconoce? Su nieta, que viene de tanto en tanto a darla un abrazo.

Pero la loca no pareció oír. Su mirada no se apartaba del niño, cuyas tijeras acababan de recortar la estampa de un rey de púrpura con manto dorado.

—Anda, mamá —dijo a su vez Macquart—, no hagas el tonto porque sí. Bien puedes mirarnos, si quieres. Aquí está un señor, nieto tuyo, que llega de París con este solo objeto.

Al oír esta voz, tía Dide, acabó por volver la cabeza. Paseó lentamente sus claros y vacíos ojos por todos ellos, para acabar posándolos de nuevo sobre Charles y sumirse otra vez en su actitud contemplativa. Nadie hablaba ya.

—Desde la terrible conmoción que sufrió —explicó por fin Pascal en voz baja— permanece en la misma tesitura: toda inteligencia, todo recuerdo parece haberse extinguido en ella. Por lo general, permanece callada; aunque a veces balbucea una oleada de palabras ininteligibles. Se ríe, llora sin motivo alguno, es un objeto al que nada afecta... Y, sin embargo, no me atrevería a decir que semejante oscuridad sea absoluta, que no queden almacenados en el fondo de su cerebro algunos recuerdos... ¡Ah! ¡Pobre anciana! ¡Cómo la compadezco si es que se halla en el anonadamiento final! Si es que de algo se acuerda, ¿en qué puede estar pensando desde hace veintiún años?

Con un ademán, hizo como si apartase de su mente aquel horrendo pasado, que tan bien conocía. La veía de nuevo joven, una criatura alta, delgada y pálida, de azorados ojos, viuda a poco de Rougon, el torpe jardinero, a quien había querido por marido; lanzándose luego, antes incluso de acabar el luto, en brazos del contrabandista Macquart, al que amaba con amor de loba y con quien ni siquiera llegó a casarse. De ese modo había vivido durante quince años, con un hijo legítimo y dos bastardos, en medio del alboroto y del capricho, desapareciendo por espacio de semanas enteras, para regresar luego magullada, con los brazos negros. Después, Macquart había muerto de un balazo, abatido como un perro por un gendarme; y, bajo aquella primera conmoción, la infeliz había quedado como congelada, no conservando ya vivos más que su cristalina mirada en medio de su pálida faz; quiso retirarse del mundo para irse a vivir al fondo de la casucha que su amante le había dejado, llevando durante cuarenta años una existencia monjil, sufriendo durante todo ese período de espantosas crisis nerviosas. Pero, la otra conmoción sufrida, era la que había de sumirla en la demencia, y Pascal recordaba perfectamente la atroz escena que tuviera lugar, puesto que la había presenciado: un pobre niño a quien la abuela había recogido en su casa, su nieto Silvere, víctima de odios y luchas sangrientas dentro del propio seno de la familia, y al que un gendarme también había destrozado la cabeza de un pistoletazo, durante la represión del movimiento insurreccional de 1851. Siempre llegaban hasta ella las salpicaduras de sangre.

Felicité, entretanto, se había acercado a Charles, tan absorto en sus estampas, que toda aquella gente no parecía estorbarle en lo más mínimo.

—Queridito mío, ese señor que estás viendo, es tu padre... Dale un abrazo.

Y, a partir de aquel instante, todos se ocuparon de Charles. Iba muy bien vestido, con chaqueta y pantalón de terciopelo negro adornados con trencilla dorada. De la misma palidez que la flor de lis, semejaba realmente ser hijo de uno de esos reyes que estaba recortando por sus claros ojos y rubios cabellos. Pero, lo que sobre todo llamaba la atención en aquel momento era su parecido con tía Dide, ese parecido que había salvado tres generaciones y que pegaba el salto desde aquella disecada cara de centenaria, de trazos gastados, al delicado rostro infantil que tenía enfrente, algo así como borroso ya también, muy avejentado y consumido por el desgaste de la raza. Enfrente el uno de la otra, el niño imbécil, de una hermosura de muerte, venía a ser como el acabamiento de aquella antepasada, de la olvidada.

Maxime se agachó para dar un beso en la frente al niño; sentíase el padre con el corazón frío, su misma hermosura le tenía asustado, y el malestar que experimentaba metido en aquella habitación, iba en aumento; en aquella alcoba de locura, notábase un soplo de miseria humana que arrancaba de lejos.

—¡Cuán hermoso eres, querido!... ¿Me quieres un poco?

Charles le miró, no entendió nada y se puso de nuevo a jugar con sus estampas.

Todos quedaron sobrecogidos, sin embargo. Sin que la cerrada expresión de su rostro hubiera cambiado en lo más mínimo, tía Dide se había echado a llorar, una oleada de lágrimas brotaba de sus relucientes ojos, para resbalar seguidamente por sus mejillas. Seguía sin apartar su mirada del niño, y lloraba lentamente, sin parar, hasta el infinito.

La escena suscitó en Pascal una emoción extraordinaria. Había cogido a Clotilde por el brazo, y la apretaba violentamente sin que la joven llegara a comprender. Y es que ante los ojos del doctor se evocaba toda la familia, la rama legítima y la bastarda que habían crecido de ese tronco lesionado, perjudicado ya por la neurosis. Tenía ante sí a las cinco generaciones, los Rougon y los Macquart, teniendo como raíz a Adélaide Fouque; venía a continuación el viejo bandido del tío, luego él mismo, después Clotilde y Maxime y finalmente Charles. Felicité ocupaba el sitio de su difunto marido. No había, pues, solución de continuidad, la cadena se desarrollaba, con su lógica e implacable herencia. Y, ¡qué siglo aquel evocado en el fondo de una trágica jaula para locos, donde soplaba la miseria llegada de lejos, infundiendo un terror tal, que, pese al sofocante calor allí reinante, todos notaban escalofríos!

—¿Ocurre algo, maestro? —preguntó Clotilde muy bajito y sin cesar de temblar.

—¡No, no, nada! —murmuró el doctor—. Ya te contaré luego.

Macquart, que seguía siendo el único en tomar la cosa en broma, reprochó a su anciana madre. ¡Bonita ocurrencia esa de recibir a las gentes con lágrimas, cuando se toman la molestia de visitarle a uno! No resultaba muy cortés que dijéramos. Luego, dirigiéndose a Maxime y a Charles, añadió:

—En fin, sobrino, ahí tiene a su chiquillo. ¿Verdad que es hermoso realmente y que incluso le sirve de honra el haberle tenido?

Felicité se apresuró a intervenir, descontenta en extremo por el giro que tomaban las cosas, no sintiendo más que prisa por irse.

—Se trata desde luego de un chiquillo guapo, y que es menos retardado de lo que se cree. Observa la agilidad que tienen sus manos... Y ya verás cuando le hayas despabilado en París, ¿no te parece?, de modo bien distinto al que hemos podido hacerlo en Plassans.

—Indudablemente, indudablemente —murmuró Maxime—. No digo que no, quiero pensármelo.

Siguieron para él unos momentos de embarazo y luego añadió:

—Comprendedlo, si vine fue tan sólo para verle... Ahora no puedo hacerme cargo de él, porque tengo que pasar un mes en Saint-Gervais. Pero en cuanto vuelva a París, lo pensaré bien y os escribiré.

Y, sacando su reloj:

—¡Diablos!, las cinco y media... Por nada del mundo quisiera perder el tren de las nueve.

—Sí, sí, vayámonos —dijo Felicité—. Nada nos queda aquí por hacer.

En vano se esforzó Macquart por retrasar su marcha, con toda clase de historias. Se puso a hacerles relato de los días en que tía Dide se sentía charlatana, y contaba que un día la había encontrado en trance de cantar una romanza de su juventud. No necesitaba por lo demás del coche; ya regresaría a pie con el chiquillo, puesto que lo dejaban con él.

—Abraza a tu papá, pequeño, porque si está uno cierto de ver a alguien, luego, ¡jamás se sabe si se le volverá a ver!

Con el mismo ademán de sorpresa e indiferencia, Charles había levantado la cabeza, y Maxime, con visible turbación, eso sí, depositó un segundo beso en la frente del chiquillo.

—Que seas bueno y sigas tan mono, hijito... Y quiéreme algo.

—Vamos, vamos, no tenemos tiempo que perder —repitió Felicité.

En aquel preciso momento volvía la guardiana. Era una mujer joven y gruesa, puesta especialmente al servicio de la loca. Ella era quien la levantaba, la acostaba, dándole de comer y limpiándola, como si fuera un niño. E inmediatamente se puso a hablar con el doctor Pascal, que había empezado a interrogarla. Uno de los más acariciados sueños del doctor consistía en tratar y curar a los locos por su método, es decir, a fuerza de pinchazos. Puesto que en esa clase de enfermos lo que periclitaba era el cerebro, ¿por qué sus inyecciones de sustancia nerviosa no había de proporcionarles fuerza y voluntad, reparando así las brechas abiertas en el órgano? También soñó por unos instantes en experimentar la medicación, aplicándola a la anciana madre; luego, no obstante, le entraron escrúpulos, una especie de terror sagrado, ello sin contar con que la demencia, a esa edad,

significaba la ruina total, irreparable. Y había escogido al efecto otro tipo, un obrero sombrerero, Sarteur, que se hallaba en el Asilo desde hacía un año, donde acudiera él mismo a suplicar que le encerrasen para evitar un crimen. En sus crisis, se apoderaba de él una necesidad tal de matar, que se hubiera lanzado sobre cualquier transeúnte. De baja estatura; muy moreno, con la frente huidiza, tenía la boca en forma de pico de pájaro, con una gran nariz y el mentón muy corto; su mejilla izquierda era sensiblemente más abultada que la derecha. Y el doctor conseguía milagrosos resultados con ese impulsivo, pues, desde hacía un mes no había sufrido ningún acceso. Interrogada precisamente la guardiana sobre aquel enfermo en particular, respondió que Sarteur, sosegado por completo, iba cada vez mejor.

—¡Lo estás oyendo, Clotilde! —exclamó Pascal entusiasmado—. Esta tarde no me queda tiempo para verle, volveremos mañana. Es mi día de visita... ¡Ah!, si me atreviera, si la pobre anciana fuera joven aún...

Sus miradas se volvían hacia tía Dide. Pero Clotilde, a quien su entusiasmo hacía sonreír, comentó dulcemente:

—No, no, maestro, no tienes en tus manos rehacer la vida... Vamos, vente; vamos a ser los últimos.

Era cierto además, pues los otros ya habían salido. Desde el umbral, Macquart veía alejarse a Felicité y a Maxime con su aire habitual de estar mofándose de todo el mundo. Y tía Dide, la olvidada, de una delgadez más que espantosa, permanecía entretanto inmóvil, clavados de nuevo los ojos en Charles, en su blanco y agotado rostro, enmarcada en su real cabellera.

El retorno resultó de lo más embarazoso que cabe imaginar. Por entre el calor que exhalaba la tierra, el landó rodaba pesadamente. En el tormentoso cielo, se desparramaba el crepúsculo en forma de ceniza color cobrizo. Al principio, los viajeros sólo intercambiaron entre sí alguna que otra palabra tonta; luego, en cuanto hubieron penetrado en las gargantas del Seille, cesó en absoluto la conversación bajo la inquietud y la amenaza de aquellas gigantescas rocas, cuyos muros parecían irse estrechando más y más. ¿No era aquello el fin del mundo? ¿No irían a precipitarse rodando por lo desconocido de cualquier abismo? Pasó un águila, que lanzó un grito muy fuerte.

Reaparecieron los sauces, y seguían la línea de la ribera del Viorne, cuando Felicité prosiguió, sin transición, como si hubiera continuado una conversación empezada:

—No tiene por qué preocuparte en absoluto una posible negativa de la madre. Quiere mucho a Charles, pero es una mujer muy razonable y se hace perfecto cargo de que el interés del niño consiste en que vuelvas a hacerte

cargo de él. Precisa confesarte además, que el pobre pequeño no es muy dichoso que digamos estando en casa de la madre, pues el marido, naturalmente, prefiere a su hijo y a su hija... En fin, que debes estar enterado.

Y así continuó hablando, queriendo sin duda enredar a Maxime y conseguir de él una promesa formal. Hasta que llegaron a Plassans no cesó de hablar. Luego, de pronto, cuando el landó empezaba a pegar tumbos sobre el adoquinado del suburbio:

—¡Fíjate! ¡Ahí tienes a la madre...! Esa rubia gruesa que está apoyada en aquella puerta.

Tratábase del umbral de una guarnicionería, en donde colgaban arneses y ronzales. Justine tomaba el fresco, sentada en una silla, haciendo labor de media, mientras la hijita y el niño jugaban por el suelo a sus pies; y detrás de ellos, a la sombra de la tienda, podía percibirse a Thomas, un hombre grueso y moreno, dedicado a remendar una silla.

Maxime, había alargado el cuello, sin experimentar emoción alguna, por simple curiosidad. Se quedó muy sorprendido ante aquella robusta mujer de treinta y dos años, de aire tan discreto y burgués, en la que nada quedaba ya de la loca rapaza con la cual se había él despabilado, cuando teniendo ambos la misma edad, apenas si contaba diecisiete años. Acaso sintió tan sólo un encogimiento de corazón, él enfermo y viejo ya, al verla de nuevo y encontrarla embellecida y serena en medio de su extremada gordura.

—Jamás la hubiera reconocido —dijo.

Y el landó, que no se detenía en su marcha, dobló por la calle de Roma. Justine desapareció, aquella visión del pasado, tan distinta de lo que era el presente, se esfumó en las sombras del crepúsculo, junto con Thomas, los niños y la tienda.

En *La Souleïade*, la mesa había sido puesta. Martine tenía preparada y a punto una anguila del Viorne, conejo salteado y un asado de buey. Estaban dando las siete, había tiempo sobrado para cenar tranquilamente.

—No te atormentes —repetía el doctor Pascal a su sobrino—. Te acompañaremos a la estación, desde aquí no hay ni diez minutos... En cuanto hayas soltado tu maleta ya no te quedará sino coger tu billete y saltar al tren.

Luego, al encontrar a Clotilde en el vestíbulo donde estaba colgando su sombrero y su sombrilla, le dijo a media voz:

—¿Sabes que tu hermano me inquieta?

—¿Por qué razón?

—Le he estado observando bien, y no me gusta nada la forma de andar que tiene. Es una observación que nunca me falla... En fin, que se trata de un

muchacho al que amenaza la ataxia.

Clotilde se puso totalmente pálida, mientras repetía automáticamente:

—La ataxia.

Una cruel imagen había acudido a su cerebro, la de un vecino, joven aún, que, durante diez años, había visto llevado a rastras por un criado en un cochecito. ¿No era acaso la invalidez el peor de los males, el hachazo que separa al ser vivo de la vida misma?

—Sin embargo —murmuró la muchacha—, él no se queja más que de reumatismo...

Pascal se encogió de hombros; y, llevándose un dedo a los labios, se dirigió al comedor, donde ya Felicité y Maxime se hallaban sentados.

La cena transcurrió en un ambiente francamente amistoso. La brusca inquietud nacida en el corazón de Clotilde, hizo que se mostrara cariñosa para con su hermano, que se había sentado junto a ella. Con gesto alegre, procuraba atenderle, forzándole a escoger los mejores trozos. En dos ocasiones amonestó a Martine por servir la comida demasiado deprisa. Y Maxime, por su parte, sentíase cada vez más prendado, más seducido por aquella hermana tan buena, que disfrutaba de hermosa salud, tan razonable, y cuyo encanto le envolvía como una caricia. Hasta tal punto iba captándole que, poco a poco, aunque vago en principio, todo un proyecto iba perfilándose en él. Puesto que su hijo, el pequeño Charles, tanto espanto le causara con su hermosura de muerte y su majestuosa figura de imbecilidad enfermiza, ¿por qué no llevarse consigo a su hermana Clotilde? La idea de tener a una mujer en su casa le aterrorizaba desde luego, puesto que las temía a todas, quizás por haber disfrutado demasiado de ellas siendo excesivamente joven; pero, por lo que a ésta se refiere, le parecía verdaderamente maternal. Por otra parte, una mujer honrada en su casa, cambiaría su medio ambiente y le sentaría muy bien. Su padre, al menos, no se atrevería ya a seguir enviándole rameras, como sospechaba venía haciéndolo para de ese modo acabar con él y apoderarse seguidamente de su dinero. El terror y el odio que sentía hacia su padre acabaron de decidirle.

—¿No te casas? —preguntó a la muchacha como queriendo sondear el terreno.

Clotilde se echó a reír.

—¡Oh!, no hay ninguna prisa.

Luego, en plan de broma irónica, mientras miraba a Pascal que había levantado la cabeza, añadió:

—¿Qué puede una saber...? No pienso casarme jamás.

Pero Felicité quedó entonces como sorprendida. Cuando la veía tan sujeta al doctor, deseaba a menudo que surgiera un casamiento que la apartase de él, que dejara a su hijo aislado, llevando una vida privada sin orden ni concierto, en la que ella acabaría siendo la única omnipotente, como dueña y señora de ese destruido hogar. E incluso apeló al testimonio del doctor sobre el particular: ¿no era cierto que la mujer debe casarse, que iba contra natura eso de permanecer solterona? Y, con toda seriedad, Pascal iba diciendo que sí con movimientos de cabeza, sin apartar la vista de Clotilde.

—Sí, sí, precisa casarse... Es demasiado sensata para seguir un camino distinto, y acabará casándose.

—¡Bah! —interrumpió Maxime—. ¿No será ella quien está en lo cierto...? ¡Casarse! ¿Para ser desdichada quizás? ¡Son tantos los matrimonios desgraciados!

Y, tomando finalmente una decisión, añadió de pronto:

—¿Sabes lo que debieras hacer...? Pues bien, yo mismo te lo diré: venirme conmigo a París, donde viviríamos juntos... Lo he pensado bien y me asusta un poco eso de cargar con la responsabilidad de un niño, dado mi estado de salud. ¿No soy yo mismo una criatura, un enfermo que necesita que le cuiden...? Tú me atenderías, estarías a mi lado, si un día por desgracia, dejaban de obedecerme las piernas.

Su voz se había quebrado, en una reacción de reflexivo enternecimiento respecto de su propia persona. Se veía ya inválido y la contemplaba a la cabecera de su cama, como hermana de la caridad; y, si la muchacha se resignaba a permanecer soltera, la dejaría gustoso toda su fortuna, con tal de que su padre no se aprovechara de ella. El terror que le inspiraba la soledad, la necesidad en que muy pronto se encontraría quizá de tener que contratar una enfermera, le estaban convirtiendo en un ser extremadamente sensible.

—Constituiría por tu parte un gesto de suma bondad, y del que desde luego no habrías de arrepentirte.

Pero Martine, que en aquel momento servía el asado, se había quedado como clavada en el suelo de un sobresalto; y, alrededor de la mesa, la proposición causó la misma sorpresa. Felicité fue la primera en expresar su aprobación, dando por sentado que aquella marcha favorecería sus proyectos. Miraba a Clotilde, silenciosa aún y como aturdida; en tanto que el doctor Pascal, muy pálido, permanecía a la espera.

—¡Oh!, mi querido hermano, mi querido hermano —balbuceó la jovencita, sin encontrar de momento otra cosa que decir.

Intervino entonces la abuela.

—¿Es lo único que se te ocurre por toda contestación? Pues a mí me parece muy bien lo que te propone tu hermano. Si en sus actuales circunstancias le preocupa llevarse a Charles, tú en cambio puedes irte ya ahora; y, más adelante, hacer venir al pequeño... Veamos, veamos, todo puede arreglarse a las mil maravillas. Tu hermano trata de llegarte al corazón... ¿No es cierto, Pascal, que debiera contestarle afirmativamente?

El doctor, haciendo un esfuerzo, había logrado recuperarse a sí mismo y ser otra vez dueño de sus propios actos. Se le notaba, no obstante, aún el sobresalto que le había helado. Y empezó a hablar pausadamente.

—Vuelvo a repetiros que Clotilde es una muchacha muy razonable y que, si debe aceptar, aceptará.

En medio de su trastorno, la jovencita dejó traslucir un gesto de rebelión.

—Maestro, ¿de veras quieres que me vaya...? Agradezco en el alma a Maxime, cuanto pretende hacer por mí. Pero, abandonarlo así todo de repente. ¡Dios mío!, separarse de cuanto se ama, ¡de cuanto quise entrañablemente hasta aquí!

Y al expresarse de ese modo lo había hecho como con un gesto de desesperación, señalando seres y cosas, queriendo abarcar entre sus brazos *La Souleïade* entera.

—Sin embargo —prosiguió Pascal sin dejar de mirarla—, ¿y si Maxime te necesitara a pesar de todo?

Clotilde permaneció temblorosa durante unos instantes, sus ojos se humedecieron, pues sólo ella había comprendido lo que su tío había querido significar. La cruel visión, de nuevo se había evocado en su mente: Maxime, inválido, arrastrado en un cochecito por un criado, como el vecino que solía encontrar. Pero su pasión protestaba contra su propio enternecimiento. ¿La ligaba acaso algún deber moral con relación a un hermano que, durante quince años, se había comportado con ella como un extraño? ¿Es que su deber no estaba donde se hallaba su corazón?

—Escucha, Maxime —acabó ella por decir—, déjame reflexionar también a mí. Ya veré lo que hago... Ten la absoluta seguridad de que te estoy muy agradecida. Y de que, si un día necesitases realmente de mí, pues bien, en tal caso, me decidiría sin duda alguna.

No pudieron conseguir que se comprometiera por anticipado. Felicité, en su continuo afán febril, quedó agotada; mientras el doctor, por su parte, parecía poner empeño en decir, que la muchacha había dado su palabra, Martine, que en aquellos momentos servía una crema, no se preocupaba gran cosa por disimular su gozo: ¡llevarse de allí a la señorita!, no cabía idea más

disparatada, ¡para que el señor acabara muriendo de tristeza, al quedarse completamente solo! Y el final de la cena fue retardándose de ese modo y a virtud de aquel incidente. Estaban aún en los postres, cuando sonaron las ocho y media. A partir de aquel momento, Maxime se mostró inquieto, movía nerviosamente los pies, quiso partir.

En la estación, adonde todos le acompañaron, abrazó por última vez a su hermana.

—Acuérdate.

—No pases cuidado —dijo Felicité—, aquí quedamos nosotros para recordarle su promesa.

El doctor sonreía, y en cuanto el tren se hubo puesto en marcha, los tres agitaron sus pañuelos.

Aquel día, cuando hubieron acompañado a la abuela hasta la puerta misma de su casa, el doctor Pascal y Clotilde regresaron apaciblemente a *La Souleide*, donde pasaron una deliciosa velada. El malestar de las semanas precedentes, el sordo antagonismo que les mantenía apartados el uno del otro, parecía haberse ido. Jamás habían experimentado una dulzura semejante, al sentirse tan unidos, inseparables. Había en ellos como un despertar sintiéndose completamente sanos después de una enfermedad; una auténtica esperanza y una firme alegría de vivir. Permanecieron durante mucho rato bajo la caldeada atmósfera de la noche, al cobijo de los plátanos, escuchando el delicado y cristalino mido de la fuente. Y ni siquiera se dirigían la palabra; limitábanse a disfrutar profundamente la dicha de permanecer juntos.

IV

PASADOS ocho días, el malestar se apoderó nuevamente de la casa. Otra vez, Pascal y Clotilde se pasaban las tardes enteras de morros; y las reacciones de enojo resultaban continuas. La misma Martine vivía irritada. La sencilla familia que formaban los tres, íbase convirtiendo en un infierno.

Luego, de pronto, la cosa se agravó más aún. Como ocurre a menudo en los pueblos del Mediodía, había llegado a Plassans, para permanecer una temporada en retiro, un capuchino de gran santidad. El púlpito de Saint-Saturnin, zumbaba bajo la resonancia de su voz. Tratábase de una especie de apóstol, de una elocuencia popular y henchida; con una oratoria florida, desbordante de imágenes. Y se dedicaba a predicar sobre la nada que a su juicio entrañaba la ciencia moderna con un impulso místico extraordinario, negando la realidad de ese mundo, queriendo abrir las puertas de lo desconocido, descubrir el misterio del más allá. Todas las devotas de la villa se sentían trastornadas.

Ya el primer día, después de haber asistido Clotilde al sermón, acompañada de Martine, Pascal se dio perfecta cuenta de la fiebre que embargaba el alma de la muchacha. Los días que siguieron, todavía se apasionó más; regresó más tarde después de haber permanecido una hora rezando en el rincón oscuro de una capilla. Se pasaba la vida en la iglesia, volvía destrozada, con ojos relucientes de vidente; y las ardientes palabras del capuchino, la tenían como obsesionada. Parecía sentir desprecio ahora, y también cólera, por todo lo existente, fueran personas o cosas.

Pascal, inquieto, quiso tener una explicación con Martine. Y bajó una mañana a primera hora, cuando ésta barría el comedor.

—Como sabe perfectamente, lo mismo Clotilde que usted, disfrutan de completa libertad para ir a la iglesia, si eso les complace. No quiero influir sobre la conciencia de nadie... Pero no quiero que acabe poniéndomela enferma.

La criada, sin detener su escoba, respondió sordamente:

—Los enfermos son quizás, quienes no creen estarlo.

Había soltado aquello con aire de profunda convicción y en un tono tal además, que el doctor no pudo por menos de sonreír.

—Sí, soy yo por lo visto quien tiene el espíritu lisiado, ése cuya conversión imploráis, mientras que vosotras disfrutáis de buena salud y plena cordura... Martine, si siguen torturándome de esa manera y torturándose a sí mismas, acabaré por enfadarme.

Se había expresado en un tono de voz tan desesperado y rudo, que la criada se detuvo en seco, para mirarle a la cara. Una ternura infinita, una inmensa desolación, pasaron sobre su desgastado rostro de vieja solterona, enclaustrada a su servicio. Y, mientras sus ojos rebosaban lágrimas, escapó balbuceando:

—¡Ah, señor! ¡Usted no nos quiere!

Pascal, quedó desarmado, como invadido por una creciente tristeza. Iba en aumento su remordimiento por haberse mostrado tolerante, por no haberse erigido en dueño absoluto de la educación e instrucción de Clotilde. En su creencia de que los árboles crecen rectos, cuando no se les ponen obstáculos por delante, había permitido a la muchacha desenvolverse a su gusto, después de haberla enseñado simplemente a leer y escribir. Sin plan preconcebido alguno, siguiendo tan sólo el ritmo consuetudinario de su vida, era como, poco a poco, la jovencita había ido leyéndolo todo hasta llegar a apasionarse por las ciencias naturales, ayudándole después en sus investigaciones, corrigiendo sus pruebas, copiando y clasificando manuscritos. ¡Cómo lamentaba al presente su desinterés! ¡Qué firme orientación hubiera podido impeler a ese transparente espíritu, tan ávido de saber, en lugar de dejarle apartarse y perderse, en ese afán del más allá a cuyo favor estaban la abuela Felicité y la criada Martine! Él, que se atenía simplemente a los hechos, esforzándose por no ir jamás más allá de lo que alcanzaba el fenómeno, logrando triunfar tan sólo por su disciplina de sabio, había visto a su sobrina en cambio, incesantemente preocupada por lo desconocido, por el misterio. Entrañaba en ella una obsesión, una curiosidad de instinto, que llegaba a la tortura cuando no se sentía satisfecha. Había en todo ello una especie de necesidad apremiante que nada conseguía saciar, una llamada irresistible hacia lo inaccesible e incognoscible. Ya, cuando era pequeña, y más tarde sobre todo, siendo crecida, enseguida se precipitaba a inquirir el «por qué» y el «cómo» de las cosas; exigía siempre las últimas razones. Si se le enseñaba una flor, inmediatamente preguntaba por qué esa flor produciría una simiente y por qué esa simiente acabaría germinando. Venía luego el misterio de la

concepción, de los sexos, del nacimiento y de la muerte, de las fuerzas desconocidas, y de Dios, de todo. Con cuatro preguntas que le hiciera, conseguía acorralar al doctor, en su fatal ignorancia para responder; y cuando éste ya no sabía qué contestar, y trataba de quitársela de encima con un gesto de furor cómico, la chiquita esbozaba una sonrisa de triunfo, y volvía desvariada a sus sueños, quedando de nuevo sumida en la visión ilimitada de todo lo que no se conoce y de todo lo que puede creerse. Muy a menudo, le dejaba estupefacto con sus explicaciones. Su espíritu, nutrido de ciencia, partía siempre de verdades probadas, pero moviéndose después con tal agilidad, que nada le costaba pegar el salto de improviso para ir a parar de lleno al cielo de las leyendas. Y empezaban a desfilar mediadores, ángeles, santos, soplos sobrenaturales que modificaban la materia para infundirle vida; o le daba también por sentar que no se trataba más que una misma fuerza, del alma del mundo dedicada a fundir las cosas y los seres en un beso de amor final, al cabo de cincuenta siglos. Tenía echada la cuenta, según decía ella misma.

Por lo demás, nunca Pascal la había visto tan turbada. Desde que seguía los sermones del capuchino en la catedral, hacía ya de esto una semana, la jovencita se pasaba los días nerviosa e impaciente, esperando que llegara la tarde de la plática; y acudía a ella con el recogimiento exaltado de la muchacha que acude a su primera cita de amor. Después, al día siguiente, todo revelaba en ella su total apartamiento de la vida exterior, de su existencia habitual, como si el mundo visible, los actos necesarios de cada instante no fuesen sino añagaza y estupidez. Tenía abandonadas casi por completo sus normales ocupaciones, cediendo a una especie de holgazanería invisible, permaneciendo horas y horas con las manos cruzadas sobre las rodillas, abstraída la mirada y como perdida en la lontananza de algún sueño. Ella, que tan activa y mañanera acostumbraba a ser, se levantaba ahora tarde, no haciendo acto de presencia, por lo general, hasta que llegaba la hora de la comida; y no debía ser precisamente en el cuidado de su propia persona como pasaba tan largas horas, pues también iba perdiendo poco a poco su coquetería de mujer, apenas peinada, vestida de cualquier manera con una bata abotonada al revés; aunque pareciese igualmente adorable gracias a su triunfante juventud. Sus matinales paseos a través de *La Souleide*, que tanto amaba, las carreras por los terraplenes plantados de olivos y almendros, sus visitas a la pineda, embalsamada de olor a resina, las largas paradas al aire libre, en las que solía tomar baños de sol; todo había dejado de existir para ella, prefería quedarse en casa, con los postigos echados, encerrada en su

alcoba, donde no se la oía. Luego, después de comer, en la sala, se sumía en una lánguida ociosidad, una holganza que iba arrastrando de silla en silla, un cansancio y una irritación contra todo lo que hasta entonces la había interesado.

Pascal hubo de renunciar a que le ayudase. Un apunte que le había dado para poner en limpio, se estuvo tres días sobre su pupitre. Ya no clasificaba nada, no hubiera sido capaz de agacharse para recoger un manuscrito del suelo. Sobre todo, había abandonado la pintura al pastel, y concretamente unos dibujos de flores muy exactos que debían servir como grabados en una obra sobre las fecundaciones artificiales. Grandes malvas rojas, de una coloración nueva y singular, se habían secado en su jarrón, sin que hubiera acabado de copiarlas. Aunque durante una tarde entera todavía estuvo apasionada con un loco dibujo, compuesto de flores imaginarias, una extraordinaria floración abierta al sol del milagro, todo un chorro de rayos dorados en forma de espigas, en medio de anchas corolas de púrpuras, semejantes a corazones abiertos, de donde surgían a modo de pistilos, como cohetes de astros, miles de millones de mundos deslizándose por el cielo lo mismo que una vía láctea.

—¡Ah!, pobre hijita —le dijo ese día el doctor—. ¡Perder de ese modo su tiempo dando rienda suelta a tales cosas imaginativas! ¡Yo que me harté de esperar la copia de esas malvas que has dejado morir!... Y acabarás poniéndote enferma. No existe salud, ni tan siquiera posibilidad de belleza, fuera de la realidad.

Por lo general, ya no le contestaba siquiera, encerrada como estaba en una convicción huraña, y sin querer discutir para nada. Pero Pascal acababa de tocarla en lo más vivó de sus creencias.

—La realidad no existe —declaró limpiamente.

El doctor, divertido por aquella cerrazón filosófica, no pudo por menos que echarse a reír.

—Sí, ya lo sé... Nuestros sentidos son falibles, es así que no conocemos el mundo más que a través de nuestros sentidos, luego es posible que el mundo no exista... En tal caso, abramos la puerta a la locura, aceptemos como posibles las quimeras más absurdas, partamos hacia las pesadillas, al margen de las leyes y de los hechos... Pero ¿no estás viendo que no existe regla posible, si suprimes la naturaleza, y que el solo interés por vivir reside en la vida misma, en creer en ella, en amarla y aportar todas las fuerzas de su inteligencia para conocerla mejor?

Clotilde esbozó un gesto de indiferencia a la vez que de desafío; y la conversación declinó. En aquellos momentos, sableaba el pastel, con amplios trazos de lápiz, haciendo destacar el resplandor sobre una límpida noche de verano.

Pero, dos días después, a raíz de una nueva discusión, las cosas se echaron a perder más aún. Al abandonar la mesa una vez acabada la cena, Pascal había subido a su habitación para trabajar, mientras ella se quedaba fuera, sentada en la terraza. Fueron transcurriendo las horas, y el doctor se mostró sorprendido e inquieto, cuando sonaron las doce de la noche, sin haberla oído entrar en su alcoba. Tenía que pasar forzosamente por la sala, y estaba más que seguro de que no la había atravesado sin darse él cuenta. Cuando estuvo abajo, pudo constatar que Martine dormía. La puerta del vestíbulo no estaba cerrada con llave; con seguridad que Clotilde se había quedado fuera abstraída en sus pensamientos. Le sucedía muy a menudo en las noches bochornosas, aunque jamás se retrasaba hasta ese extremo.

La inquietud del doctor fue en aumento, cuando en la terraza percibió la silla vacía donde la joven debió permanecer sentada durante largo rato. Esperaba encontrarla dormida. Siendo así que allí no estaba, ¿por qué no había vuelto? ¿Dónde podría haber ido a semejante hora? La noche era magnífica, una noche del mes de septiembre, todavía abrasadora, con un cielo acribillado de estrellas en su infinito de velado terciopelo; y, en la profundidad de ese cielo sin luna, relucían las estrellas con brillantez e intensidad, que iluminaban la tierra. Para empezar su búsqueda se asomó a la balaustrada de la terraza, examinó las cuevas, las bancadas de secas piedras que descendían hasta la vía del ferrocarril; pero, nada ni nadie se movía por allí, ni alcanzaba a divisar otra cosa que las redondeadas e inmóviles copas de los pequeños olivos. Se le ocurrió la idea de que la muchacha estaría sin duda bajo los plátanos, cerca de la fuente, en medio del perpetuo estremecimiento de aquel agua susurrante. Acudió allá precisamente, se hundió en plena oscuridad, una sábana tan espesa que, él mismo, conocedor de cada tronco de árbol, tenía que avanzar con las manos extendidas por delante, para no tropezar. Luego, a través de la pineda, forcejeó de ese modo en la sombra, a tientas, sin encontrar a nadie. Y acabó por llamar con voz templada.

—¡Clotilde, Clotilde!

La noche seguía siendo profunda y silenciosa. Alzó un poco el tono de voz.

—¡Clotilde, Clotilde!

Ni un alma, ni el más ligero soplo. Los ecos parecían como adormecidos; su grito se ahogaba en el lago infinitamente sosegado y tranquilo de las azuladas tinieblas. Gritó entonces con todas las fuerzas de sus pulmones, volvió al rincón situado bajo los plátanos, recorrió de nuevo la pineda con ademanes cada vez más alocados, visitando prácticamente la heredad entera. De pronto se encontró en la era.

A aquella hora, la inmensa era, la amplia rotonda empedrada, también dormía. Hacía ya largos años que allí no se trillaba grano, y la hierba crecía libremente, para ser inmediatamente quemada por el sol, dorada y como rapada, semejante a la lana alta de una alfombra. Y, entre los manojos de aquella blanda vegetación, los cantos rodados jamás llegaban a enfriarse; humeantes desde el crepúsculo, exhalaban por la noche el calor almacenado durante tantas y tantas achicharrantes horas de bochorno.

La era parecía acentuar su redondez, desnuda, desierta, en medio del estremecimiento producido por su voz, bajo la calma del cielo; y Pascal la atravesaba a toda prisa para acercarse corriendo al huerto, cuando estuvo a punto de tropezar con un cuerpo, tendido a todo lo largo, y que no había podido ver. Y, entonces, exclamó asustado:

—¿Cómo es que estás aquí?

Clotilde, ni tan siquiera se dignó contestar. Estaba tumbada de espaldas, juntas las manos y recogidas bajo la nuca, mirando hacia el cielo; y, en su pálido rostro, sólo se veían relucir sus grandes y redondeados ojos.

—¡Y yo que, en mi inquietud, hace un cuarto de hora que te estoy llamando!... ¿Bien me oirías gritar?

Acabó la joven por despegar los labios.

—Sí.

—En tal caso, ¡resulta algo necio! ¿Por qué no contestabas?

Pero la muchacha había vuelto a sumirse en su silencio y rehusaba dar más explicaciones, con la frente fruncida y la mirada fija en las alturas.

—¡Anda, ve a acostarte, niña traviesa! Mañana me explicarás todo esto.

Pero Clotilde no hacía el menor movimiento; el tío la suplicó por más de diez veces, sin conseguir nada. Él mismo había acabado por sentarse en la hierba rasa; notando al hacerlo la tibieza del empedrado.

—Comprende que no puedes permanecer toda la noche al aire libre... Contéstame cuando menos. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Estoy contemplando.

Y, sus grandes e inmóviles ojos, fijos y abiertos de par en par, sus quietas miradas parecían querer alcanzar las alturas, por entre las estrellas. Hallábase

entregada por entero a la infinita pureza de aquel cielo de verano, en medio de los astros.

—¡Ah, maestro! —prosiguió ella, con voz lenta, igual e ininterrumpida—. ¡Cuán mezquino y limitado resulta todo lo que tú sabes, al lado de lo que, con toda seguridad, existe allá arriba!... Sí, si no te contesté es porque estaba pensando en ti y sentía una enorme tristeza... No tienes por qué creermela mala.

Por su voz había pasado un estremecimiento de ternura tal, que el doctor se sintió profundamente conmovido. Se tendió a su lado, también de espaldas. Sus codos se tocaban. Seguidamente entablaron conversación.

—Mucho me terno, querida, que tus pesares no sean razonables... ¿Piensas en mí y sientes tristeza? Y eso, ¿por qué?

—¡Oh!, por razones que me sería difícil explicarte. No soy ninguna sabia. Mucho es lo que aprendí de ti, sin embargo, y más llegué a saber luego por mí misma, viviendo contigo. Se trata por lo demás, de cosas que siento... Acaso intente explicártelo, puesto que tan solos estamos y tan hermosa noche hace.

Su corazón lleno a rebosar, desbordaba después de horas y horas de reflexión, en la paz confidencial de la admirable noche. Temiendo inquietarla él por su parte, se abstuvo de hablar.

—Cuando era chiquitina y te oía hablar de la ciencia, me parecía que estabas refiriéndote a Dios; hasta tal punto ardías de esperanza y de fe. Nada en absoluto te parecía imposible. Con la ciencia, iba a conseguirse penetrar en lo que constituye la incógnita del mundo y lograr la perfecta dicha de la humanidad... Según tú, íbamos a paso de gigante. Cada día traía consigo su propio descubrimiento, su certeza. Dentro de diez, cincuenta, quizás cien años, el cielo quedaría al descubierto, y veríamos cara a cara la verdad... Pues bien, los años van pasando, nada se abre ni ofrece a nuestros ojos, y la verdad retrocede.

—Eres una impaciente —respondió simplemente el doctor—. Si son precisos diez siglos, no habrá más remedio que esperar a que transcurran.

—Es cierto, la espera se me hace imposible. Necesito saber, siento la necesidad de ser dichosa enseguida. ¡Quiero, saberlo todo de golpe, y ser feliz, de un modo absoluto, definitivamente!... ¡Oh!, lo estás viendo, todo eso es lo que me hace sufrir, el no serme posible remontar de un salto y alcanzar así el conocimiento completo, el no resultarme factible descansar en la absoluta felicidad, desprovista de escrúpulos y de dudas. ¿Acaso puede llamarse vivir a eso de avanzar en las tinieblas con tan moderado paso, sin poder disfrutar de una hora de calma, sin temblar ante la idea de la próxima

angustia? ¡No, no! ¡Que se nos den todo el conocimiento y toda la dicha en un solo día!... La ciencia así nos lo ha prometido, y si no nos los proporciona, puede considerarse en quiebra.

A partir de aquel instante, él mismo empezó a apasionarse.

—Pero ¡si todo cuanto estás diciendo es una locura, hijita! La ciencia no es la revelación. Marcha a su humano ritmo, su gloria reside en su mismo esfuerzo... Además, tampoco eso es cierto, la ciencia no ha prometido la dicha.

Ella, entonces, le interrumpió vivamente.

—¿Cómo que no es verdad? Abre tus libros, los que allá arriba guardas. Bien sabes que los he leído. ¿No aparecen rebosantes de promesas? Leyéndolos, produce la impresión de que se camina hacia la conquista de la tierra y del cielo. Lo derrumban todo y hacen juramento de sustituir todo lo demolido; como también de lograrlo a través de la razón pura, con solidez y sabiduría... Soy como los niños, no me cabe duda. Cuando me han prometido algo, quiero que me lo den. Mi imaginación trabaja, y precisa que el objeto sea muy bello, para darme por satisfecha... Con lo sencillo que era no exponerse a equivocaciones, ¡con no prometer nada! Y sobre todo a estas horas, ante mi exasperado y doloroso deseo, resulta peor decirme que no se me ha prometido nada.

En la grandiosidad de aquella serena noche, el tío esbozó un nuevo gesto de protesta.

—En todo caso —prosiguió ella— la ciencia ha hecho tabla rasa, la tierra está desnuda, vacío el cielo; y, en esas circunstancias, ¿qué quieres que sea de mí si incluso absuelves a la ciencia de las esperanzas que tengo concebidas?... El caso es, sin embargo, que no puedo vivir sin dicha. ¿Sobre qué terreno firme voy a poder edificar mi casa, desde el momento en que el viejo mundo ha sido demolido y tan poca prisa existe por otro lado por construir otro nuevo? Cuanto formaba parte de la antigua sociedad se ha desmoronado en esa catástrofe del examen y del análisis; y de todo ello no queda sino una población alocada, recorriendo las ruinas sin sentido alguno de orientación, sin saber sobre qué piedra apoyar su cabeza, acampando bajo la tempestad, exigiendo el refugio sólido y definitivo, donde podrá rehacer su vida... No existe pues razón para mostrarse asombrados por nuestro desánimo y nuestra impaciencia. No podemos, sencillamente, esperar más. Puesto que la ciencia, demasiado lenta, se declara en quiebra, preferimos hacer marcha atrás, ¡sí! refugiarnos en las creencias de antaño que, durante siglos y siglos, bastaron para hacer la dicha del mundo.

—¡Ah! ¡Cuán verdad es esto último que estás diciendo! —clamó el doctor—. Ocurre ello además cuando estamos rondando el final del siglo, sumidos en el cansancio, con la nerviosidad propia del espantoso volumen de conocimientos que removi6 y trajo consigo... Y, es la eterna necesidad de mentira, la eterna necesidad de ilusi6n, lo que corroe a la humanidad y la hace retroceder hacia el encantador acunamiento de lo desconocido... Puesto que nunca se llegar6 a saber todo, ¿para qu6 empeñarse en saber m6s? Desde el momento en que la verdad conquistada no supone la felicidad inmediata y segura, ¿por qu6 no contentarse con la ignorancia, ese oscuro lecho donde la humanidad durmi6 profundamente su primera edad?... ¡SÍ!, eso significa el retorno ofensivo del misterio, la reacci6n a cien a6os de investigaci6n experimental. Y eso tenía desde luego que ocurrir; son de esperar las deserciones cuando no es posible contentar todas las necesidades y afanes a la vez. Pero no se trata en todo caso m6s que de un alto en el camino, la marcha hacia adelante continuar6, fuera del alcance de nuestra vista, en lo infinito del espacio.

Por unos momentos, callaron ambos, sin hacer el m6s leve movimiento, con la mirada perdida por entre los millares de millones de mundos que relucían en el sombrío cielo. Una estrella errante atraves6 como un dardo ardiente la constelaci6n de Casiopea. Y, el universo, momentáneamente iluminado all6 en las alturas, giraba lentamente sobre su eje, en medio de un sagrado esplendor, en tanto que de la tenebrosa tierra que les rodeaba, no se alzaba m6s que un peque6o soplo, un h6lito suave y c6ldo de mujer adormecida.

—Dime —pregunt6 6l en su habitual tono bonach6n—, ¿es el capuchino quien te ha hecho tambalear esta noche la cabeza?

La muchacha respondi6 con franqueza:

—SÍ, estando en el p6lpito dice cosas que me trastornan por completo. Habla contra todo lo que me ense6aste; y es como si esa ciencia que te debo, pero convertida en veneno, destruyera todo mi ser... ¡Dios mío! ¿Qu6 va a ser de mí?

—¡Pobre hijita!... ¡Resulta horroroso el que te vayas devorando de ese modo a ti misma! Y, sin embargo, todavía me siento tranquilo por lo que a ti personalmente se refiere; me consta que eres un cerebro equilibrado, que tienes una cabecita redonda, transparente y firme, como tantas veces te he dicho. Acabar6s tranquiliz6ndote, estoy convencido de ello... Pero ¡qu6 estragos no se habr6n producido en las mentes, cuando t6, tan sana bajo todos aspectos, te sentiste turbada! ¿No te asiste acaso la fe?

Clotilde, callada, limitábase a suspirar, mientras él añadía:

—Desde el punto de vista de la dicha, ciertamente que la fe constituye un firme bastón de viaje, y que la caminata desde luego se hace más fácil y apacible, cuando se tiene la suerte de poseerla.

—¡Va!, ¡no estoy tan segura como todo eso! —dijo ella entonces—. Hay días en que creo firmemente, y otros en cambio, en que me siento junto a ti y tus libros. Fuiste tú quien me trastornó, por ti sufro. Y todo mi sufrimiento reside quizás en eso, en mi propia rebelión contra ti, a quien quiero... ¡No, no!, no digas nada, no me digas que me calmaré. Eso me irritaría aún más en el presente momento... Tú niegas lo sobrenatural. El misterio para ti no es otra cosa que lo inexplicable. Incluso admites que no se sabrá todo; y que, por lo mismo, el único aliciente de la vida es la conquista sin fin de lo desconocido, el eterno esfuerzo por saber más... ¡Ah!, sé ya demasiado para estar en condiciones de poder creer, me conquistaste ya en demasía, y hay horas en que me parece que lo que quiero es morir.

El doctor la había cogido la mano, por entre la tibia hierba y se la estrechaba con violencia.

—¡Es la vida misma lo que te da miedo, hijita!... Y, ¡cuánta razón tienes diciendo que la única dicha reside en el esfuerzo continuo!, pues, al presente ya, el sosiego amparado en la ignorancia resulta imposible. No cabe esperar ningún alto en el camino, ni tranquilidad de ningún género en eso que pudiéramos denominar ceguera voluntaria. Precisa avanzar, avanzar siempre junto con la vida que no cesa en su marcha. Todo cuanto se sugiere o propone, los saltos atrás, las religiones fenecidas, las religiones replantadas a las nuevas necesidades, constituyen una simple añagaza... Dedícate, pues, a conocer la vida, ámala y vívela tal y como debe ser vivida: no existe otra sabiduría.

Con irritado gesto y de una sacudida, la joven separó su mano de la del doctor, y su voz dejó traslucir un desagrado estremecedor.

—La vida resulta algo abominable, ¿cómo quieres que la viva sosegada y felizmente?... Se trata precisamente de una terrible luz que tu ciencia proyecta sobre el mundo; tu análisis desciende a todas nuestras llagas, para poner de manifiesto su horror. Lo dices todo, hablas con la máxima crudeza, no nos dejas apreciar sino las náuseas de los seres y de las cosas, sin la posibilidad de consuelo alguno.

El doctor la interrumpió con un grito de ardiente convicción.

—Decirlo todo, ¡ah, sí!, ¡para conocerlo y curarlo todo!

La cólera podía con ella e hizo que se incorporara.

—Si todavía la igualdad y la justicia existieran en tu naturaleza. Pero, según reconoces tú mismo, la vida pertenece al más fuerte, y el débil parece fatalmente, precisamente por eso, porque es débil. No existen dos seres iguales, ni en salud, ni en belleza, ni en inteligencia: todo sucede a la ventura o surge del azar de la elección... Y todo se desploma en cuanto la elevada y santa justicia deja de existir.

—Es verdad —dijo Pascal a media voz y como hablando consigo mismo—, la igualdad no existe. Una sociedad basada en ella no podría vivir. Durante siglos y siglos, se creyó poder remediar el mal por mediación de la caridad. Pero el mundo ha crujido; y, hoy, con idéntico fin, se propone la justicia... ¿Es justa la naturaleza? Yo la creo más bien lógica. La lógica es quizás una justicia natural y superior, encaminada directamente a la suma del trabajo común, a la gran faena final.

—Entonces —exclamó la joven—, ¡lo que pretendes es abonar una justicia que aplasta al individuo con vistas a la felicidad de la raza, que destruye la especie debilitada para lograr el reforzamiento de la especie triunfante!... ¡No, no!, ¡ahí es donde está el crimen! Sólo existe basura y muerte. Esta tarde en la iglesia, el fraile tenía razón: la tierra está echada a perder, la ciencia no hace otra cosa que exhibir la podredumbre, es en las alturas donde todos tenemos que buscar refugio... ¡Oh! maestro, te lo suplico, ¡deja que me salve y permíteme también que te salve a ti mismo!

La muchacha acababa de estallar en lágrimas, y el ruido de sus sollozos, elevábase difuso en la pureza de la noche. En vano él trató de calmarla; la voz de ella se imponía.

—Escucha, maestro, de sobras sabes lo mucho que te quiero, pues en realidad lo eres todo para mí... Y es de ti, sin embargo, de quien proviene mi único tormento tengo una tristeza que ahogar, cuando me pongo a pensar que no estamos de acuerdo, que nos veremos separados para siempre si mañana morimos los dos... ¿Por qué te empeñas en no creer?

Todavía él intentó razonarla.

Pero Clotilde entretanto se había puesto de rodillas, le había cogido las manos y se fue acercando a él en un apretujamiento febril. Y seguía suplicándole con tono de voz más fuerte, en un clamor de desesperación tal, que, a lo lejos, también la oscura campiña parecía sollozar.

—Escucha, lo estuvo diciendo él en la iglesia... Precisas cambiar de vida y hacer penitencia; resulta necesario quemar cuanto haga referencia a errores pasados, ¡sí!, tus libros, tus legajos, tus manuscritos... Haz ese sacrificio,

maestro; te lo suplico de rodillas. Verás entonces la deliciosa existencia que podemos llevar juntos.

Finalmente, Pascal acabó por rebelarse abiertamente.

—¡No! ¡Has ido demasiado lejos, cállate!

—Si quisieras escucharme, maestro, harías lo que yo quiero... Te aseguro que soy terriblemente desgraciada, incluso queriéndote como te quiero. En nuestra ternura, falta algo aún. Hasta ahora ese afecto resultó vacío e inútil; siento la irresistible necesidad de llenarlo, ¡oh!, con todo lo que existe de divino y de eterno... ¿Qué puede faltarnos, dime, si no es Dios? ¡Arrodíllate junto a mí, reza conmigo!

El doctor se desprendió, irritado a su vez.

—Cállate, estás desvariando. Te dejé en completa libertad, déjame tú también a mí.

—¡Maestro, maestro!, ¡es nuestra dicha lo único que yo quiero! Te llevaré conmigo lejos, muy lejos. ¡Buscaremos cualquier lejana soledad para vivir en Dios!

—¡Cállate!... ¡No, jamás!

Por unos instantes permanecieron entonces frente a frente, silenciosos y amenazadores. Alrededor suyo, *La Souleiate*, parecía extender su silencio nocturno: las suaves sombras de los olivos, las tinieblas de sus pinos y de sus plátanos donde cantaba la entristecida voz de la fuente; y, sobre sus cabezas, parecía como si el vasto cielo acribillado de estrellas hubiera palidecido de un estremecimiento, no obstante hallarse el alba lejana aún.

Clotilde alzó los brazos como para mostrar el infinito de aquel cielo trémulo. Pero, con rápido ademán, Pascal había vuelto a cogerle la mano, y la siguió sujetando con la suya, inclinada hacia el suelo. Y, por otra parte, no volvió a pronunciarse una sola palabra; estaban ambos fuera de sí, sentíanse violentos y enemigos. Tratábase de una desavenencia tajante y profunda.

Bruscamente, retiró ella su mano y pegó un salto de costado, como si se tratara de un animal indómito y rebelde que se encabrita; luego, echó a correr a través de la noche, hacia la casa. Sobre los guijarros de la era se oyó el chasquido de sus menudas botinas, que enseguida quedó ensordecido en la arena de un sendero. El doctor, que ya se sentía desolado, la estuvo llamando con apremiante voz. Pero Clotilde ni escuchaba ni respondía; no cesaba de correr. Sobrecogido de miedo, con el corazón oprimido, se lanzó tras la joven, subió la escalera a saltos y fue a dar contra la puerta de su alcoba en el preciso momento en que ésta la cerraba violentamente para correr seguidamente el cerrojo. Ya allí, Pascal pareció calmarse; frenó su ímpetu, aunque no sin gran

esfuerzo por su parte, resistiéndose al impulso de seguir llamando, de derribar aquella puerta para verla de nuevo, tratar de convencerla y conservarla íntegra para sí. Durante unos momentos permaneció inmóvil frente al silencio de la alcoba de donde no salía ni el más ligero soplo. Con seguridad que se habría precipitado sobre el lecho, de través, para ahogar en la almohada sus gritos y lágrimas. Decidióse por fin el doctor a bajar, para cerrar la puerta del vestíbulo, subiendo otra vez enseguida para comprobar si no la oía quejarse; y estaba ya amaneciendo, cuando Pascal se metía en la cama, desesperado, ahogado en lágrimas.

A partir de entonces, aquello fue una guerra sin cuartel. Pascal se sintió espiado, moralmente acorralado, virtualmente amenazado por todas partes. No era dueño de sí mismo ni tenía ya casa propia: siempre estaba allí presente el enemigo, que le forzaba a temerlo todo, a cerrar con llave por doquier. Dos frasquitos de sustancia nerviosa que estaba fabricando, hubieron de ser recogidos, uno tras otro, hechos pedazos; y no tuvo más remedio que atrincherarse en su habitación, donde se le oía intentar amortiguar el ruido de su mano de almirez, sin que tan siquiera apareciese por la planta baja ni a las horas de las comidas. Los días de visita ya no se llevaba consigo a Clotilde, pues le desalentaba a los enfermos con su actitud de agresiva incredulidad. Y en cuanto acababa de cumplir su cometido, tan sólo quedaba al doctor una seria preocupación, la de regresar a toda prisa, temblando encontrar las cerraduras forzadas y saqueados los cajones. También dejó de valerse de la joven para clasificar y copiar sus apuntes, después de haber desaparecido algunos de ellos como pluma que se lleva el viento. Ni siquiera se atrevía a encargarla que corrigiese sus pruebas, después de haber constatado que en determinada ocasión le había recortado el párrafo entero de un artículo, cuyo contenido hería su fe católica. Y de ese modo permanecía ociosa, rondando por las distintas piezas de la casa, disfrutando del asueto preciso para vivir al acecho de la ocasión propicia que había de poner en sus manos la llave del armario grande. Ése debía de ser su sueño, el plan que bailaba por su cabeza, durante sus prolongados silencios, con las manos febriles y relucientes los ojos; hacerse con la llave, abrir, cogerlo todo, destruirlo todo en un auto de fe que forzosamente había de ser grato a Dios. Las escasas páginas de un manuscrito, por él olvidadas en un rincón de su mesa, habían desaparecido como por encanto en el escaso tiempo de ir el doctor a lavarse las manos y ponerse la levita, sin dejar más rastro que una pizca de ceniza en el fondo de la chimenea. Una tarde en que Pascal se había retrasado junto al lecho de un enfermo, cuando regresaba con el crepúsculo, un terror loco se había

apoderado de él, estando todavía en el suburbio al ver cómo una gruesa humareda remontaba en forma de torbellino, manchando el límpido cielo. ¿No sería *La Souleide* entera lo que estaba ardiendo, encendida por la alegre fogata de sus papeles? Regresó a paso de carrera, y no se sintió tranquilo hasta percibir, en un campo vecino, una hoguera hecha con raíces que humeaba con lentitud.

¡Y qué espantoso sufrimiento, ese constante tormento del sabio que se siente amenazado de tal modo en su inteligencia y en sus trabajos! Los descubrimientos que lleva hechos, los manuscritos que espera dejar a la posteridad, constituyen su auténtico orgullo, son seres, por los que fluye su propia sangre, como hijos suyos; y al destruirlos, quemándolos, se quemaría su propia carne. Y en medio de esa perpetua asechanza contra su modo de pensar, le torturaba sobre todo la idea de que, a esa enemiga que se hallaba en su propia casa, instalada hasta en su mismo corazón, no podía quitársela de encima, y que igualmente la seguía amando. Y así, permanecía desarmado, sin posible defensa, no queriendo tomar resolución alguna, desprovisto de cualquier otro recurso que no fuera permanecer vigilante y atento. El cerco se iba estrechando por todas partes, creía notar como se deslizaban por sus bolsillos aquellas manitas ladronzuelas; ni aún teniendo las puertas cerradas se sentía tranquilo, temiendo ser desvalijado a través de las rendijas.

—Pero, desdichada criatura —le gritó un día—, ¿eres lo único que quiero en el mundo, y eres tú también quien me está matando...! También me quieres, sin embargo, haces todo eso porque me amas; la casa en sí resulta desde luego abominable, y valdría más, creo yo, acabar de una vez atándonos una piedra al cuello y tirándonos seguidamente al agua.

La jovencita no contestaba, su valiente mirada hablaba bien claramente por sí sola, expresando en forma ardiente que estaba dispuesta a morir en aquel mismo instante, si era juntos los dos.

—Entonces, si yo muriese esta noche de repente, ¿qué sucedería mañana...? Vaciarías el armario, vaciarías los cajones y formarías un enorme montón con todas mis obras para quemarlas, ¿no es eso? Sí, ¿verdad? Y, ¿tienes conciencia de que eso constituiría un auténtico homicidio, lo mismo que si asesinas a alguien? Y, ¿qué repugnante cobardía además, la de matar el pensamiento!

—¡No! —respondió ella entonces con voz sorda—, ¡matar el mal, que no es lo mismo, impedir que se esparza y renazca!

Cualquier explicación o argumentación entre ellos se traducía en arrebatos de cólera. Los hubo en verdad terribles. Y, una tarde en que la anciana señora

Rougon se dejó caer por allí estando enzarzados en una de esas disputas, la vieja se quedó sola con Pascal, después de haber escapado Clotilde para buscar refugio en su alcoba. Reinó un silencio. A pesar del aire apesadumbrado que había adoptado la abuela, relucía el regocijo en el fondo de sus centelleantes ojos.

—Por lo que veo, ¡tu pobre casa es un infierno! —exclamó al fin.

El doctor, con un ademán, evitó responder. Siempre había presentido la presencia de la madre detrás de la jovencita, exasperando en ésta los sentimientos religiosos, valiéndose de ese fermento de rebelión para envenenar el hogar del hijo. Pascal no se hacía desde luego ilusión alguna; sabía perfectamente que, durante el día, las dos mujeres se habían visto, y que a ese encuentro debía, a todo un emponzoñamiento previo y sagaz, la espantosa escena que todavía le producía temblor. Su madre habría venido sin duda a comprobar los estropicios causados y a ver si se hallaba o no próximo el desenlace.

—Esto no puede continuar así —prosiguió ella—. ¿Por qué no os separáis el uno del otro, puesto que no encontráis manera de entenderos...? Debieras enviarla a hacer compañía a su hermano Maxime, que me escribió estos últimos días insistiendo en que se la mandásemos.

Rehecho ya, el doctor se había erguido, pálido y enérgico.

—¿Separarnos estando enfadados? ¡Ah, no, no!, equivaldría al eterno remordimiento, a crear una herida incurable. Si un día ha de irse, es mi mejor deseo que podamos seguir queriéndonos pese a la distancia... Pero ¿por qué va a marcharse, además? Ni el uno ni el otro se queja.

Felicité se dio cuenta entonces de que se había anticipado en demasía.

—Indudablemente; si eso de pegaros os complace, nadie tiene por qué meterse... Sólo que, en tal caso, permíteme decirte amiguito que doy un poco la razón a Clotilde. Me obligas a confesarte que estuve con ella hace un instante: ¡sí!, vale más que lo sepas, a pesar de haber prometido guardar silencio. Pues bien, la muchacha dista mucho de ser dichosa, se queja más de la cuenta, y ya puedes imaginarte que por lo que a mí se refiere la he amonestado, recomendándole una completa sumisión... Lo que no me impide, claro está, razonar por mi propia cuenta y considerar que estás haciendo cuanto está en tu mano para no ser feliz.

Felicité se había sentado y había obligado al hijo a sentarse en un rincón de la sala, donde parecía sentirse satisfecha de tenerle solo y a su merced. Ya en varias ocasiones había querido forzarle de ese modo a una explicación, que él por su parte, conseguía siempre soslayar. Aunque viniera torturándole hacía

años y tampoco él ignorase nada de la madre, siempre quedaba en Pascal el hijo deferente, que se había jurado a sí mismo no salirse jamás de esa obstinada actitud de respeto. Por ello, en cuanto la madre abordaba determinados temas, el doctor se refugiaba en el más absoluto silencio.

—Vamos a ver —siguió ella diciendo—, me hago cargo de que no quieres ceder ante Clotilde; pero ¿y tratándose de mí...? ¡Pon por caso que fuera yo quien te suplicase hicieras el sacrificio de acabar con esos abominables legajos que figuran en el armario! Admite por un instante que mueres de repente y esos papeles van a parar a manos extrañas: estamos todos deshonrados... No es eso lo que deseas, ¿verdad? ¿Cuál es tu finalidad entonces, por qué te obstinas en seguir adelante un juego tan peligroso...? Prométeme que los quemarás.

El hijo se callaba, aunque acabó no obstante por responder:

—Madre mía, se lo tengo suplicado infinidad de veces, no hablemos nunca de esas cosas... Lamento no poder complacerla.

—En fin —gritó ella—, pero dame por lo menos una razón. Diríase que nuestra familia te es tan indiferente como la boyada que pasa por allá. Y, sin embargo, formas parte de ella... ¡Oh!, sé lo que vas a contestarme, que haces todo lo posible para que no lo parezca. Yo misma me siento asombrada a veces, e insisto en preguntarme de dónde puedes haber salido. E incluso encuentro más que reprochable por parte tuya, el que te expongas de ese modo a salpicarnos de lodo, sin que te veas detenido por la idea de la pena que me causas, a mí, a tu madre... Se trata simplemente de una mala acción.

Pese a su voluntad de permanecer silencioso, Pascal se rebeló, cediendo por unos instantes a la necesidad impulsiva de defenderse.

—Se expresa con dureza, madre; y además está equivocada... Siempre creí en la necesidad, en la eficacia absoluta de la verdad. Es cierto, lo cuento todo con relación a los demás y también respecto de mí mismo; y si hago eso, no obstante, es porque creo firmemente que, diciéndole todo, es como hago el único bien posible... En principio, esos legajos no están destinados al público, no constituyen sino apuntes personales, de los que me sería doloroso separarme. Comprendo perfectamente por otra parte, que no son solamente esas notas lo que usted quemaría: todos mis demás trabajos serían asimismo arrojados al fuego, ¿no es eso?, y eso es precisamente lo que yo no quiero, ¡compréndalo...! Mientras yo viva, jamás será destruido aquí ni una sola línea de cuanto hay escrito.

Pero, ya en aquel preciso momento se estaba lamentando de haber hablado tanto, pues la veía acercarse a él, coaccionándole, llevándole sin

remedio a la cruel explicación que trataba de evitar.

—Entonces, llega hasta el final, y dime claramente qué es lo que nos reprochas... Sí, a mí por ejemplo, ¿qué es lo que me echas en cara? No será, creo yo, el haberos educado con tanto esfuerzo. ¡Ah!, ¡la fortuna tardó mucho en ser conquistada! Y si hoy en día disfrutamos de algún bienestar, con mucha rudeza lo ganamos. Puesto que todo lo has visto y todo lo vas anotando en tus papelotes, bien podrás testimoniar que la familia rindió a los demás un número de servicios mayor del que ella por su parte recibiera. En dos ocasiones, y de no haber sido por nosotros, ¡en menudo lío se hubiera visto envuelto Plassans! Y es lo más natural, sin embargo, que, a cambio, no hayamos cosechado más que ingratitudes y envidias, hasta el extremo de que, aún hoy, la ciudad entera rebosaría de satisfacción ante un escándalo que nos dejara salpicados de cieno... Tú no puedes querer eso, y estoy más que segura de que rindes justicia a la dignidad de mi actitud, después de la caída del Imperio y de las desdichas de las que Francia jamás se repondrá sin duda.

—¡Deje a Francia en paz, madre mía! —dijo de nuevo Pascal, mostrando con ello hasta qué punto la vieja iba tocando con destreza los puntos que se sabía más sensibles—. Francia tiene una vida pletórica, resistente, y estimo que se halla en trance de asombrar al mundo con la rapidez de su convalecencia... Existen ciertamente en ella, elementos podridos. No he tenido por qué ocultarlos, y aún quizá los exhibí demasiado. No me entiende gran cosa, si imaginó en algún momento que creo en el humilde final, porque saco a relucir las llagas y las resquebrajaduras. Creo firmemente en la vida que va eliminando sin cesar los cuerpos nocivos, que rehace la carne para cerrar las heridas, que se encamina en todo caso hacia la salud, hacia la continua renovación, por entre las impurezas y la muerte.

Iba exaltándose; tuvo conciencia de ello, realizó un ademán de cólera, y ya no habló más. A su madre le había dado por echarse a llorar, vertiendo unas lagrimitas cortas, difíciles, que enseguida se secaban. Y todo era volver sobre los temores que entristecían su vejez, al tiempo que le suplicaba, ella también, que se pusiera a bien con Dios, por respeto a la familia al menos. ¿No era ella la primera en dar ejemplo de valor? Plassans entero, el barrio viejo y la villa nueva, ¿no rendían homenaje, por igual, a su altiva resignación? Tan sólo pedía que la prestaran ayuda; exigía de todos sus hijos un esfuerzo parecido al suyo. Y citaba el ejemplo de Eugène, el gran hombre, caído desde tan alto y que se prestaba no obstante a ser un simple diputado, dispuesto a defender hasta exhalar el último aliento, el desaparecido régimen, de cuya gloria había sido partícipe. Tampoco paraba mientes la madre en

colmar de elogios a Aristide, que jamás desesperaba, que acabaría conquistando otra vez bajo el nuevo régimen, toda una magnífica posición, a pesar de la injusta catástrofe que le había de momento sepultado, entre los escombros de la Unión universal. Y él, Pascal, ¿sería capaz de permanecer solo y aparte? ¿No haría nada para que ella pudiera morir en paz, con el gozo del triunfo final de los Rougon? ¡Él, que tan inteligente, tan sentimental y tan bueno era! ¡Por mucho que se empeñara no lo concebía!, estaba convencida de que el domingo siguiente iría a misa y de que a continuación quemaría aquellos viles papeles, el pensar en los cuales tan sólo, la ponía mala. Y, de ese modo, suplicaba, recomendaba, amenazaba. Pero él, ya no se dignaba contestarla, sosegado, invencible, en su consabida actitud de extremada deferencia. No quería que se entablara discusión, la conocía demasiado para esperar convencerla y para atreverse a comentar el pasado con ella.

—En fin, ¡que no tienes remedio! —exclamó la madre en cuanto se dio cuenta de que adoptaba una postura inconmovible— está visto que no eres de los nuestros, como estoy harta de decir. Nos deshonoras.

El hijo inclinó la cabeza.

—Madre mía, sé que reflexionará y sabrá perdonarme.

Ese día, Felicité se marchó fuera de sí; y, al encontrar a Martine a la puerta de la casa, delante de los plátanos, se solazó con ella, aunque sin saber que Pascal, metido de nuevo en su habitación, cuyas ventanas se hallaban abiertas, lo oía todo desde allí. La anciana daba rienda suelta a su resentimiento, juraba llegar al extremo incluso de apoderarse de los papeles y destruirlos, puesto que el hijo no se prestaba voluntariamente a hacer ese sacrificio. Pero, lo que dejó helado al doctor fue la forma en que Martine trataba de calmarla, con voz apagada. Evidentemente era un cómplice, repetía una y otra vez que era preciso tener paciencia, esperar, no hacer nada alocadamente, que la señorita y ella se habían conjurado para acabar con el señor, no dejándole en paz ni siquiera una hora. Mediaba un juramento y lograrían desde luego reconciliarle con Dios, porque no era posible que un santo varón como el señor siguiera sin profesar religión. Y las voces de las dos mujeres fueron bajando de tono, hasta no ser muy pronto más que un ligero cuchicheo, un murmullo ahogado de comadreo y de complot, del que no era posible captar más que palabras aisladas, órdenes dadas, medidas tomadas, toda una invasión formal de su libre personalidad. Cuando su madre se marchó al fin, la vio alejarse muy satisfecha, con su paso ligero y su esbeltez de jovencita.

Pascal vivió una hora de desfallecimiento y de absoluta desesperación. Preguntábase a sí mismo para qué luchar, puesto que todos aquellos seres en quienes había depositado su cariño, se aliaban contra él. ¡Esa Martine que hubiera sido capaz de arrojarse al fuego a una sola palabra suya, y que le traicionaba de ese modo diciendo hacerlo por su propio bien! Pues, ¿y Clotilde? ¡Confabulada con aquella criada, conspirando por los rincones, haciéndose ayudar por ella, para mejor tenderle las trampas! Ahora sí que se hallaba bien solo, sólo traidoras tenía alrededor suyo; hasta el aire que respiraba se procuraba envenenar. Por lo que se refería a estas dos, estaba convencido de que le querían de veras, y con el tiempo, acaso hubiera llegado a enternecerlas; pero, desde que sabía que su madre estaba tras ellas, se explicaba mejor que nunca su encarnizamiento y no esperaba ya volver a hacerse con ellas. En su timidez de hombre que había vivido para el estudio, al margen de las mujeres, pese a la pasión que le inspiraban, la idea de que eran tres a odiarle y dispuestas además a doblegar su voluntad, le tenía abrumado. Siempre creía tener a alguna de ellas a sus espaldas; cuando se encerraba en su habitación, las imaginaba al otro lado del tabique; le tenían de continuo obsesionado, con el constante temor a que llegaran a robarle sus propias ideas, si permitía que fueran leídas en el fondo de su cerebro, antes incluso de que llegara a formularlas.

Fue aquélla ciertamente la época de su vida en que Pascal se consideró el más desdichado de los seres. El perpetuo estado de defensa en que se veía forzado a vivir le quebrantaba por completo; pareciéndole a veces que el suelo de su casa huía bajo sus pies. Y experimentó entonces muy limpio, auténtico lamento por no haberse casado y haber tenido un hijo. ¿Sería acaso que él mismo había tenido miedo a la vida? ¿No habría recibido aún su egoísmo el merecido castigo? La tristeza de no tener un hijo le angustiaba a veces; a aquellas alturas ya, se le llenaban los ojos de lágrimas cuando encontraba por los caminos niñitas de ojos claros que le sonreían. Allí estaba Clotilde, ¡qué duda cabe!, pero se trataba indudablemente de otra clase de ternura, cruzada al presente por borrascosas tormentas, y no de una ternura sosegada, infinitamente dulce, cual es la del niño, en donde hubiera querido refugiarse su lastimado corazón. Además, y viendo acercarse el final de su vida, lo que hubiera querido sobre todo es la continuidad de sí mismo, el hijo que le hubiera perpetuado. A medida que más sufría, mejor hubiera encontrado un consuelo legando ese sufrimiento, dada su fe en la vida. Creíase desde luego indemne a las taras fisiológicas de la familia; y, no obstante pensar que la herencia saltaba a veces una generación, y que, en un hijo suyo, podían

reaparecer las perturbaciones de los abuelos, semejante temor no constituía freno para él; de modo y manera que ese desconocido hijo, pese a lo podrido del antiguo tronco, no obstante la larga sucesión de parientes execrables, le deseaba aún ciertos días, como se desea una ganancia inesperada, la dicha poco común, el golpe de fortuna que consuela y enriquece para siempre jamás. Y con el desquiciamiento de sus demás cariños, su corazón sangraba, porque era ya demasiado tarde.

Una pesada noche de fines de septiembre, Pascal no pudo dormir. Abrió una de las ventanas de su alcoba, el cielo estaba negro, alguna tormenta debía pasar a lo lejos, pues se oía un continuo retumbar de truenos. Distinguía a duras penas la sombría masa de los plátanos, que, de tanto en tanto, hacían resaltar las luces de los relámpagos, con su color verde tristón en medio de las tinieblas. Tenía el alma saturada por una sensación de espantoso infortunio, revivía en su mente las últimas desastrosas jornadas, disputas sin fin, la tortura de posibles traiciones, de sospechas que cada vez iban adquiriendo mayor volumen, cuando, de pronto, un recuerdo agudo le hizo estremecerse. En su temor a ser saqueado, había acabado por llevar siempre encima la llave del armario grande. Pero aquella tarde, agobiado por el calor, se había quitado su chaqueta, y recordaba haber visto a Clotilde cogerla y colgarla en la sala. Un brusco terror se apoderó de él: si la muchacha había notado que la llave estaba en el fondo de su bolsillo, con seguridad que la había robado. Bajó precipitadamente y estuvo hurgando en el bolsillo de la chaqueta que acababa de echar sobre una silla. La llave no estaba allí ya. En aquel mismo momento procedían a desvalijarle: tuvo la clara sensación. Sonaron las dos de la mañana; no se tomó la molestia de vestirse, sino que siguió con los pantalones simplemente, con los pies desnudos metidos en unas zapatillas, el pecho desnudo bajo su camisa de noche desatada; y, violentamente, empujó la puerta, penetrando en la sala, sin llevar una bujía en la mano.

—¡Ah! ¡Ya me lo imaginaba yo! —se puso a gritar—. ¡Ladrona! ¡Asesina!

Y además era verdad; allí estaba Clotilde, desvestida como él, con los pies desnudos enfundados en sus chinelas de paño, desnudas piernas y brazos, así como los hombros, cubierta tan sólo con una corta enagua y su camisa. Por prudencia no se había traído consigo ninguna vela, contentándose con abrir los postigos de una ventana; y la tormenta que pasaba enfrente, hacia el Mediodía, en aquel tenebroso cielo, los continuos relámpagos le resultaban más que suficientes, al bañar los objetos con su lívida fosforescencia. El viejo armario, de anchos costados, estaba abierto de par en par. Había ya vaciado el

estante de arriba, bajando los legajos con ambos brazos, para irlos luego lanzando sobre la larga mesa de en medio, donde iban amontonándose en revoltillo. Y, febrilmente, temiendo no tener tiempo para quemarlos, estaba a punto de hacer unos paquetes con ellos, con idea de esconderlos y enviarlos enseguida a su abuela, cuando la súbita claridad de una bujía que el doctor encendió, iluminándolo todo, la dejó inmóvil, en actitud de sorpresa y de lucha.

—¡Me robas y me asesinas! —repetía furiosamente Pascal.

Entre sus desnudos brazos aún conservaba uno de los legajos. Quiso quitárselo él. Pero ella lo estrechaba contra sí con todas sus fuerzas, obstinada en su obra de destrucción, sin mostrar confusión ni arrepentimiento, como combatiente que cree tener de su parte el mejor derecho. Él, entonces, ciego, alocado, se abalanzó sobre la muchacha, y lucharon entre sí. La había cogido entre sus brazos, y al apretar mucho lastimaba sus desnudas carnes.

—¡Mátame, pues! —balbuceó Clotilde—. ¡Mátame, o lo hago todo trizas!

Pero él la seguía teniendo sujeta, trabada a su propio cuerpo y apretando con tal rudeza que la joven casi no podía respirar.

—¡Cuando una niña roba, se la castiga!

Habían aparecido algunas gotas de sangre, cerca de la axila, a lo largo de sus redondeados hombros, en los que una contusión cortaba aquella delicada piel de seda. Y, por unos momentos, la notó tan jadeante, tan divina en la fina prolongación de su cuerpo virginal con sus afiladas piernas, sus sutiles brazos y su delgado torso de senos menudos y duros, que el doctor acabó soltándola. En un último esfuerzo, había conseguido arrancarle el legajo.

—Y ahora vas a ayudarme a colocarlos de nuevo allí arriba, ¡maldita sea! Ven aquí, empieza por ordenarlos sobre la mesa. ¡Obedéceme! ¿Lo oyes bien?

—¡Sí, maestro!

Se acercó en efecto y le estuvo ayudando, subyugada, quebrantada por aquel apretón de hombre que había como penetrado en su carne. La vela que ardía con una llama alta en la pesadez de la noche, les alumbraba; el lejano retumbar de los truenos no cesaba, y la ventana orientada a la tempestad, parecía estar ardiendo.

V

POR unos instantes, Pascal tuvo su mirada puesta sobre los legajos, cuya pila parecía enorme, como arrojada así al azar sobre la alargada mesa, que ocupaba el centro de la estancia de trabajo. En el revoltijo armado, habíanse abierto varias de las carpetas de cartón azul, y de las mismas rebosaban documentos, cartas, recortes de periódicos, escritos en papel sellado, notas manuscritas.

Con vistas a clasificar de nuevo los paquetes, el doctor se dedicaba a buscar los titulares que aparecían escritos con gruesos caracteres en las carpetas, cuando de pronto y con ademán resuelto, pareció salir de la sombría abstracción en que se hallaba sumido. Y, volviéndose hacia Clotilde, que esperaba erguida, muda y pálida, le dijo:

—Escucha, siempre te prohibí leer estos papeles, y sé que me has obedecido... Sí, me dominaban una serie de escrúpulos. Y no precisamente porque seas, como a otras ocurre, una muchacha ignorante, pues que yo mismo te dejé que aprendieras cuanto afecta al hombre y la mujer, estimando que nada hay en ello de perverso, más que para las naturalezas torcidas... Sólo que, ¿para qué zambullirte demasiado pronto en esa terrible verdad humana? Te ahorré, por esa razón, el que conocieras la historia de nuestra familia, que es en definitiva la de la humanidad entera: mucho de malo y también de bueno...

Detúvose unos instantes, pareció como afirmarse en su decisión, sosegado al presente y dejando traslucir una soberana energía.

—Tienes veinticinco años, que te imponen el deber de saber... Y, además, una pacífica existencia ya no resulta posible entre nosotros; vives y me haces vivir en una constante pesadilla, con la obsesión de tu sueño. Prefiero por consiguiente que la realidad, por execrable que sea, desfile ante nuestros ojos. La conmoción que va a producirte, acaso haga de ti la mujer que debes ser... Vamos a clasificar de nuevo juntos estos legajos, a hojearlos y leerlos, ¡una terrible lección de vida en verdad!

Luego, como sea que ella siguiera sin moverse, añadió:

—Es preciso ver con suficiente luz; enciende las otras dos bujías que están allí.

Un profundo afán de inmensa luminosidad se había apoderado de él; de serle posible, hubiera querido valerse de la cegadora luz del sol; y, estimando que las tres bujías no alumbraban aún lo suficiente, fue presuroso a su alcoba para traerse los candelabros de dos brazos que allí tenía. Las siete bujías fueron encendidas. Pese a lo cual, siguieron ambos sin darse cuenta de la falta de orden y concierto que se observaba en sus vestiduras, él con el pecho al descubierto, la joven con el hombro izquierdo manchado de sangre, el escote y los brazos desnudos. Acababan de sonar las dos, y ninguno de los dos tenía conciencia de la hora: iban a pasarse la noche sumidos en aquella pasión de saber, sin necesidad alguna de sueño, al margen del tiempo, fuera del mundo físico y tangible. La tormenta, que seguía observándose en el horizonte de la abierta ventana, zumbaba más fuerte.

Jamás Clotilde había visto a Pascal con semejantes ojos de fiebre ardiente. Hacía varias semanas que Pascal venía dando muestras de agotamiento, sus angustias morales hacían que se mostrara brusco a veces, pese a su habitual conciliadora bondad. Pero, parecía como si una infinita ternura, trémula por completo de fraternal compasión, se operase en él, cuando tenía que descender al análisis y consideración de las dolorosas verdades de la existencia; y, era de apreciar, había algo grande y de extremada indulgencia a la vez, que emanaba de la persona del doctor, dispuesto a revelar a la joven el espantoso desastre de la realidad de los hechos. Su voluntad estaba dispuesta a ello, lo diría todo, puesto que precisa contarle todo para curar. La historia de aquellos seres que tan de cerca les tocaban, ¿no entrañaba en sí el supremo argumento de una fatal evolución? Así era la vida y precisaba vivirla. E, indudablemente, la joven saldría empapada, llena de tolerancia y de valor.

—Te azuzan contra mí —prosiguió—, hacen que cometas abominables actos, y es tu propia conciencia lo que quiero devolverte. Cuando sepas a qué atenerte, tú misma juzgarás y obrarás en consecuencia... Acércate, lee conmigo.

La joven obedeció. Aquellos legajos, sin embargo, de los que su abuela hablaba con tanta cólera, la asustaban un poco; al tiempo que una cierta curiosidad iba despertando en ella, para ir aumentando gradualmente. Además, por muy dominada que la tuviera la autoridad viril que acababa de calmarla y abatirla, la muchacha permanecía en guardia, se reservaba para el final. ¿Qué de malo podía haber en escuchar al doctor y leer con él? ¿Perdía

por ello acaso el derecho a aceptar o rechazar, seguidamente y sin más? Permanecía, pues, a la espera.

—Vamos a ver, ¿quieres?

Para empezar le enseñó el árbol genealógico de los Rougon-Macquart. No lo guardaba de ordinario en el armario, sino que lo tenía en el secreter de su alcoba, de donde lo había cogido cuando fuera a buscar los candelabros. Lo tenía al corriente desde hacía más de veinte años, anotando los nacimientos y las defunciones, los matrimonios, los hechos de familia importantes, distribuyendo en notas breves los diversos casos, según su teoría de la herencia. Tratábase de una enorme hoja de papel amarillento, con los pliegues gastados y cortados por el uso, y sobre la cual se alzaba, dibujado con fuertes trazos un árbol simbólico, cuyas desplegadas ramas, subdivididas, formaban cinco hileras de anchas hojas; y cada hoja llevaba anotado un nombre y, en fina escritura, contenía una biografía, un caso hereditario.

Un regocijo de sabio se había adueñado del doctor, a la vista de aquella labor de veinte años, donde se hallaban aplicadas, tan limpiamente y de modo tan completo, las leyes de la herencia establecidas por él.

—¡Mira, mira, hijita! Sabes lo bastante, has copiado suficientemente mis apuntes, para alcanzar a comprender... ¿No constituye algo realmente hermoso, semejante conjunto, un documento tan definitivo y completo, en el que no existe ni un solo hueco? Diríase tratarse de un experimento de gabinete, de un problema planteado y resuelto en la pizarra... Mira aquí abajo, este es el tronco, la estirpe común, representada por la tía Dide. Surgen después las tres ramas, la legítima, Pierre Rougon, y las dos bastardas, Ursule Macquart y Antoine Macquart. A continuación, nuevas ramas ascienden y se ramifican: por un lado, Maxime, Clotilde y Victor, los tres hijos de Saccard, y Angélique, la hija de Sidonie Rougon; y por otro, Pauline, la hija de Lisa Macquart, y Claude, Jacques, Etienne, Anna, los cuatro hijos de Gervaise, su hermana. Allá, Jean, el hermano: ese que figura en la punta. Y observa ahora, aquí, en medio, lo que yo llamo el nudo, el brote o desenvolvimiento legítimo y el desarrollo bastardo uniéndose en Martine Rougon y su primo François Mouret, para dar nacimiento a tres nuevas ramas, Octave, Serge y Désirée Mouret; y aún tenemos, como descendientes de Ursule y del sombrerero Mouret, a Silvere cuya trágica muerte conoces, a Helene y a su hija Jeanne. Arriba de todo, en fin, están las últimas ramillas, el hijo de tu hermano Maxime, nuestro pobre Charles, y otras dos criaturas fallecidas, Jacques-Louis, el hijo de Claude Lantier, y Louiset, el hijo de Anna Coupeau... Cinco generaciones en total, un árbol humano que cuenta ya con cinco primaveras, a

través de cinco renovaciones de la humanidad, y que ha hecho crecer tallos, bajo la ola de savia de la eterna vida.

El doctor se animaba cada vez más; su dedo se puso a señalar los diversos casos, sobre la vieja hoja de papel amarillento, cual si lo estuviera haciendo sobre una tabla anatómica.

—Y te repito que todo está aquí... Comprueba si no, en la herencia directa, las elecciones: la de la madre, Silvere, Lisa, Désirée, Jacques, Louiset, tú misma; la del padre, Sidonie, François, Gervaise, Octave, Jacques-Louis. Aquí están también, los tres casos de mezcla: por soldadura, Ursule, Aristide, Víctor; por diseminación, Maxime, Sèrge, Etienne; por fusión, Antoine, Eugenie, Claude. Tuve incluso que especificar un cuarto caso muy notable, el de la mezcla equilibrada, Pierre y Pauline. Y se establecen además las variedades; la elección de la madre, por ejemplo, lleva normalmente consigo y entraña el parecido físico al padre, aunque en algún caso sucede todo lo contrario; de igual modo que, en la mezcla, el predominio físico y moral pertenece a un factor u otro, según las circunstancias... Aquí puedes ver seguidamente la herencia indirecta, la de los colaterales: no tengo más que un ejemplo bien sentado, el del impresionante parecido físico de Octave Mouret con su tío Eugène Rougon. Tampoco tengo más que un ejemplo de la herencia por influencia: Anna, la hija de Gervaise y de Coupeau, se parecía de un modo asombroso, sobre todo en su infancia, a Lantier, el primer amante de su madre, como si la hubiera impregnado para siempre jamás... Pero donde me considero extremadamente rico en cambio, es en la herencia por retroceso: los casos más hermosos, Martine, Jeanne y Charles, pareciéndose los tres a tía Dide, ponen de manifiesto el parecido mediante saltar una, dos y tres generaciones. Se trata con seguridad de un fenómeno excepcional, pues no creo gran cosa en el atavismo; tengo la impresión de que los elementos nuevos aportados por los consortes, los accidentes y la variedad infinita de las mezclas, han de borrar muy rápidamente los caracteres particulares, de modo y manera que vuelven a conducir al individuo al tipo general... Y queda el innato, Hélène, Jean, Angélique. Es la combinación, la mezcla química, donde se confunden los caracteres físicos y morales de los progenitores, sin que nada de ellos parezca reflejarse en el nuevo ser.

Se impuso un silencio. Clotilde le había estado escuchando con profunda atención, queriendo comprender. Y él, ahora, permanecía absorto, con la mirada siempre fija en el árbol en su afán de juzgar objetivamente su obra. Y siguió pausadamente, como si hablara consigo mismo:

—Sí, todo ello es tan científico como la capacidad humana lo permite... No he hecho figurar aquí más que a los miembros de la familia, y hubiera debido otorgar una parte igual a los cónyuges, a los padres y a las madres llegados de fuera y cuya sangre se mezcló a la nuestra, contribuyendo a modificarla desde entonces. Había proyectado un árbol matemático, y de acuerdo con el cual, el padre y la madre legaban por mitad al hijo, de generación en generación; de forma que, según esa norma, en Charles por ejemplo, la parte de tía Dide no era más que de un duodécimo: lo que resultaba absurdo, puesto que el parecido físico en este caso resulta total. Creí suficiente, por lo tanto, hacer indicación de los elementos venidos de fuera, teniendo en cuenta los matrimonios y el nuevo factor que cada vez introducen... ¡Ah!, ¡esas ciencias principiantes, esas ciencias en que la hipótesis balbucea y en las que la imaginación sigue siendo dueña y señora, son del dominio de los poetas más que del de los sabios! Los poetas, van en vanguardia, como exploradores, y a menudo descubren comarcas vírgenes, indicando soluciones próximas. Entre la verdad conquistada, definitiva, y lo desconocido, ese desconocido del que arrancará la verdad del día de mañana, existe un margen que les pertenece... ¡Qué inmenso cuadro al fresco se podría pintar, qué colosales comedia y tragedia humanas escribir, tomando como punto de partida la herencia, que constituye la génesis misma de las familias, de las sociedades y del mundo!

Con la mirada perdida, Pascal seguía su propio pensamiento, extraviándose en él. Con brusco movimiento volvió, no obstante, a los legajos, y apartando el árbol de delante de sí, dijo:

—Volveremos a cogerlo enseguida; pues, para que ahora sigas comprendiendo, precisa que los hechos se desenvuelvan y veas en acción a todos esos actores, rotulados allí con simples notas que los resumen... Yo iré nombrando los lejanos, y tú entonces me los irás pasando uno a uno; de ese modo podré enseñarte y te explicaré lo que cada uno de ellos contiene, antes de volverlos a colocar allí arriba, en el estante... No seguiré un orden alfabético, sino que me guiaré por la sucesión misma de los hechos. Hace ya mucho tiempo que quiero hacer esa clasificación... Vamos, ve leyendo los nombres que figuran en las carpetas. Para empezar, tía Dide.

En aquel momento, una esquina de la tormenta que incendiaba el horizonte, cogió al sesgo *La Soulejade*, y estalló sobre la casa en forma de diluvio. Pero ni tan siquiera pensaron en cerrar la ventana. No oían ni el retumbar de los truenos, ni el continuo chorreo de aquel diluvio que azotaba la techumbre. La joven le había pasado el legajo que llevaba el nombre de tía

Dide, escrito con gruesos caracteres; y Pascal se puso a sacar del mismo toda clase de papeles, antiguos apuntes tomados por él que empezó a leer.

—Alárgame Pierre Rougon... Dame Ursule Macquart... Entrégame Antoine Macquart...

Silenciosa, la jovencita le obedecía en cada ocasión, con el corazón oprimido por una especie de angustia, motivada por cuanto iba oyendo. Y los legajos iban desfilando, exhibían sus documentos para luego volver a apilarse en el armario.

Aparecieron primero los orígenes, Adélaide Fouque, aquella joven alta desequilibrada, la primera lesión nerviosa, inicio o nacimiento de la rama legítima, Pierre Rougon, y las dos ramas bastardas. Ursule y Antoine Macquart, toda una tragedia aburguesada y sanguinolenta encuadrada en el marco del golpe de Estado de diciembre de 1851; los Rougon, Pierre y Félicité, salvando el orden en Plassans, salpicando con sangre de Silvere su incipiente fortuna, en tanto que Adelaide, ya envejecida, la desgraciada tía Dide, era encerrada en las Tulettes, como una especie de espectro de la expiación y de la espera. Desencadenábase a continuación la jauría de los desenfrenos, el apetito soberano de poder en Eugène Rougon, el gran hombre, el águila de la familia, desdeñoso, apartado de los intereses vulgares, amante de la fuerza por la fuerza, conquistando París con viejas botas junto con los aventureros del próximo Imperio pasando de la presidencia del Consejo de Estado a una cartera de ministro, forjado por su propio bando, toda una hambrienta clientela que le sostenía con vistas a roerle, vencido en un momento dado por una mujer, la bella Clorinde, que estúpidamente llegó a desear en forma ardiente; pero tan auténticamente poderoso y fuerte, quemado por tal deseo de ser el amo, que conseguía reconquistar el poder, merced a un descarado mentís de su vida entera y en marcha hacia su triunfal reinado de viceemperador. En Aristide Saccard, el apetito se encaminaba hacia los bajos goces, el dinero, las mujeres, el lujo, un hambre devoradora que motivó se lanzara a la calle, aprovechando desde su inicio la ventolera de especulación que soplabá por la ciudad, horadándola por doquier para luego reconstruirla, dando lugar a que en un plazo de seis meses nacieran vergonzosas fortunas, tan pronto devoradas como vueltas a rehacer; una verdadera orgía del oro, cuya creciente borrachera llegó a dominarle hasta el extremo de impulsarle, no estando aún frío el cuerpo de su difunta mujer Angèle, a vender su propio nombre para conseguir los primeros cien mil indispensables francos, casándose con Renée; y esa misma voráGINE le conducía más adelante, en un momento de crisis pecuniaria, a tolerar el incesto, cerrando los ojos ante los

amores de su hijo Maxime y de su segunda mujer, en medio del fulgor deslumbrante de un París divertido e inconsciente. Y era el propio Saccard quien, algunos años después, ponía en movimiento el enorme lagar de millones del Banco Universal; Saccard, nunca vencido, Saccard pegando un enorme salto, elevado hasta la cumbre de la inteligencia y valentía de gran financiero, comprendiendo el papel bravío y civilizador del dinero, librando, ganando y perdiendo batallas en la Bolsa, como Napoleón en Austerlitz y Waterloo, engullendo en el desastre a todo un mundo de gentes dignas de la mayor compasión, dejando suelto por la desconocida senda del crimen a su hijo natural Victor, desaparecido y huido por las sombrías noches; y, encontrándose él mismo bajo la protección impasible de la injusta naturaleza, amado por la adorable señora Caroline, como recompensa sin duda a su execrable vida. Y ahí, en ese mantillo de estiércol, crecía un lirio inmaculado, Sidonie Rougon, siempre complaciente con su hermano Saccard, la alcahueta en cientos de enjuagues turbios, que tuvo de un desconocido como hija a la divina Angélique, la menuda bordadora de dedos de hada que tejía en el oro de las casullas el sueño de su príncipe encantador, tan embebida por sus compañeras las santas, tan poco hecha a la dura realidad, que obtenía la gracia de morir de amor, el día de su boda al recibir el primer beso de Fécilien de Hauteceur, en medio del resonar de campanas por la gloria de sus bodas reales. Entonces es cuando aparecía el nudo de las dos ramas, la legítima y la bastarda. Marthe Rougon contraía matrimonio con su primo François Mouret, un apacible hogar, lentamente desunido, para desembocar en las peores de las catástrofes, una dulce y triste mujer cogida, explotada y zarandeada por la formidable máquina de la guerra entablada con motivo de la conquista de una ciudad; sus tres hijos le fueron como arrancados, dejaba hasta su corazón bajo el enérgico puño del abate Faujas; y los Rougon salvaban por segunda vez a Plassans, mientras ella agonizaba al resplandor del incendio en el que su marido, loco de rabia acumulada y de afán de venganza, ardía junto con el sacerdote. De los tres hijos, Octave Mouret era el conquistador audaz, el espíritu transparente, resuelto a pedir a las mujeres la influencia soberana sobre París; caído en el medio ambiente de una burguesía echada a perder, forjándose en ella una terrible educación sentimental, pasando del fantástico rechazamiento de la una al muelle abandono de la otra, saboreando hasta las heces las desazones del adulterio, aunque manteniéndose felizmente activo, trabajador y batallador; apartado luego, poco a poco, hasta engrandecerse incluso, al margen de aquel podrido mundo cuyo crujido resultaba factible percibir. Y, victorioso, Octave Mouret conseguía revolucionar el comercio de

envergadura, hería de muerte a las prudentes tiendecitas del anticuado tráfico mercantil, para plantar en medio del enfebrecido París el colosal palacio de la tentación, deslumbrante de arañas, desbordando terciopelos, sedas y encajes, ganando en fin una fortuna de rey mediante explotar a la mujer, que vivía bajo su despreciativa sonrisa, hasta el día en que una muchachita vengadora, la muy sencilla e inteligente Denise, conseguía dominarle y tenerle a sus pies, deshecho de dolor, mientras ella no se dignara a concederla la gracia, ella que tan pobre era, de casarse con él; todo ello en medio de la apoteosis de su Louvre, bajo la azotante lluvia de oro de las recaudaciones. Quedaban los otros dos hijos, Serge Mouret y Désirée Mouret, ésta inocente y sana, cual feliz animalito, aquél, refinado y místico, deslizado en el sacerdocio por un accidente nervioso de su casta, para reanudar la adámica aventura en el legendario Paradou; renacía con su amor a Albine, a la que poseía y perdía en el seno de la gran naturaleza cómplice; seguidamente, captado de nuevo por la Iglesia, la eterna guerra a la vida, luchando por la muerte de su sexo, arrojando sobre el cuerpo de Albine muerta, el puñado de tierra del oficiante, a la misma hora en que Désirée, la fraternal amiga de los animales, se arrebatava de gozo por entre la caldeada fecundidad de su corral. Más lejos, se abría un horizonte de vida dulce y trágica; Hélène Mouret vivía apaciblemente con su hijita Jeanne, en las alturas de Passy, dominando París, océano humano sin límites y sin fondo, y frente al cual se desarrollaba aquella dolorosa historia, la pasión de Hélène por alguien circunstancial, por un médico que, por azar, acude durante la noche a la cabecera de su hija; surgen entonces los celos enfermizos de Jeanne, celos de enamorada instintiva disputando a su madre el amor, tan agobiada ya de doliente pasión, que moría la pobrecilla víctima del devaneo de la madre; terrible precio de una hora de deseo en toda una vida de cordura, para aquella pobre chiquita que, muerta, quedaba allá sola, bajo los cipreses del mudo cementerio, frente al eterno París. Con Lisa Macquart empezaba la rama bastarda, fresca y sólida en ella, poniendo de manifiesto la prosperidad del vientre, cuando en el umbral de su charcutería, con su blanco delantal puesto, sonreía a los Mercados centrales, donde refunfuñaba el hambre del pueblo, la secular batalla entre Gordos y Flacos; el flaco Florent, su cuñado, execrado, perseguido por las gruesas pescaderas y tenderas, y al que la misma grasienta salchichera, de una absoluta probidad, pero sin posible perdón, hacía detener como republicano, convencida de que así trabajaba por la feliz digestión de todas las gentes honradas. De esa madre nacía la más sana, la más humana de las hijas, Pauline Quenu, la ponderada, la razonable, la virgen que conocía y aceptaba

la vida, poniendo una pasión tal en su amor hacia el prójimo que, a pesar de la rebelión de su fecunda pubertad, entregaba su prometido Lazare a una amiga, y salvaba después al hijo del desunido matrimonio, convirtiéndose en su auténtica madre, siempre sacrificada, arruinada, triunfante y alegre, en su rincón de monótona soledad frente a la grandiosidad del mar, por entre todo un pequeño mundo de seres dolientes que aullaban su dolor y no querían morir. Seguía, a continuación, Gervaise Macquart, con sus cuatro hijos, Gervaise coja, bonita y trabajadora, a quien su amante Lantier arrojaba al arroyo de los suburbios, donde acababa encontrando al obrero cinquero Coupeau, muy trabajador y nada amante de juergas, con el que contraía matrimonio; tan feliz al principio con las tres operarias colocadas en su lavandería, sucumbiendo enseguida con su marido ante la insoslayable decadencia del medio ambiente, conquistado él, poco a poco por el alcohol, estragado hasta alcanzar la locura furiosa y la misma muerte; y ella, por su parte, pervertida también, convertida en una holgazana, acabada por el retorno de Lantier, en medio de la tranquila ignominia que suponía la vida en común de los tres, desde entonces víctima digna de compasión de la cómplice miseria, que acababa de matarla una noche a fuerza de tener vacío el vientre. Su primogénito, Claude, tenía el doloroso genio de un gran pintor desequilibrado, la impotente locura de la obra maestra que estimaba sentir, sin que sus rebeldes dedos pudieran hacerla traslucir al exterior, luchador gigante siempre fulminado, mártir crucificado de la obra, adorando a la mujer, aunque sacrificando a la suya, Cristine, tan amante y amada en un momento dado, a la mujer increada, que él concebía como algo divino y que su pincel no alcanzaba a trazar en su soberana desnudez; pasión devoradora del alumbramiento, necesidad insaciable de la creación, esa necesidad que tan espantosa angustia produce cuando no resulta posible satisfacerla, que había acabado por colgarse. Jacques, traía consigo el crimen, la tara hereditaria que se convertía en apetito instintivo de sangre, de sangre joven y fresca resbalando del pecho abierto de una mujer, de la primera con quien tropezara, una transeúnte cualquiera; abominable mal contra el cual luchaba y que volvía a apoderarse de él en el curso de sus amores con Séverine, la sumisa, la sensual Séverine, zambullida ella misma en el continuo estremecimiento de una trágica historia de asesinato, y a la que Jacques acababa apuñalando una noche de crisis, furioso ante la visión de su blanco escote; y todo ese salvajismo de la bestia galopaba por entre los trenes desplazándose a gran velocidad, en medio del gruñido de la máquina que conducía, de esa máquina amada que un día le trituraba y que, suelta después, sin conductor, se lanzaba

a los desastres desconocidos que pudiera motivar en el horizonte. Etienne, a su vez, echado del sitio donde trabajaba, perdido, llegaba una noche helada del mes de marzo a la comarca negra, bajaba al pozo voraz, amaba a la triste Catherine, que un hombre brutal le robaba, vivía con los mineros su melancólica vida de miseria y de baja promiscuidad, hasta el día en que el hambre, impulsando la rebelión, empezó a pasear a través de la rasa llanura a todo un pueblo aullante de miserables que quería pan, por entre derrumbamientos e incendios, bajo la amenaza de la tropa cuyos fusiles acabaron disparándose solos por así decirlo; terrible convulsión aquella que parecía anunciar el fin de todo un mundo, sangre vengadora de los Maheu que se alzaría más tarde, Alzire, muerta de hambre, Maheu, muerto de un balazo, Zacharie, sucumbiendo de una explosión de grisú, Catherine, que hubo de quedar bajo la superficie, La Maheude, teniendo que vivir solitaria, llorando sus muertos, volviendo al fondo de la mina para ganar sus treinta sueldos, mientras Etienne, el jefe derrotado de la banda, sediento de reivindicaciones futuras, se iba una tibia mañana de abril, escuchando el sordo impulso del mundo nuevo cuya germinación haría pronto resquebrajarse la tierra. A partir de entonces, Naná venía a constituir el desquite, la jovencita crecida en la podredumbre social de los suburbios, la mosca de oro remontada de las podredumbres de los bajos fondos que se toleran y se ocultan, llevando consigo en la vibración de sus alas el fermento de destrucción, elevándose hasta la aristocracia y pudriéndola, envenenando a los hombres con sólo posarse en ellos, en el fondo de los palacios, donde entraba por las ventanas; toda una obra inconsciente de ruina y de muerte, la estoica fogata de Vandevres, la melancolía de Foucarmont recorriendo los mares de la China, el desastre de Steiner, circunscrito a vivir como hombre honrado, la imbecilidad satisfecha de La Faloise, el trágico hundimiento de los Muffat, y el blanco cadáver de Georges, velado por Philippe, salido de la cárcel la víspera; un contagio tal en la envenenada atmósfera de la época, que ella misma se descomponía y sucumbía víctima de la viruela negra, adquirida por contagio en el lecho de muerte de su hijo Louiset, al tiempo que, bajo sus ventanas, París desfilaba ebrio, azotado por la locura de la guerra, rodando hacia el desmoronamiento de todo. Aparecía, en fin, Jean Macquart, el obrero y soldado, convertido otra vez en campesino, constantemente apegado a la dura tierra que exige como precio de cada grano de trigo una gota de sudor; en lucha sobre todo con la gente del campo a la que, un áspero deseo, la larga y penosa conquista del suelo, hace arder en un afán exasperado de la posesión; los Fouan, envejecidos, cediendo sus campos como si se

desprendieran de su propia carne; los Buteau, desesperados, yendo hasta el parricidio para acelerar la herencia de una pieza de alfalfa; la terca Françoise, muriendo de un golpe de guadaña, sin rechistar, oponiéndose a que saliera de la familia una sola mota de tierra; todo ese drama de los seres sencillos y que tan sólo obran por instinto, apenas desgajados del antiguo salvajismo, toda esa basura humana sobre la anchurosa tierra, sola en permanecer inmortal, la madre de cuyo seno se sale y a la que indefectiblemente se vuelve, la tierra que se ama hasta el crimen, que rehace continuamente la vida persiguiendo con ello su desconocido fin, incluso valiéndose de la miseria y de la abominación de los seres. Y era Jean también quien, habiéndose quedado viudo, se incorpora al ejército a los primeros rumores de guerra llevando consigo la inexpugnable reserva, el fondo de eterno rejuvenecimiento que guarda la tierra; Jean, el más humilde, el más enérgico soldado de la suprema hecatombe, arrollado en la espantosa y fatal tempestad, que, desde la frontera de Sedán, barriendo todo el Imperio, amenaza con llevarse la misma patria, siempre prudente, sagaz, firme en su esperanza, de una ternura fraternal para con su compañero de armas Maurice, el hijo desequilibrado de la burguesía, el holocausto destinado a la expiación, llorando lágrimas de sangre cuando el inexorable destino echa mano de él mismo para amputar aquel miembro estropeado; y, después, el final de todo, las continuas derrotas, la espantosa guerra civil, las provincias perdidas, los miles de millones a pagar; para volver, eso sí, a ponerse de nuevo en marcha, camino de la tierra que le espera para la realización de la enorme y ruda tarea que supone el rehacer toda Francia.

Pascal se detuvo en su relato; Clotilde le había ido pasando todos los legajos, uno a uno, y él estuvo hojeándolos, clasificándolos de nuevo y volviéndolos a colocar en el estante de arriba del armario. Estaba jadeante, se sentía agotado después de haber acompañado a un tal desmesurado vendaval en pos de aquella viviente humanidad; en tanto que, sin voz y sin movimiento, sumida en el aturdimiento de aquel desbordado torrente de vida, la jovencita, seguía siempre a la espera, incapaz por sí misma de una reflexión o de un juicio. La tormenta continuaba azotando la negra campiña, con el rodar sin fin de su diluviana lluvia. Un rayo acababa de fulminar algún árbol de las cercanías, acompañado de horrible crujido. Las bujías parecieron espantarse ante aquel fuerte viento que entraba por la ventana abierta de par en par.

—¡Ah! —prosiguió Pascal, mostrándole una vez más los legajos con firme ademán— trátase de un mundo completo, una sociedad y una civilización; de modo y manera que la vida entera se encuentra ahí, con sus

aspectos buenos y malos, en el fuego y el trabajo de forja que se lleva todo consigo... Sí, nuestra familia, podría, hoy ya, constituir ejemplo bastante para la ciencia, cuya esperanza reside en poder llegar a fijar un día, matemáticamente, las leyes de los accidentes nerviosos y sanguíneos que se declaran en una casta, como consecuencia de una primera lesión orgánica y que determinan, según el medio ambiente respectivo y en cada uno de los individuos de esa casta, los sentimientos, los deseos, las pasiones, en fin, todas las manifestaciones humanas, naturales e instintivas, cuyos productos o resultados adoptan los nombres de virtudes y vicios. Y esa propia familia constituye asimismo un documental histórico, que nos pone de manifiesto lo que fue el segundo Imperio, desde el golpe de Estado hasta Sedán, pues los nuestros surgieron del pueblo y se esparcieron por toda la sociedad contemporánea, invadiendo todas las situaciones, llevados por el desbordamiento de apetitos, por ese impulso esencialmente moderno, esa especie de latigazo que lanza las clases bajas al disfrute y al regocijo, y que se halla en marcha a través del cuerpo social... Los orígenes, ya te dije cuáles fueron: partieron de Plassans; y henos de nuevo en Plassans una vez más, que constituye el punto de llegada.

Interrumpiose de nuevo el doctor; algo así como un ensueño retardaba su palabra.

¡Qué espantosa masa de hechos y acontecimientos la removida! ¡Qué de aventuras dulces o terribles, qué de alegrías y sufrimientos, lanzados así, a paletadas, en esa colosal confusión de sucesos! Existe ahí lo que pudiéramos llamar historia pura, el Imperio cimentado en sangre, al principio, regalón y duramente autoritario, conquistando las ciudades rebeldes, deslizándose luego hacia una lenta desorganización, hundiéndose en la sangre, en un mar de sangre tal, que la nación entera estuvo a punto de quedar ahogada... También son de apreciar en esos legajos, estudios sociales, tales como el pequeño y el gran comercio, la prostitución, el crimen, la tierra, el dinero, la burguesía, el pueblo, lo mismo el que se pudre en la cloaca de los suburbios o barrios bajos, que el que se revoluciona en los grandes centros industriales, todo ese empuje creciente del socialismo soberano, henchido con el alumbramiento del nuevo siglo... Son de ver simples estudios humanos, páginas íntimas, historias de amor, la lucha de las inteligencias y de los corazones contra la injusta naturaleza, el aplastamiento de los que gritan bajo su demasiado pesada tarea, el grito de la bondad que se inmola, victoriosa del dolor... También existe fantasía, el remontar de la imaginación fuera de lo real, jardines inmensos, floridos en toda época, catedrales de finas agujas

preciosamente trabajadas, maravillosos cuentos venidos del paraíso, tiernos ideales que ascienden al cielo en un beso... Hay de todo, desde lo excelente hasta lo peor de lo vulgar a lo sublime, se habla de las flores, del cieno de los sollozos, las risas, del mismo torrente de la vida que acarrea la humanidad sin fin.

Cogió entonces el árbol genealógico que había quedado sobre la mesa, lo desdobló y empezó de nuevo a recorrerlo con un dedo, haciendo ahora la enumeración de los miembros de la familia que aún vivían. Eugène Rougon, majestad derribada, era actualmente en la Cámara el testimonio, el impasible defensor del antiguo mundo que arrastrara consigo la hecatombe. Aristide Saccard, después de haber mudado la piel, convertido en republicano, figuraba como director de un gran periódico, en trance de ganar nuevos millones, mientras su hijo Maxime se dedicaba a devorar sus rentas en su pequeño hotel de la avenida del Bosque de Bolonia, correcto y prudente, amenazado por una terrible enfermedad; y su otro hijo, Victor, todavía era la hora que no había vuelto a aparecer, rodando por la sombría senda del crimen, puesto que no estaba en la cárcel, sino suelto por esos mundos de Dios, teniendo como solo porvenir más o menos lejano, la guillotina. Sidonie Rougon, desaparecida durante mucho tiempo, harta de quehaceres sucios acababa de retirarse del mundanal ruido, y observaba ahora una austeridad monacal, a la sombra de una especie de mansión religiosa, como tesorera de la Obra del Sacramento, fundada para acudir en ayuda de las jóvenes madres, mediante encaminarlas al matrimonio. Octave Mouret, propietario de los grandes almacenes titulados «*Au Bonheur des Dames*», cuya colosal fortuna iba engrandeciéndose de día en día, había tenido, hacia fines de invierno, un segundo hijo de su mujer Denise Baudu, a la que adoraba, aunque comenzara de nuevo a sentirse un poco molesto. El abate Mouret, párroco de Saint-Eutrope, en el fondo de una garganta pantanosa, allá se había enclaustrado con su hermana Désirée, llevando una vida de gran humildad, rechazando todo ascenso que pudiera ofrecerle su obispo, en espera de la muerte como santo varón que renuncia a toda clase de medicamentos, aunque estuviera ya atacado de tuberculosis incipiente. Hélène Mouret vivía dichosa y muy apartada, idolatrada por su nuevo marido, el señor Rambaud, en la pequeña finca que poseían cerca de Marsella, al borde del mar; y la mujer no había tenido hijos de su segundo matrimonio. Pauline Quenu seguía estando en Bonneville, en el otro extremo de Francia, frente al vasto océano, sola ahora ya con el pequeño Paul, desde la muerte del tío Chanteau, resuelta a no casarse y a entregarse por entero al hijo de su primo Lazare que, al quedar

viudo se había ido a América para hacer fortuna. Etienne Lantier, de regreso en París después de la huelga de Montsou, se había comprometido más tarde en la insurrección de la *Commune*, cuyas ideas había defendido con coraje; se le había condenado a muerte, aunque luego fue indultado y deportado, de forma que actualmente se hallaba en Nouméa; se decía incluso que se había casado allí enseguida y que del matrimonio tenía un hijo, sin que se supiera a punto fijo el sexo de éste. En fin, Jean Macquart, licenciado después de la semana sangrienta, había regresado para fijar su residencia cerca de Plassans en Valqueyras, donde había tenido la suerte de contraer matrimonio con una robusta jovencita, Mélanie Vial, hija única de un campesino en buena posición económica, cuyas tierras le permitían presumir; y su mujer, embarazada desde la noche de bodas, habiendo dado a luz un niño en mayo, estaba nuevamente preñada de dos meses, en uno de esos casos de fecundidad pululante que no dejan a las madres tiempo bastante para amamantar a sus pequeños.

—Sí, ciertamente —prosiguió Pascal en un tono de media voz—, las razas degeneran. Se aprecia ahí un verdadero agotamiento, una rápida decadencia, como si los nuestros, en su furor de regocijo, en la glotona satisfacción de sus apetitos, hubiesen ardidado demasiado deprisa. Louiset, muerto en la cuna; Jacques-Louis, medio imbécil, arrebatado por una enfermedad nerviosa; Victor, vuelto al estado salvaje, galopando sólo Dios sabe por el fondo de cuáles tinieblas; nuestro pobre Charles, tan hermoso y tan delicado al mismo tiempo: constituyen las ramas secundarias del árbol, los últimos pálidos tallos a los que la potente savia de las gruesas ramas no parece poder subir. El gusano empezó estando en el tronco, pero ahora ya se encuentra en el fruto y lo devora... Pero, no hay que desesperar jamás, las familias son, representan la eterna evolución. Se zambullen, más allá del antepasado común, a través de las insondables capas de las razas que han vivido, hasta alcanzar el primer ser; y pujarán sin descanso, se extenderán, ramificándose hasta el infinito, en el fondo de futuras generaciones... Mira nuestro árbol: no cuenta más que con cinco generaciones; ni siquiera tiene la importancia de una brizna de hierba, en medio de lo que es el bosque humano, colosal y tupido, en el que las grandes encinas seculares están representadas por los pueblos. Detente, sin embargo, a pensar en sus inmensas raíces que abarcan todo el suelo, recapacita tan sólo en el continuo desarrollo de sus hojas altas que se mezclan con las otras hojas, en ese incesante y movedizo mar de las copas, bajo el eterno soplo fecundante de la vida... Pues bien, la esperanza está ahí, en la reconstitución diaria de la raza a virtud de la sangre nueva que entra de fuera.

Cada matrimonio aporta otros elementos, buenos o malos, cuyo efecto no obstante consiste en impedir la degeneración matemática y progresiva. Las brechas son reparadas, las taras se borran, y se restablece fatalmente un equilibrio al cabo de algunas generaciones, siendo siempre el hombre de tipo medio el que acaba por salir, la humanidad vaga e indeterminada, obstinada en su labor misteriosa, en marcha hacia su ignorado destino.

Se detuvo, y exhaló un largo suspiro.

—¡Ah!, nuestra familia, ¿qué va a ser de ella? ¿Qué acabará siendo finalmente?

Y siguió con sus cábalas, dejando ya aparte a los supervivientes acabados de nombrar, después de haberlos clasificado, puesto que sabía de sobras de lo que eran capaces; experimentaba en cambio una viva curiosidad respecto de los niños de corta edad aún. Había escrito a un colega de Nouméa para ver de obtener informes precisos con referencia a la mujer de Etienne y a la criatura que ya debía haber dado a luz; y al no recibir noticia alguna, temía extraordinariamente que, por ese lado, el árbol quedase incompleto. Estaba desde luego más documentado en lo que se refiere a los dos hijos de Octave Mouret, con el cual seguía manteniendo correspondencia: la chiquita seguía estando enclenque, su estado de salud inspiraba inquietud, mientras que el muchachito, en cambio, que salía a su madre, crecía soberbio. Su más firme esperanza, por lo demás, la tenía puesta en los hijos de Jean, cuyo primogénito, un mocetón, parecía traer la primavera, la savia joven de las razas que van a adquirir nuevo temple en la tierra. Trasladábase a veces a Valqueyras, y volvía dichoso de aquel rincón de fecundidad, del padre sosegado y razonable, siempre con el arado entre manos, de la madre alegre y sencilla, de anchas caderas, capaces de soportar todo un mundo. ¿Quién podía saber de donde nacería la rama sana? Quizás lo juicioso, la esperada fortaleza, germinaría allí. Para la hermosura y buena presentación de su árbol, lo peor del caso era, sin embargo, que aquellos chiquillos y chiquillas eran tan pequeños aún, que no le resultaba posible clasificarlos. Y su voz se enternecía ante esa esperanza del futuro, ante aquellas rubias cabezas, en medio del inconfesado lamento de su celibato.

Pascal seguía contemplando el árbol extendido ante sí, y en un momento dado exclamó:

—¡A pesar de todo, resulta completo, decisivo; observa si no!... Vuelvo a repetirte que todos los casos hereditarios están recogidos aquí. Para establecer mi teoría, me ha bastado con fundamentarla sobre el conjunto de todos esos hechos... En fin, lo que resulta desde luego maravilloso es constatar, tocando

aquí simplemente con el dedo, cómo criaturas nacidas del mismo tronco, pueden parecer radicalmente distintas, aún no constituyendo más que lógicas modificaciones de antepasados comunes. El tronco explica las ramas que a su vez explican las hojas. En tu padre, Saccard, al igual que en tu tío, Eugène Rougon, tan temperamentalmente opuestos y de vida tan distinta, ha sido el mismo brote el que forjó los apetitos desordenados del uno, y la soberana ambición del otro. Angélique, ese lirio puro, nace de la turbia Sidonie, en ese volar hacia las alturas que crea las místicas o las enamoradas, según el medio ambiente. Los tres hijos de Mouret se ven arrastrados por un soplo idéntico, que hace del inteligente Octave un vendedor de trapos millonario, del creyente Serge un pobre cura, de aldea, y de la boba Désirée una feliz jovencita. Pero el ejemplo se hace más evidente aún, con los hijos de Gervaise: la neurosis pasa, y Nana se vende a sí misma, Etienne se subleva, Jacques llega a matar y Claude cosecha el genio; en tanto que Pauline, su prima hermana, resalta al lado de ellos la honradez victoriosa, la que es capaz de luchar e inmolarse... Es la herencia, la vida misma, la que produce imbéciles, locos, criminales y grandes hombres. Determinadas células abortan, otras vienen a ocupar su sitio, y sale un bribón o un loco furioso, en lugar de un hombre de genio o de un simple hombre honrado. ¡Y la humanidad sigue rodando, acarreándolo todo consigo!

Luego, en un nuevo vaivén de su pensamiento:

—¡Y la animalidad, el animal que sufre y que ama, que viene a ser como el esbozo del hombre, toda esa animalidad fraternal, que vive de nuestra propia existencia!... Sí, hubiera querido incluirla en el arca, asignarle su puesto entre nuestra familia, mostrarla en todo momento, confundida con nosotros mismos, completando nuestra existencia. He conocido gatos cuya presencia constituía el encanto misterioso de la casa; perros a los que se adoraba, cuya muerte motivaba lloros y dejaba en el corazón un duelo inconsolable. También llegué a conocer cabras, vacas, asnos, de una importancia extrema, cuya personalidad por así decirlo llegó a representar un papel tal, que su historia debiera ser escrita... ¡Y ahí tienes el caso del pobrecillo Bonhomme, nuestro viejo caballo que nos prestó servicio durante un cuarto de siglo!, ¿no crees acaso que llegó a mezclar su sangre con la nuestra y que, ahora, ya, es como de la familia? Le modificamos, no te quepa duda, como él mismo a su vez actuó en cierto modo sobre nosotros, hasta acabar por estar hechos a la misma imagen uno y otros; y tan verdad es ello que cuando, ahora, le veo medio ciego, con la mirada mortecina y las patas baldadas por el reumatismo, le abrazo con toda mi alma, lo mismo que si se

tratara de un viejo pariente pobre caído bajo mis auspicios... ¡Ah!, ¡qué lugar de una simpatía inmensa precisaría reservarle, en una historia de la vida!

Fue ese un último grito en el que Pascal dio rienda suelta a la exaltación de su ternura para cuanto entrañaba el «ser», genéricamente considerado. Habíase ido excitando poco a poco y llegaba así a la confesión de su fe en la labor continua y victoriosa de la naturaleza viviente. Y Clotilde, que hasta entonces no había despegado los labios, pálida del todo ante la hecatombe de tantos y tantos hechos como caían sobre sí, habló por fin para preguntar:

—Está bien, maestro, pero ¿y respecto a mí misma que figuro ahí dentro?

Y al hablar así había colocado uno de sus deditos sobre la hoja del árbol en que veía su nombre escrito. Pascal, siempre había saltado esa hoja. Pero ella insistió.

—Sí, yo, ¿supongo que también estoy clasificada? ¿Por qué entonces no leíste mi legajo?

Pascal permaneció silencioso durante unos instantes, como sorprendido por la pregunta.

—¿Por qué?, pues por nada... Sólo hay recogida la verdad, y nada hay que tenga que ocultarte... Tú misma puedes ver lo que tengo escrito ahí: «Clotilde, nacida en 1847. Elección de la madre. Herencia con retroceso o vuelta atrás, con predominio moral y físico de su abuelo materno...». Nada más claro. Saliste a tu madre, tienes su mismo buen apetito y tienes también mucho de su coquetería, de su indolencia a veces, de su sumisión. Sí, eres muy femenina, lo mismo que ella, aunque de ello no te des demasiada cuenta: quiero decir en suma, que te gusta ser adorada. Tu madre además era una gran lectora de novelas, una quimérica a la que gustaba pasarse tendida días enteros soñando despierta con el libro que tenía ante sus ojos; estaba chiflada con los cuentos de nodrizas, se hacía echar las cartas, consultaba a los sonámbulos; y siempre creí que tu preocupación por el misterio, tu inquietud por lo desconocido, provenían de ahí... Pero lo que acaba de moldearte, introduciendo en ti una dualidad, es la influencia de tu abuelo, el comandante Sicardot. Le conocí, no era ningún águila, pero tenía por lo menos mucha rectitud y energía. Con toda franqueza, de no haber sido por él, creo que no valdrías gran cosa, pues las demás influencias que en ti convergen no son muy buenas. Él fue quien te dio lo mejor de tu ser, el valor de la lucha, el orgullo y la franqueza.

Clotilde le había estado escuchando con atención, e hizo un ligero movimiento con la cabeza, como para significar que estimaba bien aquello, que no se sentía ofendida, a pesar del ligero estremecimiento de dolor que

había agitado sus labios con motivo de la exposición de aquellos nuevos detalles sobre los suyos y en particular respecto de su madre.

—Perfectamente —prosiguió la joven— ¿y en lo referente a ti, maestro?

Esta vez, sin vacilar un solo instante, exclamó:

—¡Oh!, ¿para qué hablar de mí? ¡No pertenezco propiamente a la familia!... Puedes ver perfectamente lo que hay escrito allá: «Pascal, nacido en 1813. Innato. Combinación en la que se funden los caracteres físicos y morales de los padres, sin que nada de ellos parezca encontrarse en el nuevo ser...». Mi madre me solía decir con bastante frecuencia que no era como ellos, que no sabía a quién podía haber salido.

Y ponía en sus palabras como una cierta exclamación de alivio, una especie de regocijo involuntario.

—Va, la gente del pueblo no se equivoca nunca. En la ciudad, ¿me has oído llamar alguna vez Pascal Rougon? ¡No!, hablan tan sólo del doctor Pascal a secas. Y es porque estoy considerado como algo aparte... Y acaso se resiente con ello mi ternura para con la familia, pero me siento, sin embargo, más que contento, pues hay en verdad herencia cuya carga resulta demasiado pesada de llevar. Y, aunque no deje de quererles a todos, no por eso mi corazón deja de latir menos de alegría, cuando me siento otro, diferente, sin ningún factor en común. ¡No ser parte integrante, no figurar entre ellos, Dios mío! Significa algo así como una bocanada de aire puro; es lo que me proporciona valor suficiente para tenerles a todos ahí, para ponerlos al desnudo en mis legajos, y sentirme aún con ánimos suficientes para vivir.

Se calló al fin y reinó un silencio. Había cesado la lluvia, la tormenta se alejaba; sólo se oían los truenos, cada vez más lejanos. De la campiña entretanto, todavía en las tinieblas, refrescada, remontaba por la abierta ventana un delicioso olor a tierra mojada. Y en la atmósfera ya calmada de la habitación, las velas acababan de arder con una llama alta y tranquila.

—¡Ah! —dijo simplemente Clotilde, como descorazonada—. ¿Qué hacer?

Lo había clamado con angustia una noche, estando en la era: la vida resultaba en verdad algo abominable, ¿cómo vivirla, pues, sosegada y felizmente? Terrible luz la que la ciencia arrojaba sobre el mundo; el análisis descendía a todas las llagas humanas para exhibir su horror. Y, mira por donde, el doctor acababa de hablarle más crudamente aún, de aumentar las náuseas que experimentaba respecto de seres y cosas, lanzándole así a pleno rostro, su propia familia, completamente al desnudo. El fangoso torrente había ido deslizándose ante ella, durante cerca de tres horas, y aquélla era la peor de las revelaciones que pudieran hacerla; aquella brusca y terrible verdad sobre

los suyos, esos seres queridos a quienes debía amar: su padre, forjándose una grandeza merced a los crímenes del dinero; su hermano un incestuoso, su abuela sin escrúpulos, cubierta por la sangre de los justos; los demás, tarados casi todos ellos, borrachos, viciosos, asesinos; la monstruosa floración en fin del árbol humano. La conmoción era tan brutal, que no lograba encontrarse a sí misma, en medio del doloroso estupor que supone tener que captar toda una vida, así de un solo golpe. Y, sin embargo, aún con toda su violencia, quedaba como exenta de responsabilidad, por algo relevante y bueno que en sí misma contenía, algo así como un soplo de profunda humanidad, que la había mantenido en vilo desde el principio hasta el final. Nada de malo le había ocurrido, la joven se sentía fustigada por un áspero viento marino, el viento de las tempestades, del que se sale con el pecho ensanchado y sano. Se lo había dicho todo, hablando con entera libertad de su misma madre, conservando frente a ella misma su deferente actitud de sabio que se abstiene en absoluto de juzgar los hechos. Decirlo todo para conocerlo todo, y así también poderlo curar todo, ¿no era ese el grito que había exhalado en aquella hermosa noche de verano? Y, bajo el influjo del propio exceso de cuanto estaba llegando a saber, la muchacha permanecía aturdida, cegada por aquella luz demasiado viva, aunque comprendiendo al doctor en definitiva, confesándose a sí misma que con todo aquello estaba intentando llevar a cabo una obra inmensa. Al margen de cualquier otra consideración, aquello significaba en suma, un grito de salud, de esperanza en el porvenir. Hablaba a título de bienhechor que, desde el momento en que consideraba a la herencia como forjadora del mundo, se empeñaba en fijar y aclarar sus leyes para disponer de ella, y rehacer de ese modo un mundo pletórico de dicha.

Por otra parte, ¿es que acaso no había más que cieno en aquel desbordado río cuyas esclusas acababa de abrir? ¡Era también mucho el oro que fluía mezclado entre las hierbas y flores silvestres de las orillas! Centenares de criaturas galopaban aún ante ella, y la muchacha permanecía como absorta por rostros de encanto y de bondad, delicados perfiles de jovencitas y la serena hermosura de algunas mujeres. Allá sangraba cuanto significaba pasión, abríase el corazón entero en tiernos e inspirados despegues. Se daban en gran número, las Jeanne, las Angélique, las Pauline, las Marthe, las Gervaise y las Hélène. De ellas y de otras, incluso de las menos buenas, como también de los hombres terribles, de los peores del grupo, remontaba una humanidad fraternal. Y era precisamente ese soplo el que ella había notado pasar, esa corriente de amplia simpatía que el doctor acababa de infundirla con su concisa lección de sabio. Éste no parecía sentirse afectado en lo más

mínimo, conservaba más bien la actitud impersonal del demostrador; pero, en el fondo de su propio espíritu, ¡qué aflictiva bondad, qué fiebre de devoción, qué maravillosa entrega de todo su ser por la dicha del prójimo! Su obra entera, tan matemáticamente construida, estaba impregnada de esa dolorosa fraternidad, hasta en sus más sangrientas ironías. ¿No le había hablado de los animales, como hermano mayor de todos los seres vivientes y humildes que sufren? El sufrimiento le exasperaba, no experimentaba más que la cólera de reconocer que su propio sueño se elevaba demasiado hacia las alturas; no se había mostrado brutal más que en su odio por lo ficticio y pasajero, soñando siempre con trabajar no para la sociedad civilizada de un momento determinado, sino para la humanidad entera, en todas las horas graves de su historia. E incluso quizás fuese esa rebelión contra la banalidad en curso, la que le había lanzado a desafiar la audacia en cuanto afecta a las teorías y a su misma explicación. Y la obra seguía siendo humana, desbordante del inmenso sollozo de los seres y de las cosas.

Por lo demás, ¿no era aquello la vida? El mal absoluto no existe. Jamás un hombre resulta malo para todo el mundo; siempre consigue hacer la dicha de alguien; de modo y manera, que cuando no se sitúa uno bajo un prisma o punto de vista único, acaba dándose perfecta cuenta de la utilidad de cada ser. Los que creen en Dios deben razonarse a sí mismos, que si Dios no castiga a los malos, es porque tiene en cuenta la marcha global de su obra, y ello no le permite descender al terreno de las nimiedades. La labor que acaba, da comienzo de nuevo, y la suma de los vivos sigue siendo igualmente admirable e impregnada de afán y de valor; y el amor por la vida se lo lleva todo. Este gigantesco trabajo de los hombres, esa obstinación en vivir, constituye, su disculpa, la redención. Ocurre entonces que, situándose muy alto, la mirada no alcanza a ver más que esa continua lucha, y la existencia de mucho bien a pesar de todo, si es cierto que también hay mucho de malo. Entrábase en la indulgencia universal, se perdonaba, no se sentía más que una infinita conmiseración y una ardiente caridad. Con seguridad que allí estaba el puerto, esperando a aquellos que han perdido la fe en los dogmas, que quisieran comprender la razón por la cual viven, en medio de la aparente iniquidad del mundo. Precisa vivir por el esfuerzo mismo que implica el vivir, en razón a la piedra que uno mismo aporta respecto de la lejana y misteriosa obra; y la sola posible paz en esta tierra, reside en el goce de ese esfuerzo llevado a cabo.

Acababa de pasar otra hora; la noche entera se había deslizado en aquella terrible lección de vida, sin que Pascal ni Clotilde tuvieran conciencia del lugar en que se hallaban, ni de cómo pasaba el tiempo. Y él, agotado desde

hacía algunas semanas, asolado ya por su existencia de persona sospechosa y apenada, tuvo un estremecimiento nervioso, como si tuviera un brusco despertar.

—Veamos, ahora que lo sabes todo, ¿te sientes con el corazón firme, templado por la verdad, ansioso de perdón y de esperanza?... ¿Estás a mi lado?

Pero, bajo la espantosa conmoción moral que había recibido, ella misma temblaba, sin poder recobrase. Operábase en su cerebro tan espantosa hecatombe de antiguas creencias, una evolución tal hacia un mundo nuevo, que ni siquiera osaba interrogarse y menos sacar conclusiones. Sentíase al presente sobrecogida, arrastrada por la omnipotencia de la verdad. La sufría y, sin embargo, no estaba convencida.

—Maestro —balbuceó—, maestro...

Y, por unos instantes, estuvieron mirándose cara a cara. Amanecía, un alba de deliciosa pureza, hacia el fondo de un cielo diáfano y transparente, lavado por la tormenta. Ninguna nube manchaba ya el pálido azul teñido de rosa. Todo el alegre despertar de la humedecida campiña entraba por la ventana, en tanto que las velas, en trance ya de consumirse, palidecían ante la creciente claridad.

—Responde, ¿quieres aún destruirlo todo, quemar cuanto hay aquí? ¿Estás a mi lado, enteramente a mi lado?

En aquel momento, Pascal creyó que la muchacha iba a echársele al cuello llorando. Un súbito arranque parecía impulsarla a ello. Pero se vieron entonces en su semidesnudez. Ella, que hasta entonces ni se había apercebido de semejante cosa, tuvo conciencia de que se hallaba en enaguas, con los brazos desnudos y también los hombros, apenas cubiertos por los locos mechones de sus cabellos sueltos; y allí, cerca de la axila izquierda, al bajar los ojos, pudo ver las gotas de sangre, la contusión que él la había ocasionado forcejeando, para dominarla, con su brutal apretón. Se operó entonces en ella una confusión extraordinaria; tuvo la certidumbre de que iba a resultar vencida como si, a virtud de aquel apretón, el doctor se hubiera convertido en su dueño, en todo y para siempre además. Aquella sensación se prolongaba; sentíase invadida, arrastrada más allá de su querer, presa del irresistible deseo de entregarse.

Bruscamente, Clotilde se irguió, queriendo reflexionar. Había apretado los desnudos brazos sobre su desnudo escote. Toda la sangre de sus venas había salido a flor de piel, en una oleada de pudor teñido de púrpura. Y emprendió la huida, en un divino arranque de su esbelto talle.

—Maestro, maestro, déjame... Ya veré...

Con una ligereza de virgen inquieta, y como ya le ocurriera en ocasión anterior, había ido a refugiarse en el fondo de su alcoba. La oyó cerrar la puerta a toda prisa y darle doble vuelta a la llave. Habíase quedado solo y sintiéndose de pronto presa de un desánimo y de una tristeza inmensos, se preguntó ansiosamente, si había estado acertado diciéndoselo todo, si la verdad llegaría a germinar en aquella adorada criatura, y si crecería un día para convertirse en una cosecha de felicidad.

VI

TRANSCURRIERON días. Octubre resultó espléndido en sus comienzos, un otoño ardiente, una calurosa pasión de verano en plena madurez, sin una nube en el cielo; seguidamente, el tiempo se descompuso, soplaron terribles vientos y una última tormenta llenó las pendientes de surcos. Y, en la entristecida mansión, en *La Souleide*, la proximidad del invierno parecía haber puesto una nota de infinita tristeza.

Aquello era de nuevo un infierno. Entre Pascal y Clotilde, las vivas disputas habían desaparecido. Ya no había portazos, y tampoco las salidas de tono obligaban a Martine a estar subiendo y bajando a cada momento. Al presente, apenas si se hablaban; y con relación a la escena vivida durante la noche, ni una sola palabra había sido pronunciada. Él, por un escrúpulo inexplicable, debido a un pudor singular, del que propiamente no se daba cuenta, no quería reanudar el diálogo, no se atrevía a exigir la esperada respuesta, una palabra de fe en él y también de sumisión. Ella, después de la profunda conmoción moral que la transformara por entero, reflexionaba aún, vacilaba, luchaba, tratando de alejar la solución para de ese modo no tener que darse por vencida, en su instinto de rebeldía. Y el malentendido se iba agravando, en medio del impresionante y desolado silencio de la miserable casa, donde la dicha ya no existía.

Fue aquélla, para Pascal, una de las épocas en que más horrorosamente sufrió sin exhalar la más leve queja. La aparente paz en que vivía, no le tranquilizaba lo más mínimo, sino al contrario. Se hallaba sumido en una sorda y pesada desconfianza, imaginándose que las acechanzas seguían a la orden del día y que si aparentaban dejarle tranquilo, era simplemente con objeto de seguir tramando a escondidas las más turbias conspiraciones. Sus inquietudes incluso habían ido a más; cada día se esperaba una catástrofe, imaginaba ver sus papeles arrastrados hasta el fondo de un profundo abismo que se abriría de improviso, *La Souleide* entera arrasada y absorbida, volando hecha migajas. La persecución entablada con relación a su modo de pensar, contra su vida moral e intelectual, al hacerse encubierta de aquel

modo, se convertía en enervante e intolerable, y ello hasta el punto de que, al llegar la noche, se acostaba siempre con fiebre. Se estremecía a menudo, volvíase de pronto, creyendo que iba a sorprender al enemigo a sus espaldas en trance de perpetrar alguna traición; nadie había, nada que no fuese su propio estremecimiento en la oscuridad. Otras veces, sospechando algo, permanecía al acecho durante horas y horas, oculto detrás de sus persianas, o bien escondido en el fondo de algún pasillo; pero no se movía ni un alma, tan sólo percibía los violentos latidos de sus sienes. Hallábase como descompuesto, ya no se sentía con valor para meterse en la cama sin antes haber visitado cada una de las piezas de la casa; prácticamente no dormía, despertado al menor ruido, jadeante, presto a defenderse.

Y lo que contribuía a aumentar el sufrimiento de Pascal era esa idea grabada en su mente, cada vez con más fuerza, de que la herida le había sido causada por la sola criatura a quien amaba en el mundo, por esa adorada Clotilde, que contemplaba crecer en belleza y encanto desde hacía veinte años, y cuya vida hasta entonces se había ido desarrollando como un manojito de flores, al tiempo que perfumaba la suya. ¡Ella, Dios mío, que llenaba su corazón de una total ternura, cuyo análisis jamás se permitiera! ¡Ella, que había venido a constituir su gozo, su valor, su esperanza, toda una nueva juventud que sentía revivir en él! Cuando pasaba, con su delicado cuello, tan redondeado, tan fresco, se sentía remozado, como sumido en un baño de salud y de alegría, cual si del retorno de la primavera se tratase. Su entera existencia, por lo demás, explicaba esa posesión, la invasión de su ser por aquella criatura por quien empezó a sentir afecto siendo aún pequeña, y que, luego, al irse haciendo mayor, había conquistado su corazón por completo. Desde su instalación definitiva en Plassans, llevaba Pascal una existencia de benedictino, enclaustrado en sus libros, alejado de las mujeres. Tan sólo se había llegado a saber de su pasión por aquella dama, ya muerta y de la que jamás llegara a besar la punta de los dedos. Hacía a veces viajes a Marsella, dormía fuera de casa, qué duda cabe; pero se trataba siempre de brucas escapadas, con las primeras que le salían al paso, sin sujeción desde luego para el mañana. Puede decirse de él que no había vivido en absoluto, conservando en su ser físico toda una reserva de virilidad, cuya marea crecía en aquellos momentos, bajo la amenaza de la cercana vejez. Y hubiera sido capaz de apasionarse por un animalito cualquiera, por el perro recogido al umbral de la puerta que se hubiese acercado a lamer sus manos; ¡y era esa Clotilde a quien tanto había querido, esa niña convertida de pronto en mujer

apetecible, la que le poseía al presente y le torturaba, en su tonto empeño de ser su enemiga!

Pascal, tan alegre, tan bueno, se convirtió entonces en persona de execrable humor y de una dureza insoportable. Se enfadaba con el menor motivo, daba empellones a Martine, que no salía de su asombro, al propio tiempo que elevaba hacia él sus ojos sumisos de animal azotado. Desde la mañana hasta por la noche, paseaba su infortunio por la entristecida casa, poniendo tan mala cara, que no se atrevían siquiera a dirigirle la palabra. Jamás se llevaba ya a Clotilde, salía sólo para efectuar sus visitas. Y de ese modo regresó una tarde, trastornado por un accidente, teniendo sobre su conciencia de médico haber arriesgado la muerte de un hombre. Había ido a dar una inyección a Lafouasse, el posadero, cuya ataxia había hecho de improviso tales progresos, que el doctor le juzgaba perdido. Se empeñaba en luchar, no obstante, seguía la medicación; y la mala fortuna había querido aquel día, que la jeringuilla recogiera del fondo del frasquito una partícula impura escapada a la acción del filtro. Había aparecido precisamente un poco de sangre; para colmo de males, el pinchazo había cogido una vena. Sintiose enseguida inquieto, al ver al posadero palidecer, sentirse sofocado, cubierto con gruesas gotas de sudor frío. Seguidamente, lo comprendió todo, al sobrevenir la muerte de un modo instantáneo, fulminante, dejando al infeliz con los labios amoratados y el rostro negro. Se trataba sin duda de una embolia, que tan sólo podía atribuir a la insuficiencia de sus preparaciones, a todo su método bárbaro aún. Indudablemente y en todo caso, Lafouasse estaba perdido; ni tan siquiera hubiera vivido quizá seis meses, en medio de atroces sufrimientos, pero la brutalidad del hecho no por eso resultaba menos evidente, con aquella espantosa muerte; y, ¡qué desesperado lamento, qué sacudida en su fe, cuánta su cólera contra la impotente y asesina ciencia! Había vuelto lívido, y no dio señales de vida hasta el día siguiente, después de haber permanecido dieciséis horas encerrado en su alcoba, tumbado de través y vestido sobre el lecho, sin resollar lo más mínimo.

En la tarde de aquel día, Clotilde, que cosía cerca de él, estando ambos en la sala, se aventuró a romper el pesado silencio. Había alzado los ojos y le veía ponerse nervioso hojeando un libro, buscando una información que no acababa de encontrar.

—Maestro, ¿estás enfermo...? ¿Por qué no lo dices? Te cuidaría.

Siguió él aferrado a su libro, mientras murmuraba con voz sorda:

—¿Enfermo? ¿Te importa algo acaso? No necesito de nadie.

En tono conciliador, Clotilde prosiguió:

—Si sientes penas y puedes contármelas, eso te aliviaría quizá. ¡Regresaste tan triste ayer! No hay que dejarse abatir de ese modo. Pasé desde luego una noche intranquila; por tres veces me fui a escuchar a tu puerta, atormentada por la idea de que estabas sufriendo.

Pese a la dulzura con que la muchacha se expresó, aquello fue como un latigazo que le hundiera. En su estado de enfermiza debilidad, una sacudida de brusca cólera le había hecho apartar el libro y alzarse tembloroso.

—Me sigues espiando entonces, no puedo siquiera retirarme a mi alcoba, sin que enseguida vengáis a aplicar el oído a las paredes... Sí, ¡hasta los latidos de mi corazón se escuchan, se acecha mi muerte, para saquear y quemar cuanto aquí existe...!

Su voz iba elevándose de tono, y todo su injusto sufrimiento se exhalaba en quejas y amenazas.

—Te prohíbo en absoluto que te ocupes de mí... ¿Tienes algo más que decirme? ¿Reflexionaste ya? ¿Puede tu mano estrechar la mía, lealmente, diciéndome que estamos de acuerdo?

Pero Clotilde, que había dejado de contestar, seguía tan solo mirándole con sus claros y hermosos ojos, como queriendo reflejar su franqueza en el sentido de querer reservarse aún cualquier decisión sobre el particular; en tanto que él, exasperado en mayor grado por aquella actitud, perdía todo control.

Y, haciendo ademán de echarla, balbuceó:

—¡Vete! ¡Vete...! ¡No quiero que sigas a mi lado! ¡No quiero tener enemigos cerca de mí! ¡No quiero a nadie que permanezca a mi lado para volverme loco!

La joven se había levantado muy pálida. Y salió decidida de allí sin volverse, llevándose su labor.

En los meses que siguieron, Pascal trató de buscar refugio en un encarnizado trabajo de todas horas. Se obstinaba las jornadas enteras, solo en la sala, y se pasaba incluso las noches, volviendo a estudiar antiguos documentos, tratando de refundir todos sus trabajos sobre la herencia. Hubiérase dicho que se apoderaba de él una auténtica rabia por tratar de convencerse de la legitimidad de sus esperanzas, de forzar a la ciencia para que le proporcionase la certidumbre de que la humanidad podía forjarse de nuevo, sana y superior en fin. No salía a la calle, tenía abandonados a sus enfermos, vivía metido materialmente entre sus papeles, sin aire puro, sin hacer ningún ejercicio físico. Y, al cabo de un mes de llevar semejante agotador esfuerzo, que le rendía desde luego, aunque sin calmar por ello sus

tormentos domésticos, cayó víctima de un tal agotamiento nervioso, que la enfermedad, latente desde hacía algún tiempo, se manifestó con una violencia inquietante.

Al presente ya, cuando Pascal se levantaba por la mañana, sentíase enseguida rendido de cansancio, más apesadumbrado y con mayor fatiga que la víspera al meterse en la cama. Tenía así lugar una continua depauperación de todo su ser; notaba las piernas fofas a los cinco minutos de caminar, con el cuerpo molido al menor esfuerzo; no le era posible moverse, sin que la cosa acabase con un sufrimiento de angustia. Experimentaba a veces la sensación de que el suelo oscilaba bajo sus pies. Continuos zumbidos le tenían aturdido, cualquier deslumbramiento le hacía cerrar los párpados como si estuviera bajo la amenaza de una granizada de chispas. Le había cogido horror al vino, apenas comía y digería mal. Además, en medio de la apatía de aquella creciente flojera, estallaban de pronto en él frecuentes arranques, locuras de inútil actividad. Estaba roto el equilibrio, su irritable debilidad se lanzaba desordenadamente de uno a otro extremo, sin razón alguna. Con motivo de la más ligera emoción le rebotaban los ojos de lágrimas. Había acabado por encerrarse en crisis de desesperación tales, que se ponía a llorar con fuertes sollozos, durante horas enteras, al margen e independientemente de cualquier disgusto o pena inmediata, como aplastado tan sólo por la inmensa tristeza de las cosas.

Pero su mal se acrecentó sobre todo, después de uno de sus viajes a Marsella, una de esas fugas de viejo solterón que a veces hacía. Quizá había esperado encontrar una distracción violenta, algún alivio cometiendo un acto de libertinaje. No estuvo fuera más que dos días y volvió como fulminado, azotado por el hundimiento, con el rostro abstraído del hombre que ha perdido su virilidad. Tratábase de una vergüenza inconfesable, de un miedo en forma de preocupación, pero que en el coraje de las tentativas se había convertido en certidumbre absoluta, lo que no hacía sino aumentar su hurañía de amante tímido. Jamás había dado importancia a semejante cosa. Ahora, sin embargo, se sintió como desposeído, trastornado, arrebatado de miseria, hasta el extremo de pensar en el suicidio. Aunque no dejaba de razonarse a sí mismo que aquello tenía que ser pasajero sin duda, que alguna causa morbosa debía haber en el fondo: el sentimiento de su impotencia no dejaba empero de deprimirle; y, delante de las mujeres se comportaba como esos mozuelos demasiado jóvenes a los que el deseo hace tartamudear.

Hacia la primera semana de diciembre, Pascal fue presa de intolerables neuralgias. Los chasquidos que notaba en los huesos del cráneo, le hacían

creer a cada momento que su cabeza se iba a partir. Advertida de lo que estaba sucediendo, la anciana señora Rougon resolvió un día venir a interesarse por su hijo. Pero, en vez de entrar directamente, se deslizó antes por la cocina, para así poder hablar a solas con Martine. Esta, con gesto descompuesto y hecha un mar de desolación, le contó que el señor se estaba volviendo loco, que no le cabía la menor duda de ello; y empezó a hablarla de sus singulares ademanes, de los continuos paseos que daba por la habitación, de cómo tenía cerrados con llave todos los cajones, de las caminatas que se pegaba, rondando por la casa de arriba a abajo y viceversa hasta las dos de la mañana. Se le llenaban los ojos de lágrimas y acabó por aventurar la opinión de que acaso el diablo había penetrado en el cuerpo del señor, y que lo más prudente sería avisar al cura de Saint-Saturnin.

—¡Un hombre tan bueno —repetía la criada—, y por el que una se dejaría partir en cuatro! ¡Es una verdadera desgracia no poderle convencer para que vaya a la iglesia! ¡Estoy convencida de que enseguida se sentiría curado!

En aquel momento entró Clotilde, que había oído la voz de su abuela Felicité. También ella andaba errante por las vacías piezas, viviendo la mayor parte del tiempo en el abandonado salón del piso bajo. Por lo demás, la muchacha nada dijo, se limitó simplemente a escuchar con gesto pensativo y de reflexión.

—¡Ah! ¿Eres tú, preciosa? ¡Buenos días...! Me está contando Martine que Pascal tiene el diablo metido en el cuerpo. Soy de su misma opinión; lo que resulta es que el diablo en cuestión se llama orgullo. Cree mi hijo que lo sabe todo, es a la vez Papa y emperador; y, naturalmente, cuando no se piensa lo mismo que él, eso le exaspera.

Y, mientras así hablaba, se encogía de hombros, como pletórica de un infinito desdén.

—Creedme, si la cosa no fuera tan triste me causaría risa... Un solterón que no sabe absolutamente nada de nada, que no ha vivido, que ha permanecido estúpidamente encerrado con sus libros. Colocadle en un salón y comprobaréis que es tan inocente como el niño que acaba de nacer. Y por lo que se refiere a mujeres...

Olvidando delante de quienes estaba hablando, una jovencita soltera y la criada, Felicité bajó el tono de voz, como para seguir hablando en plan de confidencia.

—¡Qué caramba!, también se paga llegado el momento eso de ser demasiado sabio. Ni mujer, ni amante, ni nada. Y es eso lo que ha acabado por desequilibrarle el cerebro.

Clotilde no hizo el menor movimiento. Tan sólo sus párpados se fueron bajando lentamente sobre sus hermosos y reflexivos ojos; los volvió luego a levantar y conservó su actitud de criatura encerrada en sí misma, que nada puede decir de lo que ocurre en ella.

—Está en el piso de arriba, ¿no es eso? —prosiguió Felicité—. Vine para verle, pues precisa que todo esto acabe de una vez, ¡resulta en verdad demasiado estúpido!

Y se dispuso a subir.

Arriba, en su sala de trabajo, Pascal estaba como estupefacto, frente a un libro abierto. Ya no le resultaba posible leer, las palabras huían de su cerebro, se borraban de su mente, carentes de todo sentido. Pero él se obstinaba, sentíase en la agonía con sólo pensar que estaba perdiendo hasta sus facultades de trabajo, tan firmes hasta entonces.

Y su madre inmediatamente le abroncó, al tiempo que le arrancaba el libro para arrojarlo lejos, sobre una mesa, proclamando a gritos que cuando uno estaba enfermo, lo primero era cuidarse. Pascal se había levantado con un gesto de cólera, dispuesto a echar a la madre, lo mismo que había echado a Clotilde. Luego, a virtud de un último esfuerzo de voluntad, consiguió mostrarse deferente.

—Madre mía, de sobras sabe que jamás quise discutir con usted... Déjeme, se lo ruego.

Pero la vieja no cedió, y empezó enseguida a atosigarle respecto de la desconfianza que mostraba consigo mismo. Era él en resumidas cuentas quien motivaba la fiebre, a fuerza de creer que estaba rodeado de enemigos que le tendían trampas y le espiaban para desvalijarle. ¿Es que un hombre de buen sentido podía llegar a concebir semejante persecución? Y le acusó por otra parte, de habersele subido demasiado a la cabeza lo de su descubrimiento referente a aquel famoso licor que curaba todas las enfermedades. De nada servía en absoluto eso de creerse un Dios. Y ello tanto más cuanto que las decepciones resultaban en tal caso crueles; y se permitió hacer alusión a Lafouasse, a ese hombre al que había matado: comprendía, naturalmente, que no tenía que haberle resultado muy agradable que digamos, pues había en verdad sobrado motivo para meterse en la cama.

Pascal, que seguía conteniéndose, con la mirada fija en el suelo, se contentó con repetir:

—Se lo ruego, madre, déjeme.

—¡Pues, no!, no quiero dejarte —gritó con su impetuosidad habitual y pese a lo avanzado de su edad—. Vine precisamente para zarandarte un

poco, para ver de librarte de esa fiebre que te está corroyendo... No, esto no puede continuar; no estoy dispuesta a que nos convirtamos en el hazmerreír de la ciudad entera, con tus historias... Quiero que te cuides.

Pascal se encogió de hombros, diciendo en voz baja, como quien habla consigo mismo y con aire de inquieta constatación:

—No estoy enfermo.

Pero, de pronto, Felicité, se sobresaltó clamando fuera de sí:

—¿Cómo que no estás enfermo? ¿Cómo que no estás enfermo? Realmente, no hay como ser médico, para no verse a sí mismo... ¡Ay, hijito, todos cuantos te rodean están más que convencidos de ello!, ¡te estás volviendo loco de orgullo y de miedo!

Esta vez, Pascal alzó vivamente la cabeza, y miró fijamente a la madre, mientras ella seguía diciendo:

—Y es eso precisamente lo que te quería decir, puesto que nadie ha querido encargarse de ello. Estás en edad de saber lo que debes hacer, ¿no te parece...? Se reacciona, se piensa en otra cosa, no se deja uno invadir por la idea fija, sobre todo cuando se pertenece a una familia como la nuestra... Tú la conoces a fondo. Desconfía, cuídate.

Pascal había palidecido; la seguía mirando fijamente como si hubiera estado sondeándola, para saber lo que existía de ella dentro de sí, y se contentó con responder:

—Tiene razón, madre... Se lo agradezco.

Luego, cuando estuvo solo, volvió a desplomarse en su silla, ante la mesa, y quiso reemprender la lectura del libro. Pero, al igual que antes le había sucedido, no llegó a fijar lo bastante su atención como para comprender el significado de las palabras cuyas letras se barajaban ante sus ojos. Y las frases pronunciadas por su madre zumbaban en sus oídos; la angustia que se iba apoderando de él desde hacía algún tiempo, iba haciéndose mayor, se definía, obsesionándole ahora ya, con la idea de un peligro inmediato, claramente precisado. Él, que dos meses antes tan triunfalmente se vanagloriaba de no ser propiamente de la familia, ¿iría a recibir ahora el más espantoso de los desmentimientos? ¿Sufriría el dolor de ver renacer la tara en su propia médula? ¿Corría el espantoso designio de sentirse en las garras del monstruo hereditario? Su madre le había dicho: se estaba volviendo loco de orgullo y de miedo. La soberana idea, la exaltada convicción que existía en él de llegar a abolir el sufrimiento, de suministrar voluntad a los hombres, de forjar una nueva humanidad más saludable y elevada, no era con toda seguridad otra cosa que el comienzo de la locura de las grandezas. Y, en su temor al acecho,

en su necesidad de espiar a los enemigos que suponía empeñados en perderle, reconocía con extrema facilidad los síntomas del delirio de persecución. Todos los accidentes de la casta, terminaban en ese terrible caso: la locura a breve plazo, a continuación la parálisis general y la muerte.

Desde ese día, Pascal vino a ser un poseso. El estado de agotamiento nervioso en que el exceso de trabajo y la pena le habían sumido, le entregaba, sin posible resistencia, en manos de aquella obsesión de la locura y la muerte. Todas las sensaciones morbosas que experimentaba, la inmensa fatiga al levantarse, los zumbidos, los deslumbramientos, hasta sus malas digestiones y crisis de lágrimas, iban sumándose una a una, como pruebas evidentes de la próxima descomposición que creía estar amenazándole. Había perdido, por lo que se refería a su propia persona, su tan delicada capacidad de diagnóstico como médico observador; y si seguía razonándose a sí mismo, era para confundirlo y pervertirlo todo, bajo la depresión moral y física por que se arrastraba. Ya no se pertenecía; se ponía como loco, tratando de convencerse, hora por hora, de que forzosamente tenía que llegar a estarlo.

Los días enteros de aquel pálido mes de diciembre fueron empleados por el doctor en hundirse más y más en su enfermedad. Cada mañana quería escapar a la obsesión; pero volvía como siempre a encerrarse en el fondo de la sala, y allí reanudaba el enmarañado enredo de la víspera. El largo estudio que había hecho de la herencia, sus considerables investigaciones, sus trabajos, acababan de envenenarle, suministrándole motivos de inquietud sin cesar renacientes. Al continuo interrogante que se planteaba sobre su caso hereditario, allá estaban los legajos para responderle con todas las posibles combinaciones. Y se le presentaban además en número tal que, ahora ya, se perdía materialmente. Si se hubiera equivocado, si realmente no pudiera clasificarse aparte, como un caso notable de innatismo, ¿debía ordenarse en la herencia con retroceso, saltando para ello una, dos o tres generaciones? ¿Sería su caso una simple manifestación de la herencia larvada, lo que vendría a constituir una nueva prueba en apoyo del plasma generativo? ¿O más bien no precisaba ver allí más que la singularidad de las semejanzas sucesivas, la brusca aparición de un antepasado desconocido, en el declinar de su vida? Desde aquel momento, no hubo para él posible reposo, lanzado al hallazgo de su caso, hojeando sus apuntes, relejendo sus libros. Y no cesaba de analizarse, espiaba la menor de sus sensaciones, para sacar de las mismas hechos concretos, sobre los cuales poder juzgarse. Los días en que su inteligencia se sentía más indolente, en que creía experimentar fenómenos particulares de visión, se inclinaba por la tesis de un predominio de la lesión

nerviosa original; mientras que si, por el contrario, pensaba ser atacado por las piernas, produciéndose el fenómeno de los pies pesados y doloridos, entonces imaginaba sufrir la influencia indirecta de algún ascendiente venido de fuera. Mezclábase todo ello en su imaginación, y llegaba a no reconocerse ya, en medio de turbaciones simplemente inventadas que sacudían su trastornado organismo. Y todas las noches, la conclusión a que llegaba era siempre la misma, idéntico toque de agonía resonaba en su mente: la espantosa herencia, el miedo a volverse loco.

En los primeros días de enero, Clotilde asistió, sin proponérselo, a una escena que le oprimió el corazón. Se hallaba junto a una de las ventanas de la sala, leyendo, oculta por el alto respaldo de su sillón, cuando vio entrar a Pascal, prácticamente desaparecido, enclaustrado en su alcoba desde la víspera. Sostenía con las dos manos, desplegada ante su vista, una hoja de papel amarillento, en la que enseguida reconoció Clotilde el árbol genealógico. Hallábase tan absorto, tan clavados tenía los ojos en aquel documento, que la muchacha hubiera podido desde luego descubrirse, sin que él llegara a notarlo. Y, previo extender el árbol sobre la mesa, continuó observándolo durante largo rato, con su aterrorizado e inquisitivo semblante, vencido poco a poco y suplicante a la postre, con las mejillas bañadas en lágrimas. ¿Por qué, Dios mío, se empeñaba el árbol en no responderle, dándole a conocer qué antepasado influía en él, para así poder inscribir su caso en la hoja correspondiente, al lado de los otros? Si tenía que acabar volviéndose loco, ¿por qué el árbol no se lo decía claramente, contribuyendo de ese modo a calmarle, puesto que su único sufrimiento, según él mismo, consistía en la incertidumbre? Pero las lágrimas le nublaban la vista, no apartaba los ojos del papel, destrozándose a sí mismo en ese afán de saber, que ya estaba haciendo tambalear su razón. De improviso, Clotilde tuvo que esconderse, al ver que el doctor se dirigía hacia el armario que abrió de par en par. Agarró los legajos, para arrojarlos sobre la mesa y hojearlos después febrilmente. La terrible escena de aquella noche de tormenta, volvía a dar comienzo, con su galope de pesadilla y el desfile de todos esos fantasmas evocados, surgiendo del consabido montón de papelotes. A medida que los iba teniendo en sus manos, lanzaba un interrogante a cada uno de ellos, una ardiente súplica, exigiendo se le puntualizase sobre el origen de su mal, esperando conseguir una palabra, un murmullo tan sólo que le proporcionase la certidumbre. Al principio no exteriorizó más que un balbuceo indistinto; luego, fueron formulándose palabras, retazos de frases.

—¿Eres tú...? ¿Eres tú...? ¿Eres tú...? Antepasada ancestral, madre de todos nosotros, ¿eres tú quien debe proyectar en mí tu locura...? ¿Eres tú, tío alcohólico, ese viejo bandido de tío, cuya inveterada embriaguez me va a tocar pagar ahora a mí...? ¿Eres tú acaso, sobrino atáxico, o tú, sobrino místico, o tú quizás, nieta idiota, quienes me vais a facilitar la verdad, mostrándome una de las formas de la lesión que padezco...? ¿Seréis vosotros más bien, el primo ese que se ahorcó, o tú, el que fue capaz de matar, o quizá tú, la prima muerta de podredumbre? ¿Son vuestros trágicos finales los que anuncian el mío, el hundimiento en el fondo de una celda, la abominable descomposición del ser?

Y el galope seguía, alzábanse todos ellos, pasaban velozmente a un ritmo de tempestad. Los legajos parecían animarse y encarnarse sus personajes; se atropellaban unos a otros en un ajetreo de humanidad doliente.

—¡Ah! ¿Quién me dirá algo? ¿Cuál de ellos será capaz de decírmelo...? ¿Acaso éste que murió loco? ¿Ese otro al que tiene sofocado la parálisis? ¿Aquella a quien se llevó la tuberculosis? ¿Aquél de allá que murió de miseria fisiológica siendo muy jovencito...? ¿En cuál de ellos se halla el veneno que ha de causar mi muerte? ¿En qué consiste? ¿Es histeria, alcoholismo, tuberculosis, escrófula? Y, ¿qué es lo que va a hacer de mí? ¿Un epiléptico, un atáxico o un loco...? ¡Un loco...! ¿Quién dijo un loco? Lo dicen todos, ¡un loco, un loco, un loco!

Los sollozos ahogaban a Pascal. Dejó caer su desfalleciente cabeza por entre los legajos, lloró sin tregua, sacudido por fuertes estremecimientos. Y Clotilde, presa de una especie de terror religioso, al notar pasar por delante de sí la fatalidad que rige la sucesión de razas, se fue calladamente, reteniendo la respiración; se hizo perfecto cargo de que el pobre infeliz hubiera experimentado una gran vergüenza, de llegar a sospechar que se encontraba allí.

Largos abatimientos siguieron a aquél. Enero resultó ser muy frío. Pero el cielo seguía siendo de una admirable pureza, un eterno sol relucía en el límpido azul; y en *La Souleide*, las ventanas de la sala, orientadas al Mediodía, formaban allí un auténtico invernadero, donde imperaba una dulce y deliciosa temperatura. Ni siquiera se encendía fuego, jamás el sol abandonaba la estancia, una sábana de oro pálido, por donde volaban pausadamente algunas moscas absueltas por el invierno. Ningún otro ruido se oía que no fuera el estremecimiento de sus alas. Tratábase de una tibieza durmiente y cerrada, algo así como un rincón de primavera conservado en la vieja mansión.

Allí fue donde Pascal oyó una mañana el final de una conversación, que vino a agravar sus sufrimientos. Ya no solía salir de su alcoba antes de la hora de la comida, y Clotilde acababa de recibir al doctor Ramond en la sala, donde se habían puesto a charlar tranquilamente, uno cerca del otro, bajo los luminosos rayos del sol.

Era la tercera vez que Ramond se presentaba, en el lapso de ocho días. Circunstancias estrictamente personales, la necesidad sobre todo de asentar definitivamente su situación como médico de Plassans, le obligaban a no diferir por más tiempo su matrimonio; y quería obtener de Clotilde, a este respecto, una respuesta decisiva. En dos ocasiones ya, la presencia de terceras personas le había impedido explayarse. Y como esa respuesta sólo quería tenerla de ella misma, había decidido explicarse directamente, en franca conversación. Su camaradería, así como la sensatez de ambos, le autorizaban a dar aquel paso. Y terminó su alegato, sonriendo y con los ojos fijos en los de la jovencita.

—Le aseguro, Clotilde, que se trata del desenlace más cuerdo que cabe imaginar... Usted lo sabe, hace mucho tiempo que la quiero entrañablemente. Siento hacia su persona profunda ternura y estima... Quizá con esto no baste, pero es que tengo además la convicción de que habremos de comprendernos perfectamente y de que, juntos, seremos muy felices.

Ella no había desviado la vista, le miraba también cara a cara y con toda franqueza, sin abandonar su amistosa sonrisa. El mozo era realmente guapo y reflejaba en su físico toda la fuerza de la juventud.

—¿Por qué —preguntó ella entonces—, no se casa usted con la señorita Lévêque, la hija del procurador? Es más bonita, más rica que yo, y estoy segura de que se sentiría muy dichosa... Mi excelente amigo, temo esté cometiendo una equivocación al escogerme a mí.

Al oírla, el joven no se impacientó lo más mínimo; parecía seguir convencido de la cordura de su determinación.

—Pero el caso es que a quien amo es a usted, no a la señorita Lévêque... Lo tengo además muy pensado, y le repito que sé muy bien lo que me hago. Diga que sí; tampoco usted puede tomar mejor partido.

Clotilde, entonces, se puso seria, y por su rostro pasó una sombra, la sombra de esas reflexiones, de aquellas luchas internas, casi inconscientes, que la tenían enmudecida desde hacía ya tiempo.

—Pues bien, mi querido amigo, puesto que tan en serio va la cosa, permítame que no le conteste hoy mismo, concédame algunas semanas de tiempo... El maestro está realmente muy enfermo, yo misma me siento

turbada; y con seguridad que usted no querría deber mi asentimiento a una reacción impensada... Le aseguro a mi vez que siento hacia usted un extraordinario afecto. Pero no resultaría adecuado resolver en estos momentos, cuando la casa tan desdichada se siente... ¿Convenido, no es eso? Prometo no hacerle esperar mucho tiempo.

Y, para cambiar de conversación, la joven añadió:

—Sí, me inquieta el maestro. Precisamente quería verle, para contarle lo que le diré... El otro día le sorprendí llorando a lágrima viva, y para mí es lo más seguro que el miedo a volverse loco le tiene acorralado... Anteayer, cuando usted estuvo hablando con él, pude ver que le observaba minuciosamente. Con toda franqueza, ¿qué piensa usted de su estado? ¿Está en peligro?

El doctor Ramond se exclamó.

—¡Pues no! Está extenuado, desequilibrado, ¡eso es todo...! ¿Cómo es posible que un hombre de su sapiencia, que tanto se ha ocupado de enfermedades nerviosas, pueda equivocarse hasta ese punto? ¡En verdad que resulta desolador el que cerebros tan claros y firmes tengan semejantes fugas...! En su caso, el propio hallazgo suyo sobre inyecciones hipodérmicas resultaría de sorprendentes efectos. ¿Por qué no se inyecta?

Y, como la joven le contestara entonces con gesto de desesperación que a ella no le escuchaba y que ni tan siquiera podía dirigirle la palabra, el doctor Ramond añadió:

—Está bien, yo mismo le hablaré.

En aquel preciso momento Pascal salía de su habitación, atraído por el ruido de voces. Pero, al percibir a los dos, tan cerca el uno del otro, tan animados, jóvenes y hermosos, bajo los rayos del sol, como vestidos de ese mismo sol, se detuvo en el umbral. Dilatáronse sus ojos entonces y su pálido rostro se descompuso.

Ramond había cogido la mano de Clotilde, como queriendo retener a ésta unos instantes más.

—Prometido, pues, ¿no es eso? Quisiera que la boda se celebrase este verano... Sabe lo mucho que la amo y espero su contestación.

—Perfectamente —respondió ella—. Antes de un mes, todo se arreglará.

Una especie de deslumbramiento hizo tambalear a Pascal. ¡Mira por donde ahora, ese buen mozo, un amigo, un alumno, se introducía en su casa para robarle su máspreciado bien! Hubiera debido prever semejante desenlace, y sin embargo, la brusca noticia de un posible matrimonio le sorprendía, le dejaba anonadado cual si se tratara de una imprevista catástrofe

en la que su vida había de desplomarse. ¡Esa criatura que era hechura suya, que creía algo propio, se iría pues sin pena, dejándole agonizar solo en un rincón! Todavía la víspera, era tanto lo que le había hecho sufrir, que incluso se llegó a preguntar si no resultaría procedente separarse de ella, remitiéndola a su hermano, que no cesaba de reclamarla. E incluso hubo un instante en que tuvo una resolución tomada a ese respecto, para tranquilidad de ambos. Mas, ahora, como brutal reacción, al encontrarla allí con ese hombre, al oír prometer una contestación, con sólo pensar que se casaría y que le abandonaría muy pronto, aquello equivalía a una puñalada que le hubieran asestado en pleno corazón.

Pascal siguió acercándose con paso lento y dificultoso; los dos jóvenes volvieron entonces la cabeza y se sintieron un poco violentos.

—¿Es usted, maestro? De usted estábamos hablando precisamente —acabó por decir Ramond en tono jovial—. Sí, se trataba más bien de una conspiración, es preciso confesarlo... Vamos a ver, ¿por qué no se cuida? No tiene nada de particular, y en quince días quedaría restablecido.

Pascal, que se había dejado caer sobre una silla, seguía mirándoles. Tuvo la fuerza de voluntad de imponerse a sí mismo, nada se dejó traslucir en su rostro de la herida que había recibido. Con seguridad que la misma vendría a significar su muerte, y nadie en el mundo llegaría a sospechar respecto del mal que se le llevaría. Pero para él constituyó un alivio eso de poder enfadarse, al tiempo que rechazaba con violencia a tragar ni un vaso de tisana tan siquiera.

—¡Cuidarme! ¿Para qué...? ¿No se acabó todo? ¿No le llegó ya la hora a mi vieja osamenta?

Ramond insistió, con su sonrisa de hombre calmado.

—Está usted más fuerte que todos nosotros. Se trata de un simple trastorno accidental, y sabe perfectamente que tiene en su mano el remedio... Inyéctese...

No le fue posible continuar; para Pascal, aquello ya era el colmo. En medio de su exasperación, preguntaba airado si lo que deseaban era que se matase, lo mismo que antes hiciera con Lafouasse. ¡Sus pinchazos! ¡Bonita invención de la que podía estar más que orgulloso! Maldecía la medicina, negaba su misma existencia, juraba no volver a tocar un enfermo. Cuando ya no se servía para nada, se reventaba y en paz; era para todos lo mejor que podía suceder. Y eso sería además lo que procuraría hacer con la mayor rapidez.

—¡Bah! ¡Bah! —concluyó Ramond, disponiéndose a despedirse por temor a excitarle más—, le dejo a Clotilde, y me voy bien tranquilo... Clotilde arreglará eso.

Pero, aquella mañana, Pascal había recibido el golpe de gracia. Se metió en la cama desde primeras horas de la tarde, y permaneció acostado hasta el día siguiente sin querer abrir la puerta de su alcoba. Clotilde terminó por inquietarse y acabó golpeando fuertemente con el puño; ni el más ligero soplo, nada se oía ni nadie respondía. La misma Martine insistió por su parte, suplicó al señor a través de la cerradura, que le respondiese cuanto menos que nada necesitaba. Reinaba un silencio de muerte, parecía como si la habitación estuviese vacía. Posteriormente, en la mañana del segundo día, cuando por casualidad la joven le estaba dando la vuelta a la empuñadura, la puerta cedió; quizás hacía ya horas que no estaba cerrada. Y pudo entrar libremente en aquella pieza donde nunca había puesto los pies, una espaciosa habitación cuya orientación al Norte hacía que fuese fría, y en la que tan sólo percibió una pequeña cama de hierro sin colgantes, una ducha en un rincón, una mesa alargada de madera negra, sillas y, sobre la mesa, en las estanterías, a lo largo de las paredes, todo un laboratorio, morteros, hornillos, aparatos, estuches. Pascal, levantado y vestido, estaba sentado al borde de su cama, que se había esforzado en rehacer él mismo.

—¿No quieres, entonces, que te cuide? —preguntó Clotilde, conmovida y temerosa, sin atreverse demasiado a seguir avanzando.

Él tuvo un gesto de desánimo.

—¡Oh!, si quieres puedes entrar; ten por seguro que no te pegaré, ya no me quedan fuerzas.

Y, desde aquel día consintió en que anduviese alrededor suyo, y permitiéndole que le sirviera. Tenía, no obstante, sus caprichos; no quería que la muchacha entrase, cuando estaba acostado, presa de una especie de pudor enfermizo; y la obligaba en tales casos a enviarle a Martine. Por lo demás, raras veces permanecía en el lecho; se arrastraba de silla en silla, sin fuerza material para cualquier cosa. El mal se había agravado aún más, llegando a manifestar desagrado por todo, estragado por jaquecas y vértigos de estómago, sin fuerzas, como él mismo decía, para colocar un pie delante del otro, convencido, cada mañana al despertar, de que aquella misma noche dormiría en los Tulettes, loco de atar. Adelgazaba a ojos vistas, tenía un semblante dolorido, de una hermosura trágica, enmarcado por sus blancos cabellos, que seguía peinando como última muestra de coquetería. Y si, por un lado, aceptaba que le cuidasen, rehusaba en cambio enérgicamente a

ingerir cualquier remedio, dadas las dudas que al presente le suscitaba la medicina.

Clotilde no tuvo más preocupación que el doctor. Se despreocupaba de todo lo demás; empezó por ir sólo a las misas rezadas y acabó por dejar de acercarse a la iglesia. En su impaciencia por poseer la verdad y la dicha, parecía que empezaba a contentarse con el empleo de todas sus horas alrededor de un ser querido, al que hubiera querido volver a ver sano y feliz. Tratábase de toda su persona, de un olvido de sí misma, de algo así como una necesidad de hacer su propia dicha con la felicidad de otro; y todo ello, inconscientemente, bajo el solo impulso de su corazón de mujer, en medio de la crisis que atravesaba y que tan profundamente la estaba modificando, sin que llegara tan siquiera a razonárselo. Seguía tan callada como siempre respecto del desacuerdo que había motivado su separación; todavía no pasaba por su mente la idea de arrojársele al cuello, gritándole que tan sólo le quería a él, que podía revivir ya, puesto que se entregaba. En su fuero interno, no pretendía ser otra cosa que una hija cariñosa que velaba por él, lo mismo que hubiera podido hacerlo cualquier otro pariente. Y todo ello además, en los términos más castos que puedan concebirse, prodigándole delicados cuidados, continuas atenciones, que venían a representar una tal invasión de su vida, que las jornadas ahora pasaban velozmente, exentas del tormento del más allá, saturadas del único afán de curarle.

Pero, donde tuvo que sostener una verdadera lucha, fue para decidirle a que se diese inyecciones. Se salía de sus casillas, negaba su propio descubrimiento, se trataba a sí mismo de imbécil. Y ella, por su parte, también gritaba. Era al presente la joven, quien tenía fe en la ciencia, quien se indignaba al verle dudar de su mismo genio. Estuvo resistiéndose durante mucho tiempo; luego, debilitado, cediendo a la autoridad que ella iba adquiriendo, con su asentimiento quiso simplemente evitar la tierna disputa que ella le buscaba cada mañana por ese motivo. Desde los primeros pinchazos experimentó un gran alivio, aunque él se negase a reconocerlo. Se le despejaba la cabeza, recobraba las fuerzas poco a poco. También fue el triunfo de la joven, presa de un arranque de orgullo en favor del doctor, que le llevaba a exaltar su método, rebelándose contra el hecho de que él mismo no quedase admirado con los magníficos resultados obtenidos en su persona, como un ejemplo de los milagros que con la tal medicación podía hacer. Pascal sonreía, comenzaba a ver claro en su caso. Ramond estaba en lo cierto, allí no debía haber otra cosa que agotamiento nervioso. Quizás, incluso, acabaría por salir de la estacada.

—¡Bah!, eres tú quien me está curando, hijita —decía el doctor, sin querer confesar su esperanza—. Ahí donde lo estás viendo, los remedios dependen, en cuanto a su eficacia, de la mano que los suministra.

La convalecencia fue lenta; duró todo el mes de febrero. El tiempo seguía siendo transparente y frío, ni un solo día dejó el sol de caldear la sala, con su baño de pálidos rayos. Y hubo además recaídas plagadas de negras tristezas, horas en que el enfermo se sumía de nuevo en sus terrores; de forma que la enfermera, desolada, tenía que ir a sentarse al otro extremo de la habitación, para no irritarle más con su presencia. Desesperaba nuevamente de la curación. Convertíase en un ser amargo, de una ironía agresiva.

Uno de esos nefastos días, Pascal, habiéndose acercado a una ventana, percibió a su vecino, el señor Bellombre, profesor jubilado, dedicado en aquellos momentos a echar una ojeada a sus árboles para ver si tenían muchas yemas de fruto. La visión de aquel viejo tan correcto y erguido, de una refinada calma egoísta y en el que la enfermedad no parecía haber hecho presa jamás, le puso bruscamente fuera de sí.

—¡Ah! —refunfuñó—. ¡He ahí uno que jamás se resentirá de un exceso de cansancio, que nunca arriesgará su piel motivándose penas!

Y tomando esa consideración como punto de partida, se extendió en un elogio irónico del egoísmo. Ser solo en el mundo, no tener amigos, ni mujer, y tampoco hijos, ¡qué felicidad! Ese recalcitrante avaro que durante cuarenta años no había tenido más misión que repartir cachetes a los hijos de los demás, que se había retirado para vivir apartado del mundo, sin un perro, en la sola compañía de un jardinero mudo y sordo, de más edad que él, ¿no representaba acaso la mayor suma de felicidad posible en la tierra? ¡Ni una carga, ni una obligación, sin otra preocupación que la de velar por su preciada salud! Aquel hombre era un filósofo; viviría cien años.

—¡Ah! ¡El miedo a la vida! Decididamente no era concebible una cobardía mejor... ¡Y pensar que a veces lamento no tener al lado un hijo propio! Pero ¿es que existe acaso el derecho a traer a este mundo seres desgraciados? Precisa acabar con la herencia morbosa, matar la vida... Conclusión: ¡ese viejo cobarde resulta ser el único hombre que se comporta con honradez!

Con el máximo sosiego, bañado por el sol de marzo, el señor Bellombre seguía rondando por sus perales. No aventuraba un solo movimiento que fuese demasiado vivo, economizaba su incipiente vejez. Habiendo encontrado un guijarro en el sendero, lo apartó con la punta de su bastón, y luego siguió andando sin prisa.

—¡Basta verle!... ¡Se conserva bien, sigue tan tieso; todas las bendiciones del cielo se centran en su persona! No conozco a nadie más feliz.

Clotilde, que permanecía en silencio, sufría con aquel tono irónico de Pascal, que tanta tristeza y dolor adivinaba entrañar. Ella, que solía defender al señor Bellombre, sentía remontar en sí misma una ola de protesta. Se le llenaron los ojos de lágrimas, y respondió simplemente en voz baja:

—Sí, pero no tiene a su alrededor nadie que ame.

De pronto, aquello puso fin a la penosa escena. Como si hubiera topado con algo, Pascal se volvió de nuevo y la miró fijamente. Un súbito enternecimiento humedecía asimismo sus ojos; y se alejó para no llorar.

Todavía transcurrieron algunos días, en medio de esas alternativas que comprendían horas buenas y malas. Las fuerzas no se recobraban más que muy lentamente, y lo que le desesperaba sobre todo era el no poder reintegrarse al trabajo, sin sentirse presa enseguida de copiosos sudores. Si se hubiera obstinado en su empeño, con seguridad que hubiera llegado a desvanecerse. Comprendía perfectamente que, mientras no pudiera trabajar, la convalecencia no habría acabado. Se interesaba de nuevo, sin embargo, por sus acostumbradas investigaciones, releía las últimas páginas que había escrito; y, con este despertar del sabio en él, reaparecían también sus inquietudes de antaño. En un momento dado, su depresión había llegado a ser tal, que la casa entera había como desaparecido para él: hubieran podido saquearle, cogerlo y destruirlo todo, sin que hubiera tenido conciencia del desastre. Ahora ya, volvía a estar al acecho, palpaba su bolsillo para asegurarse de que llevaba encima la llave del armario.

Pero, una mañana, cuando salía de su habitación siendo ya las once, por haberse estado en la cama más rato de la cuenta, percibió a Clotilde en la sala, tranquilamente ocupada en hacer un dibujo al pastel, en el que reproducía con la máxima exactitud una rama de almendro florida. La joven levantó la cabeza sonriendo, y, cogiendo una llave que tenía junto a sí, encima de su pupitre, hizo ademán de dársela.

—¡Aquí tienes!, maestro.

Asombrado, sin acabar aún de comprender, Pascal examinaba el objeto que ella le tendía.

—¿Qué es esto?

—Pues la llave del armario que debiste dejar caer ayer, y he recogido aquí esta mañana.

La cogió él entonces con extraordinaria emoción. La miraba y miraba a Clotilde. ¿Se habrían acabado los recelos? ¿Era que no pensaba perseguirle

más? ¿Cesaría en su empeño de robarlo y quemarlo todo? Y, viendo que ella también se hallaba muy conmovida, Pascal sintió en su corazón un gozo inmenso.

Y, acercándose la estrechó entre sus brazos.

—¡Ah! hijita, ¡si pudiéramos no ser demasiado desdichados!

Seguidamente, se fue a abrir un cajón de su mesa, y metió allí la llave, como en otros tiempos.

A partir de entonces, recobró fuerzas, la convalecencia fue más rápida. Todavía resultaban posibles las recaídas, pues seguía muy quebrantado. Pudo escribir, no obstante; las jornadas se hicieron menos pesadas. También el sol parecía haberse envalentonado, el calor iba siendo ya tal, en la sala, que a veces había que dejar los postigos medio entornados. Se negaba a recibir a nadie, a duras penas si toleraba a Martine; y cuando de tanto en tanto acudía su madre para interesarse por él, hacía que le dijeran que estaba durmiendo. No se hallaba a gusto más que en aquella deliciosa soledad, cuidado y atendido por la rebelde, la enemiga de ayer la sumisa discípula de hoy. Reinaron entre ellos prolongados silencios, pero sin que los mismos resultasen en absoluto embarazosos. Reflexionaban simplemente, daban rienda suelta a sus pensamientos con infinita dulzura.

Un día, Pascal pareció hallarse muy grave. Tenía ahora la convicción de que su mal era puramente accidental y de que la cuestión referente a la herencia ningún papel jugaba en todo aquello. Pero no por eso se sentía menos saturado de humildad.

—¡Dios mío! —murmuró—, ¡cuán poca cosa somos! ¡Yo, que tan fuerte me imaginaba ser, que tan orgulloso me sentía de mi sano juicio! ¡Mira por donde, algo de pena y un poco de cansancio han estado a punto de convertirme en loco!

Se calló y siguió reflexionando. Iluminábanse sus ojos, acababa de vencerse a sí mismo. Luego, en un momento de cordura y de valor, se decidió a hablar.

—Si voy encontrándome mejor, lo celebro sobre todo por ti.

Clotilde, sin comprender, levantó la cabeza.

—¿Qué quieres decir con eso?

—No te quepa duda, por razón de tu matrimonio... Ahora sí, va a poderse señalar una fecha.

Ella no salía de su sorpresa.

—¡Ah!, es verdad, ¡mi matrimonio!

—¿Quieres que escojamos, ahora ya, la segunda semana de junio?

—Sí, la segunda semana de junio, me parece muy bien.

No hablaron más; ella había vuelto a fijar sus ojos en el trabajo de costura que se traía entre manos, mientras él, puesta la mirada en lontananza, permanecía inmóvil, con serio semblante.

VII

AQUEL día, cuando estaba llegando a *La Souleide*, la anciana señora Rougon vio a Martine en el huerto dedicada a plantar puerros; y, aprovechando la ocasión, se fue hacia la criada para charlar con ella y sacarle la información que pudiera, antes de entrar en la casa.

Iba pasando el tiempo y la vieja se sentía desolada ante lo que ella calificaba como deserción de Clotilde. Tenía el firme convencimiento de que jamás tendría los legajos en su poder. La pequeña se perdía, iba estando cada vez más del lado de Pascal desde que le había tenido a su cuidado; y su perversión llegaba además hasta el punto de no haberla vuelto a ver por la iglesia. Por ello, volvía a germinar en su mente el primer proyecto que concibiera, es decir, alejar primero a la muchacha, para luego hacerse con el hijo, una vez éste estuviera solo y debilitado por la misma soledad. Puesto que no había podido convencerla para que se fuese con su hermano, todo el interés y la pasión de la vieja se hallaban ahora concentrados en el proyectado matrimonio de la joven; hubiera querido lanzar a ésta en brazos del doctor Ramond, ya desde el día siguiente, y sentía verdadero descontento ante la calma que observaba a este respecto. Acudía, pues, presurosa aquella tarde para tratar de avivar las cosas.

—Buenas tardes, Martine... ¿Cómo va todo por aquí?

La criada, arrodillada como estaba, con las manos sucias de tierra, levantó su pálido rostro, que intentaba proteger contra el sol mediante un pañuelo anudado a la cofia.

—Pues como siempre, señora, pasando.

Y estuvieron un rato de palique. Felicité la trataba como confidente, es decir, como persona consagrada por entero a la familia, hoy ya prácticamente perteneciente a ella, y a la que en consecuencia se podía contar todo. Empezó por interrogarla, quiso saber si el doctor Ramond había estado aquella mañana por allí. Había venido desde luego, pero podía tener por cierto que sólo de cosas banales se había hablado. La vieja mostró su descontento, pues ella misma había visto al doctor, la víspera, y se le había confiado, diciéndole que

estaba apenado por no tener una respuesta definitiva, y ansioso ahora ya de conseguir cuanto menos la promesa de Clotilde. Aquello no podía seguir así, era preciso obligar a la joven a comprometerse.

—Se anda con demasiadas delicadezas —exclamó la vieja—. Se lo tenía dicho, tenía la absoluta seguridad de que tampoco esta mañana se atrevería a plantear claramente la cuestión... Por eso voy a ver si metiendo yo baza... Entonces veremos, si obligo o no a esa chiquilla a tomar una determinación.

Luego, calmándose, prosiguió:

—Mi hijo ya se ha rehecho y para nada necesita de ella.

Martine, que se había puesto otra vez a plantar puerros, se alzó con viveza al oírla.

—¡Ah! ¡Eso por supuesto!

Y, por su rostro, ajado en treinta años de servidumbre, pareció pasar el fulgor de una llama. Y es que una herida sangraba en ella desde que su amo ya casi no la toleraba a su lado. Durante toda su enfermedad, la había tenido apartada de sí, aceptando cada vez menos sus servicios, hasta acabar por cerrarle del todo la puerta de su habitación. Tenía una vaga conciencia de lo que estaba ocurriendo, una especie de celos instintivos la torturaban cruelmente, dada la adoración que sentía por su dueño, ese amo respecto del cual y durante tantos años había venido siendo como un simple objeto a su entera disposición.

—¡Puede asegurar que para nada necesitamos a la señorita! Le basta al señor conmigo.

La criada entonces, tan discreta, se puso a hablar de sus trabajos en el huerto, diciendo que se las componía para encontrar el tiempo necesario y poder de ese modo cultivar las legumbres, con el fin de ahorrar algunos jornales de hombre. La casa era grande, indudablemente; pero, cuando el trabajo no asusta, se acaba siempre viéndole el final. Además, en cuanto la señorita les hubiera dejado, sería en todo caso una persona menos a servir. Y sus ojos relucían inconscientemente, ante la idea de esa gran soledad, de la afortunada paz en que vivirían después de aquella marcha.

Martine bajó el tono de voz.

—Me entristecerá la cosa, porque el señor también lo sentirá mucho. Jamás hubiera llegado a creer que desearía semejante separación... Sólo que, señora, pienso lo mismo que usted, que se hace preciso el que así sea, pues tengo un miedo tremendo a que la señorita acabe por echarse a perder aquí, y sea un alma más que se aparta por completo de Dios... ¡Ah! ¡Cuánta tristeza!

¡Tengo el corazón tan constreñido que parece a menudo como si fuera a estallar!

—Están arriba los dos, ¿no es eso? —dijo Felicité—. Subo a verlos, y yo misma me encargo de obligarles a terminar de una vez.

Una hora después, cuando bajó, la vieja encontró de nuevo a Martine, que se arrastraba aún de rodillas por la humedecida tierra, acabando su faena de plantar puerros. Arriba, en cuanto empezó a contar que había estado hablando con el doctor Ramond y que éste se mostraba impaciente por conocer su suerte, la anciana señora Rougon pudo comprobar que Pascal significaba su aprobación a estas primeras consideraciones suyas: su semblante era serio, meneaba la cabeza como para decir que la impaciencia le parecía lo más natural del mundo. Clotilde, dejando de reírse, había parecido escucharla con deferencia. Mostraba, sin embargo, cierta sorpresa. ¿Por qué, en efecto, se la presionaba de aquella forma? El maestro había fijado la boda para la segunda semana de junio; tenía por consiguiente dos meses largos por delante. Muy en breve hablarían con Ramond del asunto. Eso del matrimonio era una cosa tan seria, que bien podían dejarla reflexionar evitándola comprometerse hasta el último instante. La muchacha razonaba además todo eso con su acostumbrada cordura y como persona resuelta a adoptar una determinación. Y Felicité había tenido que contentarse con el evidente deseo que mostraban ambos de que las cosas tuvieran el desenlace más razonable.

—Y creo en realidad, que se trata efectivamente de asunto acabado —terminó diciendo la vieja—. Él, no parece poner ningún obstáculo, y ella tan sólo produce la impresión de no querer obrar con prisas, como mujer que estima preciso interrogarse a fondo, antes de comprometerse para toda la vida... Quiero dejarle aún ocho días de reflexión.

Martine, sentada sobre sus talones, miraba fijamente la tierra, con el rostro invadido por la sombra.

—Sí, sí —murmuró en voz baja—, mucho es lo que reflexiona la señorita desde hace algún tiempo... La encuentro por todos los rincones. Le habla una y no contesta. Es como esas personas que incuban una enfermedad y a las que se les tuerce la mirada... Algo le pasa, ya no es la misma, no es la misma.

Y, volviendo a coger el plantador, hundió un puerro en su afán de seguir trabajando; en tanto la anciana señora Rougon, algo tranquilizada, emprendía el regreso, segura del matrimonio, según ella misma decía.

Pascal, en efecto, parecía aceptar el matrimonio de Clotilde como una cosa resuelta, inevitable. No había vuelto a hablar del asunto con la joven; las raras alusiones que se hacían entre sí, en sus conversaciones de todas horas,

les dejaban sosegados; y ocurría simplemente como si los dos meses que aún habían de vivir juntos, no hubieran de tener fin, fuesen una eternidad cuyo acabamiento no alcanzasen a ver. Ella, sobre todo, le miraba sonriente, dejaba para más adelante los sinsabores, las determinaciones a tomar; adoptando para ello un vago y hermoso gesto, que la volvía al instante a la vida bienhechora. Él, curado ya del todo, recuperando fuerzas cada día, no se entristecía más que en el momento de volver a la soledad de su habitación, por la noche, cuando ya ella se había ido a dormir. Tenía frío, un estremecimiento se apoderaba de él, pensando que llegaría un momento en que siempre estaría solo. ¿Era acaso la incipiente vejez lo que le hacía tiritar de aquella manera? Aquella perspectiva se le aparecía en lontananza como una región de tinieblas, en la cual notaba ya disolverse todas sus energías. Y, entonces, el lamento de faltarle la mujer y de no contar con un hijo, sublevaba su mente, retorciéndole el corazón con intolerable angustia.

¡Ah! ¡Cuánto había dejado de vivir! Ciertas noches, llegaba a maldecir la ciencia, a la que acusaba de haberle arrebatado lo mejor de su virilidad. Se había dejado devorar por el trabajo, que había engullido su cerebro, comido el corazón y comido los músculos. De toda esa pasión solitaria no habían nacido sino libros, papel emborronado que el viento se encargaría de barrer sin duda, y cuyas frías hojas le helaban las manos en cuanto los abría. Y, a todo eso, ¡ningún pecho viviente de mujer que poder estrechar contra el suyo, ni tibias cabelleras de criaturas que poder besar! Había vivido solo en su frío lecho de sabio egoísta, y solo se moría. ¿Moriría en realidad de esa manera? ¿No llegaría a disfrutar tan siquiera de la dicha que se permiten los simples ganapanes, los carreteros cuyos látigos chasqueaban bajo sus ventanas? Le producía fiebre el pensar que tenía que apresurarse, pues pronto ya, no estaría a tiempo. Toda su juventud desperdiciada, todos sus deseos reprimidos y acumulados remontaban entonces por sus venas, en forma de tumultuosa ola. Todo era hacerse a sí mismo juramentos de estar dispuesto a amar aún, de revivir para adoptar las pasiones que no había saboreado, de probar todas ellas, antes de convertirse en un anciano. Llamaría a las puertas, detendría a los transeúntes, recorrería los campos y la ciudad. Después, al día siguiente, cuando ya se había lavado y abandonado su alcoba, toda esa fiebre se calmaba, los cuadros ardientes se borraban de su mente y volvía de nuevo a su timidez natural. Luego, la noche siguiente, el miedo a la soledad le arrojaba al mismo insomnio, su sangre se volvía a encender y surgían las mismas tentaciones, idénticas rebeliones, iguales imperiosas necesidades de no morir sin haber conocido la mujer.

Durante esas noches ardientes, con los ojos abiertos de par en par en medio de la oscuridad, volvía siempre a hilvanar el mismo sueño. Pasaba una mujercita vagabunda, una jovencita de veinte años, hermosa a más no poder; y la chica entraba para arrodillarse delante de él, con gesto de sumisa adoración, y él la tomaba por esposa. Tratábase de una de esas peregrinas de amor, como se encuentran en las leyendas, que había seguido una estrella para venir a devolver la salud y la fuerza a un viejo rey muy poderoso, cubierto de gloria. Él, era el viejo rey, y ella le adoraba; con sus veinte años, hacía ese milagro de infundirle su juventud. Él salía triunfante de sus brazos, había recobrado la fe, el valor en la vida. En una Biblia del siglo xv que poseía, ornamentada con ingenuos grabados en madera, una imagen sobre todo le interesaba, la del viejo David entrando en su alcoba, con la mano posada sobre el hombro desnudo de Abisaig, la joven sunamita. Y leía el texto escrito en la página siguiente: «El rey David, siendo viejo, no podía entrar en calor, por mucha ropa con que le cubrieran. Sus servidores le dijeron entonces: “Buscaremos una jovencita virgen para el rey nuestro señor, para que se esté en presencia del rey, de forma que pueda servirle de distracción, y que, durmiendo además junto a él, caldee al rey nuestro señor”. Y estuvieron buscando por todas las tierras de Israel una muchacha que fuera joven y bella; hasta encontrar a Abisaig, sunamita, a quien llevaron al rey; tratábase de una jovencita extraordinariamente hermosa; dormía junto al rey, y le servía...». Ese escalofrío del viejo rey, ¿no era el mismo que ahora le dejaba helado, en cuanto se acostaba solo, bajo el melancólico techo de su alcoba? Y la mujercita vagabunda, la peregrina de amor que su sueño le traía a la mente, ¿no era acaso Abisaig, devota y dócil, la súbdita apasionada que se entrega a su amo, por su único bien? La veía siempre allí, como esclava dichosa de anonadarse en él, atenta a su menor deseo, de una belleza tan deslumbradora, que resultaba suficiente para su continuo gozo: de una dulzura tal, que se sentía a su lado como bañado de un aceite perfumado. Luego, al ojear a veces la antigua Biblia, otros grabados desfilaban ante él, su imaginación se perdía en medio de aquel mundo desmayado de patriarcas y reyes. ¡Qué fe en la longevidad del hombre, en su fuerza creadora, en su omnipotencia sobre la mujer, la que demostraban aquellas extraordinarias historias de hombres de cien años, fecundando aún a sus esposas, recibiendo a sus servidoras en el lecho, dando acogida a las jóvenes viudas y a las vírgenes que pasaban! Allí estaba Abraham centenario, padre de Israel y de Isaac, esposo de su hermana Sara, dueño obedecido por su sirvienta Agar. Allí estaba también para evidenciar esa reverenciación, el delicioso idilio de Ruth y de Booz, la joven

viuda, llegando al territorio de Belén, durante la cosecha de cebada, yendo a posarse, en una tibia noche, a los pies del dueño y señor, que comprendiendo el derecho que la viuda reclama, se casa con ella, en su calidad de pariente por afinidad, según la ley. Tratábase del impulso de la libre expansión de un pueblo fuerte y vivaz, cuya actuación había de conquistar el mundo a través de aquellos hombres de virilidad jamás agotada, de las mujeres siempre fecundas, de toda esa continuidad tenaz y pululante de la raza, que se desenvuelve por entre crímenes, adulterios, incestos, amores tenidos fuera de la edad normal y fuera de razón también. Y su sueño ante los viejos e ingenuos grabados, acababa por adquirir tintes de realidad, Abisaig entraba en su triste alcoba, que iluminaba y embalsamaba con su presencia, abría sus desnudos brazos, mostraba sus desnudas caderas, toda su divina desnudez en fin, para hacerle entrega de su real juventud.

¡Ah!, la juventud; ¡el hambre que de ella sentía, era realmente devoradora! En el declinar de su vida, ese apasionado deseo de juventud, venía a ser algo así como una rebelión contra la amenazadora edad; un desesperado deseo de retroceder y volver a empezar. Y, en ese afán de emprender de nuevo el camino, no se cobijaba tan sólo el lamento respecto de las primeras dichas desperdiciadas, y a las cuales el recuerdo presta sin duda su encanto; existía asimismo la firme voluntad de gozar, esta vez, de su salud y de su fuerza, por nada en absoluto perderse la dicha de amar. ¡Ah!, la juventud; ¡cómo hubiera hincado el diente en ella! ¡Cómo la hubiera recibido con voraz apetito y dispuesto a exprimirla por entero, antes de envejecer! Le sobrevenía una emoción de angustia cuando se recordaba a sí mismo teniendo veinte años, esbelto de cintura, con una salud y un vigor comparables a los de una joven encina, con sus dientes deslumbrantes y una negra a la vez que tupida cabellera. ¡Con qué fogosidad hoy hubiese festejado aquellos dones antaño desdeñados, si un prodigio realizase el milagro de devolvérselos! Pues, y de la juventud de la mujer ¿qué decir?, una jovencita que pasara, bastaba para turbarle, sumiéndole en un profundo enternecimiento. E incluso le sucedía eso a menudo, al margen de la persona propiamente dicha; la sola imagen de la juventud, el olor puro y el rebosar que de ella se desprendía, el pensar tan sólo en unos ojos claros, en labios sanos o mejillas frescas, en un escote delicado sobre todo, satinado y plagado de redondeces, sombreado por ricillos locos sobre la nuca, aparecía ante sus ojos como algo de suma finura y grandeza, divinamente concebida en su sosegada desnudez. Sus miradas seguían la aparición, su corazón quedaba anegado por un deseo infinito. Nada había tan bueno y deseable como la juventud, ella constituía la flor del mundo, la sola

belleza, el solo goce, la única auténtica verdad, junto con la salud que la naturaleza podía proporcionar al ser. ¡Ah! ¡Volver a empezar, ser joven aún, poseer en estrecho y fuerte abrazo todo cuanto representa la mujer joven!

Ahora ya, desde que los hermosos días de abril hacían florecer los árboles frutales, Pascal y Clotilde habían vuelto a emprender sus paseos de la mañana en *La Souleide*. Eran aquellas sus primeras salidas de convaleciente; le conducía ella hasta la era, ya caldeada, le llevaba también por los senderos del pinar, para luego volver a traerle al borde de la terraza, cortada tan sólo por las franjas de sombra de dos cipreses centenarios. En aquel lugar, el sol teñía de blanco las viejas losas, y la inmensidad del horizonte se proyectaba bajo el deslumbrante cielo.

Una mañana en que Clotilde había estado retozando por la heredad, entró muy animada, rebosando risas, tan alegremente aturdida, que subió a la sala, sin haberse quitado su sombrero de campo, ni el ligero pañuelo de encajes que llevaba anudado al cuello.

—¡Ah! —dijo— ¡qué calor!... ¡He sido una tonta no quitándome todo esto abajo! Lo bajaré ahora mismo.

Al entrar, había arrojado el pañuelo de encajes sobre un sillón. Pero al querer desanudar las cintas de su ancho sombrero de paja, sus manos se impacientaban.

—¡Vaya por Dios!, mira por donde, todavía apreté más el nudo. Estoy viendo que nunca saldría del paso; tienes que echarme una mano.

Pascal, excitado también él por el largo paseo, sentía verdadero regocijo al verla tan hermosa y feliz. Se acercó, conforme la joven le pedía, y tuvo forzosamente que adosarse a ella por entero.

—Espera, levanta la barbilla... ¡Oh!, no paras de moverte, ¿cómo quieres que me las componga?

La muchacha reía en un tono cada vez más fuerte; y él contemplaba embobado esa risa que henchía el pecho de la joven como una honda sonora. Sus dedos se enmarañaban bajo la barbilla, en esa deliciosa parte del cuello cuyo tibio satén no podía evitar el tocar. Llevaba Clotilde un vestido muy escotado, y él por su parte, la respiraba por entero a través de aquella abertura, de donde ascendía el ramillete viviente de la mujer, el olor puro de su juventud, caldeada a pleno sol. De pronto, Pascal notó como un deslumbramiento y creyó desfallecer.

—¡No, no! ¡Si no te estás quieta, imposible seguir!

Una ola de sangre le oprimía las sienes, sus dedos perdieron el sentido de la orientación, mientras ella se echaba más hacia atrás, ofreciendo la tentación

de su virginidad, sin saberlo. Aquello significaba la auténtica aparición de la regia juventud: ojos claros, labios sanos, frescas mejillas, cuello delicado sobre todo, satinado y redondo, sombreado de locos ricitos hacia la nuca. ¡Y la notaba tan fina, tan punzante, con sus menudos senos y su divina expansión!

—¡Por fin, ya está! —gritó ella.

Sin saber cómo, Pascal había conseguido desanudar las cintas. Las paredes le daban vueltas; todavía la vio durante unos instantes, ahora con la cabeza al descubierto, con su rostro del mismo resplandor que un astro, sacudiendo entre risas los bucles de sus dorados cabellos. Tuvo entonces miedo de volverla a coger entre sus brazos, de no resistir al impulso de besarla locamente, en todos y cada uno de los sitios donde aparecía algo de su desnudez. Y huyó materialmente de allí, llevándose consigo el sombrero que había conservado en la mano, diciendo entre balbuceos:

—Voy a colgarlo en el vestíbulo... Espérame, precisa que hable a Martine.

Una vez abajo, se refugió en el fondo del abandonado salón y allí se encerró, dándole doble vuelta a la llave, temblando porque ella no fuera a impacientarse y bajara en su busca. Sentíase desconcertado y huraño, como si acabase de cometer un crimen. Se puso a hablar en voz alta y tembló ante este primer grito salido de sus labios: «La amé siempre, y la deseé desesperadamente». Sí, era cierto, desde que se hizo mujer, la adoraba. Y, ahora de pronto, la claridad se hacía paso en él; la veía convertida en mujer, cómo, de aquel rapaz sin sexo, se había ido desprendiendo y formando aquella criatura de encanto y de amor, con sus largas y ahusadas piernas, su desarrollado y firme torso de redondeados pechos, como también lo eran su cuello y sus delicados brazos. Su nuca, sus hombros eran leche pura, una seda blanca, suave, de infinita delicadeza. Y resultaba monstruoso, en efecto, pero era la pura verdad: tenía hambre de todo aquello, un apetito devorador de tal juventud, de esta flor de carne tan pura y que tan bien olía.

Pascal, medio desplomado sobre una silla desvencijada, cogiéndose el rostro con las manos, como para no ver la luz del día, estalló en fuertes sollozos. ¡Dios mío! ¿Qué iba a ser de él? ¡Una chiquilla que su hermano le había confiado, a la que había educado como un buen padre, y que entrañaba hoy nada menos que esa tentación de veinticinco años, es decir, la mujer en su soberana omnipotencia! Sentíase más desarmado y más débil que un niño.

Y, aparte del deseo físico, por encima de él, la amaba con inmensa ternura, enamorado de su personalidad moral e intelectual, de su rectitud de

sentimientos, de su hermoso espíritu, tan valiente y transparente. Hasta que surgió la desavenencia entre ambos, no había aparecido esa inquietud del misterio con que ella se atormentaba y que acababan de hacerla más preciosa como un ser diferente a él, en el que encontraba algo del infinito de las cosas. Le encantaban las rebeldías de la muchacha cuando le plantaba cara. Era a la vez, compañera y alumna, la veía tal y como la había forjado, con su gran corazón, su apasionada franqueza, su razón victoriosa. Y seguía siéndole necesaria, imprescindible; en modo alguno se imaginaba que pudiera respirar un aire del que ella no fuera partícipe, necesitaba de su hálito, del vuelo de sus faldas alrededor suyo, de su pensamiento y de su cariño, que parecían como envolverle; de sus miradas, de su sonrisa, de toda su vida cotidiana de mujer que ella misma le había proporcionado y que no tendría ahora la crueldad de arrebatarse. Ante la sola idea de que tenía que irse, parecía como si sobre su cabeza tuviera lugar un derrumbamiento del cielo, el final de todo, las últimas tinieblas. Tan sólo ella existía en el mundo; ella era la única fuerte y sana, la sola inteligente y cuerda, la única hermosa, de una hermosura de milagro. Puesto que la adoraba y era su maestro, ¿por qué, entonces, no subía a cogerla de nuevo entre sus brazos para besarla como un ídolo? Bien libres eran ambos de hacerlo; nada de nada ignoraba ella, tenía edad para considerarse una mujer plenamente formada. Eso significaría la dicha.

Pascal, que había dejado de llorar, se levantó y quiso dirigirse hacia la puerta. Pero, al hacer el gesto, inmediatamente volvió a caer sobre la silla, agobiado por nuevos sollozos. ¡No, no! ¡Estaba concibiendo algo abominable e imposible! Sobre su cráneo acababa de sentir sus blancos cabellos como si fueran hielo; y sentía horror por su edad, recordando sus cincuenta y nueve años, al tiempo que le venían también a la memoria los veinticinco tan sólo que tenía la muchacha. Su estremecimiento de terror había hecho mella en él otra vez; tenía la convicción de que la joven le tenía absorbido por entero, de que, como hombre, iba a encontrarse sin fuerzas para resistir la tentación diaria. Y la veía dándole a desatar las cintas de su sombrero, llamándole, forzándole a inclinarse detrás suyo para la corrección de cualquier detalle de su trabajo; y no podía por menos de verse cegado, alocado, devorándole a bocados el cuello, la nuca. O, lo que todavía resultaría peor, imaginaba la escena que podía tener lugar por la noche, cuando ambos se retrasaban en hacer que les trajeran la lámpara, con la complicidad del caer de la tarde: un resbalón involuntario, lo irreparable, encontrarse el uno en brazos del otro. Toda una reacción de cólera se producía en él pensando en aquel desenlace posible, fatal incluso, si no llegaba a sentirse con valor suficiente para

consentir en una separación. Constituiría ello por su parte el peor de los crímenes, un abuso de confianza, una seducción de lo más denigrante. Su rebelión fue tal, que se alzó indignado esta vez y con coraje bastante para subir a la sala, resuelto del todo a luchar.

Arriba, Clotilde se había puesto tranquilamente a dibujar. Al oírle, ni tan siquiera volvió la cabeza, contentándose con decir:

—¿Cómo te has entretenido tanto rato? Acabé creyendo que Martine había sufrido un error de diez sueldos en sus cuentas.

Aquella acostumbrada broma respecto de la avaricia de la criada, le hizo reír. Y fue a sentarse tranquilamente, también él, ante su mesa. No volvieron a hablar hasta la hora del almuerzo. Un enorme sosiego bañaba todo su ser, calmándole, desde que se encontraba a su lado. Se atrevió a mirarla, y se sintió enternecido por su fino perfil, su aire formal de jovencita aplicada. ¿Habría sido acaso una pesadilla lo que sufrió estando abajo? ¿Se dejaría vencer tan fácilmente?

—¡Ah! —exclamó, cuando Martine les llamó para comer— ¡tengo un apetito! ¡Vas a ver si me rehago o no de los músculos!

Con jovial gesto, Clotilde se había acercado para cogerle del brazo.

—¡Así me gusta, maestro! ¡Hay que ser fuerte y gallardo!

Pero, por la noche, ya en su alcoba, volvió a empezar la agonía. Obsesionado con la idea de perderla, había tenido que hundir su rostro en la almohada, para ahogar sus gritos. Una serie de imágenes se habían ido precisando en su mente; la había visto en brazos de otro, haciendo a otro entrega de su virginal cuerpo, y unos celos atroces le torturaban sin descanso. Jamás se sentiría lo bastante héroe como para consentir en semejante sacrificio. Toda clase de planes topaban en su pobre cabeza, que ardía en ascuas: apartarla del matrimonio, conservarla para sí, sin que ella sospechara jamás su pasión; irse con ella, viajar de ciudad en ciudad, tener siempre ocupada los dos su mente en estudios inacabables, para así conservar su camaradería de maestro y alumna; o, incluso, si preciso era, enviarla a su hermano, del que sería enfermera; perderla en último término antes que entregarla a un marido. Y, con motivo de cada una de estas soluciones, notaba que su corazón se desgarraba en un grito de angustia, a impulsos de la imperiosa necesidad que experimentaba de poseerla íntegramente. Y es que no se contentaba ya con su presencia, la quería para él, por él, en él, tal cual ella se erguía deslumbrante, destacando sobre el fondo de la oscuridad de la habitación, con su desnudez pura, vestida tan sólo con la desenvuelta ola de su cabellera. Sus brazos estrechaban el vacío, saltó del lecho, tambaleándose

como el que ha bebido con exceso; y estando con los pies desnudos sobre el entarimado, en medio de la profunda y oscura calma de la sala, consiguió despertar de aquella súbita locura. ¿Adónde se dirigía? ¿Pretendía acaso llamar a la puerta de aquella niña dormida? ¿Hundirla quizás de un empujón? La ligera respiración que le pareció oír, en medio de aquel impresionante silencio, azotándole el rostro, hizo que se derrumbara por completo, bajo el efecto de aquel aura sagrada. Y volvió de nuevo a su habitación para arrojarse sobre el lecho, en una crisis de vergüenza y de espantosa angustia.

Al día siguiente, cuando se levantó, Pascal, quebrantado por el insomnio, había tomado ya una resolución. Se duchó como cada día, sintiéndose fortalecido y más sano. La última determinación a que había llegado, consistía en forzar a Clotilde para que empeñase su palabra. Cuando la muchacha hubiera aceptado formalmente el compromiso de casarse con Ramond, le parecía que esa irrevocable solución le serviría de alivio, poniéndole coto a cualquier loca esperanza. Aquello vendría a ser como una barrera más, interpuesta entre ambos. A partir de ese momento, se vería como armado contra su propio deseo, y si su sufrimiento continuaba, tan sólo sería ya eso, un sufrimiento, sin ese horrible miedo a convertirse en un hombre falto de honor, a sufrir la tentación de levantarse por la noche para poseerla antes que el otro.

Aquella mañana, cuando le explicó a la joven que no podía retrasar más su respuesta, que debía dar una contestación definitiva a aquel apuesto mozo que hacía tanto tiempo la esperaba, Clotilde pareció asombrarse al principio. Miró cara a cara al doctor, fijando en él sus ojos; y Pascal tuvo la fuerza de voluntad de no turbarse, insistiendo con sencillez aunque con semblante un poco amargado, como si le hubiera entristecido el tener que decir esas cosas. La muchacha, finalmente, esbozó una débil sonrisa y volvió la cabeza.

—Entonces, maestro, ¿quieres que te abandone?

Eludió Pascal responder de un modo directo.

—Escucha, querida, te aseguro que la cosa va cayendo ya en lo ridículo. Y que, de continuar así, Ramond tendría derecho a enfadarse.

Clotilde se había puesto a arreglar papeles en su pupitre. Luego, después de un breve silencio, hizo el siguiente comentario:

—Resulta curioso verte ahora abonando el parecer de la abuela y de Martine. No hacen más que perseguirme para que acabe de una vez... Creía poder disponer aún de algunos días. Pero, verdaderamente, si los tres estáis de acuerdo en empujarme...

Y, ni ella acabó de puntualizar, ni él por su parte la forzó a explicarse más claramente.

—Entonces —preguntó Pascal—, ¿cuándo quieres que le diga a Ramond que venga?

—Pues puede venir cuando quiera; sus visitas, jamás me han contrariado... No te preocupes lo más mínimo, una de estas tardes, haré que le pasen aviso de que le esperamos.

A los dos días, la escena volvió a repetirse. Clotilde nada había hecho, y esta vez Pascal se mostró violento. Sufría demasiado, vivía crisis de angustias, en cuanto no la tenía delante para calmarle con su fresca sonrisa. Y exigió con duras palabras que se comportase como una muchacha seria y que no se divirtiera más con un hombre honorable que sabía la amaba.

—¡Qué diablos! ¡Puesto que el paso hay que darlo, acabemos de una vez! Te advierto que voy a escribir unas líneas a Ramond, y le tendrás aquí mañana a las tres.

Clotilde le había estado escuchando con la mirada en el suelo, guardando absoluto silencio. Ni el uno ni la otra parecían querer abordar la cuestión de saber si el matrimonio era algo definitivamente resuelto; y ambos partían de la idea de que respecto de este asunto existía una decisión anterior adoptada en firme. Cuando la vio levantar la cabeza, Pascal se puso a temblar; de pronto había notado pasar como un soplo, creyéndola a punto de decir que lo había pensado bien y que rechazaba ese matrimonio. ¿Qué hubiera sido de él entonces? ¿Qué hubiera hecho, Dios mío? Se sentía invadido ya de un gozo inmenso y también de un loco espanto. Pero la joven no apartaba de él la mirada, con esa sonrisa discreta y enternecedora que jamás abandonaba sus labios, y acabó respondiendo con aires de obediencia:

—Como mejor te parezca, maestro. Avísale para que esté aquí mañana a las tres.

Resultó la noche tan abominable para Pascal, que se levantó tarde, pretextando que la jaqueca había vuelto a hacer mella en él. Tan sólo notaba alivio bajo el chorro de agua helada de la ducha. Luego, hacia las diez, se decidió a salir y habló de ir él mismo a casa de Ramond. Pero, el objeto de esa salida era muy otro: había tenido ocasión de ver en el establecimiento de una revendedora de Plassans un corpiño de antiguo tejido de Alençon, una auténtica maravilla que allá dormía en espera de que surgiera la locura de un espléndido amante; y en medio de las torturas de la noche, se le había ocurrido la idea de regalárselo a Clotilde, para que completase con él su vestido de boda. Aquella amarga idea de ataviarla por sí mismo, de hacer

resaltar su belleza con motivo de hacer donación de su cuerpo, enternecía su corazón, agobiado de sacrificio. Clotilde conocía el corpiño en cuestión, y había tenido ocasión de admirarlo, yendo un día con él; había quedado maravillada, y el solo deseo que la animaba era ponérselo a la Virgen de Saint-Saturnin, una antigua Virgen de madera, adorada por los fieles. La revendedora se lo entregó metido en un envoltorio de cartón, fácil de disimular y que, en cuanto llegó, fue enseguida a esconder en su mesa de escritorio.

El doctor Ramond se presentó allí a las tres, encontrando en la sala a Pascal y a Clotilde, que habían estado esperándole, con patente nerviosismo y exagerada alegría, evitando por todos los medios sacar a relucir el tema de su visita. Hubo risas, toda una acogida en fin de extrema cordialidad.

—¡Le veo a usted totalmente recobrado, maestro! —dijo el joven—. Jamás había tenido un aspecto tan bueno.

Pascal meneó la cabeza.

—¡Oh, oh! ¡Por fuera quizás, pero el corazón ya no responde!

Aquella confesión involuntaria, provocó un movimiento en Clotilde, que se puso a mirarle, como si, por la fuerza misma de las circunstancias, los hubiera comparado uno con otro. Ramond tenía un semblante sonriente y de orgullo, propio de un reputado médico al que adoran las mujeres, con su barba y sus cabellos negros, esmeradamente atildados, rebosante todo él de viril juventud. Y Pascal, en cambio, con su blanca cabellera y su barba también blanca, el vellón de nieve, tan frondoso aún, conservaba la belleza trágica de los seis meses de tortura que acababa de atravesar. Su dolorida faz había envejecido un tanto, tan sólo sus ojos se habían conservado juveniles, unos ojos negros, vivos y límpidos. Pero, en aquel momento, cada uno de sus rasgos expresaba una tal dulzura, una tan exaltada bondad, que Clotilde acabó por detener su mirada en él, con profunda ternura. Hubo un silencio, un ligero estremecimiento que pasó por el corazón de todos ellos.

—Bien, hijos míos —prosiguió heroicamente Pascal—, creo que tenéis que hablar a solas... Y, como tengo algo que hacer abajo, enseguida volveré a subir.

Y se fue sonriéndoles.

En cuanto estuvieron solos, Clotilde, con toda franqueza, se acercó a Ramond, al tiempo que le tendía las manos. Y, cogiendo las del doctor entre las suyas, le dijo:

—Escuche, mi buen amigo, sé que le voy a ocasionar una pena enorme... No debe, sin embargo, guardarme rencor, pues le juro que siento por usted

una muy profunda amistad.

Comprendiendo al instante lo que ocurría, el doctor se había puesto pálido.

—Se lo ruego, Clotilde, no me dé una respuesta, tómese todo el tiempo preciso si es que quiere reflexionar aún.

—Es inútil, mi querido amigo; tengo ya tomada una decisión.

Clotilde le contemplaba con su hermosa y leal mirada; no había soltado las manos del doctor, para que éste comprendiese bien que no se sentía nerviosa y que tan sólo el afecto la impulsaba. Y fue él, entonces, quien prosiguió en voz baja:

—¿Debo pues entender que me dice que no?

—Digo en efecto que no, y le aseguro que lo lamento en extremo. No me pregunte nada, más adelante lo sabrá todo.

Ramond se había sentado, conmovido por la emoción que procuraba contener como hombre firme y ponderado al que los mayores sufrimientos jamás debían hacer perder el equilibrio. Ninguna pena le había trastornado hasta entonces en semejante forma. Seguía sin voz, mientras ella de pie, continuaba diciendo:

—Y sobre todo, mi querido amigo, no vaya a creer que he sido coqueta con usted... Si le dejé concebir esperanzas, si le he hecho esperar mi respuesta, es porque realmente no veía claro en mí misma... No puede imaginarse qué crisis acabo de pasar, una auténtica tempestad en plenas tinieblas, en donde apenas si acabo de volverme a encontrar a mí misma.

Finalmente habló el doctor.

—Puesto que así lo desea, nada voy a preguntarle... Basta por lo demás con que me diga tan sólo una cosa. ¿Es cierto que no me ama, Clotilde?

La joven no vaciló un instante, contestándole muy seria con emotiva simpatía, que suavizaba la franqueza de su respuesta:

—La verdad es esa, no le amo y tan sólo siento hacia usted un afecto muy sincero.

Ramond se había levantado de su asiento, y detuvo con un gesto las palabras de cortesía que todavía intentaba decir la joven.

—Asunto acabado: jamás volveremos a hablar de ello. Deseaba que fuera feliz, eso es todo. No se inquiete por mí. En este momento, soy como un hombre al que acaba de desplomársele encima la casa. No tendré más remedio que reaccionar.

Una oleada de sangre invadía su pálido rostro; sentíase ahogado y se dirigió hacia la ventana, para volver seguidamente, con paso pesado, tratando

de recobrar su aplomo. Respiró hondo. En medio de aquel penoso silencio se oyó entonces a Pascal que subía ruidosamente la escalera, para anunciar de ese modo su regreso.

—Se lo ruego —murmuró rápidamente Clotilde—, no digamos nada al maestro. No sabe mi decisión y quisiera comunicársela yo misma, con toda clase de cuidados, pues su empeño era que se concertara este matrimonio.

Pascal se detuvo en el umbral. Estaba vacilante, muy sofocado, como si hubiera subido demasiado de prisa. Todavía le quedaron fuerzas para esbozar una sonrisa.

—Y qué, hijos míos, ¿os pusisteis por fin de acuerdo?

—¡Qué duda cabe! —respondió Ramond, tan tembloroso como él.

—Decidido, pues, todo, ¿no es eso?

—Completamente —dijo a su vez Clotilde, que se sentía desfallecer de pronto.

Y Pascal se acercó, buscando apoyo en los muebles, para dejarse caer en su sillón, ante su mesa de trabajo.

—¡Ah, ah! como podéis ver, las piernas no están muy seguras que digamos. La culpa es de este envejecido cuerpo... ¡No importa!, me siento muy feliz, muy feliz, hijos míos; vuestra dicha va a acabar de ponerme bueno.

Luego, después de algunos minutos de conversación, cuando Ramond se hubo ido, pareció turbarse de nuevo al encontrarse solo con la joven.

—¿Asunto acabado? ¿Totalmente acabado? ¿Me lo juras?

—Totalmente terminado.

A partir de aquel instante, Pascal ya no habló más; se limitó a menear la cabeza, como queriendo insistir en que se sentía muy contento, que encontraba aquello perfecto y que por fin iban a vivir todos en el mayor de los sosiegos. Sus ojos se habían cerrado; simuló quedarse dormido. Pero su corazón latía con inusitada fuerza, parecía como si le fuera a estallar el pecho.

Aquella noche, hacia las diez, con motivo de haber bajado Clotilde para hacer un encargo a Martine, Pascal aprovechó la ocasión para ir a poner sobre el lecho de la joven la cajita de cartón que contenía el corpiño de encajes. Cuando subió, le dio como de costumbre las buenas noches; y hacía ya veinte minutos que el propio Pascal se hallaba en su habitación, ya en mangas de camisa, cuando de pronto estalló en su puerta todo un griterío alegre y sonoro. Un puñito golpeaba insistentemente, y una fresca voz exclamaba entre risas:

—¡Ven, ven a ver!

Ante aquella irresistible llamada de juventud, captado por aquel regocijo, Pascal abrió la puerta.

—¡Oh! ¡Ven, ven enseguida a ver lo que un hermoso pajarito azul ha puesto sobre mi cama!

Y le llevó a su habitación, sin que Pascal se sintiera con fuerzas para rehusar. Había encendido los dos candelabros: toda la vieja y sonriente alcoba, con su empapelado de un color rosa marchito tan tierno, parecía transformada en capilla; y, sobre el lecho, lo mismo que una vestidura sagrada, ofrecida a la adoración de los fieles, la joven había extendido el corpiño de antiguo punto de Alençon.

—¡No, ni tan siquiera puedes sospecharlo!... Imagínate que al principio ni por casualidad había visto la cajita de cartón. Hice mis pequeños arreglos de todas las noches, me desnudé a continuación y, al ir a meterme en la cama es cuando me di cuenta de que estaba allí tu regalo... ¡Ah! ¡Qué sorpresa! ¡El corazón me dio un vuelco! Comprendí que no me sería posible esperar hasta el día siguiente, me puse unas enaguas y salí en busca de ti...

Entonces se dio cuenta Pascal de que se hallaba medio desnudo, lo mismo que la noche de la tormenta, cuando la sorprendiera dispuesta a robar sus legajos. Y la joven se le aparecía divina, en aquella fina proyección de su cuerpo de virgen, con sus piernas ahusadas, sus suaves y delicados brazos, su esbelto torso, de menudos y apretados senos.

Había cogido Clotilde sus manos, que estrechaba entre las suyas, unas manitas de caricia, envolventes.

—¡Qué bueno eres y cuánto te lo agradezco! ¡Semejante maravilla, un regalo tan bonito, a mí que no soy nadie!... ¡Cómo has sabido acordarte! Había admirado esta reliquia de arte y te había dicho que la Virgen de Saint-Saturnin tan sólo era digna de ponérselo... Estoy contenta, ¡oh, muy contenta! Es verdad y no puedo disimularlo, soy coqueta, de una coquetería, ¿sabes?, que desearía a veces cosas disparatadas, vestidos tejidos con rayos de luz, velos impalpables, hechos con el azul del cielo... ¡Qué hermosa voy a estar! ¡Qué bella voy a encontrarme!

Radiante, en su exaltado agradecimiento, Clotilde le apretaba contra sí, sin dejar de contemplar el corpiño, como forzándole a entusiasmarse con ella. Luego, una súbita curiosidad anidó en su mente.

—Pero ¿puedes decirme?, ¿a propósito de qué me has hecho tan regio regalo?

Desde que había acudido en su busca, en tal arranque de sonora jovialidad, Pascal marchaba como en sueños. Las lágrimas acudían a sus ojos ante aquella tierna gratitud, y allí permanecía sin experimentar el terror que él mismo se temía, calmado por el contrario, embelesado, como quien se halla

ante la proximidad de una dicha milagrosa. Aquella alcoba donde jamás él entraba, tenía la dulzura de los lugares sagrados que satisfacen las insaciables ansias de sed de lo imposible.

Su semblante, no obstante, dejó traslucir una sorpresa. Y respondió:

—Ese regalo, querida, es para tu vestido de novia.

La joven permaneció atónita durante unos instantes, sin dar muestras de alcanzar a comprender. Luego, con la dulce y singular sonrisa que tenía desde hacía algunos días, volvió a su regocijo.

—¡Ah!, es verdad, ¡mi boda!

Y poniéndose otra vez seria, preguntó entonces:

—Por lo visto estás deseando desembarazarte de mí, y por ello tanto interés tenías en casarme... ¿Crees acaso que sigo siendo tu enemiga?

Notó Pascal que la tortura volvía a él; y, queriendo convertirse en héroe, cesó de mirarla.

—Mi enemiga, claro está; ¿es que no lo eres acaso? Tanto uno como otro, ¡es tanto lo que hemos sufrido estos últimos meses! Vale más que nos separemos... Ignoro además cuál es tu modo de pensar, pues nunca me diste la respuesta que esperaba.

La muchacha buscaba en vano la mirada de Pascal. Se puso a hablar entonces de aquella terrible noche en que, juntos, estuvieron examinando los legajos. Lo que decía era cierto, en la conmoción de todo su ser, todavía no le había dicho aún si estaba a su lado o en contra suyo. Tenía razón al exigirle una contestación.

Cogiéndole las manos, le forzó a mirarla.

—¿Y te deshaces de mí porque soy tu enemiga...? ¡Escucha, pues! No soy tu enemiga, sino tu servidora, tu obra y tu bien... ¿Me oyes?, estoy contigo y para ti. ¡Sólo para ti!

Pascal estaba radiante, una inmensa alegría se reflejaba en el fondo de sus ojos.

—Me pondré esos encajes, ¡sí! Servirán para mi noche de bodas, pues deseo estar bella, extremadamente hermosa, para ti... ¡Todavía no me entendiste por lo que observo! Tú eres mi maestro, es a ti a quien amo...

Con desvariado gesto, trató inútilmente Pascal de taponarle la boca. Y acabó ella gritando:

—¡Es a ti a quien quiero!

—¡No, no! ¡Cállate, me vuelves loco...! Eres la prometida de otro, has empeñado tu palabra; toda esta locura es por fortuna imposible.

—¿El otro?, estuve comparándole contigo, y te escogí a ti... Le he despachado, se marchó y no volverá jamás... No quedamos más que nosotros dos, es a ti a quien amo; tú también me quieres, bien lo sé, y por eso me entrego...

Un fuerte estremecimiento sacudía todo su cuerpo; ya no se sentía Pascal con fuerzas para seguir luchando, arrebatado del todo por el eterno deseo, movido instintivamente a estrecharla entre sus brazos, a respirar en ella toda la delicadeza y todo el perfume de la mujer en flor.

—¡Tómame, puesto que me entrego!

Aquello no significó una caída propiamente dicha, la gloriosa vida les llevaba en volandas; se pertenecieron en medio del mayor de los júbilos. La espaciosa alcoba cómplice, con su antiguo mobiliario, se encontró como inundada de luz. Y no había ya allí, ni miedo, ni sufrimientos, ni escrúpulos; eran libres los dos, ella se entregaba sabiéndolo, queriéndole, y él aceptaba la soberana donación de su cuerpo, a título de bien inestimable que la fuerza de su amor había sabido ganar a pulso. Lugar, tiempo y edades habían desaparecido. No quedaba sino la inmortal naturaleza, la pasión que posee y crea, la felicidad que quiere convertirse en realidad. Ella, deslumbrada y deliciosa, no exhaló más que el dulce grito de su virginidad perdida; y él, en un sollozo de embeleso, la oprimía por entero entre sus brazos, dándole las gracias, sin que la joven alcanzara a comprender, por haber rehecho en él al hombre.

Pascal y Clotilde permanecieron así uno en brazos del otro, anegados en un auténtico éxtasis, divinamente felices y triunfantes. El aire de la noche era suave, el silencio poseía una calma enternecedora. Pasaron horas y horas, sumidos en la felicidad de saborear su propio goce. De súbito, y con cariñosa voz, Clotilde había murmurado a su oído, palabras lentas, infinitas:

—Maestro, ¡oh! maestro, maestro...

Y esa palabra, que antes pronunciaba con tanta frecuencia y por simple rutina, adquiría en aquellos momentos una profunda significación, se ensanchaba y prolongaba como si con ella hubiera querido expresar la completa entrega de su ser. La pronunciaba con agradecido fervor, como mujer que comprendía y se sometía. ¿No significaba aquello acaso la mística vencida, la realidad consentida, la vida glorificada, con el amor por fin conocido y satisfecho?

—Maestro, maestro, todo esto arrastra de muy lejos, precisa que te cuente y me confiese... Cierto es que iba a la iglesia para ser feliz. Lo malo era que, por mucho que me esforzase, no podía creer: Quería comprender y penetrar

demasiado, sus dogmas sublevaban mi razón, su paraíso me parecía de una puerilidad inverosímil... Creía, sin embargo, que el mundo no acaba con la sensación, que existe todo un mundo desconocido que precisa tener en cuenta; y eso, maestro, sigo aún creyéndolo, es la idea del más allá, y que la propia dicha, en fin, encontrada en tus brazos, no conseguirá borrar... Pero ese afán de dicha, esa necesidad de ser feliz inmediatamente, de tener una certidumbre, ¡cómo me ha hecho sufrir! Si iba a la iglesia, era porque me faltaba algo que me empeñaba en buscar. Mi angustia estaba constituida por ese irresistible deseo de colmar mi deseo... ¿Te acuerdas de lo que tú llamabas mi eterna sed de ilusión y de mentira? Una noche, estando en la era, al amparo de un vasto cielo estrellado, ¿te acuerdas? Sentía horror por tu ciencia, me sentía irritada contra las ruinas que la misma sembraba por doquier, apartaba la vista de las espantosas llagas que esa propia ciencia pone al descubierto. Y quería, maestro, conducirte por una senda solitaria, hacia un sitio donde los dos fuéramos ignorados, lejos del mundo, para vivir en Dios... ¡Ah!, ¡qué cruel tormento el de tener sed, forcejear, y no sentirse en absoluto satisfecha!

Dulcemente, sin pronunciar una sola palabra, él la besó en los ojos.

—Luego, maestro, también recordarás —continuó diciendo con su voz ligera como un soplo—, cómo sobrevino aquella gran conmoción moral, una noche de tormenta, cuando me diste esa terrible lección de vida, mientras ibas vaciando tus legajos delante de mí. Ya me lo tenías dicho: «Conoce la vida, ámala, vívela tal y como debe ser vivida». Pero ¡qué amplio y espantoso río, arrastrándolo todo hacia un mar humano, que va engrosando sin cesar en aras a un porvenir desconocido...! Y, para que veas, maestro, el sordo trabajo que se realizó en mí, tuvo ese como punto de partida. De ahí nació en mi corazón y en mi carne, la fuerza amarga de la realidad. Al principio quedé como anonadada, de tan rudo como resultó el golpe. No sabía encontrarme a mí misma; guardaba silencio porque nada de sustancioso tenía a decir. Luego, poco a poco, ha ido produciéndose la evolución, he vivido últimamente momentos de rebeldía, por resistirme a confesar mi derrota... Sin embargo, cada día que iba transcurriendo, la verdad se iba cimentando en mí, me daba perfecta cuenta de que tú eras mi maestro, de que no existía dicha fuera de ti, de tu ciencia y de tu bondad. Tú eras la vida misma, tolerante y generosa, diciéndolo todo, aceptándolo todo, en un único amor por la salud y el esfuerzo, creyendo en la obra del mundo, fijando la senda del destino en esa labor, en ese esfuerzo que todos realizamos con pasión, encarnizándonos en vivir, en amar, en rehacer la vida, en seguir aferrándonos a esa vida, pese a nuestras abominaciones y nuestras miserias... ¡Oh!, ¡vivir, vivir, en eso

consiste la gran tarea, la persistente y continuada obra, que acabará algún día sin duda!

Silencioso y sonriente, Pascal la besó en la boca.

—Sí, maestro, sí; si siempre te amé desde mi más lejana juventud, también estoy convencida al propio tiempo de que fue aquella terrible noche cuando me marcaste e hiciste tuya... ¿Recuerdas aquel violento apretón que estuvo a punto de ahogarme? Me quedó una magulladura y gotas de sangre en el hombro. Estaba medio desnuda, tu cuerpo estaba como empotrado en el mío. Nos peleamos, tú has sido el más fuerte, y yo por mi parte sentí la necesidad de un sostén. Al principio me creí humillada; pero luego pude comprobar que aquello no era sino una sumisión infinitamente dulce... Siempre te sentía en mí. Un gesto tuyo, me hacía temblar a distancia, al producirme la impresión de que me había rozado. Hubiese querido que tu apretón se hubiera repetido, que me aplastara hasta hacerme fundir en ti para siempre jamás. Y estaba además sobre aviso, adivinaba que tu deseo era el mismo, que la violencia que me había hecho tuya, también te había hecho mío, que luchabas por no cogerme al paso y conservarme entre tus brazos... Cuidándote, cuando estuviste enfermo, ya tuve ocasión de aliviarme un poco. A partir de aquel momento comprendí. Ya no volví a ir a la iglesia, empezaba a ser dichosa a tu lado, te ibas convirtiendo para mí en la certidumbre... Recuérdalo, estando en la era, te había gritado que en nuestra ternura faltaba algo. Existía en ella un vacío y necesitaba llenarlo. ¿Qué podía faltarnos si no era Dios, la razón de ser del mundo? Y era la divinidad, en efecto, lo que echaba de menos, la entera posesión, el acto de amor y de vida.

Las frases de la joven no eran más que balbuceos; y en cuanto a él, reía por su victoria; y volvieron a estrecharse fuertemente. La noche entera fue una bienaventuranza, en aquella feliz alcoba, embalsamada de juventud y de pasión. Cuando amaneció, abrieron las ventanas de par en par, para que por ellas entrase la primavera. El fecundante sol de abril se alzaba en un cielo inmenso, de una pureza sin mácula; y la tierra, agitada por el estremecimiento de los gérmenes, cantaba alegremente el himeneo de las bodas.

VIII

SEGUIDAMENTE tuvo lugar la posesión dichosa, el venturoso idilio. Clotilde venía a ser la primavera que llegaba tardíamente a Pascal, en el declinar de su vida. Ella le traía sol y flores, prendidos en sus ropajes de amante; y, esa juventud, se la aportaba Clotilde después de treinta años de duro trabajo por parte del doctor, cuando éste se hallaba cansado y palideciente por haber descendido al horror de las llagas humanas. Renacía, puede decirse, bajo sus hermosos y claros ojos, al soplo puro del aliento de la muchacha. Aquello entrañaba aún la fe en la vida, en la salud, en la fuerza, en el eterno resurgir.

Esa primera mañana, después de la noche de bodas, Clotilde fue la primera en salir de la alcoba, a eso de las diez. En medio de la sala de trabajo, inmediatamente percibió a Martine, plantada sobre sus piernas y con aire asustado. La víspera, el doctor, al seguir a la joven, había dejado abierta la puerta de su cuarto; y la criada, al entrar por allí con toda libertad, acababa de constatar que la cama ni siquiera había sido deshecha. Además, había experimentado la sorpresa de oír un ruido de voces que salía de la otra alcoba. Su estupor era tal, que su figura causaba risa.

Y Clotilde, llena de regocijo, en un resplandor de dicha, obedeciendo a impulso de un arranque de alegría extraordinaria que lo arrastraba todo, la gritó:

—¡Martine, ya no tengo que irme...! El maestro y yo nos hemos casado.

Ante aquel imprevisto golpe, la anciana criada se tambaleó. Un desgarramiento, un dolor de espanto hizo palidecer su pobre y ajado rostro, impregnado de un gesto de renunciación similar al de las monjas, que hacía resaltar la blancura de su cofia. No pronunció una sola palabra, giró sobre sus talones y bajó seguidamente para buscar cobijo en el fondo de su cocina, los codos apoyados en la mesa de picar, donde estuvo sollozando con la cabeza cogida entre las manos.

Inquieta, desolada, Clotilde la había seguido, haciendo los posibles por tratar de hacerla comprender y consolarla.

—Vamos a ver, ¡tonta, más que tonta! ¿Qué es lo que te pasa...? El maestro y yo, lo mismo vamos a quererte, siempre te tendremos a nuestro lado. No porque nos hayamos casado vas a ser tú desgraciada. Al contrario, la casa va a respirar alegría ahora desde la mañana hasta por la noche.

Pero Martine sollozaba más fuerte, desesperadamente.

—Contéstame al menos. Dime por qué te enfadaste y por qué lloras... ¿Es que no te causa alegría saber que el maestro es ahora tan dichoso...? Voy a llamarle al instante y verás como te obliga a contestar.

Ante aquella amenaza, la vieja criada se levantó de súbito para precipitarse en la alcoba cuya puerta daba a la cocina; y, después de haber empujado la puerta con furioso gesto, se metió en la habitación cerrando violentamente. En vano la joven se hartó de golpear y de llamar.

Al oír tanto ruido, Pascal acabó por bajar.

—Vamos a ver, ¿qué sucede?

—¡La tozuda esta de Martine! Imagínate que se puso a sollozar en cuanto se enteró de nuestra dicha. Se ha encerrado ahí y no hay quien la haga moverse.

Y así era, en efecto; nada se oía, parecía como si a Martine se la hubiera tragado la tierra. Pascal llamó y golpeó a su vez, montó en cólera y se enterneció también. Lo mismo uno que otra insistieron en sus llamadas. Nada ni nadie respondía, sólo un silencio de muerte provenía de aquella reducida habitación. Imaginábanse aquella pequeña alcoba, de una limpieza maníaca, con su cómoda de madera de nogal y su lecho monjil, adornado con cortinillas blancas. Era, sin duda, sobre esa cama donde había dormido sola toda su vida de mujer, donde la criada se había arrojado para morder la almohada y ahogar sus sollozos.

—¡Bah! ¡Tanto peor para ella! —dijo finalmente Clotilde en el egoísmo de su gozo—. ¡Que se enfurruñe todo lo que quiera!

Seguidamente, cogiendo a Pascal entre sus frescas manos, levantando hacia él su encantadora cabeza, donde aún ardía su afán de entregarse, de pertenecerle le dijo:

—Vas a ver, maestro, hoy te haré las veces de criada.

Él la besó en los ojos, conmovido de gratitud; e inmediatamente empezó la joven a ocuparse del almuerzo y a remover cacharros en la cocina. Se había puesto un inmenso delantal blanco; estaba deliciosa con la blusa remangada, mostrando sus delicados brazos, como dispuesta a una enorme tarea. Precisamente había allí ya unas chuletas, que preparó en debida forma. Añadió unos huevos revueltos, e incluso consiguió freír unas patatas. Y fue

aquél un almuerzo exquisito, veinte veces interrumpido por su celo en servirle, por su prisa en ir a buscar pan, agua, un tenedor olvidado... Si Pascal lo hubiera consentido se hubiera puesto de rodillas para servirle. ¡Ah! ¡Estar solos, no ser más que ellos dos, en aquella grande y acogedora mansión! ¡Sentirse lejos del mundo, y tener absoluta libertad para reír y amarse en paz!

Toda la tarde estuvieron entretenidos con las tareas de la casa; barrieron, hicieron la cama. El propio doctor se empeñó en ayudarla. Era como un juego, se divertían igual que criaturas retozonas, aunque, de tanto en tanto, iban a llamar a la puerta de Martine. ¡Qué actitud más loca e incomprensible! ¡No iba a dejarse morir de hambre! Cuando nadie le había dicho ni hecho nada. ¡Habrase visto mula! Pero los golpes resonaban siempre en el triste vacío de la alcoba. Se hizo de noche, y tuvieron que ocuparse asimismo de la cena, que comieron apretados el uno contra el otro, y sirviéndose en el mismo plato. Antes de ir a acostarse, intentaron un último esfuerzo, amenazando con derribar la puerta, sin que su oído aplicado a la madera percibiese ni el más leve estremecimiento. Y, al día siguiente, al despertar, cuando bajaron, fueron presa de una viva inquietud al constatar que nada se había movido, que la puerta seguía herméticamente cerrada. Hacía veinticuatro horas que la criada no había dado señales de vida.

Luego, cuando volvieron a la cocina, de donde se habían ausentado unos momentos, Clotilde y Pascal quedaron estupefactos al ver a Martine sentada ante su mesa preparando unas acederas para el almuerzo. Sin ruidos ni estremecimiento había recobrado su puesto de criada.

—Pero ¿qué te ha ocurrido? —exclamó Clotilde—. ¿Hablarás de una vez?

La sirvienta alzó su triste cara, estragada por las lágrimas. Un profundo silencio se había hecho entre tanto, y allí no era posible ver otra cosa que la melancólica vejez en su resignación. Con semblante de infinito reproche, miró a la joven; luego, bajó de nuevo la cabeza, sin decir nada.

—¿Nos guardas acaso rencor?

Y, ante su triste silencio, Pascal intervino.

—¿Es que ya no nos quiere, mi buena Martine?

La vieja criada dirigió su mirada al doctor con su adoración de otros tiempos, como si le amase lo bastante como para soportarlo todo y quedar como antes. Por fin, la buena mujer se decidió a hablar.

—No, a nadie guardo rencor... El amo es libre. Todo está bien, si él se siente contento.

A partir de aquel momento se estableció la nueva vida. Los veinticinco años de Clotilde, que durante mucho tiempo había seguido siendo pueril, se

abrían en una flor de amor, exquisita y rebosante. Desde que su corazón había latido, el muchacho inteligente que ella venía a representar, con su redonda cabeza de cortos cabellos en forma de bucles, había dado paso, cediéndole el sitio, a una mujer adorable, a toda una mujer, que ama para ser amada. Su gran encanto, pese a su ciencia, adquirida al azar de sus lecturas, consistía en su candidez de virgen, como si su ignorada espera del amor la hubiera hecho reservar la entrega de su ser, su absorción, para el hombre al que llegase a amar. Y en verdad que, si se había entregado, era tanto por reconocimiento, por admiración, como por ternura o sentimentalismo, contenta con hacerle dichoso, saboreando el gozo de no ser más que una niñita entre sus brazos, algo que él adoraba, un bien precioso que besaba de rodillas, en un culto exaltado por todo lo que con ella se relacionase. De la devota de antes, le quedaba aún el dócil abandono en manos de un maestro entrado en años y omnipotente, del que sacaba su consuelo y su fuerza, conservando, por encima de la sensación, el sagrado estremecimiento de la creyente que en ella había quedado. Pero, sobre todo, en esa enamorada, tan mujer, tan apasionada, se daba la deliciosa circunstancia de ser una persona que disfrutaba de magnífica salud, alegre, comiendo a dos carrillos, arrastrando en su ser algo del valor de su abuelo el soldado, llenando siempre la casa con el suave vuelo de sus miembros, el frescor de su piel, la gracia impulsiva de su cintura, de su cuello, de todo su joven cuerpo, de divina frescura.

Pascal también se había rejuvenecido con el amor. No tenía ya el doloroso semblante de los meses de pena y sufrimiento que acababa de pasar; recobraba sus bellos y vivaces ojos, sus finos rasgos, donde parecía reír la bondad. Era tanto lo que se había reservado en su solitaria vida de trabajador encarnizado, sin vicios, sin excesos, que semejaba encontrar de nuevo su virilidad, como dejada a un lado, renaciente, con la prisa de hallar satisfacción al fin. Arrastrábale un despertar, una fogosidad de hombre joven, estallando en forma de gestos y gritos, en una continua necesidad de gastarse y vivir. Todo volvía a ser nuevo y motivo de regocijo para él; el más sencillo rincón del amplio horizonte le dejaba maravillado, una simple flor le sumía en un éxtasis de perfume, una frase de cotidiana ternura, incluso debilitada por su habitual uso, le arrancaba las lágrimas, cual si se tratase de una ocurrencia totalmente fresca y surgida del corazón que millones de bocas no hubieran ya marchito. El «te amo» de Clotilde, entrañaba una infinita caricia de la que nadie en el mundo conocía el sabor sobrehumano. Con la salud y la belleza, también la alegría había vuelto a él; esa tranquila y sosegada alegría que en

otros tiempos debía a su amor a la vida, y que hoy iluminaba su pasión, todas cuantas razones tenía para encontrar la vida mejor aún.

Entre los dos, la juventud en flor de una parte y la fuerza madura de otra, tan sanos, tan alegres y dichosos, se formó una pareja radiante. Durante un mes largo, permanecieron encerrados, sin salir una sola vez de *La Soulejade*. La propia alcoba les bastó al principio, la habitación tapizada con una vieja y conmovedora indiana, de un tono color aurora, con sus muebles estilo Imperio, su tiesa y espaciosa «chaise longue», su alto y monumental espejo móvil. No podían mirar sin sentir alegría el reloj de sobremesa, un hito de bronce dorado, apoyado en el cual el Amor sonriente contemplaba al Tiempo dormido. ¿No sería aquello una alusión, como ellos mismos decían a veces bromeando? Y de ese modo toda una afectuosa complicidad parecía provenir de los más nimios objetos, de aquellas antiguallas tan dulces, donde otros habían amado antes que ellos, y donde ella misma ahora volvía a sentar su primavera. Una noche, juró y perjuró que había visto, en el monumental espejo, a una dama muy hermosa que se estaba desnudando, y que no era ella con toda seguridad; luego, impulsada otra vez por su necesidad de vivir quimeras, contó a título de ensueño, que cien años después, aparecería de aquel modo, como una enamorada del siglo pasado, durante una noche de felicidad, Él, en su arrobamiento, adoraba aquella alcoba, donde la volvía a hallar por entero, hasta en el aire mismo que allí respiraba; y en esa habitación era donde el doctor hacía su vida; ya no permanecía ni un solo momento en su propio cuarto, oscuro, helado, del que se apresuraba a salir como de un sótano, notando escalofríos, las raras veces que tenía que entrar. La otra pieza donde ambos se encontraban también a gusto, era la espaciosa sala de trabajo, impregnada de sus costumbres y de su pasado afecto. Allí permanecían los días enteros, aunque no fuera gran cosa, sin embargo, lo que trabajasen. El gran armario de encina tallada, con sus puertas cerradas, dormía un profundo sueño, al igual que las bibliotecas. Amontonábanse libros y papeles sobre las mesas, sin que nadie los moviera de sitio. Como sucede a los recién casados, sólo vivían entregados a su pasión, al margen de sus anteriores ocupaciones, fuera de la vida. Las horas se les antojaban demasiado cortas y estaban dedicadas por entero a estar el uno pegado al otro, frecuentemente sentados en el mismo antiguo y ancho sillón, felices con la dulzura del alto techo, de aquella mansión enteramente suya, sin lujo y sin orden, sembrada de objetos familiares, disfrutando de la mañana a la noche del agradable calor renaciente del sol de abril. Cuando, presa de remordimientos, hablaba él de trabajar, ella le echaba al cuello sus sutiles brazos y le retenía a su vera, riendo, no

queriendo que un exceso de trabajo le hiciera ponerse enfermo de nuevo. Y, en la planta baja, amábanse igualmente en el comedor, tan alegre, con sus claros tapizados de rayas azules, sus muebles de vieja caoba, sus hermosos cuadros de dibujos al pastel teniendo como tema las flores, su lámpara colgante de cobre, siempre reluciente. Devoraban a mandíbula batiente, y no se iban de allí más que después de cada comida, para subir a encerrarse en su querida soledad.

Después, cuando ya la casa les pareció demasiado pequeña, tuvieron a su disposición el jardín, *La Souleide* entera. La primavera remontaba con el sol; con su declinar, el mes de abril empezaba a hacer florecer los rosales. Y, ¡qué alegría la de aquella finca, tan bien cercada de tapias, donde nada de fuera podía llegar a inquietarles! Muchos fueron los ratos de olvido en la terraza, frente al inmenso horizonte, siguiendo con la vista el curso del Viorne con sus sombreados y las colinas de Sainte-Marthe, desde las barras rocosas del Seille hasta las polvorientas lejanías del valle de Plassans. No tenían allá más sombra que la de los dos cipreses centenarios, plantados a uno y otro lado, semejantes a dos enormes cirios verdosos y que se veían desde una distancia de tres leguas. Descendieron en alguna ocasión la pendiente, por el simple gusto de subir después por los gigantescos escalones, trepando por los pequeños muros de piedras secas que aguantaban las tierras, mirando si los enclenques olivos y los esqueléticos almendros conseguían desarrollarse. Más a menudo dieron deliciosos paseos bajo las finas agujas del pinar, bañadas todas ellas por el sol, exhalando un penetrante perfume de resina; rodeos que se hacían una y otra vez a lo largo de la tapia de cerca, detrás de la cual se oía tan sólo, de tanto en tanto, el fuerte ruido de una carreta por el estrecho camino de los Fenouillères; estacionábanse a veces largos ratos que se hacían encantadores, en la antigua era, desde donde se veía el cielo en toda su amplitud y donde les agradaba tumbarse, con el enternecedor recuerdo de las lágrimas por ellos derramadas en otros tiempos, cuando su amor, ignorado por ellos mismos, constituía causa de disputa bajo las estrellas. Pero el lugar de retiro preferido, el sitio donde acabaron siempre por perderse, fue el tresbolillo de plátanos, el espeso follaje, entonces de un verde suave, semejante a una puntilla de encaje. Debajo, las enormes matas de boj, los antiguos ribetes del desaparecido jardín francés, formaban una especie de laberinto, donde les producía la impresión de jamás encontrar el fin. Y el hilillo de agua de la fuente, la eterna y pura vibración de cristal, les parecía cantar en su corazón. Permanecían sentados junto al musgoso estanque, donde dejaban que cayera el crepúsculo, hasta verse poco a poco anegados bajo las

tinieblas de los árboles, con las manos enlazadas, los labios juntos, mientras el agua, que no se veía, entonaba sin cesar su nota de flauta.

Hasta mediados de mayo, Pascal y Clotilde siguieron encerrados de ese modo, sin franquear tan siquiera el umbral de su retiro. Una mañana, mientras ella se desperezaba en el lecho, Pascal desapareció para regresar una hora más tarde; y, habiéndola encontrado acostada aún, en su hermoso desorden, con los brazos y los hombros desnudos, le puso en las orejas dos brillantes, que había ido a comprar a toda prisa, cuando recordó que aquel día cumplía años. Clotilde adoraba las joyas, por lo que se quedó sorprendida y entusiasmada a la vez; ya no quiso levantarse, hasta tal punto se encontraba bella así medio desnuda, con aquellas preciosas estrellas que bordeaban sus mejillas. A partir de ese momento, no transcurrió semana sin que él se evadiese del mismo modo, una o dos veces, por la mañana, para traerle algún regalo. Los menores pretextos eran buenos para él, una fiesta, un deseo, un simple arranque de alegría. Aprovechaba los días en que la joven se sentía más perezosa, y se las arreglaba para estar de vuelta antes de que se hubiera levantado, y él mismo la adornaba en el lecho. Y así es como, sucesivamente, la llevó, sortijas, brazaletes, un collar, una diadema delgada. En cada ocasión echaba él mano de las otras alhajas y convertía en juego el ponérselas todas, en medio de la franca risa de ambos. Estaba ella que parecía un ídolo, con la espalda apoyada en la almohada, incorporada en el lecho, cargada de ornamentos de oro, con una áurea cinta en su cabellera, oro en sus desnudos brazos, oro en su desnudo pecho, totalmente desnuda y divina, chorreando oro y pedrería. Su coquetería de mujer resultaba deliciosamente satisfecha, se dejaba amar de rodillas, dándose perfecta cuenta de que tan sólo era de apreciar en ello una forma exaltada del amor. Empezaba, sin embargo, la joven a refunfuñar un poco, a hacerle prudentes advertencias, pues resultaba en definitiva algo absurdo lo de todos esos obsequios, que enseguida tenía que encerrar en el fondo de un cajón, sin jamás llegarlos a usar, por no ir a ninguna parte. Caían en el olvido después del rato de contento y de gratitud que recíprocamente les proporcionaban con su novedad. Pero él no la hacía el menor caso, impulsado por aquella verdadera locura del obsequio, incapaz de resistir a la necesidad de comprar el objeto, en cuanto se le había ocurrido la idea de hacer el regalo. Venía a ser aquello como una liberalidad de corazón, un imperioso deseo de probarla que siempre estaba pensando en ella, el orgullo de verla como la mujer más espléndida, más feliz, más envidiada; un sentimiento del gesto de dar más profundo aún, que le movía a despojarse por completo, a no guardar nada de su dinero, de su carne, de su vida. Y, además, ¡qué momentos de

delicia aquéllos, cuando creía haber suscitado en ella un auténtico placer, cuando la veía echársele al cuello, totalmente sonrojada, para darle fuertes besos de agradecimiento! Después de las alhajas, vinieron los vestidos, pañuelos, objetos de tocador. La alcoba aparecía sembrada, los cajones, llenos a desbordar.

Una mañana Clotilde se mostró enfadada. Le había traído él un nuevo anillo.

—Pero ¡si jamás tengo ocasión de ponérmelos! Y, ¡fíjate además!, si me los pusiera alcanzarían hasta la punta de los dedos... Te lo ruego, sé razonable.

Pascal permanecía confuso.

—Entonces, ¿eso quiere decir que no conseguí proporcionarte un agrado?

Tuvo la joven que cogerle entre sus brazos, para jurarle que era dichosa, con lágrimas en los ojos. ¡Era tanta su bondad y lo mucho que gastaba por ella! Y cuando, aquella misma mañana, se atrevió él a hablar de arreglar la alcoba, de tapizar las paredes y de hacer colocar una alfombra, ella le suplicó de nuevo.

—¡Oh, no!, ¡no, por favor...! No toques mi vieja alcoba, llena toda ella de recuerdos, donde crecí y donde nos hemos amado. Me parecería que ya no estábamos en nuestra casa.

En el hogar, el silencio obstinado de Martine, dejaba traslucir una clara condena de todos aquellos gastos exagerados e inútiles. Había adoptado una actitud menos familiar, como si después de la nueva situación hubiera descendido de su papel de ama de gobierno amiga, a su antigua categoría de simple sirvienta. Frente a Clotilde sobre todo, el cambio era evidente, la trataba como joven señora de la casa, como dueña menos amada y más obedecida. Cuando entraba en la alcoba, cuando les servía en el lecho a los dos, su rostro conservaba un aspecto de resignada sumisión, siempre en adoración ante su amo, e indiferente a cuanto le rodeaba. En dos o tres ocasiones, apareció Martine por la mañana con el semblante descompuesto, los ojos anegados en lágrimas, sin querer contestar directamente a las preguntas, diciendo que aquello no era nada, que había cogido un resfriado. Y jamás se permitía hacer ninguna observación sobre los regalos de los que iban llenándose los cajones, los limpiaba y ordenaba sin soltar una palabra de admiración o de censura. Todo su ser se rebelaba, no obstante, contra aquella locura del obsequio, que con toda seguridad no le cabía en la cabeza. Protestaba a su manera, extremando su ahorro, reduciendo los gastos del hogar, llevando la administración de un modo tan estricto, que encontraba

manera de roer hasta en los gastos más ínfimos. Y así fue como suprimió un tercio de la leche, y no sirvió golosinas azucaradas más que el domingo. Pascal y Clotilde, sin osar quejarse, comentaban entre sí riéndose aquella desusada avaricia; empezaban de nuevo las bromas que tanto les divirtieron diez años antes, recordando que cuando Martine ponía manteca en las legumbres, las hacía saltar en el colador, para recobrar la manteca por debajo.

Pero, aquel trimestre, la criada se empeñó en rendir cuentas. De costumbre, era ella misma, en persona, quien cada tres meses iba a casa del notario, señor Grandguillot, a cobrar los mil quinientos francos de renta, de los que disponía a continuación a su gusto, anotando los gastos en un libro, que el doctor había cesado de comprobar desde hacía años. Lo sacó aquel día y exigió que el doctor le echase un vistazo. Éste, no hacía más que excusarse, lo encontraba todo muy bien.

—Es que, esta vez, señor —dijo ella—, he podido separar algún dinero. Sí, trescientos francos... Aquí los tiene.

Pascal la miraba estupefacto. Por lo general, el dinero le llegaba justo para alcanzar hasta el final del trimestre. ¿Por qué milagro de cicatería había podido ahorrar semejante suma? El doctor acabó por echarse a reír.

—¡Ah!, mi pobre Martine, ¿por eso quizás hemos tenido que comer tantas patatas? Eres una perla en materia de economías, pero, de veras, si quieres hacerme caso, mímanos un poco más.

Aquel discreto reproche la hirió tan profundamente, que la mujer no pudo por menos de dejar escapar una alusión.

—¡Qué caramba!, señor, cuando se tira tanto dinero por la ventana de una parte, bien está ser prudente por la otra.

Recogió Pascal la alusión, pero no se enfadó; más bien le hizo gracia la lección.

—¡Ah, ah!, ¡son mis cuentas las que espulgas! Pero, sábetelo, Martine, que también tengo economías que duermen en un rincón.

Se refería al dinero que todavía le daban a veces sus enfermos y que él guardaba en su mesa de escritorio. Desde hacía más de dieciséis años, ahorraba de ese modo, cada año, cerca de cuatro mil francos, lo que hubiera acabado por constituir un verdadero tesoro, en oro y billetes revueltos, si no hubiera ido sacando, un día tras otro, para sus pequeños gastos, sin contar sumas bastante crecidas para sus experiencias y caprichos. Todo el dinero de sus regalos, salía de ese cajón; lo abría incesantemente ahora ya. Lo creía además inagotable, y tanto se había habituado a sacar de allí todo lo que necesitaba, que no temía llegar a verle jamás el fondo.

—Bien puede uno disfrutar algo de sus ahorros —prosiguió alegremente—. Y, puesto que eres tú misma, Martine, quien va a casa del notario, no puedes dejar de saber que tengo mis rentas aparte.

Ella, con la voz apagada de los avaros, a quienes obsesiona la pesadilla de un desastre siempre amenazador, le replicó:

—¿Y si no las tuviese usted ya?

Pasmado, Pascal la contempló, contentándose con responder a través de un vago gesto, pues la posibilidad de una desgracia ni siquiera tenía cabida en su espíritu. Pensó tan sólo que la avaricia la había trastornado la cabeza; y por la noche estuvo comentando jocosamente el asunto con Clotilde.

En Plassans, los regalos fueron asimismo objeto de chismorreos sin fin. Lo que estaba ocurriendo en *La Soulejade*, aquella fogata de amor tan particular y ardiente, se había divulgado, había traspasado las paredes, no se sabía bien cómo ni cuándo, por esa fuerza de expansión que alimenta la curiosidad de los pueblos pequeños, siempre alerta. La criada desde luego no había hablado del asunto; pero, su solo aspecto bastó quizás, palabras sueltas que a veces se escapan; el caso es, y de ello no cabía ya duda, que se había estado espionando a los amantes por encima de los muros. Entonces había surgido lo de la adquisición de los regalos; viniendo de por si tal circunstancia a evidenciarlo y agravarlo todo. Cuando por la mañana el doctor recorría las calles, entraba en las joyerías, en las tiendas de ropas o en casa de las modistas, las miradas apuntaban hacia él por las rendijas de las ventanas; sus menores compras eran espiadas, y al llegar la noche, el pueblo entero sabía que esta vez la había regalado una capota con esclavina, camisas guarnecidas de encajes, un brazalete adornado de zafiros. Y todo ello giraba en forma de escándalo; el tío que había corrompido a su sobrina, que cometía por ella locuras de hombre joven, que la adornaba como a una Virgen. Las historias más extraordinarias empezaron a circular, y, al pasar por delante, se señalaba con el dedo a *La Soulejade*.

La anciana señora Rougon fue quien experimentó una indignación más exasperada. Había dejado de ir a casa de su hijo, desde que supiera que el proyecto de matrimonio entre Clotilde y el doctor Ramond se había desbaratado. Se burlaban de ella, no se doblegaban a ninguno de sus deseos. Luego, después de un mes largo de ruptura, durante el cual no había alcanzado a comprender en absoluto el significado de los gestos compasivos, condolencias discretas y vagas sonrisas con que era acogida en todas partes, acababa de saberlo todo de pronto; una especie de mazazo en la cabeza. ¡Y ella, que durante la enfermedad de Pascal, navegando entre el orgullo y el

miedo, se había mostrado enojada, temiendo convertirse en la comidilla del pueblo! ¡Lo de esta vez era mil veces peor, el colmo ya del escándalo, una aventura picante que atizaba las malas lenguas! La leyenda de los Rougon se hallaba de nuevo en peligro; decididamente, su desgraciado hijo no sabía qué inventar para destruir la gloria de la familia, tan penosamente alcanzada. Por ello, en la emoción de su cólera, ella que se había erigido en la guardiana de toda esa gloria, resuelta en absoluto a purificar la leyenda por todos los medios, se caló su sombrero y acudió presurosa a *La Souleide*, con la vivacidad juvenil de sus ochenta años. Eran las diez de la mañana.

Pascal, a quien la ruptura con su madre tenía más que encantado, no se encontraba allí por fortuna; hacía una hora que había salido en busca de un broche de plata antiguo, que imaginó podría servir para un cinturón. Y Felicité la emprendió con Clotilde, cuando ésta, todavía en camisola, estaba acabando de arreglarse, con los brazos desnudos, los cabellos sueltos, de una jovialidad y de un frescor de rosa.

El primer choque fue rudo. La anciana dama volcó su corazón, se indignó, habló con arrebatos de la religión y de la moral. Y, a título de conclusión, dijo:

—Contesta, ¿por qué hicisteis algo tan horrible que constituye un desafío a Dios y a los hombres?

Sonriente, muy respetuosa por lo demás, Clotilde la había estado escuchando.

—Pues porque así nos plació, abuela. ¿No somos libres acaso? Ningún deber nos liga con nadie.

—¡Ningún deber! ¿Y conmigo? ¿Y respecto de la familia? Mira por donde todavía vamos a vernos arrastrados por el cieno, ¡si imaginas que eso puede complacerme!

De repente, su cólera se calmó. Miraba a la joven y la encontraba adorable. Cuanto había sucedido, no la sorprendía en el fondo, sino todo lo contrario; en realidad se mofaba la vieja de todo ese espectáculo, lo que la acuciaba era el simple deseo de que la cosa terminase de un modo correcto, con el fin de acallar las malas lenguas. Y, conciliante ahora, exclamó:

—¡Casaos entonces! ¿Por qué no os casáis?

Clotilde mostróse sorprendida por unos momentos. Ni a ella ni al doctor les había pasado por la imaginación la idea del matrimonio. Esbozó una sonrisa de nuevo.

—¿Seríamos así más felices, abuela?

—No se trata simplemente de vosotros, se trata una vez más de mí, de todos los vuestros... ¿Cómo puedes, mi querida y encantadora niña, bromear

de esa manera con cosas tan sagradas? ¿Es que perdiste la vergüenza?

Pero la joven, sin sublevarse, siempre muy comedida, tuvo entonces un amplio gesto como para significar que en modo alguno podía avergonzarla su falta. ¡Ah, Dios mío!, cuando tanta corrupción y tanta debilidad acarrea la vida, ¿qué mal podían ellos haber hecho, bajo el resplandeciente cielo, proporcionándose recíprocamente la dicha de ser el uno para el otro? Por lo demás, ninguna obstinación razonada o empeño especial había en su forma de obrar.

—Puesto que así lo deseas, abuela, no te quepa duda de que nos casaremos. Sé que él hará lo que yo quiera... Pero, más adelante, nada de prisas.

Y Clotilde conservaba a todo esto su sonriente serenidad. Puesto que vivían fuera del mundo, ¿por qué inquietarse con sus cosas?

La anciana señora Rougon se fue, dándose por contenta con aquella vaga promesa. A partir de aquel momento, afectó en la ciudad haber cesado todo trato con *La Souleide*, lugar de perdición y de vergüenza. No volvería a poner los pies allí, y sabría llevar noblemente el duelo de aquella nueva aflicción. No abandonaba, sin embargo, las armas; permanecía al acecho, presta a aprovechar la menor circunstancia u ocasión para entrar de nuevo en la plaza, con esa tenacidad que siempre le había valido la victoria.

A partir de entonces, Pascal y Clotilde cesaron de enclaustrarse. Y no es que hubiera por parte de ellos provocación, ni quisieron responder con su conducta a los viles rumores que esparcían su dicha a los cuatro vientos. Producíase aquella reacción como una expansión natural de su deleite. Lentamente, su amor había experimentado algo así como una necesidad de ensanchamiento y espacio; fuera de la alcoba al principio, saliendo de la casa después, y ahora ya, traspasando las tapias del jardín, en la ciudad, en el amplio horizonte que la misma entrañaba. Era su amor el que todo lo llenaba y ponía el mundo en sus manos. Volvió, pues, el doctor tranquilamente a sus visitas, llevándose consigo a la joven, y juntos se iban por los paseos y calles; cogida ella de su brazo, vestida de claro y adornada la cabeza con flores, abotonado él en su levita, con su sombrero de alas anchas. En el físico del doctor destacaba la nota del blanco; en ella en cambio todo era rubio. Iban andando con la cabeza bien alta, erguidos y sonrientes, en medio de tal resplandor de felicidad, que parecían caminar en la Gloria. Al principio, la emoción fue enorme, los tenderos salían al umbral de sus establecimientos, asomábanse las mujeres a las ventanas, los transeúntes se detenían para seguirles con la mirada. Todo eran cuchicheos, se esbozaban sonrisas y se les

señalaba también con el dedo. Parecía como si fuera de temer el que ese impulso de curiosidad hostil, no llegara a extenderse motivando el que los rapaces acabaran por tirarles piedras. Pero ¡era tal el cuadro de hermosura que ofrecían a la vista!, ella tan joven, tan sumisa y arrogante, soberbio y triunfal él, que una invencible indulgencia fue poco a poco apoderándose de todo el mundo. No podía evitarse envidiarles y quererles, sucumbiendo así a su encantador contagio de ternura. Desprendíase de ellos un hechizo que conmovía los corazones. La villa nueva, con su población burguesa de funcionarios y nuevos ricos, fue la última conquista. El barrio de Saint-March, pese a su rigorismo, mostróse enseguida acogedor, de una tolerancia discreta, cuando la pareja avanzaba por las desiertas aceras, sembradas de hierba, a lo largo de los viejos palacios silenciosos y cerrados, exhalando el evaporado perfume de amores de antaño. Y fue sobre todo el barrio viejo el que muy pronto batió palmas por ellos; el barrio cuya modesta población, conmovida en su instinto, sintió la gracia de la leyenda, el mito profundo que la pareja entrañaba, la hermosa joven sirviendo de báculo al majestuoso y reverdecido maestro. Adorábase allí al doctor por su bondad, y su compañera enseguida se hizo popular, siendo saludada con gestos de admiración y alabanza, en cuanto hacía acto de aparición. Ellos, por su parte, si habían parecido ignorar la hostilidad primera que les mostraran, adivinaban ahora el perdón y la enternecedora amistad existentes a su alrededor; y eso les hacía más buenos, su dicha sonreía a la población entera.

Una tarde, cuando Pascal y Clotilde doblaban por la esquina de la calle de la Banne, vieron en la otra acera al doctor Ramond. Precisamente la víspera, habían sabido que se disponía a casarse con la señorita Lévêque, la hija del procurador judicial. Era ésa, desde luego, la determinación más razonable que podía tomar, pues los intereses de su situación no le permitían esperar más, y la joven en cuestión, extraordinariamente hermosa y muy rica, le amaba además. También él llegaría a amarla con seguridad. Por ello, Clotilde se sintió muy feliz sonriéndole, para felicitarle como cordial amiga. Con afectuoso gesto, Pascal le había saludado asimismo. Por unos instantes, Ramond, algo conmovido su ánimo por el encuentro, permaneció como perplejo. Obedeciendo a un primer impulso, estuvo a punto de atravesar la calle. Luego, sin embargo, debió experimentar algún reparo, al pensar acaso que resultaría brutal interrumpir aquel ensueño, penetrar en la soledad de ambos, que conservaban incluso por entre el codeo de las aceras. Y se contentó con un amistoso saludo desde lejos, con una sonrisa que llevaba en

sí misma el perdón de su dicha. La escena resultó encantadora en extremo para los tres.

Por aquel tiempo, Clotilde se pasó varios días distraída, con un gran dibujo al pastel, en el que evocaba la enternecedora escena del rey David y de Abisaig, la joven sunamita. Y era aquélla una evocación de ensueño, una de esas composiciones imaginarias en la que la otra, la quimérica, ponía su sabor de misterio. Sobre un fondo de flores lanzadas, flores en forma de lluvia de estrellas de un lujo bárbaro, el viejo rey aparecía de frente, con la mano apoyada sobre el hombro desnudo de Abisaig; y la jovencita, muy blanca, estaba desnuda hasta la cintura. Él, suntuosamente vestido, con un regio manto cargado de pedrería, llevaba puesta la corona real sobre sus cabellos de nieve. Pero ella aparecía más suntuosa aún, sin más que la seda de su delicada piel, su delgado y esbelto talle, sus redondos y menudos senos, y la delicadeza de sus brazos, de una gracia divina. Él reinaba, buscando apoyo como poderoso y amado maestro, en aquella súbdita elegida entre todas, y que tan orgullosa se mostraba por haber sido escogida, tan contenta y satisfecha con dar a su rey la sangre reparadora de su juventud. Toda su desnudez, límpida y triunfante, expresaba la serenidad de su sumisión, la entrega sosegada, absoluta, que hacía de su persona, ante el pueblo reunido en asamblea, a la plena luz del día. Él figuraba ser muy grande, y ella muy pura; y de ellos salía como la irradiación de un astro.

Hasta el último momento, Clotilde había dejado por hacer, borrosos, esbozados tan sólo, los rostros de los dos personajes. Pascal, conmovido detrás de ella, no cesaba de bromearla, adivinando desde luego lo que se proponía hacer. Y así fue, en efecto, le bastaron unos trazos de lápiz para terminar los rostros: el viejo rey David, era él, y ella, Abisaig, la sunamita. Permanecían envueltos en una claridad de sueño, eran ellos, divinizados, con sus cabelleras, una totalmente blanca, rubia por completo la otra, que les cubrían con un imperial manto, con trazos alargados por el éxtasis, elevados a la beatitud de los ángeles, con una mirada y una sonrisa de inmortal amor.

—¡Ah, querida! —exclamó él—, nos haces demasiado bellos, una vez más se te ha ido la imaginación por los senderos del sueño, ¡sí! ¿Te acuerdas?, como en los días aquéllos, cuando te reprochaba el plasmar todas las flores quiméricas del misterio.

Y, con la mano entretanto, señalaba Pascal las paredes, a lo largo de las cuales se extendía el fantástico macizo de antiguos dibujos al pastel, aquella flora increada, crecida en pleno paraíso.

Pero ella protestaba alegremente.

—¿Demasiado bellos? ¡Como si no pudiéramos serlo efectivamente! Te aseguro que así es como estimo que somos, que así quedaron reflejados en mi mente el cuerpo y alma de ambos... ¡Fíjate!, observa si no, ¡a ver si no es pura realidad lo que tienes delante!

Mientras así hablaba, había cogido la Biblia del siglo xv, que tenía a su lado, y le enseñaba el cándido grabado en madera.

—Ya lo estás viendo, el parecido es completo.

Él entonces se echó a reír dulcemente ante aquella tranquila y extraordinaria afirmación.

—¡Oh!, te ríes, lo comprendo, pero es porque te fijas demasiado en detalles de dibujo. Es el espíritu de la obra lo que hay que penetrar. Y observa los otros grabados, ¡lo bien que están igualmente! Reproduciría a Abraham y Agar, dibujaría a Ruth y a Booz, haría a todos esos profetas, pastores y reyes a quienes las jóvenes humildes, parientes y servidores, hicieron entrega de su juventud. Todos ellos son hermosos y felices, bien puedes verlo.

Cesaron entonces de reír, mientras seguían inclinados sobre la Biblia antigua, cuyas páginas iba ella volviendo con sus menudos dedos. Y a todo esto, él, detrás, con su barba blanca mezclada con los rubios cabellos de la joven. La sentía toda ella, la respiraba por entero. Había posado los labios sobre su delicada nuca, besaba su juventud en flor, mientras los ingenuos grabados sobre madera seguían desfilando ante sus ojos; ese mundo bíblico que evocaban sus amarillentas páginas, aquel libre retoñar de una raza fuerte y vivaz, cuya obra había de conquistar el mundo; esos hombres de virilidad jamás extinguida, esas mujeres siempre fecundas, aquella continuidad terca y pululante de la raza, a través de crímenes, incestos, amores fuera de edad y de razón. Y Pascal se sentía invadido de una emoción, de un sentimiento de gratitud sin límites, pues su sueño se realizaba, su peregrina de amor, su Abisaig acababa de entrar en su declinante vida, que venía a reverdecer y embalsamar.

Luego, en un tono muy bajito y al oído, sin dejar de poseerla en un hálito, la preguntó:

—¡Oh!, ¡tu juventud, tu juventud, que tanto ansío y que me nutre...! Pero ¿tú que tan joven eres, es que acaso no tienes hambre, hambre de juventud, para haberme escogido a mí, tan viejo, viejo como el mundo?

Experimentó la joven un sobresalto de asombro al oírle y, volviendo la cabeza, le miró.

—¿Viejo, tú...? ¡No digas eso!, ¡tú eres joven, más joven que yo!

Y reía abiertamente, enseñando unos dientes tan blancos, que él no pudo por menos de echarse a reír también. Insistía, no obstante, algo tembloroso:

—No me contestas a lo que te pregunto... Esa hambre de juventud, ¿no la sientes acaso, tú que tan joven eres?

Ella, entonces, alargando sus labios le besó, mientras le decía en tono muy bajito:

—Sólo tengo un apetito y una sed: ser amada, ser amada al margen de todo, por encima de todo, como tú me amas.

El día en que Martine percibió el dibujo al pastel, clavado en la pared, lo contempló unos instantes en silencio, e hizo luego la señal de la cruz, sin que pudiera nunca llegarse a saber si era a Dios o al diablo a quien había visto pasar. Algunos días antes de Pascua, había hablado a Clotilde de acompañarla a la iglesia, y habiéndole dicho ésta que no, Martine se salió por unos instantes de la silenciosa deferencia que había adoptado como postura. De todas las cosas nuevas que le producían asombro en la casa, la que más la tenía trastornada era la repentina irreligión de su joven ama. Por ello, se permitió volver a su antiguo tono de amonestación, riñéndola como cuando era pequeña y no quería rezar sus oraciones. ¿Acaso había desaparecido en ella el temor al Señor? ¿No temblaba ya ante la idea de ir al infierno para arder eternamente?

Clotilde no pudo reprimir una sonrisa.

—¡Oh, el infierno!, sabes perfectamente que jamás me inquietó demasiado... Te equivocas si crees que dejé de tener religión. Si he cesado de frecuentar la iglesia, es porque mis devociones están en otra parte; eso es todo.

Martine, anonadada, la miró sin comprender. Podía considerarlo asunto resuelto: la señorita estaba desde luego bien perdida. Y jamás volvió a insinuarle para que la acompañara a Saint-Saturnin. Sólo que su devoción aumentó aún más con todo ello, para convertirse en manía. Fuera de las horas de servicio, ya no volvió a vérsela paseando su eterna labor de punto, que no dejaba de lado ni aún caminando. En cuanto disponía de un minuto libre, acudía presurosa a la iglesia, y allí permanecía ensimismada en oraciones sin fin. Un día en que la anciana señora Rougon, siempre al acecho, la encontró detrás de un pilar, al cabo de una hora de haberla ya visto allí con anterioridad, Martine se fue poniendo poco a poco colorada, al tiempo que balbuceaba excusas, lo mismo que una criada a la que se sorprende sin hacer nada.

—Estaba rezando por el señor.

Entretanto, Pascal y Clotilde ensanchaban aún más su radio de acción, alargaban cada día sus paseos; el propio impulso les proyectaba ahora fuera de la ciudad a la vasta campiña. Y una tarde que se dirigían a *La Séguiranne*, experimentaron una fuerte emoción, al pasar a lo largo de las tierras roturadas y tristes, donde antaño se extendían los jardines encantados del Paradou. La visión de Albine se alzó ante él; Pascal la había visto volver a florecer como una primavera. Jamás, en otro tiempo, él que se creía ya muy viejo y que acudía allí para hacer sonreír a aquella muchachita, hubiera creído que haría ya años que estaba muerta, cuando la vida le hiciese el regalo de una primavera parecida, embalsamando su ocaso. Y habiendo notado pasar la visión entre ambos, Clotilde, alzaba su rostro hacia Pascal, en una renaciente necesidad de ternura. Ella era Albine, la eterna enamorada. Él, la besó en los labios; y, sin que hubieran cruzado entre sí una sola palabra, un fuerte estremecimiento atravesó las rasas tierras, sembradas de trigo y avena, donde el Paradou había hecho rodar su ola de prodigiosas vegetaciones.

Pascal y Clotilde caminaban al presente por la desecada y desnuda llanura, por entre el crujiente polvo de los caminos. Amaban aquella naturaleza ardiente, los campos plantados de enclenques almendros y olivos enanos; los horizontes de colinas peladas, donde blanqueaban las pálidas manchas de las casitas de campo, que acentuaban las franjas negras de los cipreses centenarios. Aquel ambiente recordaba a los paisajes antiguos, a esos paisajes clásicos tal y como pueden verse en los cuadros de las viejas escuelas, de duras coloraciones, con trazos oscilantes y majestuosos. Los fuertes soles que parecían haber tostado aquella campiña, corrían por sus venas; y lo mismo Pascal que Clotilde se sentían más vivos, más hermosos, bajo aquel cielo siempre azul, del que se desprendía la clara llama de una perpetua pasión. Ella, un poco al abrigo de su sombrilla, sentía que se le dilataba el ánimo, contenta con aquel baño de luz, lo mismo que una planta en pleno Mediodía; en tanto que él, como refloreciendo, notaba la abrasadora savia del sol que remontaba por sus miembros, en una oleada de viril gozo.

El paseo a *La Séguiranne* era idea del doctor, que se había enterado por la tía Dieudonné, del próximo matrimonio de Sophie con un muchacho molinero de los alrededores; y quería ver si se encontraban bien, si la gente vivía dichosa en aquel rincón. Un delicioso frescor les repuso enseguida, en cuanto se adentraron por debajo de la espaciosa avenida de verdes encinas. A ambos lados, los manantiales, verdaderas madres de aquellas tupidas sombras, discurrían sin fin. Después, cuando llegaron a casa de los colonos, fueron a topar precisamente con los enamorados, Sophie y su molinero, que se besaban

en plena boca, cerca del pozo, aprovechando que la tía acababa de irse hacia el lavadero, situado allá abajo, detrás de los sauces del Viorne. Muy confusa, la pareja seguía sonrojada. Pero el doctor y su compañera reían de tan buena gana, que los enamorados, tranquilizados ya, les explicaron que la boda era para el día de San Juan, fecha muy lejana aún, pero que acabaría por llegar. La verdad era que Sophie había mejorado, si cabe, en salud y belleza, salvada del mal hereditario; había crecido y se había desarrollado sólidamente, como uno de aquellos árboles, con los pies siempre en la hierba húmeda de las fuentes y la cabeza desnuda a pleno sol. ¡Ah!, aquel cielo ardiente e inmenso, ¡qué vida infundía a seres y cosas! Sólo conservaba un dolor, y las lágrimas aparecieron al borde de sus párpados, cuando habló de su hermano Valentín, que quizás no acabaría aquella semana. Había tenido noticias la víspera: estaba perdido. Y el doctor hubo de mentir en cierto modo para consolarla, pues él mismo esperaba el fatal desenlace, de un momento a otro. Cuando abandonaron *La Séguiranne*, Clotilde y él regresaron a Plassans con un paso que iba haciéndose retardado, enternecidos por la dicha de aquellos amores tan sanos, pero por delante de los cuales atravesaba el ligero escalofrío de la muerte.

En el barrio viejo, una mujer a la que atendía Pascal, les anunció que Valentín acababa de morir. Dos vecinas habían tenido que llevarse consigo a Guiraude, que se aferraba al cuerpo de su hijo, medio loca y pegando alaridos. El doctor entró, dejando en la puerta a Clotilde. Finalmente, reemprendieron el camino de *La Souleiade*, sumidos en el más profundo de los silencios. Desde que había reanudado sus visitas, Pascal no parecía hacerlas más que por deber profesional, sin exaltar ya los milagros de su medicación. Le tenía asombrado, no obstante, el que la muerte de Valentín hubiera tardado tanto en llegar; tenía la convicción de haber prolongado en un año la vida del enfermo. A pesar de los extraordinarios resultados que conseguía, sabía perfectamente que, de modo insoslayable, la muerte seguiría siendo la soberana. Sin embargo, el fracaso que para esa propia muerte había significado el mantenerla a raya durante meses y meses, debiera haber enorgullecido al doctor, paliar el disgusto, siempre sangrante en él, de haber matado involuntariamente a Lafouasse, algunos meses antes de lo que fatalmente hubiera sido el final de su existencia. Y parecía no ser nada, un pliegue cruzaba su frente cuando entraron de nuevo en su soledad. Allá, sin embargo, una nueva emoción les esperaba; en efecto, fuera, bajo los plátanos, donde Martine le había hecho sentarse, reconoció a Sarteur, el obrero sombrerero, el pensionista de los Tulettes, a quien durante tanto tiempo había ido a dar

inyecciones; y la apasionante experiencia parecía haber tenido éxito, las inyecciones de sustancia nerviosa suministraban voluntad, puesto que el loco estaba allí, salido aquella misma mañana del asilo, jurando que ya no padecía crisis en absoluto, que con seguridad estaba curado de aquella brusca rabia homicida, capaz de hacerle lanzar sobre un transeúnte para estrangularlo. El doctor le miraba, pequeño, muy moreno, con la frente huidiza, la cara en forma de pico de pájaro, con una mejilla sensiblemente más abultada que la otra, de un criterio y de una dulzura perfectos, desbordante de una gratitud que le hacía besar las manos de su salvador. Acabó el doctor por sentirse conmovido, y le despidió afectuosamente, aconsejándole que volviera a su vida de trabajo, como higiene física y moral más conveniente. Recobró luego el sosiego y se sentó a la mesa, poniéndose alegremente a hablar de otra cosa.

Clotilde le miraba, asombrada, algo sublevada incluso en su fuero interno.

—¿Qué es lo que te sucede, maestro? ¿Ya no estás contento de ti mismo?

Pascal se puso entonces a bromear.

—¿De quién, de mí? ¡Jamás lo estuve...! Y en lo que se refiere a la medicina, ¡qué quieres que te diga, depende del día!

Aquella noche, en el lecho, tuvieron su primera riña. Habían apagado la vela; se hallaban en la más profunda oscuridad de la alcoba, uno en brazos del otro, tan fina y delgada ella, apretada contra él, que prácticamente la tenía cogida por entero, con la cabeza sobre su corazón. Mostrábase enfadada de que no tuviera orgullo, volvía a exponer sus quejas de la jornada, reprochándole no haber hecho valer su triunfo con la curación de Sarteur, e incluso con la agonía de Valentín, tan prolongada gracias a él. Era ella quien sentía la pasión de su gloria. Le recordaba sus curas: ¿no se había curado él mismo? ¿Podía negar la eficacia de su método? Notaba Clotilde estremecerse todo su ser al evocar el amplio sueño que otrora concibiera el doctor: combatir la debilidad, causa única y genérica del mal, curar a la humanidad doliente, convertirla en sana y superior, acelerar la dicha, la futura ciudad de perfección y de felicidad, interviniendo en forma activa, dando la salud a todos. ¡Y para ello contaba con el licor de vida, la panacea universal que permitía concebir esa inmensa esperanza!

Pascal se callaba, posados sus labios en el hombro desnudo de Clotilde. Luego murmuró:

—Es cierto, me curé a mí mismo, he curado a otros y sigo creyendo que mis inyecciones son eficaces en multitud de casos... No reniego de la medicina, el remordimiento que pueda haberme producido un doloroso y lamentable accidente, no me hace ser injusto... Por lo demás, el trabajo

siempre constituyó mi pasión, es el trabajo lo que hasta el presente me estuvo minando; queriéndome probar a mí mismo la posibilidad de rehacer la envejecida humanidad hasta convertirla finalmente en vigorosa e inteligente, es por lo que estuve a punto de morir últimamente... Sí, un sueño, ¡un hermoso sueño!

Y oyéndole, le estrechó ella a su vez entre sus sutiles brazos, entrelazando su cuerpo con el del doctor.

—¡No, no!, nada de sueños, una realidad. ¡La realidad de tu genio, maestro!

Entonces, confundidos como estaban físicamente, formando una sola unidad corpórea, bajó él más aún su tono de voz; sus palabras no fueron ya más que una confesión, apenas un ligero soplo.

—Escucha, voy a decirte lo que no diría a nadie en el mundo, lo que ni siquiera soy capaz de decirme a mí mismo en voz alta... Corregir la naturaleza, intervenir de un modo activo, modificarla y contrariarla en lo que constituye su finalidad, ¿es acaso tarea laudable? Curar, retrasar la muerte del ser humano para su recreo personal, prolongar su existencia, en perjuicio de la especie misma, ¿no es deshacer lo que la propia naturaleza se propone llevar a cabo? Y, soñar en una humanidad más sana, más fuerte, modelada conforme a la idea que tenemos forjada de la salud y de la fuerza, ¿es algo que pueda correspondernos como derecho? ¿Qué pretendemos con todo ello? ¿Por qué vamos a mezclarnos en esa labor de la vida, cuyos medios y finalidad nos son por completo desconocidos? Quizá todo cuanto vivimos y observamos está ya en perfecta regla. Acaso estemos corriendo el riesgo de matar el amor, el genio, la vida misma... ¿Comprendes?, sólo a ti hago esta confesión; me asaltó la duda, me eché a temblar al pensar en mi alquimia del siglo xx, y he acabado por creer que resulta más grandioso y sano, dejar que la evolución tenga lugar.

Se interrumpió unos instantes, para añadir luego, tan dulcemente que apenas si le oía ella:

—Ahora, ya sabes, les inyecto agua tan sólo. Tú misma has podido constatarlo, pues ya no me oyes machacar; y ya te dije que tenía reservas de licor... El agua les sirve de alivio; hay en eso sin duda un simple efecto mecánico. ¡Ah!, tranquilizar, impedir el sufrimiento, ¡eso sí, ciertamente, lo quiero todavía! Acaso es ésta mi última debilidad, pero el caso es que no puedo ver sufrir, el sufrimiento me saca de mis casillas, como crueldad monstruosa e inútil de la naturaleza... Ya no atiende a la gente más que para impedir el sufrimiento.

—Entonces, maestro —preguntó ella—, si no te propones curar, ya no será preciso decirlo todo, pues la horripilante necesidad de poner las llagas al descubierto no tenía más excusa que la esperanza de cerrarlas.

—¡Sí, sí!, se hace preciso saber, saber en todo caso, no ocultar nada. ¡Revelar cuanto se sepa respecto de seres y cosas...! Ninguna dicha es posible partiendo de la ignorancia, tan sólo la certidumbre produce sosiego en la vida. Cuando llegue a saberse más, con seguridad que acabará aceptándose todo... ¿No comprendes que querer curarlo todo, regenerarlo todo, constituye una falsa ambición de nuestro egoísmo, una rebelión contra la vida, que nos atrevemos a juzgar como mala, porque la consideramos bajo el exclusivo punto de vista de nuestro interés personal? Me doy perfecta cuenta de que mi serenidad es mayor, que he conseguido ensanchar, elevar mi cerebro, desde que me muestro respetuoso para con la evolución. Es mi pasión por la vida lo que triunfa, hasta el punto de no intentar argucias que pongan en tela de juicio su objetivo o finalidad, confiándome totalmente, perdiéndome en ella, sin pretender rehacerla según mi propio concepto del bien y del mal. Tan sólo esa misma vida sabe, lo que hace y adonde va; yo no puedo hacer otra cosa que esforzarme en conocerla, por vivirla conforme pide ser vivida... Y, fíjate lo que son las cosas, tan sólo la comprendí desde que me perteneces. Mientras no te tuve, buscaba la verdad en otra parte, forcejeaba, en mi obsesión de salvar al mundo. Llegaste tú, y siento la vida en su plenitud, el mundo se salva a cada instante por el amor, por el trabajo inmenso e incesante de todo cuanto vive y se reproduce a través del espacio... ¡La vida impecable, la omnipotente vida, la vida inmortal!

Ya no se apreciaba en su boca sino un estremecimiento de acto de fe, un suspiro de abandono a fuerzas superiores. Ella misma había cesado de razonar y se daba asimismo por vencida.

—Maestro, nada quiero que esté al margen de tu voluntad, ¡cógeme y hazme tuya, que desaparezca y renazca, confundida contigo!

Se pertenecieron. Luego, todavía hubo algún que otro cuchicheo: una vida de idilio en proyecto, una existencia de calma y vigor en la campiña. Esa simple prescripción de un medio ambiente reconfortante, era la conclusión a que llevaba la experiencia del médico. Maldecía las ciudades. No podía uno sentirse bien y ser feliz más que en las vastas llanuras, a pleno sol, con la condición de renunciar al dinero, a la ambición, incluso al exceso de orgullo que implicaban los trabajos intelectuales. No hacer nada más que vivir y amar, cavar la tierra y tener hijos hermosos.

—¡Ah! —prosiguió dulcemente Pascal—, el hijo, nuestro hijo que un día vendrá...

Y no pudo terminar, embargado por la emoción que le producía el pensar en aquella paternidad tardía. Evitaba hablar de ello, volvía la cabeza con los ojos humedecidos cuando, durante sus paseos, alguna niña o algún rapaz les sonreía.

Con sencillez y tranquila certidumbre, dijo Clotilde entonces:

—¡Vendrá, no te quepa duda!

Para ella, lo del hijo, era la consecuencia natural e indispensable del acto sexual. Como broche final a cada uno de sus besos, se hallaba la idea del niño, ya que todo amor que no tiene por finalidad ese hijo, le parecía inútil y vil.

Y ésa era incluso una de las causas por la que no la interesaban las novelas. No era, como su madre, una lectora empedernida; con el volar de su imaginación le bastaba, y le aburrían soberanamente las historias inventadas. Pero sobre todo, su continuo asombro, su constante indignación residía en ver que, en las novelas de amor, jamás se preocupaban del hijo. Ni siquiera estaba, previsto en ellas, y cuando, por casualidad, caía ese hijo en medio de las aventuras del corazón, siempre se originaba una catástrofe, un estupor y un considerable trastorno. Cuando se entregaban uno en brazos del otro, jamás los amantes parecían sospechar que estaban haciendo obra de vida y que acabaría naciendo un niño. Sin embargo, sus estudios de historia natural le habían enseñado bien claramente que el fruto era la única preocupación de la naturaleza. Tan sólo ese fruto le importaba, tan sólo él se convertía en objetivo, todas las precauciones estaban tomadas para que la semilla no se perdiera en ningún caso y la madre diera a luz ese hijo. Y el hombre, por el contrario, al civilizar, al refinar el amor, incluso había llegado a apartar la idea del fruto. El sexo de los héroes, en las novelas distinguidas, había acabado por convertirse en una máquina de pasión. Se adoraban, se tomaban, se soltaban, soportaban mil muertes, se abrazaban, se asesinaban, desencadenaban toda una tempestad de males sociales; todo ello por el placer, al margen de las leyes naturales, sin recordar que practicando el amor es como se hacen los hijos. Aquello era sucio y a la vez estúpido.

Se mostró alegre, y cogida a su cuello, con preciosa audacia de enamorada, le repitió algo confusa:

—Indudablemente, vendrá... Puesto que hacemos cuanto es preciso para que así ocurra, ¿por qué razón no va a venir?

Pascal no respondió de inmediato. Notábale ella entre sus brazos, presa de frío, invadido por el lamento y la duda. Luego murmuró tristemente:

—¡No, no!, es demasiado tarde... ¡Piensa, querida, en la edad que tengo!

—Pero ¡si eres joven! —exclamó ella de nuevo, con un arrebató de pasión, procurando hacerle reaccionar y cubriéndole de besos.

Seguidamente, aquella obsesión terminó por hacerles reír. Y se quedaron dormidos en la confusión de aquel abrazo; él boca arriba, cogiéndola con su brazo izquierdo, ella, oprimiéndole en estrecho apretón que alcanzaba todos sus miembros alargados y sutiles, apoyada la cabeza sobre el pecho de Pascal, esparcidos por doquier sus cabellos rubios y mezclados con la blanca barba del doctor. La Sunamita dormitaba, apoyada la mejilla en el corazón de su rey. Y, en medio del profundo silencio, en la espaciosa alcoba completamente a oscuras, tan dulce y acogedora para sus amores, ya no hubo pronto más que la leve y suave alteración que producía el ritmo de su respiración.

IX

Lo mismo por la ciudad que por la campiña circundante, el doctor Pascal continuaba haciendo sus visitas de médico. Y casi siempre, llevaba del brazo a Clotilde, que entraba junto con él en casa de las gentes humildes.

Pero, como le había confesado una noche, hablándole en tono muy bajo, en el fondo no se trataba ya más que de jiras de alivio y consuelo. Ya con anterioridad, si había acabado por no ejercer la medicina más que con repugnancia, la razón provenía de que se daba perfecta cuenta del completo vacío que entrañaba la terapéutica. El empirismo le desolaba. Desde el momento en que la medicina no era una ciencia experimental, sino un arte, sentíase profundamente inquieto ante la infinita complicación que venía a significar el tener que coordinar la enfermedad y el remedio, según el enfermo de que se tratara en cada caso. Las medicaciones cambiaban con las hipótesis: ¡a la de gente que debía haber ocasionado la muerte, métodos abandonados va hoy por completo! El olfato del médico venía a serlo todo, el curador no era ya más que un adivino felizmente dotado, caminando a tientas él mismo, y que realizaba sus curas al albur de su genio. Y ésa era la razón del por qué, después de una docena de años de ejercicio de la medicina había casi abandonado su clientela para dedicarse de lleno al estudio puro. Luego, cuando sus profundos trabajos sobre la herencia le habían llevado en un momento dado a concebir la esperanza de intervenir eficazmente, de llegar a curar con sus inyecciones hipodérmicas, se había apasionado de nuevo; hasta que llegó el día en que su fe en la vida, que le impulsaba a ayudar la acción de la naturaleza, mediante reparar las fuerzas vitales, le había hecho ensanchar más aún su punto de mira al infundirle la convicción de grado superior, de que la vida se bastaba a sí misma y era la única artífice de salud y de fuerza. Y, con su tranquila sonrisa, no seguía haciendo visitas más que para acudir a la Cabecera de los enfermos que reclamaban su presencia a voces y que se encontraban milagrosamente aliviados, incluso cuando les inyectaba simplemente agua.

Clotilde, a veces, se permitía en las actuales circunstancias, hacer alguna que otra broma. La muchacha, en el fondo, seguía siendo ferviente admiradora del misterio; y decía alegremente que, si de ese modo lograba hacer milagros, era porque Pascal encarnaba en su persona la bondad y el poder de Dios. Pero él, entonces, se divertía a su vez comentando que la virtud y eficacia se debía a que las visitas las realizaban juntos, insistiendo en que, cuando iba solo, no curaba a nadie, y que era ella la que llevaba consigo el soplo del más allá, la fuerza desconocida y necesaria. Y así ocurría, según el doctor, que en las casas de las gentes ricas, de los burgueses, donde ella no se permitía entrar, seguían los enfermos gimiendo sin posible consuelo. Y esa tierna disputa les distraía extraordinariamente; iban cada vez de visita como quien se dirige hacia nuevos descubrimientos, y en cuanto estaban en casa de los enfermos no hacían más que lanzarse miradas de inteligencia. ¡Ah!, ¡ese maldito sufrimiento que les traía a mal traer y que era ya lo único que intentaban combatir!, ¡cuán dichosos se sentían cuando lo creían vencido! Estimaban obtener una recompensa de la divinidad, cuando veían secarse los sudores fríos, calmarse las bocas aullantes, recobrar vida los semblantes muertos. Decididamente, era su amor lo que ellos paseaban y conseguía aliviar aquel pequeño rincón de humanidad doliente.

—Morir no es nada, está en el orden natural de las cosas —decía a menudo Pascal—. Pero, sufrir, ¿por qué? ¡Eso es abominable y estúpido!

Una tarde se fue el doctor con la joven para visitar a un enfermo a la aldea de Sainte-Marthe; y, cuando se disponían a tomar el ferrocarril, para atender a Bonhomme, tuvieron un encuentro en la estación. El tren que esperaban venía de los Tulettes. Sainte-Marthe era la primera estación, en el sentido opuesto, hacia Marsella. Y, llegado que hubo el tren, quisieron meterse precipitadamente en él; abrían ya una portezuela cuando vieron bajar a la anciana señora Rougon del compartimento que creyeron vacío. La vieja, ni siquiera les dirigió la palabra, descendió de un saltito ligero, pese a su edad, y luego se fue, tiesa y con aires de dignidad.

—Estamos a primero de julio —dijo Clotilde, cuando el tren ya estuvo en marcha—. La abuela regresa de los Tulettes de hacer su visita mensual a tía Dide... ¿Viste la mirada que me lanzó?

A Pascal, en el fondo, le alegraba aquel enfado con su madre, que le libraba de la continua inquietud de su presencia.

—¡Bah! —dijo simplemente—, cuando no hay manera de entenderse más vale no tratarse.

Pero la joven seguía triste y pensativa. Luego a media voz:

—La encontré cambiada, tiene la cara pálida... Y, ¿lo has notado?, ella, que tan correctamente suele ir vestida, no llevaba más que una mano enguantada, la derecha, y con un guante además verde... No sé por qué, pero me ha dado un vuelco el corazón.

Él, entonces, turbado asimismo, esbozó un gesto vago. Su madre acabaría ciertamente por envejecer, como todo el mundo. Se agitaba demasiado, y se apasionaba por las cosas en mayor grado aún. Y contó a este propósito que proyectaba legar su fortuna a la ciudad de Plassans, para que se construyera una casa de retiro que llevase el nombre de los Rougon. Ambos se habían echado a reír, cuando Pascal exclamó:

—¡Anda!, pero si es mañana cuando también nosotros tenemos que ir a los Tulettes, para visitar a nuestros enfermos. Y sabes además que prometí al tío Macquart llevarle a Charles.

Felicité, en efecto, volvía aquel día de los Tulettes, adonde se trasladaba regularmente, el primero de cada mes, para saber de tía Dide. Desde hacía años, se interesaba apasionadamente por la salud de la demente, estupefacta de verla durar tanto, furiosa por lo que se emperraba en vivir, fuera de la medida normal, constituyendo un verdadero prodigio de longevidad. ¡Qué alivio, la buena mañana en que pudiera asistir al entierro de aquel molesto testigo del pasado, del espectro de la espera y de la expiación, que evocaba, vivas, las abominaciones de la familia! Y, cuando tantos otros habían ya partido de este mundo, ella, demente, no conservando más que un destello de vida en el fondo de sus ojos parecía estar como olvidada. Ese día, la había hallado una vez más, sentada en su sillón, desecada y tiesa, inmutable. Como solía decir la guardiana, no había ya razón alguna para que muriese jamás. Tenía ciento cinco años.

Cuando salió del Asilo, Felicité estaba indignada. Pensó en el tío Macquart. ¡Uno más que la estaba estorbando que se eternizaba con su obstinación exasperante! Aunque sólo tuviera ochenta y cuatro años, tres más que ella, le parecía de una vejez que rayaba en la ridiculez, al sobrepasar los límites permitidos. ¡Y un hombre además, que vivía dedicado a toda clase de excesos, que estaba borracho de muerte cada noche, desde hacía sesenta años! Los prudentes, los sobrios, esos se iban; él, en cambio, florecía y se expansionaba, rebotante de salud y de regocijo. Ya cuando fue a establecerse en los Tulettes, ella le había hecho obsequios consistentes en vino, licores, aguardiente, con la secreta esperanza de conseguir desembarazar a la familia de un tipo realmente sucio, del que sólo cabía esperar vergüenza y sinsabores. Pronto se había dado cuenta, sin embargo, de que todo aquel alcohol por el

contrario, parecía más bien mantenerle alegre, con reluciente semblante y mirada burlona; y no había tenido más remedio que suprimir los regalos, pues lo que creyó serviría de veneno, contribuía a mantenerle rollizo. Le guardaba un odio tremendo, le hubiera matado de haberse atrevido, cada vez que volvía a verle hallándole aún firme sobre sus piernas de borracho, mofándose en su propia cara, sabiendo como sabía que ella le deseaba la muerte; saboreando el triunfo en resumidas cuentas de no proporcionarla el placer de enterrar con él la antigua ropa sucia, la sangre y el cieno de las dos conquistas de Plassans.

—Ya lo estás viendo, Felicité —solía él decir con su terrible gesto de burla—, aquí estoy para guardar a la anciana madre, y el día en que nos decidamos a morir los dos, será por deferencia hacia ti, ¡sí!, simplemente para evitarte la molestia de venir a vernos cada mes, como de tan buen corazón vienes haciéndolo.

Por regla general, la vieja ni tan siquiera sufría ya la decepción de bajar a casa del tío para verle, limitándose a que la informaran en el Asilo sobre su estado de salud. Pero, esta vez, como acababan de informarla de que Macquart estaba atravesando una crisis de embriaguez extraordinaria, que no soltaba desde hacía quince días, borracho sin duda hasta tal punto que ya no saldría de aquella, la vieja sintió la curiosidad de ver por sus propios ojos el estado en que se hallaba. Y, al volver a la estación, dio un rodeo para pasar por la casa del campo del tío.

El día era espléndido, un caluroso y deslumbrante día de verano. A derecha e izquierda del estrecho camino que hubo de tomar, miraba los campos que Macquart se hiciera donar en tiempos, toda aquella tierra fértil, precio de su discreción y buen comportamiento. La casa, orientada al Mediodía, con sus tejas rosadas, con sus paredes violentamente revocadas de amarillo, le pareció rebosante de alegría. Bajo las viejas moreras de la terraza, disfrutó del delicioso frescor allá reinante y gozó también de la admirable vista. ¡Qué digno y sensato retiro, qué rincón de dicha para un hombre anciano que, en medio de aquella paz, acabase una larga vida de bondad y sacrificio!

Pero la vieja, ni le veía ni le oía. El silencio era profundo. Tan sólo las abejas zumbaban alrededor de las malvas reales. Allí en la terraza, no había más que un perrito amarillo, un lobezno, como se los llama en Provenza, tumbado cuan largo era sobre la desnuda tierra, a la sombra. El animalito conocía a la visitante, había alzado la cabeza refunfuñando, a punto de ladrar; luego, había vuelto a recostarse y no se movió más.

Entonces, en medio de aquella soledad y del espléndido regocijo del sol reinante, se sintió sobrecogida por un ligero y singular estremecimiento; llamó:

—¡Macquart...! ¡Macquart...!

La puerta de la casita de campo, situada bajo las moreras, estaba abierta de par en par. Pero la anciana no osaba entrar; aquella casa vacía, abierta de aquel modo, la inquietaba. Y llamó de nuevo:

—¡Macquart...! ¡Macquart...!

Ni el menor ruido, ni el más ligero soplo. Todo volvía a quedar sumido en el más profundo de los silencios; tan sólo el zumbido de las abejas parecía aumentar alrededor de las malvas reales.

Felicité acabó, no obstante, por sentirse avergonzada ante aquella sensación de miedo que la iba dominando, y entró decididamente. A mano izquierda en el vestíbulo, la puerta de la cocina, donde solía estar el tío, se hallaba cerrada. La empujó, pero, al principio, nada pudo distinguir, pues debía haber cerrado los postigos, para protegerse del calor. Su primera impresión consistió tan sólo en notarse agarrotada la garganta por el fuerte olor a alcohol que llenaba la pieza: parecía como si aquel olor rezumase de cada mueble; la casa entera estaba impregnada de él. Luego, cuando su vista se fue acostumbrando a aquella semioscuridad, acabó por distinguir al tío. Se hallaba sentado cerca de la mesa, sobre la cual podía verse un vaso y una botella de alcohol fuerte completamente vacía. Apilado en el fondo de su silla, dormía profundamente, borracho perdido. Semejante escena hizo renacer en Felicité su cólera y su desprecio.

—Veamos, Macquart, ¿no te parece irracional e innoble sumirse voluntariamente en tan vergonzoso estado...? Despierta de una vez, ¡esto resulta indignante!

El sueño era tan profundo, que no se notaba ni su respiración. Alzó la vieja el tono de voz e incluso le zarandó con las manos; pero todo fue en vano.

—¡Macquart! ¡Macquart...! ¡Ah! ¡Estás repugnante de veras, querido! ¡Menudo espectáculo!

Y terminó por prescindir de él, ya no se molestó más, dedicándose a sus anchas a olfatear por la habitación, hurgando cuanto había por allí atropelladamente. Al salir del Asilo, por la polvorienta carretera, una sed ardiente hizo mella en ella. Sus guantes la estorbaban, se los quitó y los puso sobre una esquina de la mesa. Tuvo luego la suerte de encontrar el botijo; lavó un vaso, que llenó seguidamente hasta los bordes, y se disponía ya a vaciarlo,

cuando un extraordinario espectáculo la conmovió hasta tal extremo, que automáticamente dejó el vaso junto a los guantes, sin hacer intención de beberse.

Cada vez iba pudiendo ver más claro en la pieza, que unos hilillos de sol iluminaban débilmente a través de los viejos y descoyuntados postigos. Ya con toda claridad, distinguía al tío, correctamente vestido como siempre con su traje de paño azul, con su eterna gorra de pieles que no se quitaba desde el inicio hasta el final del año. Había engordado últimamente, y su cuerpo no era sino un informe montón de grasa, desbordando pliegues y redondeces fofas por todos lados. Y acababa de constatar que debió haberse dormido fumando, pues su pipa, una corta pipa negra, había resbalado sobre sus rodillas. Seguidamente, quedó inmóvil de estupor: el tabaco encendido se había esparcido, la tela del pantalón había prendido fuego; y por el agujero formado en el paño, que ya era de la amplitud de una moneda de cien sueldos, se veía el muslo desnudo, un muslo rojizo, de donde salía una llamita azul.

Felicité creyó al principio que se trataba de la ropa interior, del calzoncillo y la camisa que estarían ardiendo. Pero, no había lugar a dudas; veíase con toda claridad la carne al desnudo, y la llamita azul surgía de allí, ligera, juguetona, cual llama errante que recorriese la superficie de un vaso de alcohol inflamado. Todavía no tenía mayor altura que una llama de mariposa, de una silenciosa suavidad, tan inestable que el menor estremecimiento del aire bastaba para desplazarla. Iba en aumento, no obstante, ensanchábase rápidamente; la piel del muslo se hendía y la grasa empezaba a fundirse.

Un grito involuntario salió impetuosamente de la garganta de Felicité.

—¡Macquart...! ¡Macquart...!

Éste, seguía sin moverse. Su falta de sensibilidad debía ser absoluta; la embriaguez le había sumido en una especie de coma, en una total parálisis de la sensación; porque, no había duda de que vivía: una respiración lenta e igual hacía oscilar su pecho.

—¡Macquart...! ¡Macquart...!

Ahora ya, la grasa rezumaba por las grietas de la piel, activando la llama, que alcanzaba el vientre. Felicité comprendió entonces que el tío acabaría encendiéndose todo él, lo mismo que una esponja empapada en alcohol. Desde hacía años, todo él estaba saturado del más fuerte, del más inflamable de los aguardientes. Ardería sin duda al instante, de pies a cabeza.

A partir de aquel momento, cesó en sus intentos de querer despertarle, puesto que tan bien dormía. Durante un largo minuto, osó aún contemplarle, azorada, aunque poco a poco resuelta. Sus manos, no obstante, se habían

puesto a temblar, con un ligero estremecimiento que no le era dable contener. Sentía un sofoco tremendo, y, cogiendo el vaso de agua con las dos manos, lo vació de un trago. Y salía ya de puntillas, cuando recordó sus guantes. Volvió sobre sus pasos y con gesto inquieto, a tientas, creyó recoger los dos de encima de la mesa. Salió al fin y volvió a cerrar cuidadosamente la puerta, con suavidad, como si hubiera temido molestar a alguien.

Cuando se halló de nuevo en la terraza, bajo los alegres rayos del sol, al aire libre, frente al inmenso horizonte bañado del cielo, exhaló un suspiro de alivio. La campiña estaba desierta, con seguridad que nadie la había visto entrar ni salir. Seguía sin haber por allí más que el lobezno amarillo, tumbado en el suelo, que ni tan siquiera se dignó levantar la cabeza. Y la vieja se fue con su pasito ligero y el sutil balanceo de su talle de jovencita. Cien pasos más allá, aunque trató de evitarlo, una fuerza irresistible la hizo volverse y contemplar por última vez la casa, tan calmosa y alegre, en la mitad de la pendiente, en aquel declinar de un hermoso día. Tan sólo estando en el tren, cuando quiso ponerse los guantes, pudo darse cuenta de que le faltaba uno de ellos. Pero tenía el convencimiento de que se le había caído estando en la estación y en el momento de subir al vagón. Creía estar completamente tranquila, y permaneció, sin embargo, con una mano enguantada y la otra desnuda, lo que, tratándose de ella, no podía constituir sino el efecto de una fuerte perturbación.

Al día siguiente, Pascal y Clotilde cogieron el tren de las tres, para trasladarse a los Tulettes. La madre de Charles, la guarnicionera, les había traído al chiquillo, puesto que habían quedado en llevarle a casa del tío, donde debía pasar toda la semana. Nuevas disputas habían turbado la tranquilidad conyugal: el marido se negaba, decididamente, a tolerar más en su casa a ese niño de otro, a aquel hijo de príncipe, holgazán e imbécil. Como era la abuela Rougon quien le vestía, aquel día, el chiquito iba en efecto todo él de terciopelo negro, ribeteadas sus prendas con una trencilla de oro, al igual que un señorito, un paje de antaño que se dirigiera a la corte. Y, durante el cuarto de hora que duró el viaje, en el compartimiento, sólo ocupado por ellos, Clotilde se entretuvo en quitarle la gorra, para arreglarle sus admirables cabellos rubios, su real cabellera cuyos bucles le caían sobre los hombros. Pero la joven llevaba puesta una sortija, y al pasarle la mano por la nuca, quedó sobrecogida al ver que su caricia había dejado un rastro sanguinolento. No se le podía tocar sin que ese rojo rocío brotase en su piel: tratábase de un reblandecimiento de los tejidos, tan agravado por la degeneración, que el menor roce motivaba una hemorragia. Al verlo el doctor se mostró enseguida

inquieto y preguntó al muchacho si seguía sangrando con frecuencia por la nariz. Pero Charles, apenas si supo contestarle al principio, aunque luego haciendo memoria, le dijo que en efecto, el otro día había sangrado mucho. Parecía desde luego hallarse más débil, se encaminaba a la infancia, a medida que avanzaba en edad; de una inteligencia además que nunca había llegado a despertar y que se oscurecía por momentos. Aquel muchachote de quince años, ni siquiera parecía tener diez: tan hermoso, con su aspecto de niña y su tez de flor nacida a la sombra. Muy enternecida, con el corazón apenado, Clotilde, que lo había tenido en sus rodillas, volvió a ponerle en la banqueta; y cuando lo estaba haciendo se dio cuenta de que el rapaz trataba de deslizar la mano por el escote de su traje, en un arranque precoz e instintivo de animalito vicioso.

Cuando estuvieron en los Tulettes, Pascal decidió que primero irían a llevar el niño a casa del tío. Y subieron seguidamente por la pendiente bastante pronunciada del camino. De lejos, y lo mismo que la víspera, la casita aparecía sonriente a la luz del sol, con sus sonrosadas tejas; sus verdes moreras extendían sus retorcidas ramas, cubriendo la terraza con una espesa techumbre de hojas. Una deliciosa paz bañaba aquel rincón de soledad, ese retiro de sabio, donde tan sólo se oía el zumbido de las abejas alrededor de las malvas reales.

—¡Ah! ¡Ese bandido de tío! —murmuró Pascal sonriente—, ¡la envidia que le tengo!

Pero le causaba extrañeza no verle ya en pie y al borde de la terraza. Y, como quiera que Charles había echado a correr, arrastrando consigo a Clotilde, para ir a ver los conejos, el doctor continuó solo su ascenso; y en llegando arriba quedó sorprendido al no hallar a nadie. Los postigos estaban cerrados, la puerta del vestíbulo abierta de par en par. Tan sólo se veía allí al lobezno amarillo, tumbado en el umbral, con las patas tiesas, el pelo erizado, aullando, en una exhalación lastimosa, dulce y continuada. Cuando vio llegar a aquel visitante, al que sin duda reconoció, se calló unos momentos y fue a echarse más lejos; luego, empezó de nuevo a gemir muy bajito.

Pascal, invadido por el temor, no pudo contener la inquieta llamada que remontaba a sus labios.

—¡Macquart...! ¡Macquart...!

Nadie respondió, la casa seguía en su silencio de muerte, abierta tan sólo su puerta de par en par, que producía la impresión de un enorme agujero negro. El perro seguía aullando.

Impacientose Pascal y gritó más fuerte:

—¡Macquart...! ¡Macquart...!

Nada ni nadie se movió, las abejas continuaban con su zumbido, la inmensa serenidad del cielo envolvía con su manto aquel rincón de soledad. Y acabó decidiéndose. A lo mejor el tío estaba durmiendo. Pero, al torcer a la izquierda, en cuanto hubo empujado la puerta de la cocina, un olor de espanto surgió de allí, un insoportable olor a huesos y carne caídos sobre un montón de brasas. Dentro de la pieza, apenas si pudo respirar, ahogado por una especie de vapor espeso, toda una nube estancada y nauseabunda. Los hilillos de luz que se filtraban a través de las rendijas, no le permitían ver bien. Con todo y eso, se precipitó hacia la chimenea; pero enseguida tuvo que abandonar su idea de un incendio, pues, aparte no haber fuego, todos los muebles que se veían por allí parecían estar intactos. Y, no alcanzando a comprender, sintiéndose desfallecer en aquella envenenada atmósfera, corrió a abrir los postigos, violentamente. Una ola de luz penetró en la estancia.

Entonces, lo que el doctor pudo por fin constatar, le llenó de espanto. Cada objeto se encontraba en su sitio; el vaso y la botella vacía de aguardiente estaban sobre la mesa; tan sólo la silla en que el tío debió sentarse, presentaba rastros de incendio, con las patas de delante ennegrecidas y la paja del asiento medio quemada. ¿Qué había sido del tío? ¿Dónde, pues, podía haberse metido? Delante de la silla, sobre el suelo, manchado con un charco de grasa, no se veía más que un montoncito de ceniza al lado del cual yacía la pipa, una pipa negra, que ni tan siquiera se había roto al caer. Todo cuanto fuera el tío estaba allí, en aquél puñado de fina ceniza; como también se hallaba en la espesa nube que salía por la abierta ventana, y en la capa de hollín que había alfombrado la cocina entera, un horrible churre de carne evaporada, envolviéndolo todo, grasiento e infecto al tacto.

Era desde luego el caso más curioso de combustión espontánea, que un médico pudo jamás haber observado. Y conste que el doctor los había leído bien sorprendentes en algunas de las Memorias que pasaron por sus manos, entre otros el de la mujer de un zapatero, una borracha que se había dormido sobre su estufilla y de la que no fueron encontrados más que un pie y una mano. El propio doctor hasta entonces, se había resistido a creer, no había podido llegar a admitir, como sus antepasados colegas, que un cuerpo impregnado de alcohol, desprendiese un gas desconocido, capaz de inflamarse espontáneamente y devorar seguidamente la carne y los huesos. No lo negaba ya, sin embargo; a todo hallaba explicación por el contrario, al reconstruir de este modo los hechos: el coma de la embriaguez, la insensibilidad absoluta, la pipa cayendo sobre la ropa y empezando a arder, la carne saturada de bebida

que ardía asimismo e iba reventando, la grasa que se fundía y una parte de la cual chorreaba al suelo, mientras la otra activaba la combustión; y todo, en fin, los músculos, los órganos, los huesos, consumiéndose en la fogata del cuerpo entero. Todo el tío se encontraba allá, con su traje de paño, con su gorro de pieles que utilizaba todo el año. En cuanto se puso a arder de aquella manera, debió sin duda moverse hacia adelante, lo mismo que un fuego de artificio, lo que explicaría el que la silla apenas se hubiera ennegrecido; y nada quedaba de él, ni un hueso, ni un diente, ni tan siquiera una uña, nada más que aquel montoncito de polvo gris, que la corriente de aire que entraba por la puerta amenazaba con barrer.

Entretanto, entró Clotilde, mientras Charles permanecía fuera, distraído por el constante aullido del perro.

—¡Dios mío! ¿Qué es ese olor? —dijo—. ¿Qué sucede?

Y, cuando Pascal le hubo explicado la extraordinaria catástrofe, la muchacha se puso a temblar. En aquel momento ya, había cogido la botella para examinarla; pero la volvió a colocar en su sitio horrorizada, al notar que estaba húmeda y pringada de la carne del tío. No se podía tocar nada, las cosas más insignificantes estaban como untadas de aquel churre amarillo, que se pegaba a las manos.

Un estremecimiento de pavoroso desagrado conmovió todo su ser, y se echó a llorar balbuceando:

—¡La triste muerte! ¡La horrorosa muerte!

Pascal se había rehecho de su primer sobrecogimiento, y casi sonreía.

—Horrorosa, ¿por qué...? Contaba ochenta años, y no ha sufrido. Yo encuentro más bien soberbia semejante muerte, para ese bandido de tío, que Dios tuvo a bien llevarse; una existencia bien poco católica, puede ya ahora decirse sin rodeos... Recordarás su legajo, tenía sobre su conciencia cosas realmente terribles y sucias, lo que no le impidió rectificar más tarde y envejecer en medio de todos los goces, como hombre cínico y guasón, que supo ser recompensado por altas virtudes que no había tenido... Y he aquí que ahora muere regiamente, cual príncipe de los borrachos, ardiendo por sí mismo, consumiéndose en la hoguera atizada por su propio cuerpo.

Maravillado, el doctor extendía la escena con amplio ademán.

—¿Te das cuenta de lo que esto significa...? Estar ebrio hasta el punto de no notar que se quema, encenderse a sí mismo como un fuego de la noche de San Juan, desvanecerse en humo hasta el último hueso... ¡Piénsalo!, imagínate al tío proyectado hacia el espacio, primero esparcido por los cuatro rincones de esta pieza, disuelto en el aire y flotando, bañando todos los

objetos que le pertenecieron, y escapando como nube de polvo por esa ventana, al yo abrirla, alzando después el vuelo y llenando el horizonte... ¡Resulta una muerte admirable, no te quepa duda! ¡Desaparecer, no dejar rastro de sí mismo, tan sólo un montoncito de ceniza y una pipa al lado!

Y recogió la pipa para guardarla como una reliquia del tío, según dijo. A todo esto, Clotilde, que creyó percibir un cierto deje de amarga burla en aquel arrebatado de admiración lírica, sacudida por un escalofrío reflejaba aún su horror y sus náuseas.

Pero, debajo de la mesa, la joven acababa de percibir algo, algún resto quizá.

—¡Observa ese despojo que se encuentra ahí!

Se agachó entonces el doctor y experimentó la sorpresa de recoger un guante de mujer, un guante de color verde.

—¡Aguarda! —gritó Clotilde—, se trata del guante de la abuela, ¿recuerdas?, el guante que le faltaba ayer tarde.

Sus miradas se encontraron, la misma explicación remontaba a sus labios: Felicité había estado allí la víspera con toda seguridad; y una brusca convicción tomaba cuerpo en la mente del doctor, la certidumbre de que su madre había visto al tío incendiarse, y que nada había puesto de su parte por extinguir ese incendio. Y a ese resultado llegaba a través de varias pruebas indiciarias, tales como el estado de completo enfriamiento en que se hallaba la pieza y el cálculo que hacía de las horas precisas para la combustión. Se dio perfecta cuenta el doctor de que el mismo pensamiento nacía en el fondo de los aterrorizados ojos de su compañera. Pero, como parecía imposible llegar jamás a saber la verdad, imaginó, expresándose en voz alta, la explicación más sencilla.

—Con seguridad que tu abuela debió entrar a saludar al tío cuando regresaba del Asilo y antes de que éste se pusiera a beber.

—¡Vámonos! ¡Vámonos! —gritó Clotilde—. No puedo estarme aquí un minuto más, ¡me estoy ahogando!

Además, Pascal quería ir a dar cuenta de la defunción. Salió detrás de la joven, cerró la casa y se metió la llave en el bolsillo. Y estando ya fuera ambos, oyeron de nuevo al lobezno, al perrito amarillo aquel, que no había cesado de aullar. Había buscado refugio en las piernas de Charles, y el chico, distraído, le empujaba con el pie, le escuchaba gemir, sin comprender nada de cuanto ocurría a su alrededor.

El doctor se dirigió directamente a casa del señor Maurin, el notario de los Tulettes, que resultaba ser al mismo tiempo alcalde de la comunidad. Viudo

desde hacía una docena de años, vivía en compañía de su hija, también viuda y sin hijos, y guardaba buenas relaciones de vecindad con el viejo Macquart; incluso algunas veces había tenido en su casa, días enteros, al pequeño Charles, pues su hija se había interesado mucho por aquel niño tan hermoso y tan digno de lástima. El señor Maurin quedó petrificado, quiso subir con el doctor para constatar el accidente y prometió levantar un acta de defunción en toda regla. En cuanto a la posible celebración de una ceremonia religiosa, a las exequias, parecían hacerse realmente difíciles. Cuando volvieron a entrar en la cocina, la corriente de aire establecida a través de la puerta había hecho que volaran las cenizas; y, aunque se esforzaron por recogerlas piadosamente, apenas si consiguieron otra cosa que recoger rascaduras del suelo, toda una porquería allá almacenada desde hacía tiempo, y en la que poco podía quedar del tío. ¿Enterrar qué, entonces? Valía más renunciar a ello. Por otra parte el tío no era muy practicante que digamos, y la familia se contentó más tarde con mandar decir misas por el eterno descanso de su alma.

En éstas, el notario había recordado de pronto que existía un testamento, otorgado en su despacho; y se apresuró a convocar al doctor para dos días después, con objeto de notificarle oficialmente el mismo, pues creyó poder decirle ya entonces que el tío le había escogido como albacea testamentario. Y acabó por ofrecerle, como gentil caballero que era, quedarse con Charles hasta entonces, por comprender el estorbo que forzosamente tenía que causarles el pequeño con todo ese ajeteo, y lo atropellado que se veía al mismo tiempo en casa de su madre. Charles pareció mostrarse encantado, y se quedó en los Tulettes.

No fue sino mucho después, en el tren de las siete, cuando Clotilde y Pascal pudieron regresar a Plassans, previo haber visitado finalmente este último a los dos enfermos que tenía que ver. Pero a los dos días, cuando acudían juntos a la cita del señor Maurin, tuvieron la desagradable sorpresa de encontrar a la anciana señora Rougon, esperando en casa del notario. Había naturalmente sabido la muerte de Macquart, y se apresuró a acudir, armando mucho bullicio, desbordante de un dolor expansivo. La lectura del testamento resultó por lo demás un acto muy sencillo y sin incidentes: Macquart había dispuesto de todo cuanto podía distraer de su pequeña fortuna, para hacerse erigir una soberbia tumba, en mármol, con dos ángeles de monumental tamaño, las alas plegadas y en actitud de llorar. Tratábase de una idea suya, basada en el recuerdo de una tumba parecida, que había tenido ocasión de ver en el extranjero, en Alemania quizás, cuando era soldado. Y encargaba a su sobrino Pascal que velase por la acertada realización del monumento, por ser

la única persona de la familia que tenía buen gusto, según sus propias palabras.

Durante la lectura en cuestión, Clotilde había permanecido en el jardín del notario, sentada en un banco a la sombra de un viejo castaño. Cuando Pascal y Felicité reaparecieron, hubo unos instantes de extremada violencia, pues no se habían vuelto a hablar desde hacía meses. La vieja por lo demás afectaba un desembarazo perfecto, sin alusiones de ningún género al nuevo estado de cosas, dando tácitamente a entender que bien podían encontrarse y parecer estar en armonía de cara a la gente, sin que para ello fuese necesario entrar en explicaciones ni reconciliarse. Cometi6, sin embargo, el error de insistir demasiado respecto de la enorme pena que le había causado la muerte de Macquart. Pascal, que sospechaba su sobresalto de gozo y su infinita regocijo ante la idea de que aquella llaga de la familia, constituida por aquella abominación de tío, iba a cicatrizarse por fin, cedió a un impulso de impaciencia, a una rebelión interna que le sublevaba. Sus ojos habíanse fijada involuntariamente en los guantes de su madre, que eran negros.

En aquel preciso momento, la vieja se deshacía en gestos de desolación, en un tono de voz que quería ser sentida y dulcificado.

—¡Entiendo que no era nada prudente, a su edad, eso de obstinarse en vivir solo como un lobo! ¡Si tan siquiera hubiera tenido en su casa una criada!

Y fue entonces cuando se puso a hablar el doctor, sin tener clara conciencia, llevado por una tal irresistible necesidad de hacerlo, que él mismo se sintió asustado al oírse decir:

—Pero usted, madre, siendo así que estaba allí, ¿por qué no le apagó?

La anciana señora Rougon, palideció de un modo espantoso. ¿Cómo su hijo podía estar enterado? Le miró un instante, anonadada; en tanto Clotilde palidecía al igual que ella, convencida del crimen, que ahora ya resultaba evidente. No otra cosa que una confesión era, en efecto, aquel terrorífico silencio surgido entre la madre, el hijo y la nieta; ese escalofriante silencio en el que las familias suelen enterrar sus tragedias domésticas. Las dos mujeres no encontraban nada, ninguna forma de reaccionar. El doctor, desesperado por haber hablado, él que con tanto cuidado acostumbraba a evitar las explicaciones enojosas e inútiles, buscaba desesperadamente el modo de volver a atrapar su frase, cuando una nueva catástrofe les sacó de aquel terrible embarazo.

Felicité, no queriendo abusar de la amable hospitalidad del señor Maurin, había resuelto recoger de nuevo a Charles; y, como sea que éste, después del almuerzo había hecho que llevaran al pequeño al Asilo para que pasase una

hora al lado de tía Dide, el propio notario acababa de enviar a su criada, con orden de traerle enseguida. Y fue en aquel preciso momento cuando la criada, a la que esperaban en el jardín, reapareció sudorosa, jadeante, trastornada, diciendo a gritos desde lejos:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! Vengan enseguida... El señorito Charles está sangrando...

Los tres quedaron aterrados y salieron a escape hacia el Asilo.

Aquél era, para tía Dide, uno de sus días buenos, sosegada en extremo, y muy dulce, erguida en el fondo de su sillón donde pasaba las horas, las largas horas, desde hacía veintidós años, estática, mirando fijamente al vacío. Parecía haber adelgazado más aún, todo signo de musculatura había desaparecido; sus brazos, sus piernas no eran ya sino huesos recubiertos con el pergamino de la piel; y era preciso que su guardiana, aquella joven y robusta rubia, la llevara en brazos, la diera de comer, dispusiera de ella como de un objeto que tan pronto se desplaza como se vuelve a coger. La antepasada, la olvidada, aquella figura alta, nudosa, horripilante, permanecía inmóvil; sólo vivían en ella los ojos, sus claros ojos de agua de manantial, en su estrecho y desecado rostro. Pero, durante la mañana, una brusca oleada de lágrimas había rodado por sus mejillas; luego se había puesto a balbucear palabras sin sentido; lo que parecía probar que en medio de su agotamiento senil y del irreparable entumecimiento de la demencia, el lento endurecimiento del cerebro no debía haberse completado aún: quedaban recuerdos almacenados, algún que otro resplandor de inteligencia resultaba todavía posible. Y había recobrado su silencioso semblante, indiferente a seres y cosas, riéndose a veces con motivo de una desgracia, de una caída; pero, como norma general, no viendo ni oyendo nada, en su contemplación sin fin del vacío.

Cuando le trajeron a Charles, la guardiana le instaló enseguida, ante la mesita, frente a su tatarabuela. Guardaba para él un paquete de estampas, soldados, capitanes, reyes, vestidos de púrpura y de oro; y se lo dio, junto con las tijeras.

—Anda, diviértete tranquilamente y procura ser bueno. Como puedes ver, también hoy la abuela está muy formal. Hay que ser como ella.

El chico había alzado la vista para mirar a la loca, y ambos se contemplaron. En aquel momento, su extraordinario parecido resaltó en forma deslumbrante. Sus ojos sobre todo, aquellos ojos vacíos y límpidos, parecían perderse los unos en los otros, idénticos. Luego, era la fisonomía, los trazos ajados de la centenaria, los que, por encima de tres generaciones, saltaban a

aquella delicada cara de niño, como borrada ya ella también, muy vieja y acabada por el desgaste de la raza. No se habían sonreído, se miraban profundamente tan sólo, con aire de seria imbecilidad.

—¡Bueno está! —prosiguió la guardiana, que había adquirido el hábito de hablar consigo misma en voz alta, para distraerse con su loca—, sea como fuere no puede negarse el parecido. Quien hizo al uno hizo al otro. Y como si fuera calcado, además... ¡Andando, a reírse un poco, puesto que les gusta estar juntos!

El fijar demasiado la atención fatigaba a Charles, y por ello fue el primero en bajar la cabeza, para interesarse al parecer por las estampas; la tía Dide, cuya capacidad de fijeza era asombrosa, seguía entretanto mirando indefinidamente al bisnieto, sin pestañear lo más mínimo.

La guardiana estuvo unos momentos arreglando cosas en la reducida estancia, rebosante de sol, y alegre como ella sola con su claro empapelado de flores azules. Hizo la cama que estaba ventilándose y colocó alguna ropa blanca en los estantes del armario. Ya por costumbre aprovechaba la presencia del muchacho, para permitirse alguna pequeña ausencia. Su obligación era no abandonar a la enferma, pero cuando estaba allí el chiquillo terminó por osar confiársela.

—Escúchame bien —prosiguió—, no tengo más remedio que salir, pero si ves que se mueve, que necesita algo de mí, me llamarás inmediatamente, ¿no es eso...? Compréndelo, ya eres lo bastante buen mozo, como para saber llamar a alguien.

El muchacho había levantado la cabeza, e hizo un gesto como para darla a entender que la había comprendido y que la llamaría. Y cuando estuvo solo con tía Dide, se puso a recortar estampas muy seriamente. De ese modo transcurrió un cuarto de hora, en el ambiente de profundo silencio del Asilo, donde tan sólo se oían ruidos de cárcel, un paso furtivo, un manojito de llaves que tintineaba y luego, en alguna ocasión, grandes gritos que pronto quedaban apagados. Pero, con aquel día tan caluroso, el niño debía de estar cansado; el sueño se apoderaba de él, y muy pronto su faz, blanca como una azucena, pareció tender a inclinarse bajo el casco demasiado pesado de su regia cabellera: la dejó caer suavemente por entre las estampas, y se quedó dormido, con una mejilla apoyada sobre los reyes aquellos de oro y púrpura. Las pestañas de sus cerrados párpados proyectaban una sombra, la vida latía débilmente en las azules venitas de su delicada piel. Era la suya una belleza de ángel, con la indefinible corrupción de toda una raza, esparcida por la dulzura de su rostro. Y la tía Dide le contemplaba con su mirada vacía, en la

que no había ni agrado ni tristeza; era simplemente la mirada de la eternidad enfocada a las cosas.

Al cabo de algunos minutos, sin embargo, un interés pareció despertar en sus claros ojos. Algo imprevisto acababa de producirse, una gota roja brotaba e iba extendiéndose por el orificio izquierdo de la nariz del niño. La gota esa cayó, y luego se formó otra que siguió a la primera. Era sangre, el rocío de sangre, que brotaba, sin previo roce, sin contusión esta vez; que salía por sí sola, que se iba, obedeciendo a impulsos del cobarde desgaste de la degeneración. Muy pronto las gotas se convirtieron en un hilillo de sangre que se deslizó sobre el oro de las estampas. Éstas quedaron anegadas en un pequeño charco y el hilillo ese se fue abriendo camino hacia una esquina de la mesa; luego, volvieron a formarse gotas, que fueron una a una, densas y espesas sobre el suelo de la habitación. Y a todo el chiquillo seguía durmiendo, con su calmoso y divino aspecto de querubín, sin tener siquiera conciencia de que se le escapaba la vida; y la loca continuaba mirándole, pareciendo dar muestras de un creciente interés, pero sin terror, más bien divertida, entretenida su vista con aquel espectáculo como pudiera estarlo con el vuelo de las gruesas moscas, que tenía por costumbre seguir durante horas y horas.

Transcurrieron todavía algunos minutos, el hilillo roja se había ensanchado, el goteo seguía un ritmo más rápido, con el ligero entrechoque, monótono y pertinaz, que con su caída producía en el suelo. Y en un momento dado, Charles se agitó, abrió los ojos y vio que estaba lleno de sangre. Pero no se asustó; estaba acostumbrado a ese manantial sangrante que surgía de él, al menor golpe. Exhaló tan sólo una queja de fastidio. El instinto no obstante debió advertirle, y enseguida se lamentó en un tono más fuerte, balbuceando una confusa llamada.

—¡Mamá, mamá!

Su estado de debilidad debía ser ya muy avanzado, puesto que un invencible letargo volvió a apoderarse de él, y dejó caer de nuevo su cabeza. Sus ojos se volvieron a cerrar, pareció quedarse dormido otra vez, como si hubiera continuado en sueños su queja, un dulce gemido, cada vez más débil y vago.

—¡Mamá, mamá!

Las estampas estaban inundadas, el terciopelo negro de la chaqueta y de los pantaloncitos, ribeteados de oro, se iba ensuciando con largas rayas; y el hilillo rojo, en su tenacidad se había puesto a manar del orificio izquierda de la nariz, sin interrupción ya, atravesando el charca rojo formado en la mesa,

para ir luego a estrellarse en el suelo, donde acababa por formar un charco. Un fuerte chillido de la loca, una llamada de terror, hubiera bastado. Pero la demente, ni gritaba ni llamaba a nadie, permanecía inmóvil, con sus fijos ojos de antepasada, que contemplaba cumplirse el destino, como ser ya desecado, atado allá, con los miembros y la lengua ligados por sus cien años, osificado el cerebro por la demencia, en completa incapacidad de querer y de obrar. Ello, no obstante, la visión del roja riachuelo empezaba a suscitar en ella una emoción. Algo semejante a un sobresalto había pasado por su muerta faz, una oleada de calor remontaba a sus mejillas. Una última queja, pareció reanimarla finalmente.

—¡Mamá, mamá!

Operose entonces en tía Dide, un visible y horrendo combate. Se llevó sus manos de esqueleto a las sienes, como si hubiera notado estallar su cráneo. Su boca se había abierto desmesuradamente, pero ningún sonido salió de ella: el espantoso tumulto que se producía en ella, le paralizaba la lengua. Se esforzó por levantarse y echar a correr, pero ya no tenía músculos que la ayudasen y permaneció clavada en su sitio. Todo su pobre cuerpo temblaba, en el esfuerzo sobrehumano que estaba haciendo para gritar en demanda de ayuda, sin poder de ningún modo romper las rejas de su prisión de senectud y de demencia. Con el semblante descompuesto, despierta la memoria se vio, pues, obligada a presenciarlo todo.

Fue aquella una agonía lenta y muy dulce, que como espectáculo duró todavía largos minutos. Charles, como vuelto a dormir, silencioso ahora ya, acababa de perder la sangre de sus venas, que se vaciaban sin fin y con el mínimo ruido. Su blancura de azucena iba en aumento, convertíase en mortal palidez. Los labios se decoloraban, pasaban a ser de un color rosa pálido; luego, esos mismos labios se tornaron blancos. Y, a punto de expirar, abrió sus hermosos ojos y los fijó en la tatarabuela, que pudo seguir en ellos el último destello. Toda su faz de cera se hallaba muerta ya, cuando los ojos aún vivían. Conservaban como una nitidez, una cierta claridad. Vacíáronse de pronto y se extinguieron. La muerte de los ojos significaba el final; y Charles había muerto sin una sacudida, agotado como una fuente de la que manó toda el agua existente. La vida ya no palpitaba en las venas de su delicada piel, ya no quedaba allí más que la sombra de las pestañas sobre su faz. Pero seguía estando divinamente hermoso, con la cabeza recostada en la sangre, en medio de su rubia y regia cabellera suelta, semejante a uno de esos pequeños delfines exangües que no han podido soportar la execrable herencia de su

estirpe y que quedan adormecidos de vejez y de imbecilidad desde los quince años.

El niño acababa de exhalar su último y ligero suspiro, cuando el doctor Pascal entró, seguido de Felicité y de Clotilde. Y en cuanto hubo visto la cantidad de sangre que inundaba el suelo, exclamó:

—¡Ah, Dios mío! Lo que yo me temía. ¡Pobre criatura! No había nadie presente, ¡todo acabó!

Pero los tres quedaron aterrorizados ante el extraordinario espectáculo que se les ofreció entonces. Tía Dide, crecida, en un máximo esfuerzo por vencer su impotencia, había casi conseguido alzarse; y sus ojos, fijos sobre el muertecito, extremadamente blanco y dulce, en medio de aquella roja sangre esparcida y que se iba coagulando, parecieron como alumbrarse por una idea, después de un largo sueño de veintidós años. Aquella lesión terminal de la demencia, esa noche en el cerebro, sin posible reparación, no estaba lo bastante completa sin duda, como para que un lejano recuerdo almacenado, no pudiera despertar bruscamente bajo el terrible golpe que la azotaba en aquellos momentos. Y, de nuevo, la olvidada vivía, salía de su nada, rígida y devastada, como un espectro del espanto y del dolor.

Durante unos instantes, permaneció jadeante. Luego, en un estremecimiento, tan sólo pudo balbucear una palabra:

—¡El gendarme! ¡El gendarme!

Pascal, Felicité y Clotilde, habían comprendido. Miráronse involuntariamente y se estremecieron. Era toda la violenta historia de la pobre anciana, de la madre de todos ellos, lo que allí se evocaba, la pasión exasperada de su juventud, el largo sufrimiento de su edad madura. Dos choques morales, habían empezado ya por quebrantarla terriblemente: el primero de ellos, en la ardorosa plenitud de su vida, cuando un gendarme, de un escopetazo y como a un perro, derribó a su amante el contrabandista Macquart; el segundo, a muchos años de distancia de aquél, cuando también un gendarme, de un tiro de pistola había destrozado la cabeza de su nieto Silvere, el insurrecto, la víctima propiciatoria de los odios y de las luchas sangrantes de la familia. Las salpicaduras de sangre la habían alcanzado siempre. Y una tercera conmoción moral acababa con ella; también la sangre la salpicaba en este caso, esa sangre empobrecida de su casta que acababa de ver discurrir con tanta largueza, y que allí se hallaba extendida en el suelo, mientras la regia criatura, blanca como la cera, con las venas y el corazón vacíos, parecía estar durmiendo.

En tres ocasiones, reviviendo sin duda toda su vida, esa vida roja de pasión y de tortura que dominaba la imagen de la ley expiatoria, el espectro aquel de tía Dide, balbuceó:

—¡El gendarme! ¡El gendarme! ¡El gendarme!

Y acabó derrumbándose en su sillón. La creyeron muerta, como fulminada por el rayo.

Pero, en aquel preciso momento, regresaba ya la guardiana, tratando de buscar excusas, convencida de su despido. Cuando el doctor Pascal la ayudó a colocar en el lecho a tía Dide, pudo constatar que ésta aún vivía. No había de morir hasta el día siguiente, a la edad de ciento cinco años, tres meses y siete días, de una congestión cerebral motivada por la última conmoción que había recibido.

Pascal dijo enseguida a su madre:

—No durará ni veinticuatro horas, mañana habrá muerto... ¡Ah!, primero el tío, luego ella y ese pobre niño; un golpe tras otro, ¡qué de miseria y cuanto duelo!

Y se interrumpió unos instantes para proseguir en un tono de voz más bajo:

—La familia se va aclarando, los viejos árboles caen y los más jóvenes mueren estando en pie.

Felicité debió pensar sin duda en una nueva alusión. Estaba sinceramente conmovida por la trágica muerte del pequeño Charles. Pero, en todo caso y por encima de su turbación, una sensación de inmenso alivio iba haciéndose paso en ella. La semana entrante, cuando hubiera dejado de llorar, ¡qué quietud, cuánto sosiego no experimentaría al poder decirse a sí misma que toda aquella abominación de los Tulettes ya no existía, que la gloria de la familia podía por fin alzarse e irradiar en la leyenda!

Recordó entonces la vieja, que nada había contestado a la involuntaria acusación formulada por su hijo, estando en casa del notario. Y como gesto de valentía tuvo el atrevimiento de volver a hablar de Macquart.

—Te habrás dado perfecta cuenta de que para nada se puede contar con las sirvientas. Una había aquí, que nada pudo evitar; y, por mucho que el tío se hubiera hecho cuidar, no por ello dejaría a estas horas de estar convertido en cenizas.

Con su habitual deferencia, Pascal se inclinó.

—Tiene usted razón, madre.

Clotilde se había postrado de hinojos. Sus creencias de ferviente católica acababan de despertar en ella, en aquella alcoba de sangre, de locura y de

muerte. Resbalaban las lágrimas de sus ojos, juntas las manos rezaba ardientemente por los seres queridos no existentes ya. ¡Dios mío! ¡Que sus sufrimientos hubieran acabado para siempre, que les fueran perdonadas sus faltas, que sólo resucitasen para otra vida de eterna felicidad! E intercedía con todo fervor, ante el espanto de un infierno que, después de esta miserable vida, eternizara el sufrimiento.

A partir de ese triste día, Pascal y Clotilde, fueron más enternecidos, con más compasivo ánimo, apretados el uno contra el otro, a visitar a sus enfermos. Por lo que a él se refería, quizás la idea de su impotencia ante la enfermedad, considerada como necesaria y fatal circunstancia, se había acrecentado aún. La única postura cuerda consistía en dejar evolucionar a la naturaleza, eliminar los elementos peligrosos, y no trabajar más que colaborando en su tarea final de salud y de fuerza. Pero, los parientes que perdemos, aquéllos que sufren y permanecen ligados a este mundo, dejan como lastre en el corazón un profundo rencor contra el mal, una irresistible necesidad y afán de combatirlo y vencerlo. Y jamás el doctor había saboreado un gozo tan grande, cuando, mediante una inyección, al calmar una crisis, conseguía finalmente tranquilizar y adormecer al inquieto y quejoso enfermo. A su regreso, ella le adoraba, con el máximo orgullo, como si su amor fuese el alivio que, en forma de viático, llevaban a toda aquella pobre gente.

X

COMO todos los trimestres, una mañana, Martine pidió al doctor Pascal que le entregase un recibo de mil quinientos francos para ir a cobrar lo que ella llamaba «rentas de la casa», al despacho del notario Grandguillot. Al doctor pareció sorprenderle el que el vencimiento llegase esta vez tan pronto: jamás se había desinteresado hasta ese extremo de las cuestiones de dinero, dejando a cargo de la criada el que ésta lo arreglase todo. Y se hallaba con Clotilde, bajo los plátanos, dedicados ambos al solo gozo de vivir, deliciosamente refrescados por la eterna canción de la fuente, cuando Martine volvió, azorada, presa de una extraordinaria emoción.

De momento, no pudo hablar; hasta tal punto le faltaba el aliento.

—¡Ah, Dios mío! ¡Ah, Dios mío!... ¡El señor Grandguillot se ha ido!

Pascal no comprendió al principio.

—Está bien, mujer; ninguna prisa corre, ya volverá otro día.

—¡No, no! ¡No es eso! Dije que se fue. ¿Me oye?, que huyó para no volver...

Y, como si de la rotura de una esclusa se tratase, las palabras fluyeron, dejando vacía su violenta emoción.

—Llego a la calle, veo desde lejos que la gente se amontona ante la puerta... Se apodera de mí un escalofrío, presiento que ha ocurrido alguna desgracia. Y a todo esto la puerta cerrada, ni una persiana abierta, la casa de un muerto, en fin... Seguidamente, me entero por la gente allá agolpada, de que el notario ha escapado sin dejar un solo céntimo, lo que significa la ruina de las familias...

Y, poniendo el recibo sobre la mesa de piedra, la criada prosiguió:

—¡Tenga! ¡Ahí tiene su papel! ¡Se acabó todo, ya no disponemos de un solo céntimo, podemos prepararnos a morir de hambre!

Las lágrimas acudían a sus ojos, y empezó a sollozar largo y tendido, con toda la angustia de su corazón de avara, anonadada ante la pérdida de una fortuna y temblorosa ante la amenazadora miseria.

Clotilde había quedado sobrecogida, sin hablar, con la mirada puesta en Pascal, que no acababa de creerse todo aquello, sobre todo en el primer momento. Trató de calmar a Martine. ¡Veamos, veamos!, no había por qué martirizarse de aquella manera. Si sólo estaba enterada de lo que sucedía por las gentes de la calle, a lo mejor no se trataba más que de simples chismorreos, pues el público lo exagera todo. El señor Grandguillot en fuga, el señor Grandguillot, un ladrón; todo eso sonaba a algo monstruoso, imposible. ¡Un hombre de tan gran honradez! ¡Una casa amada y respetada por todo Plassans desde hacía más de un siglo! El dinero colocado allí, estaba más seguro, según decían, que en el propio Banco de Francia.

—Reflexione, Martine, semejante catástrofe no surgiría como el rayo, hubiese empezado por haber perniciosos rumores anunciadores... ¡Qué diablos!, toda una antigua probidad no se derrumba en una sola noche.

Martine, entonces, tuvo un gesto de desesperación.

—¡Ahí está lo malo, señor!, en eso consiste precisamente mi mayor pena; porque, para que sepa, me hago en cierto modo responsable... Sí, hace ya semanas que oigo circular fantasías... Ustedes, naturalmente, ustedes nada oyen, ni tan siquiera saben si viven...

Pascal y Clotilde esbozaron una sonrisa, pues cierto era en efecto que se amaban fuera de este mundo, tan lejos, tan por encima de todo, que ni uno sólo de los ruidos normales de la existencia llegaba hasta ellos.

—Se trataba, sin embargo, de chismorreos tan viles, que preferí no atormentarles la cabeza; me imaginé además que mentían.

Acabó entonces la criada por contar que, mientras unos acusaban simplemente al señor Grandguillot de haber jugado a la Bolsa, otros, en cambio, afirmaban que en Marsella tenía el notario líos de faldas; en fin, orgías, pasiones de lo más deleznable. Y se puso a sollozar otra vez.

—¡Dios mío, Dios mío! ¿Qué va a ser de nosotros? ¡No nos quedará más remedio que morirnos de hambre!

Alterado, conmovido al ver que los ojos de Clotilde se llenaban de lágrimas, Pascal trató de hacer memoria, de que brillase en su mente un destello de luz. Cuando se dedicaba al ejercicio de la medicina, en Plassans, precisamente en aquella época, fue cuando, mediante diversas entregas parciales, depositó en casa del señor Grandguillot la suma de ciento veinte mil francos, con la renta de cuyo dinero venía viviendo desde hacía dieciséis años, sin necesidad de tocar el capital; y, en cada ocasión de aquellas, el notario le había entregado un recibo de la suma depositada. Tal circunstancia le permitiría sin duda catalogarse como acreedor personal. Aparte de ello, un

vago recuerdo pareció despertar en el fondo de su memoria; sin que pudiera precisar la fecha exacta, a petición propia y como consecuencia de ciertas explicaciones del notario, éste había otorgado unos poderes, con el fin de que pudiera el doctor colocar todo o parte de su dinero en inversiones hipotecarias; e incluso estaba convencido de que, en esos poderes, el nombre del mandatario había quedado en blanco. Ignoraba, no obstante, si se había, o no, hecho uso del tal documento; jamás había experimentado la menor preocupación por saber cómo habían sido colocados sus valores.

Su angustia de avara impulsó de nuevo a Martine, que lanzó la siguiente exclamación:

—¡Ah, señor! ¡Justo castigo a su propio pecado! ¡Abandonar el dinero de ese modo! ¿Se concibe acaso? Yo, en cambio, ¡óigalo bien!, llevo mis cuentas casi al céntimo, cada tres meses, y sería capaz de indicarle con la punta del dedo las cifras y los títulos.

En medio de su desolación, una sonrisa inconsciente había aparecido en la cara de Martine. Tratábase de su lejana y tenaz pasión satisfecha, sus cuatrocientos francos de sueldos apenas mermados, ahorrados, colocados durante treinta años, alcanzando finalmente, merced a la acumulación de intereses, la enorme suma de una veintena de miles de francos. Y ese tesoro se hallaba intacto, seguro, depositado por separado, en un sitio de garantía que nadie conocía. Irradiaba satisfacción, aunque, por lo mismo, no quiso insistir más.

Pascal exclamaba:

—¡Calma, calma! ¿Y a usted quién le ha dicho que todo nuestro dinero está perdido? El señor Grandguillot tenía bienes propios, e imagino que no se habrá llevado consigo su casa y sus propiedades. Ya se verá, habrá que poner las cosas en claro; no me acostumbro a la idea de creerle un simple ladrón... El solo fastidio es que no habrá más remedio que esperar.

Expresábase así, para ver de tranquilizar a Clotilde, cuya inquietud veía acrecentarse. La joven le miraba, miraba asimismo a *La Souleide*, cuanto tenían a su alrededor, preocupada tan sólo por la dicha de su amado doctor, en su ardiente deseo de vivir siempre allí, de seguir amándole como en el pasado, de quererle eternamente en el ambiente de aquella soledad amiga. Y, al verla tranquilizarse, él mismo había vuelto a su envidiable indiferencia; jamás había vivido para el dinero, ni pensó nunca tampoco que éste pudiera faltar y ser causa de sufrimiento.

—¡Cuento además con dinero! —acabó por clamar a voces—. ¿Qué necedad es esa, Martine? ¿De dónde sacas que nos vamos a morir de hambre?

Y, rebotando alegría, se levantó, al tiempo que obligaba a las dos a seguirle.

—¡Venid, venid conmigo! ¡Voy a enseñaros el dinero! Y le daré a Martine para que nos haga una buena cena esta noche.

Estando ya arriba, en su habitación, y delante de ellas, abrió triunfalmente la tapa de su mueble-escritorio. Allí, en el fondo de un cajón, por espacio de cerca de dieciséis años, Pascal había ido arrojando los billetes y el oro que sus últimos clientes le habían ido entregando, por propia iniciativa y sin que jamás él les pidiera nada. Y tampoco nunca había sabido exactamente la cifra a que ascendía su pequeño tesoro, cogiendo de allí a discreción para sus menudos gastos, así como para sus experimentos, limosnas y regalos. Desde hacía algunos meses, eran frecuentes y de gravedad, las visitas que hacía al mueble-escritorio. Pero estaba habituado de tal modo a encontrar allí las cantidades que necesitaba, después de años y años de instintiva y natural prudencia, que había acabado por creer que sus ahorros eran inagotables.

Rebotando satisfacción, no hacía más que reírse.

—¡Ahora vais a ver! ¡Ahora vais a ver!

Y se quedó viendo visiones, cuando, después de febriles búsquedas por entre un montón de cuentas y facturas, tan sólo pudo reunir una suma de seiscientos quince francos, dos billetes de cien francos, cuatrocientos francos en oro, y quince francos en moneda fraccionaria. Sacudía en el aire los demás papeles, paseaba afanosamente los dedos por los rincones del cajón, sin cesar de exclamar:

—Pero ¡si no es posible! ¡Si siempre hubo, y quedaban todavía montones estos últimos días!... Debieron ser todas estas viejas facturas las que me indujeron a error. Os lo juro, esta última semana vi dinero aquí, lo toqué con mis propias manos, y era mucho además.

Era de una buena fe tan ingenua, dejaba traslucir su asombro con tal sinceridad de criaturita, que Clotilde no pudo por menos de echarse a reír. ¡Ah! ¡Pobre maestro! ¡Qué hombre de negocios más digno de compasión! Luego, cuando observó el semblante de enfado de Martine, su absoluta desesperación ante aquel escaso dinero, que representaba ahora la vida de los tres, sintióse la joven presa de una desolada emoción, y sus ojos se humedecieron mientras murmuraba:

—¡Dios mío!, si gastaste fue por mí, ¡la ruina se debe a mí, soy la causa única de que nada nos quede ya!

Y es que, en efecto, Pascal había echado en olvido el dinero cogido para los regalos. Evidentemente, allí es donde estaba el escape. Tal consideración

hizo que el doctor se sintiera más sosegado. Y, como sea que, en su dolor, hablara ella de devolverlo todo, él se indignó.

—¿Qué estás diciendo? ¿Devolver lo que yo te di? ¡Significaría tanto como devolver un pedazo de mi corazón! No, antes me moriría de hambre, ¡te quiero seguir teniendo como te amé!

A continuación, sintiéndose confiado, viendo abrirse ante sí un porvenir sin límite, añadió:

—Por lo demás, no creo que sea esta misma noche cuando vayamos a morirnos de hambre, ¿verdad, Martine?... Con lo que aquí tenemos a la vista podemos llegar muy lejos.

Martine meneó la cabeza. Todo lo que ella podía comprometerse era a ir tirando dos meses, quizás tres, si tan discretamente se comportaban... pero nada más. En otro tiempo, aquel cajón siempre estaba siendo alimentado, siempre entraba en él algún dinero; mientras que, ahora, las entradas habían desaparecido por completo, desde que el señor dejaba a sus enfermos. No había que contar, pues, con una ayuda venida de fuera. Y concluyó, diciendo:

—Deme los dos billetes de cien francos. Voy a intentar hacerlos durar todo un mes. A continuación ya veremos... Pero procure ser lo más cuerdo posible, no toque para nada los cuatrocientos francos en oro, cierre el cajón y no vuelva a abrirlo.

—¡Oh!, respecto a eso —exclamó el doctor— ¡puedes estar bien tranquila! Antes me cortaría la mano.

Y así quedó todo arreglado. Martine conservaba la libre disposición de aquellos últimos recursos; y se podía desde luego fiar en su economía, estaban más que seguros de que ahorraría hasta el céntimo. En cuanto a Clotilde, que jamás había tenido dinero a su disposición, dicho está que no había de notar la falta del mismo. Tan sólo Pascal sufriría el martirio de no contar ya con su flamante e inagotable tesoro; pero se había comprometido formalmente a que todos los pagos se realizasen por la criada.

—¡Uf! ¡Vaya faena bien redondeada! —dijo Pascal, sintiéndose aliviado, feliz, como si acabase de rematar un asunto de envergadura, que supusiera para todos la garantía de su existencia.

Transcurrió una semana; nada parecía haber cambiado en *La Souleide*. En el encantamiento de su ternura, ni Pascal ni Clotilde parecían apurarse ya por la miseria que les venía encima. Y, una mañana en que ésta había salido con Martine, para acompañarla al mercado, el doctor, que se había quedado solo, recibió una visita que empezó por sumirle en una especie de terror. Era la mujer que le había vendido el corpiño de punto de Alençon, su maravilloso

primer regalo. Sentíase tan débil ante una posible tentación, que todo él temblaba. Antes de que la vendedora hubiera pronunciado una sola palabra, el doctor se puso en guardia: ¡No, no!, no podía, le era absolutamente imposible comprar nada; y haciendo avanzar sus manos, trató de impedirle que sacara nada de su bolsa de cuero. La mujer, sin embargo, muy gruesa y afable, sonreía abiertamente, convencida por anticipado de su victoria. Con ininterrumpida voz, de tono envolvente, se puso a hablar sigilosamente, a contarle una historia: ¡Sí!, una señora cuyo nombre no podía revelar, una de las damas más distinguidas de Plassans, víctima de una desgracia, veíase obligada a deshacerse de una alhaja; extendiose luego respecto de la oportunidad que la operación entrañaba, una joya que había costado más de mil doscientos francos, y que se resignaba a dejar por quinientos. Sin mostrar precipitación alguna, la vendedora había abierto su bolsa, pese al nerviosismo y creciente ansiedad de que daba muestras Pascal; y sacó de allí una cadenita para el cuello, guarnecida en su parte delantera con siete perlas tan sólo; pero las perlas tenían una redondez, un brillo, una nitidez, realmente admirables. Resultaba, aparte su finura, de una pureza y de un frescor exquisitos. Enseguida imaginó ver aquel precioso collar en el delicado cuello de Clotilde, como aderezo natural de aquella sedosa carne, de la que conservaba en sus labios el sabor de flor. Otra alhaja cualquiera hubiera sido recargar inútilmente su belleza, pero aquellas perlas no harían sino realzar su juventud. Había cogido ya el collar que sostenía entre sus temblorosos dedos, y experimentaba un mortal disgusto ante la idea de devolverlo. Seguía resistiéndose, sin embargo; juraba y perjuraba que ni tan siquiera disponía de esos quinientos francos que le pedía, en tanto la marchante continuaba, con su monótona voz, resaltando el auténtico valor de la mercancía. Pasado un cuarto de hora más, cuando la mujer creyó tenerle medio convencido, se le ocurrió bajar de golpe el precio que había solicitado, dejando el collar en trescientos francos; y él cedió entonces, su locura por el regalo fue más fuerte y venció en la lucha; triunfaba plenamente su afán de proporcionar gozo, de enmarcar a su ídolo. Cuando fue en busca de las quince monedas de oro y las sacó del cajón para entregarlas a la marchante, estaba plenamente convencido de que al notario acabarían por arreglárselo los asuntos, y de que pronto podría disponer de mucho dinero.

En cuanto Pascal se encontró solo, con la joya en el bolsillo, sintió un regocijo infantil tremendo y preparó su pequeña sorpresa, en espera de que regresara Clotilde, no sabiendo cómo calmar su impaciencia. Y, cuando la percibió, su corazón empezó a latir fuertemente, a punto casi de estallar. La

joven venía muy acalorada, el ardiente sol de agosto abrasaba el cielo. Su primera intención fue cambiarse de ropa, contenta, sin embargo, con el paseo, explicando entre risas la buena compra que Martine acababa de hacer, dos palomos por dieciocho sueldos. Pascal, sofocado por la emoción, la había seguido hasta la alcoba; y cuando no estaba ya más que en enaguas, con los brazos y los hombros desnudos, simuló notar algo en su cuello.

—¡Espera! ¿Qué es lo que tienes ahí? Deja que te mire.

Llevaba el collar oculto en la mano, y logró ponérselo, mientras fingía pasear sus dedos por la piel para convencerse de que no tenía nada. Pero ella se agitaba alegremente.

—¡Acaba de una vez! Segura estoy de que no tengo nada... Veamos, ¿qué es lo que te traes con todo ese juego? ¿No ves que me estás haciendo cosquillas?

Cogiéndola entre sus brazos la llevó entonces ante el alargado espejo, donde la joven pudo verse de pies a cabeza. En su cuello, la cadenita de oro no era más que un hilillo; y enseguida percibió Clotilde las siete perlas que semejaban lechosas estrellas, nacidas allí, suavemente lucientes sobre la seda de su piel. Inmediatamente, y como primera reacción, la muchacha soltó una risa de encanto, un arrullo de paloma coqueta que se pavonea.

—¡Oh! ¡Maestro, maestro, lo bueno que llegas a ser! ¡Por lo visto no piensas más que en mí!... ¡No sabes lo feliz que me haces!

Radiante, había vuelto la cabeza y tendía los labios al doctor. Incluyó éste su cuerpo y se besaron.

—¿Estás contenta?

—¡Oh, sí, maestro! ¡Contenta, muy contenta!... ¡Lo dulces y puras que resultan las perlas! Y éstas, además, ¡me sientan tan bien!

Durante unos momentos todavía, la joven se estuvo contemplando en el espejo, inocentemente vanidosa de la rubia flor de su piel, bajo las nacaradas gotas de las perlas. Luego, cediendo a la necesidad de que la vieses, y al oír removerse a la sirvienta en la sala vecina, se fue a escape hacia ella, en enaguas y con el escote desnudo.

—¡Martine! ¡Martine! ¡Mira lo que el maestro acaba de regalarme!... Me sienta bien, ¿verdad?

Pero, ante el severo semblante, súbitamente terroso de la solterona, su gozo desapareció. Quizás Clotilde tuvo conciencia del desgarró de celos que su deslumbrante juventud producía en aquella pobre criatura, ajada en la muda resignación de su domesticidad, en actitud de constante adoración hacia su amo. Aquél no fue más que el primer movimiento o reacción, inconsciente

para la una y apenas sospechado para la otra; y lo que quedaba a continuación, era la visible desaprobación de la criada ahorrativa, el regalo costoso, mirado de reojo y condenado abiertamente.

Clotilde se sintió sobrecogida por una ligera sensación de frío.

—Indudablemente —murmuró la joven—, el maestro ha debido rebuscar de nuevo en su mueble-escritorio... Resultan muy caras las perlas, ¿no es cierto?

Incómodo a su vez, Pascal intentó justificarse, contó la magnífica ocasión que se le había presentado, la visita de la marchante; todo en una ininterrumpida oleada de palabras. Un magnífico e increíble negocio: no podía uno negarse a comprar.

—¿Cuánto? —preguntó la joven con verdadera ansiedad.

—Trescientos francos.

Y Martine, que hasta entonces no había abierto la boca, terrible como siempre en su silencio, no pudo contener este grito:

—¡Válgame Dios! ¡Lo bastante para alimentarse seis semanas, y no tenemos pan!

De los ojos de Clotilde resbalaron gruesas lágrimas. Se hubiera arrancado el collar del cuello, si Pascal no se lo hubiera impedido. Hablaba de devolverlo inmediatamente, balbuceando fuera de sí:

—Es cierto, Martine tiene razón... El maestro está loco y también yo, si osamos conservar esta joya un solo minuto, dada la situación en que nos encontramos... Me abrasaría la piel. Déjame devolverla, te lo suplico.

Ni un solo instante se sintió dispuesto a consentirlo. Compartía la desolación con ellas dos, reconocía su falta, eso sí; clamaba a voces que era incorregible, que debieran haberle quitado todo el dinero de en medio. Y corriendo a toda prisa hacia la mesa-escritorio, se trajo los cien francos que allí quedaban todavía, obligando a Martine a que se los quedase.

—¡Insisto en que no quiero volver a tener un céntimo! Todavía sería capaz de gastármelos... ¡Toma, Martine!, la sola persona razonable eres tú. Harás que el dinero dure, estoy convencido, hasta que nuestras cosas se arreglen... Y tú, querida, conserva eso, no me entristezcas. Dame un abrazo y vete a vestir.

Ya no volvió a hablarse de aquella catástrofe. Pero Clotilde había conservado la cadenita colgada al cuello, debajo de la ropa exterior; aquella diminuta joya, resultaba ser de una discreción encantadora; tan bonita, ignorada por todos, vivida tan sólo por ella. Estando en la intimidad, solía sonreír a Pascal y sacaba con presteza las perlas de debajo de su blusa, para

enseñárselas, sin decir una palabra, deliciosamente conmovida. Al así hacerlo, le recordaba su locura con confusa gratitud y un centelleo de júbilo siempre vivo en ella. Jamás dejó de llevar encima aquel collarcito.

Una vida de apuro, dulce a pesar de todo, comenzó a partir de entonces. Martine había formalizado un inventario exacto de los recursos con que contaba la casa, y no podía ser más que desastroso. Tan sólo la cosecha de manzanas prometía ser abundante. Por un golpe de mala suerte, la vasija de aceite tocaba a su fin, como se agotaba asimismo el último tonel de vino. Al no contar ya con viñedos ni olivos, *La Souleide* no producía en la actualidad más que algunas verduras y escasos frutos: peras que no estaban maduras, uvas de parra, que iban a constituir la única posibilidad de festín. Finalmente, se hacía preciso comprar a diario el pan y la carne. Desde el primer día, además, la criada sometió a ración lo mismo a Pascal que a Clotilde, suprimiendo las antiguas golosinas, tales como cremas y pastelería; reduciendo los platos a la porción congrua. Había recobrado su plena autoridad de antaño; les trataba como a niños a los que ni siquiera consultaba sus gustos o preferencias. Era ella quien establecía la lista de platos, quien sabía, mejor desde luego que ellos, lo que realmente necesitaban, maternal por lo demás, rodeándoles de infinitas atenciones, haciendo el milagro de proporcionarles aún cierto desahogo, no riñéndoles, como a veces lo hacía, más que por su propio interés, como se reprende a los chiquillos que no quieren comer su sopa. Y parecía como si esa singular maternidad, esta última inmolación, la paz de ilusión con que Martine sabía rodear sus amores, también a ella la sacara de la sorda desesperación en que había quedado sumida. Desde que de ese modo velaba por ellos, había recobrado su menudo semblante blanco de monja destinada al celibato, sus calmosos ojos color ceniza. Cuando, después de las eternas patatas y la chuletita de veinte sueldos, perdida entre la verdura, en determinados días y sin comprometer el presupuesto, llegaba a servirles hojaldres, la infeliz se sentía triunfante y se sumaba a las risas de ellos.

Pascal y Clotilde lo encontraban todo muy bien, lo que no impedía el que se burlasen de ella, cuando no se hallaba presente. Las antiguas mofas sobre su congénita avaricia, salían de nuevo a relucir, comentando jocosamente que contaba los granos de pimienta, tantos por plato, con el fin de economizarlos. Cuando las patatas no andaban sobrantes de aceite, o las chuletas se reducían a un bocado, Clotilde y Pascal cruzaban entre sí una rápida mirada, esperando a que hubiera salido, para entonces ahogar sus risas tapándose la boca con la servilleta. Todo les hacía gracia, reíanse de su misma miseria.

Al acabar el primer mes, Pascal pensó en el sueldo de Martine. Según costumbre inveterada, ella misma procedía al descuento de los cuarenta francos que tenía asignados de los fondos colectivos que administraba.

—Pobrecilla —le dijo una noche—, ¿cómo va a componérselas para recibir su sueldo, siendo así que no queda dinero?

—¡Qué caramba, señor!, no habrá otro remedio que esperar.

Pero, enseguida se dio él cuenta de que la criada no le decía todo lo que pensaba y de que tenía en su mente alguna forma de acomodo que no se atrevía a sugerirle. Y la animó para que se explayara.

—Entonces, desde el momento que el señor consiente en ello, preferiría que el señor me firmase un papel.

—¿Cómo un papel?

—Sí, un papel en el que el señor, cada mes, me dijera que me debe cuarenta francos.

Seguidamente, Pascal le hizo el papel que quería, y ella dejó traslucir su contento al guardarlo con sumo cuidado como si de moneda contante y sonante se hubiera tratado. Evidentemente, el formulismo aquel la tranquilizaba. Por lo demás, el papel en cuestión, para el doctor y su compañera se convirtió en nuevo tema de asombro y de burlescos comentarios. ¿Cuál no sería el extraordinario poder del dinero sobre ciertas almas? Aquella infeliz solterona que les servía de rodillas, puede decirse, que adoraba sobre todo al doctor, hasta el punto de haberle consagrado su vida, exigía en cambio aquella tonta garantía, ese papel mojado sin valor alguno, si llegado el momento no podía pagarla.

Por otra parte y hasta entonces, ni Pascal ni Clotilde podían atribuirse gran mérito en cuanto se refiere a su serenidad cara al infortunio, porque en realidad no se daban cuenta del mismo. Vivían muy por encima, mucho más lejos, a mayor altitud, en el dichoso y afortunado rincón de su pasión. Una vez sentados a la mesa, ignoraban lo que comían, podían perfectamente hacerse la ilusión de que se trataba de manjares principescos servidos en vajillas de plata. Ni en lo más mínimo tenían conciencia de la creciente desnudez que se iba operando alrededor suyo y a creciente velocidad, del hambre que pasaba la criada, alimentada tan sólo con sus sobras y deambulaban por la vacía mansión como hubieran podido hacerlo a través de un palacio engalardonado con sedas, rebosante de riquezas. Aquélla fue con toda seguridad, la etapa más dichosa de sus amores. La alcoba entrañaba para ellos todo un mundo, el dormitorio tapizado de vieja indiana color de aurora, donde no sabían cómo agotar lo infinito, la dicha sin límites de extasiarse el uno en brazos del otro.

Después, el gabinete de trabajo conservaba los hermosos recuerdos del pasado, hasta el extremo de que en él se pasaban los días, como lujosamente encubiertos en el gozo de haber vivido ya allí juntos durante tanto tiempo. Además, fuera de la casa, en el fondo de los más apartados rincones de *La Souleide*, era el regio verano el que alzaba sobre ellos su inmensa cobertura azul deslumbrante de oro. Por la mañana, a lo largo de los embalsamados senderos del pinar, y concretamente a mediodía, bajo la oscura sombra de los plátanos refrescada por la eterna canzoneta de la fuente, o por la tarde en la terraza cuyo ambiente se refrescaba, e incluso en la todavía tibia era, bañada por el tenue resplandor de las primeras estrellas, la pareja se paseaba como exhibiendo con júbilo su existencia de pobres, cuya sola ambición consistía en vivir siempre juntos, con absoluto desdén de todo lo demás. La tierra les pertenecía, así como los tesoros, fiestas y soberanías que en la misma pudieran existir, desde el momento en que se poseían.

Hacia fines de agosto las cosas se estropearon más aún. Tenían a veces despertares inquietos, en medio de aquella vida sin ligámenes ni deberes, sin trabajo, que tan dulce les parecía, pero imposible y nefasta para ser disfrutada siempre de aquel modo. Una noche, les dijo Martine que ya no le quedaban más que cincuenta francos, con lo que apenas si tenían para subsistir dos semanas, y eso dejando de tomar vino. Por otra parte, las noticias que les iban llegando eran realmente graves: el notario Grandguillot era decididamente una persona insolvente, ni siquiera los acreedores personales llegarían a tocar un céntimo. Como primera impresión se creyó poder contar con la casa y las dos granjas que el notario en fuga dejaba forzosamente tras de sí; a aquellas horas era ya seguro no obstante que tales propiedades figuraban a nombre de su mujer; y mientras él en Suiza, según se decía, disfrutaba de la belleza de las montañas, esta última ocupaba una de las granjas, que se dedicaba a explotar con toda tranquilidad, lejos de los engorros de su quiebra. Plassans entero, agitado por el suceso, contaba que la mujer toleraba los abusos del marido, hasta el extremo de consentirle las dos queridas que se había llevado consigo para pasarlo bien a orillas de los grandes lagos. Y Pascal, con su habitual indiferencia, descuidaba incluso el ir a ver al fiscal de la República, para hablarle de su caso, estimándose suficientemente informado con todo lo que le contaban, haciéndose la consideración de que resultaba tonto remover toda aquella suciedad, puesto que nada en limpio iba a sacar en definitiva.

En *La Souleide* presentose un futuro amenazador. Aquella situación significaba la miseria a breve plazo. Y Clotilde, muy sensata en el fondo, fue la primera en echarse a temblar. Conservaba su alegre vivacidad, mientras

Pascal se hallaba presente; pero, más previsora que él, en su ternura de mujer, quedaba sumida en un auténtico terror, en cuanto la abandonaba un instante, preguntándose lo que sería del doctor a su edad y teniendo que cargar con la pesada responsabilidad de la casa. Durante varios días, todo un plan secreto fue madurando en su cerebro: el de ganar dinero por sí misma, mucho dinero, dedicándose a negociar con sus dibujos al pastel. Eran tantas las veces que había sido objeto de elogios su singular y personalísimo talento, que convirtió a Martine en su confidente y, una buena mañana, la encargó que fuera a ofrecer varios de sus quiméricos dibujos de flores a un marchante en colores del paseo de Sauvaire y que, según se decía, tenía relación de parentesco con un pintor de París. Ponía como condición formal la joven, el que nada se expusiera en Plassans; que todo se enviase lejos de allí. Pero el resultado fue desastroso, el marchante quedó horrorizado ante la peregrinidad de la invención, la impetuosidad de la ejecución, y manifestó que aquello, a su juicio, jamás se vendería. Su reacción fue de desesperación, gruesas lágrimas asomaron a los ojos de Clotilde. ¿Para qué servía ella entonces? ¿Era una pena y también una tristeza eso de no valer para nada! Y fue preciso que la criada la consolase, explicándole a su modo, que, indudablemente, no todas las mujeres nacían aptas para el trabajo, que algunas crecen como las flores en el jardín, para oler bien, mientras otras son el trigo que germina en la tierra, que se muele y sirve como alimento.

Entretanto, Martine le daba vueltas a otro proyecto que consistía en convencer al doctor para que atendiera de nuevo a su clientela. Y acabó por hablarle de ello a Clotilde, que enseguida le puso de manifiesto las dificultades que presentaba el caso, la imposibilidad casi física de llevar a cabo semejante tentativa. Precisamente, la víspera había estado hablando de ello con Pascal. También él se hallaba preocupado, pensaba en trabajar, como única tabla de salvación a qué agarrarse. Abrir de nuevo un gabinete de consulta, fue la primera idea que se le ocurrió. ¡Hacía tanto tiempo, sin embargo, que se había erigido en médico de los pobres! ¿Cómo osar hacerse pagar cuando tantos años hacía ya que no reclamaba para él ni un solo céntimo? ¿No resultaba además demasiado tarde para volver de nuevo al ejercicio de la profesión? Sin contar, naturalmente, con las absurdas historias que corrían respecto de su persona, toda una leyenda de genio medio desequilibrado que se había formado alrededor suyo. No recuperaría ni un solo cliente, sería una crueldad inútil forzarle a que lo intentara, pues con seguridad que, de ese ensayo, había de salir con el corazón acongojado y las manos vacías, por supuesto. Clotilde, por el contrario, se volcaba a fondo para

hacerle cambiar de idea; y Martine se hizo cargo de los acertados argumentos del doctor, siendo del firme parecer de que se hacía preciso impedir a toda costa el riesgo de que el doctor llegara a experimentar pena. Una nueva idea se le había ocurrido, no obstante, al venirle a la memoria un antiguo registro por ella misma descubierto en un armario y en el que, en otra época, había ido anotando las visitas del doctor. Muchas de aquellas personas, jamás habían pagado un céntimo, de modo y manera que la lista de éstos llenaba dos grandes páginas del mencionado libro-registro. ¿Por qué, pues, ahora que las cosas le iban mal, no exigir a todas esas gentes el pago de lo que adeudaban? Cabía perfectamente así hacerlo sin necesidad de advertirle al doctor, que siempre se había negado a acudir a los Tribunales. Y, esta vez, Clotilde le dio la razón. Aquello fue toda una conspiración: ella misma repasó los créditos y preparó las correspondientes facturas, que la criada se encargó de presentar. Pero en ninguna parte consiguió cobrar un solo céntimo; yendo de puerta en puerta, siempre obtuvo la misma contestación: que estudiarían la factura y que ya pasarían por casa del doctor. Transcurrieron diez días, pero nadie vino; ya no quedaban en la casa más que seis francos, que todavía habían de permitirles vivir dos o tres días.

Al día siguiente, cuando volvía con las manos vacías de una nueva gestión encaminada a cobrar a un antiguo cliente, Martine llamó aparte a Clotilde para explicarle que acababa de hablar con la señora Felicité, en la esquina de la calle de la Banne. Ésta, debía hallarse sin duda al acecho. Seguía sin poner los pies en *La Souleide*. La misma desgracia que afligía a su hijo, aquella súbita pérdida de dinero de que todo el mundo hablaba en la ciudad, no había servido en lo más mínimo para acercarle a él. Se limitaba a permanecer a la espera con apasionado estremecimiento; y si seguía en su actitud de madre rigorista que no pacta con ciertas faltas, era porque estaba convencida de que acabaría teniendo al hijo a su merced, que un día u otro se vería forzado a pedirle ayuda. Cuando no dispusiera de un céntimo y llamara a su puerta, ella sería entonces quien impondría sus condiciones, forzándole a casarse con Clotilde o, más práctico aún, imponiendo el que ésta se marchara. Mientras tanto los días iban pasando, sin que el hijo acudiera a ella. Y esa era la razón por la que había parado a Martine, con entristecido semblante, en demanda de noticias y como pareciendo sentirse asombrada de que no hubieran recurrido a ella, al tiempo que daba a entender que su dignidad le impedía dar el primer paso a este respecto.

—Debiera hablarle al señor y hacer que se decidiera —concluyó la criada—. En efecto. ¿Por qué no acudía a su madre? Sería lo más natural y lógico.

Clotilde se indignó.

—¡Oh! ¡Eso jamás!, desde luego yo no me encargo de dar semejante paso. Se enfadaría el maestro, y además tendría razón. Estoy convencida de que se dejaría morir de hambre antes que probar el pan de la abuela.

Dos días después, a la hora de la comida, cuando Martine les estaba sirviendo los restos de un cocido, la criada les previno.

—Ya no me queda más dinero, señor, y mañana para comer no habrá más que patatas, sin aceite ni manteca. Hace tres semanas que se limitan a tomar agua por toda bebida. Y ahora va a ser preciso prescindir de la carne.

—¿Queda sal aún, hijita?

—¡Oh, de eso sí, señor; todavía hay un poco!

—Pues bien, comeremos patatas con sal; no hay nada mejor cuando se tiene hambre.

Martine volvió a su cocina, y en tono muy bajito, surgieron de nuevo los comentarios sobre la extraordinaria avaricia de la sirvienta. Por nada ni para nada hubiera sido capaz de adelantarles diez francos, ella que contaba con su pequeño tesoro, oculto Dios sabe dónde, en algún rincón seguro e ignorado por todos. Reíanse por lo demás, sin guardarle encono, pues no podía haber pasado por su imaginación semejante idea, lo mismo que no se le había ocurrido, claro está, descolgar las estrellas para servírselas.

Por la noche, no obstante, en cuanto se hubieron metido en la cama, Pascal notó que Clotilde se hallaba febril y atormentada de insomnio. Solía ser en tal momento, estando el uno en brazos del otro, cuando Pascal la confesaba, en medio de aquellas tibias tinieblas; y ella se atrevió a expresarle la inquietud que sentía por él, por ella misma y por la casa toda. ¿Qué iba a ser de ellos, sin recursos de ninguna clase? Por unos instantes, estuvo a punto de hablarle de su madre. No se atrevió y se contentó con confesarle los pasos que habían dado Martine y ella: lo del antiguo libro-registro hallado, las facturas hechas y enviadas, el dinero reclamado por doquier, aunque inútilmente. En otras circunstancias, ante esa confesión, Pascal hubiera sentido una gran pena y también montado en cólera, herido en su amor propio por el hecho de no haber contado con él, y contrariando de ese modo el comportamiento de toda una vida profesional. Al principio permaneció silencioso, muy conmovido; y de por sí, eso sirvió para probar cual iba siendo por momentos su angustia íntima, por debajo de la despreocupación que parecía querer significar siempre contra la miseria. A continuación, perdonó a Clotilde, estrechándola fuertemente contra su pecho, y acabó por decir que había hecho bien, que no se podía vivir por más tiempo de aquella manera.

Dejaron de conversar, pero ella se daba perfecta cuenta de que Pascal no dormía, de que daba vueltas a su cabeza buscando insistentemente el medio de encontrar el dinero preciso para atender a las necesidades cotidianas. Tal fue su primera noche infausta, una noche de sufrimiento en común, y en la que a ella desesperaba el tormento que ocasionaba, mientras él, por su parte, no podía soportar la idea de saberla sin pan.

Al día siguiente, para almorzar no tomaron más que fruta. El doctor había permanecido mudo toda la mañana, presa de un visible combate interno. Y fue al ir a dar las tres, cuando tomó una resolución.

—Vamos, es preciso moverse y hacer algo —dijo Pascal a su compañera—. No quiero que también esta noche ayunes... Anda a ponerte un sombrero, pues nos vamos enseguida.

La joven le miraba sin acertar a comprender.

—Sí, puesto que se nos debe dinero y no han tenido a bien pagarlo, voy a ir en persona a ver si también a mí me lo niegan.

Temblaban sus manos, la idea de hacerse pagar de ese modo, después de tantos años, debía costarle un sufrimiento espantoso; esforzándose, sin embargo, por sonreír y afectaba sentirse valiente. Y ella, que notaba en el balbuceo de su voz la profundidad de su sacrificio, experimentó una violenta emoción.

—¡No, no!, maestro, no des semejante paso si te ocasiona demasiada pena... Podía volver Martine.

Pero la criada, que se hallaba presente, estaba por el contrario en un todo de acuerdo con el doctor.

—¡Vaya! y, ¿por qué el señor no había de ir? Nunca tiene uno motivo para avergonzarse, si se limita a reclamar lo que le adeudan... ¿no es esa la pura verdad?, a cada uno lo suyo... Yo encuentro muy bien el que el señor se atreva finalmente a dar la cara, demostrando así que es un hombre.

Y entonces, lo mismo que antes, en las horas de felicidad, el viejo rey David, como a sí mismo se llamaba Pascal algunas veces en broma, salió del brazo de Abisaig. Ni uno ni otra iban aún cubiertos de andrajos; correctamente enfundado él en su abotonada levita, y ella con su hermoso vestido de lunares rojos; pero la conciencia de su miseria les hacía indudablemente sentirse disminuidos, haciéndoles creer que ya no eran sino dos pobres, que procuraban ocupar poco sitio, deslizándose modestamente a lo largo de las casas. Las soleadas calles estaban casi vacías. Violentáronles algunas miradas; no se atrevían a apresurar el paso, hasta tal punto se oprimía su corazón.

Quiso Pascal empezar su jira visitando a un antiguo magistrado al que había atendido por razón de una afección en los riñones. Y entró en la casa después de haber dejado a Clotilde esperándole en un banco del paseo de Sauvaire. Se sintió muy tranquilizado en este caso, cuando el magistrado, anticipándose a su solicitud, se apresuró a decirle que cobraría sus rentas en octubre y que entonces le pagaría. En el domicilio de una anciana dama, una septuagenaria parálitica, aquello ya fue otro cantar: se dio por ofendida cuando le entregaron su nota de honorarios por mediación de una criada que no había estado muy cortés con ella que digamos; en razón a lo cual, Pascal presentó sus excusas a la señora en cuestión, diciéndola que le daba todo el tiempo que quisiera para pagarle. Se subió a continuación los tres pisos de un empleado de arbitrios, al que todavía encontró enfermo y en igual estado de miseria que él, hasta el extremo de que no se atrevió a formular su solicitud. Y así fueron desfilando sucesivamente, una mercera, la esposa de un abogado, un tratante en aceite, un panadero, todos ellos gente de holgada posición; y también todos sin excepción se lo quitaron de en medio, unos alegando tal o cual pretexto, otros no recibéndole tan siquiera; e incluso hubo uno que simuló no saber de qué se trataba. Quedaba la marquesa de Valqueyras, único representante de una familia antiquísima, extraordinariamente rica y de una avaricia también celeberrima, viuda, con una hijita de diez años. La había dejado para lo último, porque la señora en cuestión le daba mucho miedo. Finalmente, se decidió a llamar a su antiguo palacete, situado al final del paseo de Sauvaire, una construcción monumental de los tiempos de Mazarino. Y se pasó allí tanto rato, que Clotilde, dedicada a pasearse bajo los árboles, acabó por impacientarse.

Cuando al cabo de media hora larga, Pascal volvió por fin a hacer acto de presencia, Clotilde se tranquilizó y empezó a hacerle broma.

—¿Qué es lo que pasaba? ¿Es que no podía darte el cambio?

Pero, tampoco en casa de la tal marquesa había conseguido ver un solo céntimo. Su única excusa consistió en decirle que tampoco a ella la pagaban los granjeros.

—Imagínate —prosiguió el doctor para explicar su larga ausencia—, que la hijita se encuentra enferma. Mucho me temo se trate de un principio de fiebre mucosa... Se empeñó ella entonces en que la viera y no tuve más remedio que examinar a aquella pobre chiquita...

Una invencible sonrisa remontaba a los labios de Clotilde.

—¿Y dejaste anotada una consulta?

—Así ha sido, ¿qué otra cosa podía hacer?

Clotilde había vuelto a cogerle del brazo muy conmovida y él notaba como le oprimía fuertemente contra su corazón. Por unos momentos fueron caminando al azar. Su jira era asunto acabado, no les quedaba sino regresar a su casa con las manos vacías. Pero Pascal se resistía obstinábese en querer para ella algo más que la ración de patatas y agua que les esperaba. Cuando hubieron remontado el paseo de Sauvaire, torcieron a mano izquierda, en la villa nueva; y parecía como si la desgracia se encarneciese con ellos, llevándoles así a la deriva.

—Escucha —dijo finalmente—, se me ocurre una idea... Si me dirigiera a Ramond, estimo que nos prestaría gustoso mil francos; enseguida se los devolvería, en cuanto se nos hubieran arreglado las cosas.

Clotilde eludió responderle enseguida. ¡Ramond, a quien ella había rechazado, casado ahora ya, instalado en una casa de la villa nueva, camino de erigirse en el médico de moda y ganar una fortuna! Afortunadamente, conocía su recto espíritu y su sólido corazón. Si no había vuelto a verles, con seguridad que tan sólo se debía a una medida de discreción. Cuando alguna vez se encontraba con ellos, ¡les saludaba siempre con tanto entusiasmo!, ¡parecía tan contento de verles dichosos!

—¿Te resulta violento acaso? —preguntó ingenuamente Pascal, que hubiera abierto al joven médico su casa, su bolsillo y su corazón.

Ella se apresuró a responder.

—¡No, no...! Jamás hubo entre nosotros más que afecto y franqueza. Creo que le ocasioné mucha pena, pero sé también que me ha perdonado... Tienes razón, no nos queda más amigo que ése; es a Ramond a quien tenemos que dirigirnos.

La mala suerte parecía perseguirles; Ramond se hallaba ausente, de consulta en Marsella, de donde no había de regresar hasta el día siguiente por la noche; y fue la joven señora Ramond quien les recibió, una antigua amiga de Clotilde, tres años más joven que ella. Pareció sentir cierto encogimiento, pero se mostró extremadamente amable con los visitantes. Pero el doctor, como es lógico, no se atrevió a plantear su solicitud, contentándose con decir, como explicación a su visita, que echaba mucho de menos a Ramond.

Ya en la calle de nuevo, Pascal y Clotilde se sintieron solos y perdidos. ¿Dónde ir ahora? ¿Qué tentativa realizar? Y tuvieron que reemprender la marcha, sin rumbo fijo, a la buena de Dios.

—Maestro, no te lo dije aún —se atrevió a murmurar Clotilde—, parece ser que Martine se encontró con la abuela... Sí, la abuela siente intranquilidad

por nosotros, y le preguntó por qué no solicitábamos su ayuda, si es que la necesitábamos... Y, ¡observa!, allí mismo está la puerta de su casa.

En efecto, se hallaban en aquellos momentos en la calle de la Banne, y desde allí se divisaba la esquina de la plaza de la Subprefectura. Pero Pascal, que había asimilado perfectamente su intención, la hizo callar.

—Jamás, ¿me oyes...? Y tú misma, estoy seguro de ello, tampoco serías capaz de ir. Me haces esa insinuación porque te embarga la pena al verme de este modo, dando vueltas por el adoquinado. También yo tengo el corazón oprimido, pensando que eres tú la que sufres. Pero, créeme, vale más padecer que hacer algo capaz de ocasionarte un continuo remordimiento... No quiero, no puedo.

Dejaron la calle de la Banne y se adentraron por el barrio viejo.

—Prefiero mil veces dirigirme a los extraños... Quizás todavía nos quede algún amigo; pero ten la seguridad además, de que, sí así es, lo encontraremos entre los pobres.

Y, resignado a pedir limosna, David continuó su camino del brazo de Abisaig, y el viejo rey mendigo fue llamando de puerta en puerta, apoyado en el hombro de la súbdita amante, cuya juventud seguía siendo su único sostén. Eran cerca de las seis, amainaba el fuerte calor, las estrechas calles se iban llenando de gente; y, en aquel populoso barrio, donde se habían amado, los transeúntes les saludaban y sonreían. A esa admiración que suscitaban, mezclábase un tanto de compasión, pues nadie ignoraba su ruina. Parecía, sin embargo, resaltar en ellos una hermosura más acusada; él, todo blanco, y ella, completamente rubia, víctimas de aquella tremenda fulminación que estaba en la mente de todos. Se les notaba más unidos e identificados, si cabe, siempre con la cabeza erguida, orgullosos de su deslumbrante amor, pero azotados por la desgracia; abatido él, mientras ella, con el corazón vigilante, procuraba enderezarle. Pasaron obreros con blusa, que eran los que llevaban más dinero en el bolsillo. Nadie se atrevió a ofrecerles los pocos céntimos que no acostumbran a negarse a los que padecen hambre. Estando en la calle Canquoin, quisieron detenerse en casa de Guiraude: la mujer había muerto la semana anterior. Otras dos tentativas que hicieron, fracasaron también. Tan sólo les quedaba el recurso, ahora ya, de pedir en cualquier sitio que les dejaran diez francos. Llevaban ya tres horas dando vueltas por la ciudad.

¡Ah!, ese Plassans, con el paseo de Sauvaire, la calle de Roma y la de la Banne, que dividían la ciudad en tres barrios; el Plassans de las ventanas cerradas, la ciudad devorada por el sol, de muerta apariencia y que, no obstante, bajo aquella quietud, ocultaba toda una vida nocturna de círculos

recreativos y de juego. ¡Por tres veces hubieron de atravesarla aún, con paso lento, en el límpido declinar de un caluroso día del mes de agosto! En el paseo, antiguos carricoches, que llevaban a la gente hasta las aldeas de la montaña, aguardaban desenganchados; y bajo la oscura sombra de los plátanos, en las puertas de los cafés, los consumidores, que por allí podían verse desde las siete de la mañana, les contemplaron sonrientes. También en la villa nueva, donde los criados se plantaron en el umbral de las casas acaudaladas, notaron menos simpatía que en las desiertas calles del barrio de Saint-Marc, donde los viejos palacetes guardan un amistoso silencio. Retornaron al fondo del barrio viejo, se fueron hasta Saint-Saturnin, la catedral, en donde el jardín del cabildo proyectaba su sombra sobre el ábside; un rincón de deliciosa paz, donde un pobre les salió al paso pidiéndoles limosna. Se edificaba mucho por el lado de la estación, un nuevo barrio crecía allá y hacia él se dirigieron. Después, tornaron por última vez a la plaza de la Subprefectura, con un brusco despertar en sus esperanzas, obsesionados por la idea de que acabarían encontrando a alguien, de que les sería ofrecido dinero. Pero, la única compañía que en todo momento hallaban, era el sonriente perdón de la ciudad, al verles tan unidos y hermosos. Los cantos rodados del Viorne, y el suelo puntiagudo les dañaba las plantas de los pies. Y tuvieron por fin que regresar sin nada a *La Souleiaide*; los dos, el viejo rey mendigo y su sumisa súbdita, Abisaig, en la flor de su juventud, conduciendo a David ya en el umbral de su vejez, despojado de sus bienes, cansado de haber recorrido inútilmente los caminos.

Eran las ocho. Martine, que les esperaba, comprendió que aquella noche no tendría que cocinar. Pretendió por su parte, haber comido; y como parecía no encontrarse muy bien, Pascal la dijo que se fuera a acostar enseguida.

—Ya nos las compondremos sin ti —repetía Clotilde—. Puesto que las patatas están en el fuego, ya nos las serviremos nosotros mismos.

Aunque a regañadientes, la criada accedió. Se la oían mascullar palabras sordas: cuando ya no quedan ni resquicios de comida, ¿para qué sentarse a la mesa? Luego, antes de encerrarse en su habitación:

—Señor, ya no queda avena para Bonhomme. Le encontré como algo mohíno, y estimo que el señor debía ir a verle.

Inmediatamente, Pascal y Clotilde, llenos de inquietud, se fueron a la cuadra. El viejo caballo se había tumbado, en efecto, somnoliento, sobre su lecho de paja. Hacía seis meses que no había vuelto a salir de allí, debido al mal estado de sus patas, invadidas por el reumatismo; se había quedado además, completamente ciego. Nadie comprendía por qué el doctor

conservaba aquel viejo animal. La misma Martine llegaba a decir que había que acabar con él, por simple compasión. Pero lo mismo a Pascal que a Clotilde, les dolía tal proposición; su emoción llegaba a un grado extremo, como si se les hubiera hablado de terminar con algún pariente viejo que tardara en morir. ¡No, no!, les había prestado servicio durante más de un cuarto de siglo; y moriría en su casa, de muerte natural, como un valiente que había sido siempre. Y, aquella noche, el doctor no desdeñó en absoluto reconocerle cuidadosamente. Levantó sus patas, le examinó las encías y estuvo escuchando los latidos de su corazón.

—No, afortunadamente no tiene nada —concluyó diciendo—. Es simplemente vejez... ¡Ah!, mi pobre viejo, ¡ya no arreamos juntos por los caminos!

La idea de que le faltaba avena, atormentaba a Clotilde. Pero Pascal la tranquilizó: ¡era tan poca cosa lo que necesitaba un animal de esa edad y que ya no trabajaba! Cogió ella entonces un puñado de hierba del montón que la criada había dejado allá; y significó una alegría para ambos, el que Bonhomme se prestara, como prueba de buena amistad sin duda, a comer aquella hierba en su mano.

—¡Vaya! —dijo ella riéndose—, todavía tienes buen apetito por lo visto; no trates, pues, de ponernos tristes... ¡Buenas noches, y a dormir tranquilo!

Y le dejaron dormitar, después de haber uno y otro, como de costumbre, depositado un sonoro beso en las ventanas de su nariz.

Caía la noche, y se les ocurrió una idea para no tener que estarse abajo, en la vacía casa: consistió en cerrarlo todo y llevarse la cena arriba, a su habitación. Subió ella con presteza la fuente de patatas, sin olvidar la sal y una hermosa jarra de agua pura; en tanto él se encargaba de llevar un cesto de uvas, el primero que pudo recogerse en un emparrado precoz, debajo de la terraza. Se encerraron en la alcoba y pusieron el cubierto sobre una mesita, colocando las patatas en medio, entre el salero y la jarra, y el cesto de uvas al lado, en una silla. Y aquello vino a constituir un maravilloso banquete, que les recordó el exquisito almuerzo que hicieran, al día siguiente de su primera noche de amor, cuando Martine se obstinó en no atender a sus llamadas. Experimentaban el mismo regocijo de estar solos, de servirse ellos mismos, de comer el uno junto al otro, en el mismo plato.

La noche de negra miseria que habían hecho todo lo posible en este mundo por evitar, les reservaba las más deliciosas horas de su existencia. A partir del momento en que se metieron allá y se encontraron en el fondo de la espaciosa alcoba amiga, como a cien leguas de aquella indiferente ciudad que

acababan de recorrer, la tristeza y el miedo se borraron por completo de su imaginación, hasta el mismo recuerdo de la desagradable tarde, perdida en carreras inútiles. Se había apoderado nuevamente de ellos la despreocupación por todo lo que no fuera su ternura; en aquellos momentos no sabían, si eran, o no, pobres, si al día siguiente tendrían que salir en busca de un amigo para poder cenar por la noche. ¿Para qué tener miedo a la miseria y apenarse de tal modo, si bastaba estar juntos, para saborear toda la dicha posible?

Pero, en un momento dado, él se sintió asustado.

—¡Dios mío!, ¡con el miedo que le teníamos a esta velada! ¿Resulta razonable acaso, sentirse feliz de este modo? ¿Sabemos lo que nos reserva el mañana?

Ella le tapó la boca con su manita.

—¡No, no!, mañana nos amaremos, lo mismo que nos amamos hoy... Ámame de todo corazón, con todas tus fuerzas, como te amo yo.

Y jamás en la vida habían comido con un tan buen apetito. Mostraba ella una gana de jovencita de estomaga resistente, les pegaba bocados a las patatas, diciendo entre risas que estaban buenísimas, mejores que los platos más renombrados. También él había recobrado su apetito de los treinta años. Los grandes tragos de agua pura les parecían algo divino. Después, la uva que tomaron como postre, les pareció un verdadero encanto, con sus racimos tan frescos; la sangre aquella de la tierra que el sol había dorado. Comían demasiado, estaban ebrios de agua y de fruta; y de regocijo más que nada. No recordaban haber asistido jamás a un semejante banquete. Incluso aquel primer almuerzo que hicieran juntos, con todo su lujo de costillitas, de pan y de vino, no había dado lugar a esta embriaguez, a una tal dicha de vivir, en la que, la dicha de estar juntos, bastaba para cambiar la loza, convirtiéndola en vajilla de oro, y el más miserable alimento en una celeste cocina como los mismos dioses jamás llegaron a saborear.

Se había hecho noche cerrada, y ni siquiera se les ocurrió encender una lámpara, contentos con meterse en la cama enseguida. Pero las ventanas seguían abiertas de par en par, dando a aquel vasto cielo de verano; el aire de la noche entraba en la habitación, caluroso aún, cargado de un lejano olor a espliego. En el horizonte acababa de aparecer la luna, tan llena y ampulosa, que toda la alcoba se hallaba bañada por una luz de plata, y podían contemplarse, como en una claridad de ensueño, infinitamente dulce y deslumbrante.

Entonces, desnudos los brazos, con el cuello y el torso también desnudos, Clotilde supo acabar de magnífico modo el festín con que le había

obsequiado, haciéndole entrega del regio regalo de su cuerpo. La noche precedente habían dividido su primer escalofrío de inquietud, algo así como un espanto instintivo ante la proximidad de una amenazadora desdicha. Y, ahora, el resto del mundo parecía olvidado una vez más, era como una noche de suprema bienaventuranza, que les concedía la generosa naturaleza a través de esa ceguera respecto de cuanto estuviera al margen de su pasión.

Clotilde había abierto los brazos, se abandonaba, entregándose por entero.

—¡Maestro, maestro!, quise trabajar para ti, pero pronto pude comprender que no resulto buena para nada, que soy incapaz de ganarte el bocado de pan que comes. No puedo hacer otra cosa que amarte, entregarme a ti, ser tu placer de un instante... ¡Y eso de ser tu placer me basta! ¡Si supieras lo contenta que me pone el que me encuentres hermosa! ¡De esa hermosura, sí puedo hacerte obsequio! Sólo ella constituye algo mío, y me siento feliz al hacerte dichoso.

Y Pascal, que la tenía fuertemente cogida entre sus brazos, murmuró:

—¡Oh, sí, hermosura!, ¡eres la más bella y la más deseable...! Todas esas pobres alhajas con que te he adornado; el oro, la pedrería, no valen ni con mucho lo que el más pequeño rincón del satén de tu piel. Una de tus uñas, uno de tus cabellos, son de inestimable riqueza. Besaría devotamente, una a una, las pestañas de tus párpados.

—Y, escúchame bien, maestro: mi mayor gozo estriba en que tú seas de cierta edad y yo en cambio, joven; porque de ese modo, el regalo de mi cuerpo te embelesa más. Serías tú joven como yo, y el obsequio de mi ser físico te produciría menos encanto, con lo que mi dicha también sería inferior... Mi juventud y mi hermosura tan sólo me enorgullecen por ti; no me siento triunfante si no es ofreciéndotelas.

Sentíase presa Pascal de un fuerte temblor, sus ojos se humedecían, al sentirla suya hasta ese extremo, tan adorable y preciosa como la veía.

—Haces de mí el dueño más rico, el más poderoso; me colmas de todos los bienes, viertes sobre mí la más divina voluptuosidad que pueda llegar a colmar el corazón de un hombre.

Y ella se daba aún más, entregándose por entero hasta la sangre de sus venas.

—Poséeme pues, maestro, para que así desaparezca y me funda en ti... Toma mi juventud, cógela de una sola vez, en un solo beso, y absórbela de un trago hasta agotarla; que quede tan sólo un poco de miel en tus labios. ¡Me harás tan dichosa! ¡Soy yo aún quien te quedará reconocida!... Toma mis labios, maestro, puesto que son frescos, y mi aliento, puesto que es puro, y

mis senos, puesto que resultan dulces para la boca que los besa; toma mis manos, mis pies, mi cuerpo entero, puesto que es un capullo apenas abierto un satén delicado, un perfume con el que te embriagas... ¿Lo oyes, maestro? ¡Que venga ya a ser un ramillete viviente y que tú me aspire! ¡Que entrañe un delicioso fruto para que puedas saborearme! ¡Que sea una caricia sin fin, y tú te bañes en mí!... Soy algo tuyo, la flor que ha crecido a tus pies para halagarte, el agua que discurre para refrescar tu ser, la savia que hierve para devolvarte una juventud. ¡Nada soy ni significo, maestro, si no es siendo tuya!

Entregose ella y él la tomó. En ese preciso momento, la iluminaba un rayo de luna en su soberana desnudez. Y apareció entonces como la belleza de la mujer personificada, en su inmortal primavera. Jamás la había visto tan joven, tan blanca, tan divina. Y le agradecería el regalo de su cuerpo, como si le hubiese dado todos los tesoros de la tierra. No existe donación alguna que pueda equipararse al de la mujer joven que se entrega, y que, al así hacerlo, da la ola de vida, el hijo quizás. Pensaron también en ese posible hijo, y su dicha se acrecentó en aquel regio festín de juventud que ella le servía y que muchos reyes hubieran envidiado.

XI

PERO, a partir de la noche siguiente, el inquietante insomnio reapareció. Ni Pascal ni Clotilde se contaban sus cuitas; y, en las tinieblas de la entristecida alcoba, se pasaban las horas, el uno junto al otro, simulando dormir, pensando ambos en la situación por que atravesaban y que se iba agravando. Olvidábase cada uno de su propio apuro, y temblaba tan sólo por el otro. Se había hecho preciso endeudarse; Martine tomaba a crédito el pan, el vino, un: poco de carne; al principio, rebosando vergüenza, forzada a mentir y a poner en ello una gran discreción, pues nadie ignoraba la ruina de la casa. Pasó por la mente del doctor la idea de hipotecar *La Souleiade*; constituía ése sin embargo, el recurso supremo, no tenía más propiedad que ésa, valorada en una veintena de miles de francos, y de la que quizás no llegara a sacar quince mil, caso de venderla; a ello seguiría la más negra de las miserias, el arroyo por todo cobijo, ni una sola piedra donde apoyar su cabeza. Clotilde le suplicaba, por lo mismo, que esperase, que no se comprometiera dando un paso definitivo e irrevocable, mientras la situación no llegara a ser desesperada.

Transcurrieron tres o cuatro días. Estaban entrando en septiembre y, desgraciadamente, el tiempo empezaba a estropearse: hubo terribles tormentas que asolaron la comarca. Una tapia de *La Souleiade* se vino abajo, en forma tal, que no pudo contarse con medios para ponerla de nuevo en pie; un derrumbamiento en toda regla que dejó abierta una enorme brecha. Ya empezaba a mostrarse descortés el panadero. Luego, una mañana en que la vieja criada traía las cosas para hacer un puchero, de pronto se echó a llorar, diciendo que el carnicero le daba tan sólo las peores piltrafas. Unos días más y el crédito iba a hacerse imposible. Hacíase preciso en absoluto pensar algo, encontrar recursos en la forma que fuere para atender a los pequeños gastos cotidianos.

Un lunes, cuando se daba comienzo a otra semana de tormentos, Clotilde estuvo toda la mañana nerviosa, sin parar un momento. Parecía ser presa de una fuerte lucha interna, y no dio la impresión de haber tomado una

resolución más que a raíz del almuerzo, al ver que Pascal rehusaba su parte de un poco de buey que quedaba. Y, muy sosegada, con aire resuelto, salió seguidamente con Martine, después de haber metido en el cesto de ésta un paquetito: trapos que iba a dar, según dijo ella misma.

Cuando estuvo de vuelta, dos horas después, tenía el semblante pálido; pero sus hermosos ojos tan puros y francos, irradiaban satisfacción. Se acercó presurosa al doctor, le miró a la cara y se confesó.

—Tengo que pedirte que me perdones algo, maestro, pues acabo de desobedecerte y con seguridad que voy a ocasionarte un fuerte disgusto.

Pascal, no comprendía, pero se inquietó al oírla.

—¿Qué has hecho, pues?

Pausadamente, sin dejar de mirarle a los ojos, sacó la joven de su bolsillo un envoltorio en el que llevaba billetes de banco. Una brusca adivinación iluminó el rostro del doctor, que lanzó un grito.

—¡Oh, Dios mío! ¡Las joyas, todos los regalos!

Y él, tan dulce, tan bueno por lo general, pareció soliviantado por un doloroso impulso de cólera. La había cogido las dos manos y oprimía con fuerza los dedos que sostenían los billetes, tratándola casi brutalmente.

—¡Dios mío! ¡Qué has hecho, desdichada!... ¡Es mi corazón entero lo que has vendido! ¡El corazón de los dos que había penetrado en esas alhajas y que has ido a devolver con ellos, a cambio de dinero!... Joyas que te había regalado, recuerdos de nuestras horas más divinas, tu riqueza, tan sólo tuya, ¿cómo quieres, pues, que vuelva a tomarla y me aproveche de ella? ¿Eso es posible? ¿Has pensado en la horrible pena que ello me causaría?

Dulcemente, respondió ella:

—Y tú, maestro, ¿pensaste acaso que podía permitir que siguiéramos en la triste situación en que nos encontramos, faltando incluso el pan, mientras tenía allá esas sortijas, collares y pendientes, que dormían en el fondo de un cajón? Todo mi ser rebosaba indignación, me hubiera considerado una avara, una auténtica egoísta, si hubiera seguido guardando todo eso... Y, me ocasionó profunda pena el separarme de semejantes preciosidades, mucha desde luego, pues incluso creí que me faltaría el valor para hacerlo; estoy convencida ahora en cambio de haber hecho más que lo que debía hacer, como mujer que siempre te obedece y que te adora.

Luego, como sea que él no le soltaba las manos, aparecieron las lágrimas en sus ojos, añadiendo la joven, con la misma dulce voz y esbozando una sonrisa:

—Aprieta un poco menos, me estás haciendo mucho daño.

También él entonces se puso a llorar, conmovido el ánimo, sumido en un profundo enternecimiento.

—Soy un bruto, enfadándome de ese modo... Obraste bien, no podías hacer otra cosa. Pero, perdóname, me ha resultado tan duro eso de verte despojada... Dame las manos, tus pobres manos, para que yo te las cure.

Y volvió a cogerle las manos con delicadeza; seguidamente, empezó a cubrirlas de besos, las hallaba inestimables, tan finas y así desnudas, desprovistas de sortijas. Tranquilizada ya, alegre, le contó al doctor su escapada, cómo había hecho de Martine su cómplice, y cómo las dos habían ido a casa de la marchante, la que le había vendido el corpiño de punto de Alençon. En fin, que después de un examen y de un regateo interminables, la mujer le había dado seis mil francos por todas las joyas. De nuevo Pascal hubo de reprimir un gesto de rabia: ¡Seis mil francos!, cuando las joyas le habían costado más del triple, una veintena de miles de francos por lo menos.

—Escucha —acabó diciendo—, tomo ese dinero porque es tu buen corazón quien lo trae. Pero, quede bien sentado que te pertenece. Te juro ser a mi vez más avaro aún que Martine, no le daré más que lo estrictamente indispensable para nuestra manutención, y volverás a encontrar en el mueble-escritorio todo lo que quede de la suma; admitiendo, naturalmente, que jamás me fuera posible completarla y devolvértela entera.

Habíanse sentado; la tenía sobre sus rodillas, cogida en apretado abrazo, tembloroso aún de emoción. Luego, bajando el tono de voz y hablándole al oído, la dijo Pascal:

—Y, ¿lo has vendido todo, absolutamente todo?

Sin decir una sola palabra, la joven se desabrochó un poco y estuvo rebuscando en su pecho con la punta de los dedos y poniendo un gesto alegre. Ruborizándose, Clotilde sonreía. Por fin consiguió sacar la delgada cadenita donde relucían las siete perlas, como estrellas lechosas; y pareció como si sacara un poco de su íntima desnudez que todo el ramillete viviente de su cuerpo exhalase su perfume a través de aquella única joya, guardada sobre su piel, en el más oculto misterio de su persona. Inmediatamente la volvió a meter en su sitio, haciéndola desaparecer.

Pascal, ruborizándose como ella, había notado en el corazón un revuelco de gozo. Y la besó con indecible entusiasmo.

—¡Ah! ¡Qué linda eres, y cuánto te amo!

Pero, en cuanto llegó la noche, el recuerdo de las joyas vendidas, permaneció como un peso sobre su corazón; y no podía ver el dinero en el cajón de su mueble-escritorio, sin sufrir. Era la cercana pobreza, la pobreza

inevitable, lo que le oprimía; tratábase de una sensación de apuro más angustiosa todavía; pensaba en la edad que tenía, en sus sesenta años que le convertían en un ser inútil, incapaz de ganar lo preciso para hacer la felicidad de una mujer; aquella reacción venía a ser como un despertar ante la inquietante realidad, en medio de su mendaz sueño de eterno amor. De súbito, veíase sumido en la miseria, y se sentía muy viejo: tan sólo pensarlo le dejaba helado, llenándole de una especie de remordimientos, de una desesperada cólera contra sí mismo, como si, en lo sucesivo, hubiera tenido que cargar con una mala acción en su vida.

Seguidamente, se produjo en su espíritu una claridad de espanto. Una mañana, estando solo, recibió una carta, sellada en el mismo Plassans, cuyo sobre estuvo examinando, sorprendido al no reconocer la letra. La carta no iba firmada; y, desde que empezó a leer las primeras líneas, Pascal esbozó un gesto de irritación, presto a hacerlas pedazos; pero se había sentado, temblando todo él, y acabó leyéndola hasta el final. Por lo demás, el estilo guardaba un perfecto decoro, sus largas frases se desenvolvían plagadas de medida y cuidado, cual si se tratara de expresiones de un diplomático cuyo único objeto fuese el llevar a un convencimiento. Se le demostraba, con un lujo de buenas razones, que el escándalo de *La Souleide*, había durado ya demasiado. Si, hasta cierto punto, la pasión explicaba la falta, un hombre de su edad, y en su situación, estaba en trance de convertirse en un ser absolutamente despreciable, al obstinarse en consumir la desdicha de la joven parienta, abusando de ella. Nadie ignoraba el imperio que sobre la joven ejercía, y se admitía como algo natural que ella centrara su gloria, sacrificándose por él; pero ¿no era a él a quien correspondía comprender que la muchacha no podía amar a un viejo, que lo que sentía tan sólo era compasión y gratitud, habiendo llegado ya sobradamente la hora de liberarla de aquellos amores seniles, de los que saldría deshonrada, habiendo perdido su posición social, sin haber conseguido ser ni esposa ni madre? Puesto que ni siquiera podía legarle ya una pequeña fortuna, se esperaba de él que tuviera un acto de contrición, como hombre honrado, al hallar en sí mismo la fuerza de voluntad suficiente para separarse de ella, con el fin de asegurar su dicha, si es que aún se hallaba a tiempo. Y terminaba la carta, dando por sentado, a título de pensamiento ejemplar, que la mala conducta acaba siempre por ser castigada.

Desde las primeras frases, Pascal comprendió que aquella carta anónima era obra de su madre. La anciana señora Rougon debía haberla dictado, creía apreciar en ella hasta las inflexiones de su voz. Pero, después de haber

empezado la lectura en medio de una reacción de cólera, acabó la misma pálido y tembloroso, sobrecogido por ese estremecimiento que, en adelante, había de salirle al paso a cada momento. La carta tenía razón, le proyectaba luz sobre su malestar interno, le hacía ver que sus remordimientos consistían en ser viejo, pobre y seguir teniendo a Clotilde junto a sí. Se levantó, fue a plantarse frente a su espejo y allí permaneció durante largo rato, con los ojos poco a poco nublados por las lágrimas, desesperado por sus arrugas y su blanca barba. Ese frío mortal que le helaba, era simplemente la idea de que, ahora ya, la separación iba a convertirse en algo necesario, fatal, inevitable. Su mente la rechazaba, no podía imaginarse que acabaría por aceptarla; volvería, no obstante, a hacer mella en él, y en adelante no viviría un minuto sin que le acosara, sin resultar desgarrado por ese combate entre su amor y su raciocinio, hasta que llegara la terrible noche en que acabara por resignarse, agotado por las lágrimas y exhausto de sangre. En su actual tesitura de cobardía, se echaba a temblar con sólo pensar que un día podría sentirse con valor suficiente para ello. Todo aquello representaba realmente un final, el irreparable principio que requiere el desarrollo de todas las cosas; sentía miedo por Clotilde, tan joven, y no le quedaba sino cumplir el deber de salvarla de su propia persona.

Obsesionado entonces por las palabras, por las frases de la carta, empezó por torturarse sobre la base de intentar persuadirse a sí mismo de que no le amaba, de que únicamente sentía por él gratitud y conmiseración. De haber estado convencido de que ella realizaba un sacrificio y de que, al retenerla por más tiempo a su lado, satisfacía simplemente su monstruoso egoísmo, estimaba Pascal que semejante realidad hubiera facilitado enormemente la ruptura. Pero, por mucho empeño que puso en estudiarla, en someterla a una serie de pruebas, siempre la encontró igualmente tierna y apasionada entre sus brazos. Y su mente seguía confusa ante ese resultado que se revolvía contra el temido desenlace, dando lugar a que su cariño hacia ella se acentuara. Esforzose asimismo por convencerse de la necesidad de su separación, y estuvo analizando los motivos. La vida que llevaban desde hacía meses, esa vida sin vínculos ni deberes, sin trabajo de ninguna especie, tenía que ser forzosamente mala. Por cuanto a él se refiere, ya no se creía bueno más que para ir a dormir bajo tierra en un rincón; pero, respecto de ella, ¿no era aquélla una existencia enojosa e inadecuada, de la que forzosamente saldría convertida la joven en un ser indolente y trastocado, incapaz de tomar una determinación por no tener voluntad propia? Indudablemente, la pervertía, estaba convirtiéndola en un ídolo amoroso en medio de los abucheos del

escándalo. Luego, veíase repentinamente muerto, la dejaba sola en el arroyo, sin nada, despreciada por todo el mundo. Nadie la recogía, deambulaba sin rumbo fijo por caminos y carreteras; jamás llegaría a tener marido ni hijos. ¡No, no!, eso sería un crimen; por cuatro días que le quedasen aún de dicha, no podía legarla esa herencia de vergüenza y de miseria.

Un día en que había salido sola, para darse un paseo por la vecindad, Clotilde regresó trastornada, completamente pálida y temblorosa. Y, en cuanto hubo llegado arriba, entró precipitadamente en la alcoba y casi se desvaneció en brazos de Pascal. Balbuceaba tan sólo palabras sin hilazón.

—¡Oh, Dios mío!... ¡Oh, Dios mío!... esas mujeres...

El doctor, asustado, la agobiaba a preguntas.

—¡Veamos! ¡Cuéntame! ¿Qué te ha ocurrido?

Entonces, una oleada de sangre, enrojeció su rostro. Le estrechó fuertemente y ocultó la cara en el hombro de Pascal.

—Se trata de esas mujeres... Al encaminarme hacia la sombra, cuando cerraba mi sombrilla, he tenido la desgracia de hacer caer a un niño... Y ellas entonces se han sumado contra mí, poniéndose a gritar cosas, ¡oh, qué cosas! ¡Que jamás tendría hijos! ¡Que eso de los hijos no era cosa que se diese en criaturas de mi especie!... ¡Y otros insultos, Dios mío! ¡Otras muchas barbaridades, que no puedo repetir, que no llegué a comprender!

Clotilde sollozaba. Él se había quedado lívido, no encontraba nada que decirle, la besaba desesperadamente, llorando lo mismo que ella. La escena se reproducía en su mente, la veía perseguida, salpicada de insultos. Luego balbuceó:

—La culpa la tengo yo, por mi culpa sufres... Escucha, nos marcharemos, iremos lejos, muy lejos de aquí, a algún sitio donde nadie nos conozca, donde todo el mundo te salude y puedas ser dichosa.

Pero, valientemente, haciendo un esfuerzo, Clotilde, al verle llorar, se había puesto en pie y procuraba contener sus lágrimas.

—¡Ah! ¡Lo que acabo de hacer es una cobardía! ¡Y yo, que me había prometido no contarte nada! Pero, luego, cuando he vuelto a estar en casa, he sentido un desgarró tal, que todo me ha salido del corazón... Ya lo estás viendo. Sin embargo, asunto acabado, no te entristezcas... Sabes que te amo...

Sonriente, le había cogido con dulzura entre sus brazos, y le besaba a su vez, lo mismo que un desesperado que trata de adormecer su dolor.

—Te amo, y es tanto lo que te amo que eso me consuela de todo. No hay nadie más que tú en el mundo, ¡qué me importa, pues, todo lo que no seas tú!

¡Eres tan bueno, me haces tan dichosa!

Pero él seguía llorando, y Clotilde se puso a sollozar de nuevo; durante mucho rato se impuso el agobio de una tristeza infinita, una angustia en la que se mezclaban sus besos y sus lágrimas.

Cuando se hubo quedado solo, Pascal se juzgó a sí mismo como un ser abominable. No podía seguir causando la desdicha de aquella criatura a la que adoraba. Y, la tarde de aquel mismo día, se produjo un hecho, que le proporcionó por fin el desenlace durante tanto tiempo buscado, aunque con el terror siempre de encontrarlo. Después de comer, Martine se lo llevó aparte, con gran misterio.

—La señora Felicité, a quien he tenido ocasión de ver, me ha encargado que le dé esta carta, señor; y tengo asimismo encargo de decirle que ella misma en persona la hubiera traído, si su buena reputación no la impidiese volver a poner los pies aquí... Le ruega que le devuelva usted la carta del señorito Maxime, haciéndole saber la contestación de la señorita.

Se trataba, en efecto, de una carta de Maxime. Contenta de haberla recibido, Felicité se valía de ella como de un medio activo, después de haber intentado en vano que la miseria le entregase a su hijo. Puesto que ni Pascal ni Clotilde habían acudido a ella en demanda de ayuda y de socorro, cambiaba la vieja de plan una vez más, volviendo a su primitiva idea de separarlos; y, esta vez, la ocasión le parecía decisiva. La carta de Maxime era apremiante, y la dirigía a su abuela, para que ésta abogase en favor de su causa cerca de la hermana. Habíase declarado la ataxia, ya no podía caminar más que cogido del brazo de un criado. Pero, lo que deploraba sobre todo era la falta por él cometida al introducir en su casa a una joven morena y guapa, de la que no supo abstenerse hasta el punto de haber dejado entre sus brazos el resto de su médula; y lo peor del caso era que ahora tenía la certidumbre de que aquella devoradora de hombres, era un discreto regalo de su padre. Saccard se la había enviado galantemente, para acelerar la sucesión hereditaria. Por eso, después de haberse deshecho de aquella mujer, Maxime se había atrincherado en su hotel, poniendo él mismo a su padre en la puerta, aunque temblaba verle entrar cualquier día por la ventana. La soledad le causaba espanto; reclamaba desesperadamente a su hermana, quería que le sirviera como de parapeto contra aquellas viles acometidas, como una mujer recta y dulce en fin, que supiera cuidarle. La carta daba a entender que si la muchacha se portaba bien con él, no tendría por qué arrepentirse; y terminaba recordando a la joven la promesa que le hiciera, en ocasión de su viaje a Plassans, de reunirse con él un día, si realmente le necesitaba.

Pascal se quedó helado. Releyó las cuatro páginas. Tratábase de la separación misma que venía a ofrecerse, en forma, además, aceptable para él, venturosa para Clotilde, como algo natural y fácil a lo que debía accederse sin pérdida de tiempo; pese al esfuerzo de su raciocinio, sentíase tan poco firme, tan poco resuelto aún, que las piernas le temblaban y tuvo que sentarse por unos momentos. Quería no obstante mostrarse heroico y, procurando calmarse, llamó a su compañera.

—¡Toma!, lee esa carta que me envía la abuela.

Con suma atención, Clotilde leyó la carta hasta el final, sin despegar los labios ni hacer el más mínimo gesto. Luego, brevemente y sin darle importancia a la cosa:

—Está bien, supongo que contestarás, ¿no es eso...? Me niego.

Pascal tuvo que dominarse para no soltar un grito de alegría. A los pocos momentos, y cual si hubiera sido otro quien tomase la palabra, se oía a sí mismo decir, en tono razonable:

—¿Rehúsas? No es posible... Precisa reflexionar, esperemos a mañana para dar una contestación; y hablemos de ello, ¿quieres?

Pero Clotilde, con cara de asombro no hacía más que exaltarse cada vez más.

—¡Separarnos! ¿Y por qué? ¿De veras que lo aceptarías...? ¡Qué locura!, nos amamos, tendríamos que abandonarnos el uno al otro, ¡y yo tendría que irme allá, donde nadie me quiere...! Dime, ¿lo has pensado detenidamente? Sería estúpido del todo.

Él evitó enzarzarse en ese terreno, y se puso a hablar de las promesas hechas, del deber.

—Recuerda, querida, lo conmovida que te quedaste cuando te advertí que Maxime se hallaba amenazado. Hoy, ¡ahí le tienes abatido por la enfermedad, inválido, sin nadie a su alrededor, llamándote a su lado...! En tal situación, no es posible que le abandones. Existe allá, para ti, un deber que cumplir.

—¡Un deber! —exclamó—. ¿Es que me corresponden acaso deberes respecto de un hermano que jamás se ha ocupado de mí? Mi deber está tan sólo donde se halla mi corazón.

—Pero tú hiciste una promesa. Y yo prometí por ti, diciendo que, llegado el caso, te comportarías razonablemente... No te atreverás a decir que miento.

—¿Razonable? El que no obra con cordura eres tú... Nada estimo más fuera de razón que separarse de ese modo, cuando, lo mismo el uno que el otro se moriría de pena.

Y con un violento gesto, la joven cortó en seco toda discusión.

—Por otra parte, ¿para qué discutir? Nada hay más sencillo, basta con pronunciar una sola palabra. ¿Deseas alejarme de ti acaso?

Pascal lanzó un grito.

—¿Alejarte? ¡No digas eso, por Dios!

—Entonces, si no me echas, me quedo.

En aquellos momentos ya, Clotilde reía; acudió presurosa a su pupitre y, con lápiz, escribió dos palabras cruzadas en la carta de su hermano: «Me niego»; y llamó a Martine, poniendo absoluto empeño en que retornase la carta bajo sobre. También él se reía, anegado en tal felicidad, que la dejó hacer lo que la viniera en gusto. El gozo de conservarla a su lado, nublaba por completo su razón.

Aquella misma noche, cuando ya ella se hubo dormido, ¡qué remordimiento el suyo por haberse mostrado cobarde! Una vez más acababa de ceder a su necesidad de dicha, a la voluptuosidad de volverla a encontrar cada noche, apretada contra su costado, tan fina y dulce con su larga camisa, embalsamando el ambiente con su frescor de juventud. Después de ella, a nadie amaría ya; y era precisamente de eso de lo que se exclamaba su ser, de que existiera tan fuerte impulso por parte del amor y de la mujer. Un sudor de agonía se apoderaba de él, cuando se la imaginaba y se veía estando solo, sin ella, sin todo cuanto de acariciador y sutil había en el aire que respiraba: su aliento, su encantador espíritu, su rectitud valerosa, aquella codiciada presencia física y moral, tan precisa ahora a su vida como la misma luz del día. Clotilde debía alejarse, y se hacía preciso que él por su parte encontrase la fuerza de voluntad bastante para dejarse morir. Sin despertarla, teniéndola amodorrada sobre su corazón, con el pecho rítmicamente alzado por una respiración tenue de niña, despreciábase a sí mismo por su poco valor; juzgaba la situación con terrible lucidez. Asunto acabado, no había por qué pensarlo más: una existencia respetada y una fortuna, la esperaban allá; no podía él llevar su egoísmo senil hasta el extremo de seguir guardándola consigo, en aquel ambiente de miseria y de constantes abucheos. Y, desfallecido, al sentirla tan adorable entre sus brazos, tan confiada, como vasalla que se había entregado a su viejo rey, se hacía a sí mismo el juramento de mostrarse enérgico, de negarse en absoluto a aceptar el sacrificio de aquella criatura, de devolverla a la felicidad y a la vida, pese a su voluntad en contrario.

A partir de entonces, dio comienzo la lucha de abnegación. Pasaron algunos días; y hasta tal punto la había hecho comprender la dureza de su «me niego», plasmado en la carta de Maxime, que Clotilde había escrito a su

abuela largo y tendido, para explicar detalladamente la razón de su negativa. Insistía, sin embargo, en no abandonar *La Souleide*. Y como sea que él se había convertido en un ser de extremada avaricia, con objeto de consumir lo menos posible el dinero obtenido con la venta de las joyas, ella le ganaba aún en ese terreno, y se limitaba a comer su pan seco acompañándolo de hermosas sonrisas. Una mañana, Pascal la sorprendió dando consejos de ahorro a Martine. Diez veces al día, le miraba ella fijamente, se le echaba al cuello y le cubría de besos para combatir la espantosa idea de la separación, cuya imagen no se apartaba de sus ojos. Pronto, además, tuvo un nuevo argumento que esgrimir. Una tarde, después de cenar, Pascal sufrió palpitaciones, y estuvo a punto de desvanecerse. Aquello le dejó asombrado; jamás había sufrido del corazón, y creyó simplemente que volvían de nuevo las turbaciones nerviosas que tuviera anteriormente. Después de vividos sus grandes festines de amor, el doctor se sentía menos fuerte, con la sensación de que algo delicado y profundo se había resquebrajado en él. Enseguida Clotilde se sintió inquieta y angustiada. ¡Ah! ¡Qué caramba!, ahora sí que, desde luego, no se atrevería a hablarla de que se marchase. Cuando se quiere a las personas, y éstas se encuentran enfermas, se queda uno a su lado, para cuidarlas.

El combate llegó de ese modo a ser incesante. Tenía lugar a todas horas un continuo asalto de ternura, de olvido de sí mismo, con el solo objeto de satisfacer la necesidad de dicha que experimentaba el otro. Pero en él, si la emoción de verla bondadosa y afectiva hacía que se le presentase más atroz y horripilante la necesidad de la marcha, comprendía al propio tiempo que el imperativo acuciaba más cada día. Su voluntad en este sentido era ya algo absolutamente formal. Se veía, no obstante, con el agua al cuello, tembloroso, vacilante, respecto de los medios a emplear para decidirla. La escena de la desesperación y de las lágrimas, se evocaba en él a cada instante: ¿Qué iba a hacer? ¿Qué le diría? ¿Cómo se las compondrían para besarse por última vez y con la idea de no volverse a ver jamás? Y los días iban así transcurriendo; nada se le ocurría, empezaba a tratarse otra vez de cobarde cada noche cuando, apagado que había la vela, volvía ella a cogerle entre sus frescos brazos, dichosa y triunfante al ver que le vencía de aquel modo.

Bromeaba a menudo la joven, con una pizca de tierna malicia.

—Maestro, eres demasiado bueno, estoy convencida de que me retendrás a tu lado.

Pero eso suscitaba su enfado y entonces Pascal se agitaba entristecido.

—¡No, no! ¡No hables de mi bondad...! Si fuera realmente bueno, hace ya mucho tiempo que estarías allá, en un ambiente de comodidad y de respeto,

con todo un porvenir por delante de vida sosegada y hermosa, en lugar de obstinarte aquí, vejada, pobre y sin esperanza alguna, en ser la triste compañera de un viejo loco de mi ralea... ¡No! ¡No soy más que un miserable cobarde y un desvergonzado!

Con vivo ademán, ella le hacía callar. Y era en realidad su bondad lo que en él sangraba, esa bondad inmensa que debía a su amor a la vida, que esparcía sobre cosas y seres, en su continuo afán por conseguir la dicha de todos. El ser bueno, ¿no consistía precisamente en quererla, en hacerla dichosa, aunque fuera al precio de su propia felicidad? Era esa bondad la que necesitaba tener, y presentía que llegaría a tenerla, decisiva, heroica. Pero, al igual que sucede con los miserables resueltos a suicidarse, esperaba Pascal la ocasión propicia, el momento y el medio de qué valerse para tomar la determinación.

Una mañana en que se había levantado a las siete, entrando en la sala Clotilde quedó sorprendida al encontrarle sentado a la mesa de trabajo. Hacía muchas semanas que no había vuelto a abrir un libro ni tocado una pluma.

—¡Vaya! ¿Estás trabajando?

Sin levantar la cabeza, contestó Pascal con aire absorto:

—Sí, estoy repasando el Árbol genealógico, que ni tan siquiera tengo puesto al corriente.

Durante algunos minutos, Clotilde permaneció de pie, detrás de él, mirando como escribía. Completaba los datos de tía Dide, del tío Macquart y del pequeño Charles; escribía su muerte, anotaba las fechas. Luego, como siguiera él sin moverse, pareciendo como ignorar que la joven se hallaba allí, en espera de los acostumbrados besos y risas de otras mañanas, Clotilde se encaminó hacia la ventana, para volver enseguida sin saber cómo entretener su ocio.

—Por lo visto, la cosa va en serio, te animas a trabajar.

—Así es; como tú misma puedes ver, hace un mes ya que debí anotar esos fallecimientos. Tengo un montón de trabajo atrasado que me está esperando.

Ella le miraba fijamente, con ese aire de continuo interrogante con que solía escudriñar los ojos del doctor.

—¡Bien está! Pongámonos a trabajar... Tienes búsquedas a realizar y que yo pueda hacerte, notas que copiar, dámelas.

Y a partir de aquel día, Pascal hizo ver que se entregaba por entero al trabajo. Esta era una de sus teorías, que el absoluto reposo no conduce a ninguna parte, y que jamás debía prescribirse, ni aún en los casos de exceso de fatiga mental. Un hombre no vive más que en razón al medio ambiente

externo en que se desenvuelve; y las sensaciones que recibe, se transforman en él, motivando movimiento, pensamientos y actos; de modo y manera que, si se encuentra en estado de reposo absoluto, si continúa recibiendo sensaciones sin devolverlas, digeridas y transformadas, se produce una obstrucción, un malestar, una inevitable pérdida de equilibrio. Había tenido ocasión de comprobar que el trabajo era siempre el mejor regulador de su existencia. Incluso las mañanas en que no se encontraba muy allá, se ponía a trabajar y sumido en su trabajo recobraba el aplomo. Nunca se encontraba mejor que cuando cumplimentaba su tarea, esa labor metódicamente establecida de antemano: tantas páginas cada mañana, a las mismas horas. Y comparaba esa labor estructurada a una palanca basculante que le mantenía en pie, en medio de las miserias cotidianas, de las debilidades y de los pasos en falso. Acusaba a la pereza, a la ociosidad en que vivía desde hacía algunas semanas, de ser la única causa de las palpitaciones que, de tanto en tanto, le producían sofoco. Si quería curarse no le quedaba otro remedio que dedicarse de nuevo a sus grandes trabajos.

Durante horas y horas, Pascal se dedicaba a desarrollar todas esas teorías, explicándoselas a Clotilde, con un entusiasmo febril, exagerado por demás. Parecía como embargado de nuevo por ese amor a la ciencia que, hasta su flechazo de pasión por la joven, había devorado por entero su vida. La repetía una y otra vez que no podía dejar su obra sin terminar, y que era mucho lo que todavía le quedaba por hacer si quería lograr un monumento duradero. Parecía apoderarse de él nuevamente, la zozobra por los legajos; abría de nuevo el armario, veinte veces al día, los bajaba del estante superior en que se hallaban y seguía enriqueciendo su contenido. Sus ideas sobre la herencia sufrían ya un proceso de transformación; hubiera deseado revisarlo todo, refundirlo, sacar de la historia natural y social de su familia una amplia síntesis, un resumen, a grandes rasgos, de la humanidad entera. Además, y conjuntamente con ese estudio teórico, volvía a encariñarse con su tratamiento sobre la base de inyecciones, para ver de mejorarlo: la confusa visión de una terapéutica nueva, una teoría vaga y lejana, nacida en él de su convicción y de su experiencia personal respecto de la decisiva influencia dinámica del trabajo.

Al presente, cada vez que se sentaba a su mesa de trabajo, no hacía más que lamentarse.

—Jamás dispondré de los suficientes años por delante, ¡es demasiado corta la vida!

Hubiérase dicho que no podía perder ni tan sólo una hora. Y una mañana, alzando bruscamente la cabeza, le dijo a su compañera, que, sentada al lado, copiaba un manuscrito:

—Escúchame bien, Clotilde... Si yo me muriese...

Espantada, la muchacha reaccionó con un gesto de protesta.

—¡Bonita y descabellada idea!

—Si muriese, escúchame bien... Empezarías por cerrar enseguida todas las puertas. Guardarías los legajos para ti, para ti sola. Y, cuando ya hubieras recopilado mis otros manuscritos, envíalos seguidamente a Ramond. ¡Presta atención!, éstas son mis últimas voluntades.

Pero ella ponía especial empeño en cortarle la palabra, se negaba a escucharle.

—¡No, no! ¡Estás diciendo sandeces!

—Clotilde, júrame que guardarás los legajos y que enviarás mis otros papeles a Ramond.

Juró ella por fin, después de haberse puesto seria y con los ojos rebosándole lágrimas. Pascal la había cogido entre sus brazos muy conmovido él también, cubriéndola de caricias, como si de pronto su corazón se hubiera abierto de nuevo. Calmose luego, y se puso a hablar de los temores que asaltaban su mente. Desde que se esforzaba por trabajar, semejante preocupación parecía asediarse constantemente, no cesaba de vigilar el armario e incluso pretendía haber visto rondar por allí a Martine. No podía poner en tela de juicio la ciega devoción de aquella muchacha, pero ¿quién podía asegurarle de que, en un momento dado, no la impulsaran a cometer una mala acción, previo persuadirla de que de ese modo salvaba a su maestro? ¡Era tanto lo que le había hecho sufrir la sospecha! Y ahora, bajo la amenaza de la próxima soledad en que habría de encontrarse, volvía a su antiguo recelo, a esa tortura del sabio amenazado, perseguido por los suyos, en su propia casa, en su misma carne, en la obra de su cerebro.

Una noche en que insistía sobre ese tema cerca de Clotilde, Pascal dejó escapar:

—Compréndelo, cuando tú ya no estés aquí...

La joven palideció del todo; y viendo que él cortaba su frase, añadió a modo de colofón, temblorosa e inquieta:

—¡Oh, maestro! ¡Mi querido maestro! ¿Todavía no has dejado de pensar en cosas tan viles? Bien leo en tus ojos que algo me ocultas, que existe ya en ti un pensamiento que yo no comparto... Pero, si yo me marcho y tú mueres, ¿quién se hallará aquí para defender tu obra?

Al oírla expresarse así, creyó Pascal que eso era signo de que se iba acostumbrando a la idea de partir. Y encontró en sí la fuerza de voluntad suficiente para responder alegremente:

—¿Piensas acaso que me dejaría morir sin volver a verte...? Te escribiría, ¡qué diablos! Serías tú quien vendría a cerrarme los ojos.

Medio desplomada en una silla, Clotilde había empezado a sollozar.

—¡Dios mío! ¿Será posible? ¡Deseas efectivamente que mañana dejemos de estar juntos, siendo así que no hemos podido vivir separados ni un solo minuto, viviendo como vivimos el uno en brazos del otro! Y, sin embargo, si hubiéramos tenido un hijo...

—¡Ah! ¡Tú misma estás dictando el veredicto! —interrumpió violentamente Pascal—. Si ese hijo hubiera venido al mundo, jamás te hubieras marchado... ¿No te das cuenta de que soy demasiado viejo y de que me desprecio a mí mismo? ¡Permaneciendo a mi lado, seguirías siendo estéril, sufrirías esa pena de no ser nunca la mujer completa, la madre! ¡Vete, puesto que dejé de ser un hombre!

Esforzábase ella por calmarle, pero en vano.

—¡No!, no es que ignore lo que tú piensas respecto al particular; lo hemos comentado más de veinte veces: si su finalidad no es tener hijos, el amor no es más que una porquería inútil... La otra tarde, tiraste una novela que estabas leyendo, porque sus personajes, estupefactos por haber tenido un hijo, sin sospechar siquiera que tal cosa pudiera ocurrir, no sabían cómo desembarazarse de él... ¡Ah! ¡Yo que tanto esperé y hubiera amado un hijo tuyo!

Aquel día, Pascal pareció sumirse más profundamente aún en su trabajo. Sus sesiones de trabajo duraban por entonces cuatro o cinco horas seguidas, mañanas y tardes enteras en que ni tan siquiera llegaba a levantar la cabeza. Extremaba su celo, prohibiendo que se le molestase, que se le dirigiera una sola palabra. Y a veces, cuando Clotilde salía de puntillas, para dar alguna orden a la criada o para hacer algún recado, Pascal se aseguraba con mirada furtiva de que ella ya no estaba allí y luego dejaba caer su cabeza sobre el borde de la mesa, con gesto de inmenso agotamiento. Se trataba en suma de un doloroso escape al extraordinario esfuerzo que debía imponerle, cuando la notaba cerca de sí, para permanecer frente a su mesa sin tomarla en sus brazos y no conservarla así durante horas, besándola dulcemente. ¡Ah!, el trabajo, ¡qué ardiente llamada le estaba siempre haciendo, como solo refugio donde esperaba aturdirse y anonadarse! Pero, lo que más corrientemente le sucedía era que, al no serle materialmente posible trabajar, se veía entonces forzado a

representar la farsa de la atención, fijos en el texto sus ojos, tristes ojos velados por las lágrimas, mientras su pensamiento agonizaba, embrollado, huidizo, siempre ocupado de pleno por la misma imagen. ¿Tendría que asistir, pues, a esa quiebra del trabajo, él que le creía soberano, creador único y regulador del mundo? ¿Precisaría arrojar lejos de sí la herramienta, renunciar a la acción, limitándose a vivir para amar a las buenas mozas que le van saliendo a uno al paso? ¿Sería más bien culpa de su senectud? ¿Se sentiría acaso incapaz de escribir una página, por la misma razón de no ser ya capaz de engendrar un hijo? Siempre le había atormentado el miedo a la impotencia. Mientras con la mejilla apoyada en el borde de la mesa, permanecía sin fuerzas, abrumado por su miseria, Pascal, dando rienda suelta a su imaginación, soñaba que tenía treinta años, y que, cada noche, abrazado al cuello de Clotilde, sacaba de ella el vigor necesario para su tarea del día siguiente. Lloros y lágrimas resbalaban a poco por su blanca barba; y, si la oía subir de nuevo, procuraba rehacerse y cogía otra vez su pluma, para que así ella le encontrase lo mismo que le había dejado, con aire de hallarse sumido en una profunda investigación, donde sólo era posible encontrar la tristeza y el vacío.

Estaban a mediados de septiembre; dos interminables semanas habían transcurrido en medio de ese malestar y sin traer solución alguna, cuando Clotilde tuvo una mañana la gran sorpresa de ver entrar a su abuela Felicité. Habíala encontrado Pascal la víspera en la calle de la Banne, e, impaciente por consumir el sacrificio, no hallando en su propia persona fuerzas suficientes para la ruptura, Pascal se había confiado a la madre, pese a su repugnancia, rogándola que viniese al día siguiente. Felicité acababa precisamente de recibir una nueva carta de Maxime, desconsoladora y suplicante a más no poder.

La anciana señora Rougon empezó por explicar su presencia.

—Sí, soy yo, preciosa, y para que vuelva a poner los pies aquí, precisa, como puedes bien comprender, que existan graves razones para forzarme a ello... Pero, el caso es que te estás volviendo loca, y la conciencia no me permite que echés a perder de este modo tu existencia, sin antes advertirte por última vez.

A renglón seguido leyó la carta de Maxime con voz conmovida. Se hallaba clavado en un sillón, azotado al parecer por uña ataxia de rápido desarrollo y muy dolorosa además. Exigía por ello una contestación definitiva de su hermana, esperando aún que se decidiría a ir, temblando ante la idea de verse obligado a buscar otra enfermera. Eso sería, sin embargo, lo que se

vería forzado a hacer, si en tan triste situación se le dejaba abandonado. Y, cuando hubo terminado su lectura, la vieja dio a entender cuán fastidioso resultaría dejar que la fortuna de Maxime fuera a parar a manos extrañas; pero, le habló sobre todo de deberes elementales, del auxilio que debe prestarse a un pariente, afectando ella también conocer la existencia de una formal promesa en ese sentido, por parte de Clotilde.

—Veamos, niñita, procura hacer memoria. Le dijiste que, si alguna vez te necesitaba, acudirías a su lado. Todavía me parece estar oyéndote... ¿No es así, hijo mío?

Pascal, desde que había llegado su madre, permanecía callado, pálido y con la cabeza baja. No respondió más que con un leve signo afirmativo.

Seguidamente, Felicité no hizo sino una repetición de todas y cada una de las razones que él mismo había argumentado ya a Clotilde: el espantoso escándalo que rayaba en el insulto, la amenazadora miseria que tan pesada se hacía a ambos, la imposibilidad de continuar aquella torpe existencia, a virtud de la cual, él, en plena pendiente de vejez, acabaría perdiendo lo que le restaba de salud, y ella por su parte, tan joven aún, terminaría comprometiendo su vida y su porvenir. ¿Qué futuro podía esperarles ahora que la pobreza había hecho ya acto de presencia? Resultaba estúpido y cruel, obcecarse de aquella manera.

Firme y con impenetrable semblante, Clotilde guardaba silencio, rehusando incluso el posible diálogo o discusión. Pero como su abuela la iba acorralando, sin cesar de fustigarla, la muchacha dijo por fin:

—Vuelvo a insistir una vez más: ningún deber me liga respecto de mi hermano, mi deber está aquí. Puede disponer de su fortuna si así lo desea; no aspiro a ella. Cuando llegemos a ser demasiado pobres, el maestro prescindirá de Martine, y me conservará a mí como criada.

Acabó con un ademán. ¡Oh, sí! ¡Consagrarse a su príncipe, darle su vida, mendigar primero a lo largo de los caminos, conduciéndole de la mano!, y luego, al regreso, lo mismo que hicieran la noche cuya jornada se pasaron rogando de puerta en puerta, ¡hacerle graciosa entrega de su juventud y recalentarle entre sus brazos llenos de pureza!

La anciana señora Rougon sacudió la barbilla.

—Antes de convertirte en su criada, mejor hubieras hecho empezando por ser su mujer... ¿Por qué no os habéis casado? Era más sencillo y resultaba también más correcto.

Recordó entonces la vieja que un día había venido para exigir ese matrimonio, a fin de sofocar el naciente escándalo; y que la joven entonces se

había mostrado sorprendida, diciendo que ni ella ni el doctor habían pensado en semejante cosa, pero que, si se estimaba preciso, contraerían matrimonio más adelante, puesto que nada apremiaba.

—¡Eso de casarnos me parece magnífico! —exclamó Clotilde—. Tienes razón, abuela...

Y dirigiéndose entonces a Pascal:

—Cien veces me tienes repetido que harías lo que yo quisiera... Ya lo estás oyendo, cástate conmigo. Seré tu mujer y permaneceré a tu lado. Una mujer jamás abandona a su marido.

Pero él no respondió más que con un gesto, como si hubiera temido que su voz le traicionase, clamando a voces su aceptación respecto de ese eterno lazo que ella le proponía, en un grito estertóreo de gratitud. Su ademán, en cambio, podía significar la duda, incluso una negativa. ¿Para qué casarse *in extremis*, cuando todo se hundía?

—Tu forma de reaccionar, refleja desde luego buenos sentimientos —prosiguió Felicité—. Todo lo arreglas muy bien dentro de tu cabecita. No es el matrimonio, sin embargo, lo que os proporcionará rentas; y, mientras tanto, tú le cuentas muy caro, eres para él la más pesada de las cargas.

El efecto que aquella frase produjo en Clotilde, fue extraordinario, dando lugar a que se volviera impetuosamente hacia Pascal, con las mejillas coloreadas y los ojos anegados en lágrimas.

—¡Maestro, por favor! ¿Es cierto lo que acaba de decir la abuela? ¿Lamentas acaso, el dinero que pueda costarte permaneciendo aquí?

Pascal había palidecido más aún, y siguió sin moverse en su actitud de desplome. Sin embargo, con una voz lejana, como si hubiera estado hablando consigo mismo, murmuró:

—¡Es tanto el trabajo que tengo! ¡Quisiera reintegrarme por completo a mis legajos, mis manuscritos, mis notas y poner todo mi empeño en terminar la obra de mi vida...! Si estuviera solo, quizás tuviera arreglo el panorama entero. Vendería *La Souleïade*, ¡oh!, un mendrugo de pan en suma, pues no vale gran cosa. Me cobijaría entonces con todos mis papeles en una reducida alcoba. Trabajaría desde la mañana a la noche, trataría de no ser desgraciado en exceso.

Evitaba no obstante mirarla; y, en el estado de agitación en que la joven se hallaba, no era precisamente ese doloroso balbuceo, argumento lo bastante sólido como para convencerla. Con intervalos de segundo, dejaba traslucir su espanto, temiéndose que lo inevitable acabaría por ser dicho.

—Mírame, maestro, contéplame cara a cara... y te conjuro además para que seas valiente, ¡escoge de una vez entre tu obra y yo, puesto que parece insinuar quererme apartar de ti para mejor poder trabajar!

Había llegado el instante de la heroica mentira. Levantó Pascal la cabeza y la miró de frente, armándose de valor; y, con una sonrisa de moribundo que quiere la muerte, recobrando su voz de divina bondad:

—¡Cómo te excitas...! ¿No puedes acaso cumplir simplemente con tu deber, como hace todo el mundo...? Es mucho el trabajo que me espera, necesito estar solo; y tú, querida, debes reunirte con tu hermano. Vete, pues; todo ha terminado.

Imperó entonces un terrible silencio de algunos segundos. Clotilde seguía mirándole fijamente, con la esperanza de que flaqueara. ¿Decía realmente la verdad? ¿No se sacrificaba para que fuera dichosa? Por unos instantes experimentó como una sensación sutil, cual si un soplo escalofriante, emanado de él, la hubiese advertido.

—¿Y me despides para siempre? ¿No me permitirías volver el día de mañana?

Pascal permaneció firme, pareció contestar, con una nueva sonrisa, que no se iba una persona para volver así como así; y todo quedó entonces confuso, ya no le fue posible captar más que una percepción vaga; lo mismo la resultaba factible creer que efectivamente escogía el trabajo, sinceramente, como hombre de ciencia al que la obra se impone sobre la mujer. Clotilde se había puesto muy pálida; esperó todavía un poco, rodeada de aquel escalofriante silencio; luego, lentamente, con su acostumbrado aire de ternura y absoluta sumisión:

—Está bien, maestro, me marcharé cuando quieras, y no volveré sino el día en que vuelvas a llamarme.

Entonces tuvo lugar entre ambos el hachazo fatal. Lo irrevocable se había consumado. A renglón seguido, enormemente sorprendida por no haber tenido que hablar más, Felicité quiso que se fijase la fecha de partida. Aplaudía su propia tenacidad, creía haber obtenido la victoria en una lucha de envergadura. Estaban a viernes y se convino en que Clotilde marcharía el domingo. Se le envió un telegrama a Maxime.

Desde hacía tres días, soplaba el *mistral*. Pero, al llegar la noche, redobló con inusitada violencia; y Martine anunció, que por lo menos duraría tres días más, según decir de las gentes. Los vientos de fines de septiembre, a través del valle del Viorne, son terribles. Tuvo buen cuidado por ello de subir a todas las habitaciones, para asegurarse de que los postigos estaban bien

cerrados. Cuando el *mistral* soplabá, cogía a *La Souleide* de través, por encima de los tejados de Plassans, sobre la pequeña meseta donde se hallaba edificada. Y aquello era una vorágine, una tromba furiosa y continua, que azotaba la casa, zarandeándola desde los sótanos hasta los graneros, por espacio de días y noches, sin descanso ni sosiego. Volaban las tejas, los herrajes de las ventanas resultaban arrancados; al tiempo que, por las rendijas, penetraba el viento en el interior con un ronquido desenfrenado de queja, y las puertas, al menor descuido, se volvían a cerrar solas con retumbar de cañón. Hubiérase dicho tratarse de una plaza sitiada, donde se hacía preciso vivir en medio del rebullicio y de la angustia.

Al día siguiente, en aquella entristecida casa sacudida por el fuerte viento, Pascal quiso ocuparse con Clotilde de los preparativos de la marcha. La anciana señora Rougon no proyectaba volver hasta el domingo, para asistir a la despedida. Cuando supo Martine que la separación estaba al caer, quedó sobrecogida, muda, con los ojos encendidos por una corta llama; y, como sea que en la alcoba se la hubieran quitado de encima, diciéndole que no la necesitaban para hacer las maletas, la mujer había vuelto a su cocina, donde se hallaba entregada a sus habituales faenas, dando la impresión de ignorar la catástrofe que venía a trastornar aquel nido casero que integraban los tres. Pero, a la menor llamada de Pascal, acudía tan solícita, tan lista, con un semblante tan alegre, y ensoleado por su celo en servirle, que parecía en realidad haberse vuelto más joven. Pascal por su parte, no abandonó a Clotilde un solo momento, ayudándola, queriendo convencerse de que se llevaría consigo cuanto pudiera necesitar. Dos grandes maletas aparecían abiertas en medio de aquella alcoba en desorden; paquetes y vestidos arrastraban por doquier. Era aquella una búsqueda, veinte veces reiterada, por muebles y cajones. Y, en este trabajo, en semejante preocupación por no olvidar nada, había involucrado como un cierto entumecimiento del vivo dolor que lo mismo uno que otra experimentaban en la boca del estómago. Aturdíanse un instante: él, muy solícito, vigilaba para que no se desperdiciara espacio, utilizaba la caja de los sombreros para meter en ella prendas ligeras, deslizaba cajas menudas entre las camisas y los pañuelos; y, entretanto, ella, desabrochando vestidos, se dedicaba a doblarlos encima de la cama, esperando colocarlos los últimos en el compartimento de arriba. Luego, cuando, un poco cansados, enderezaban su cuerpo y volvían a encontrarse sus caras, empezaban por sonreír, aunque forzados seguidamente a contener bruscas lágrimas, ante el recuerdo de la inevitable desdicha que les embargaba por entero. Permanecían firmes no obstante, sangrante el corazón.

¡Dios mío! ¿Sería verdad que habían dejado de estar unidos? Y, como evasión mental, prestaban atención al viento, a aquel terrible viento que amenazaba con despanzurrar la casa.

¡La de veces que en aquella última jornada hubieron de acercarse a la ventana, atraídos por la tempestad, deseando en su fuero interno que barriera el mundo entero! Mientras duraban aquellas fuertes ráfagas del *mistral*, no cesaba de relucir el sol, y el cielo permanecía constantemente azul; pero en tales circunstancias, ese cielo es de un color azul lívido, empañado de polvo, y el amarillento sol aparece como estremecido por un escalofrío. Pascal y Clotilde contemplaban a lo lejos las inmensas humaredas blancas que se alzaban de los polvorientos caminos, los árboles doblegados y con sus copas enmarañadas, pareciendo huir todos ellos en la misma dirección, al mismo ritmo galopante, la campiña entera reseca, como consumida bajo la violencia de aquel soplo siempre igual, rodando sin cesar con su gruñido de exhalación. Quebrándose las ramas, desapareciendo como por ensalmo, las techumbres resultaban arrancadas de cuajo y eran arrastradas tan lejos, que luego no había manera de volverlas a encontrar más. ¿Por qué ese *mistral* no se apoderaba de ambos para arrastrarles allá, al país desconocido, donde siempre se es feliz? Habían quedado las maletas a punto de cerrar, cuando Pascal quiso abrir un postigo que el viento acababa de sacudir fuertemente; pero, por la entreabierta ventana, se formó un tal remolino de aire, que la joven hubo de acudir en su socorro. Apretaron con todo el peso de su cuerpo y por fin pudieron volver a colocar la españoleta. En la habitación, las últimas prendas habían salido volando a la desbandada, y recogieron del suelo, hecho pedazos, un espejito de mano, que había caído de una silla. ¿Trataríase acaso de un aviso de próxima muerte, como aseguraban las comadres del suburbio?

Por la noche, después de una cena taciturna en el luminoso comedor decorado con un empapelado de grandes ramos floridos, Pascal habló de acostarse temprano, dado que Clotilde había de partir al día siguiente por la mañana, en el tren de las diez y cuarto; y se inquietaba por ella, con sólo pensar en la duración del viaje, veinte horas de ferrocarril. Luego, en el momento de meterse en la cama, la dio un beso, obstinándose desde aquella misma noche en volver a su alcoba, para dormir solo. Su solo y firme deseo, según decía, era que Clotilde descansara. Si permanecían juntos, ni uno ni otro cerrarían los párpados, sería aquella una noche pasada en blanco, infinitamente triste. En vano la joven le suplicaba con sus hermosos y tiernos ojos, mientras le tendía sus divinos brazos: Pascal tuvo la extraordinaria fuerza de voluntad de alejarse, besándola en los ojos como a un niño,

arropándola en sus sábanas y recomendándola que fuese razonable y durmiera tranquila. La separación, ¿no era ya un hecho consumado? Haberla poseído una vez más, siendo así que no le pertenecía, hubiera sido para él motivo de vergüenza y de remordimiento. Pero ¡cuán espantoso resultó el retorno a aquella húmeda alcoba, abandonada, donde el frío lecho de su celibato le aguardaba! Le pareció volver a entrar en su ancianidad, que se cernía sobre él para siempre jamás, semejante a una tapadera de plomo. Al principio, echó al viento la culpa de su insomnio. La muerta mansión llenábase de aullidos, de voces implorantes y de voces de cólera que se mezclaban en medio de continuos sollozos. En dos ocasiones se levantó para ir a escuchar a la puerta de la alcoba de Clotilde; nada pudo oír. Descendió luego para cerrar una puerta que golpeaba abajo sordamente, como si la desdicha hubiera estado llamando en las paredes. Ráfagas de viento cruzaban las oscuras piezas; volvió a acostarse helado, tembloroso, asediado por lúgubres visiones. Pero después tuvo conciencia de que aquella fuerte voz que tanto le hacía sufrir y que le arrebatava el sueño, no provenía precisamente del huracanado *mistral*. Era sencillamente la llamada de Clotilde, la sensación de que aún se hallaba allí y de que voluntariamente, se había abstenido de ella. Precipitose entonces en una crisis de desesperado deseo. ¡Dios mío! ¡No tenerla ya jamás a su lado, cuando, con sólo pronunciar una palabra podía aún poseerla siempre y a toda hora! Aquello venía a significar como un desgarrar de su propia carne, la carne joven que le arrebataban. A los treinta años, siempre acaba encontrándose otra mujer. Pero, en la pasión de su agonizante virilidad, ¡qué esfuerzo el suyo para renunciar a aquel cuerpo fresco, transpirando juventud todo él, que tan regiamente se había entregado, que le pertenecía por entero! En por lo menos diez ocasiones, estuvo a punto de saltar del lecho para ir a tomarla de nuevo y guardarla consigo. La horripilante crisis duró hasta el amanecer, en medio del furioso acoso del viento, que hacía temblar la vieja mansión de arriba a abajo.

Eran las seis, cuando habiendo creído que su dueño la llamaba, golpeando en el entarimado, Martine se apresuró a subir. Y llegaba con ese aire vivaz y exaltado que la animaba desde la antevíspera; pero se quedó inmóvil, presa de inquietud y sobrecogimiento, cuando le vio medio vestido, tirado de sesgo sobre la cama, derrumbado, mordiendo la almohada para ahogar sus sollozos. Había querido levantarse, vestirse a toda prisa, pero un nuevo acceso acababa de hacer mella en él, sumido en un vértigo, ahogado por las palpitaciones.

Apenas si había salido de un corto síncope, cuando empezó a balbucear su tortura.

—¡No, no!, no puedo, sufro demasiado... Prefiero morir, morir al instante...

Reconoció, no obstante, a Martine, y no pudo por menos de abandonarse, confesándose a ella, casi falto de fuerzas, anegado y consumido por el dolor.

—Pobrecita mía, sufro demasiado, mi corazón estalla. Y es ella quien se lleva consigo mi corazón, quien desaparece con todo mi ser. Veo que no me es posible vivir sin ella... Esta noche estuve a punto de morir, quisiera desaparecer de este mundo antes de que marchara, para no notar el desgarró de verla abandonarme... ¡Oh, Dios mío!, sé va, y ya no volveré a tenerla jamás; me quedo solo, solo, completamente solo...

Tan alegre como estaba al subir, la criada había adquirido la palidez de la cera; su cara reflejaba dureza y dolor. Por unos instantes estuvo mirando cómo arrancaba las sábanas con sus manos crispadas, hipar su desesperación con la boca pegada a la colcha. Luego, haciendo un repentino esfuerzo, Martine pareció decidirse.

—Pero, señor, no me parece razonable ni mucho menos, tomarse semejante disgusto. Resulta algo francamente ridículo... Puesto que las cosas son como son y no puede pasarse sin la señorita, ahora mismo voy a contarle en qué estado se ha puesto...

Aquella frase motivó el que se alzara violentamente, tambaleante aún, buscando apoyo en el respaldo de una silla.

—¡Se lo prohíbo en absoluto, Martine!

—¡Aviado está si cree que voy a hacerle caso! ¡Para volverle a encontrar medio muerto, llorando sin consuelo...! ¡No, no! ¡Soy yo quien irá en busca de la señorita, para decirle además la verdad y obligarla a que se quede con nosotros!

Pero Pascal, presa de cólera, la había cogido por la muñeca y no la soltaba.

—Le ordeno que se esté quieta, ¿me oye? O tendrá que marcharse con ella... ¿Por qué entró? Me encontraba mal a causa de ese maldito viento. A nadie le incumben mis cosas.

Luego, sin embargo, invadido por un sentimiento de ternura, cediendo a impulsos de su habitual bondad, acabó por sonreír.

—Pobre hijita mía, ¿por qué me hace enfadar? Déjeme hacer lo que debo, para mayor felicidad de todos. Y no diga una sola palabra, me haría mucho daño.

Martine contuvo gruesas lágrimas. Y ya era hora de que hubiese acuerdo, pues Clotilde entró casi en aquel mismo momento; se había levantado

temprano en su prisa por volver a ver a Pascal, esperando sin duda, hasta el último momento, que acabaría por retenerla consigo. También ella tenía los párpados pesados a causa del insomnio; y con su aire inquisitivo, se puso enseguida a mirarle fijamente. Pero, tan deshecho se encontraba él aún, que la joven dejó traslucir su inquietud.

—No, no es nada, te lo aseguro. Hubiera dormido perfectamente incluso, de no haber sido por ese maldito *mistral*... ¿No es verdad, Martine? ¿No se lo estaba diciendo hace un instante?

La criada, con un movimiento de cabeza, le dio la razón. Y Clotilde, a su vez, completaba la ficción al no contarle su noche de lucha y sufrimiento, mientras él agonizaba por su lado. Las dos mujeres, dóciles, no hacían otra cosa que obedecer y ayudarle, en su abandono de sí mismo.

—Escucha un instante —prosiguió Pascal, abriendo su mueble-escritorio — tengo aquí algo para ti... ¡Toma! En ese sobre hay setecientos francos...

Y, aunque ella hizo cuanto pudo por resistirse, Pascal la rindió cuentas. De los seis mil francos de las alhajas, apenas si se habían gastado doscientos, y se quedaba él con cien, para llegar hasta fin de mes, con el estricto ahorro y negra avaricia de que al presente daba pruebas. Procedería enseguida a vender *La Soulejade*, sin pensarlo más; trabajaría y sabría desenvolverse. Pero no quería tocar para nada los cinco mil francos que restaban, porque eran de ella, y volvería a hallarlos en el cajón.

—Maestro, maestro, es mucha la pena que me das...

Él, la interrumpió.

—Así quiero que sea, y eres tú quien acabará por destrozarme el corazón... Andando, son las siete y media. Voy a acordelar tus maletas, puesto que ya están cerradas.

Cuando Clotilde y Martine estuvieron solas, una frente a otra, se miraron unos momentos en silencio. Desde que surgiera la nueva situación, habíanse dado perfecta cuenta de su sordo antagonismo, el claro triunfo de la joven dueña, los oscuros celos de la vieja criada, alrededor del adorado maestro. Parecía hoy que esta última iba a quedar victoriosa. Pero, en ese último minuto, su común emoción acertaba la distancia existente entre una y otra.

—Martine, será preciso no consentir que se alimente como un pobre. ¿Me prometes que tendrá vino y carne todos los días?

—Descuide usted, señorita.

—Y, ya lo sabes, los cinco mil francos que ahí quedan, son suyos. Me imagino que no vas a dejarle morir de hambre estando a su lado. Quiero que le mimes de veras.

—Le repito que sé cuál es mi obligación, señorita, y que nada va a faltarle al señor.

Se hizo un nuevo silencio. Una y otra no cesaban de mirarse.

—Vigila además para que no trabaje demasiado. Me voy muy preocupada, su salud es menos firme desde hace algún tiempo. ¡Cuídale! ¿Me lo prometes?

—Le cuidaré, esté usted tranquila, señorita.

—En fin, en tus manos le confío. Sólo va a tenerte a ti, y lo que me tranquiliza un poco, es saber que le quieres de veras. Quiérole con toda la fuerza de tu corazón, ámale por las dos.

—Sí, señorita, tanto como me sea posible.

Las lágrimas asomaban a sus ojos y Clotilde la dijo aún:

—¿Me das un abrazo, Martine?

—¡Oh!, señorita, ¡con mucho gusto!

Se hallaban la una en brazos de la otra, cuando Pascal entró. Simuló no verlas, para no enternecerse sin duda. En tono de voz muy fuerte, hablaba de los últimos preparativos de la marcha, como hombre trastornado que no quiere que se escape el tren. Había acordado las maletas, el tío Durieu acababa de llevárselas en su carruaje, y les encontraría en la estación. Sin embargo, apenas si eran las ocho; tenían dos horas largas por delante. Fueron aquellas dos horas de mortal angustia, difíciles de consumir por entrañar un vacío, de doloroso trajinar, con la amargura cien veces rumiada de la ruptura. El almuerzo, apenas si duró un cuarto de hora. A continuación fue preciso levantarse, para volverse a sentar enseguida, naturalmente. Los ojos no se apartaban del reloj. Los minutos parecían eternos a través de la lúgubre casa, como si de una agonía se tratase.

—¡Ah! ¡Qué maldito viento! —dijo Clotilde, ante una ráfaga del *mistral* que había hecho gemir todas las puertas.

Pascal se acercó a la ventana, y estuvo contemplando la desenfrenada fuga de los árboles bajo la tempestad.

—Desde esta mañana, parece haber aumentado aún. Tendré que empezar a preocuparme por la techumbre, pues han empezado a volar tejas.

Ya no se hallaban juntos, puede decirse. Tan sólo prestaban atención a aquel furioso viento, barriéndolo todo, llevándose consigo su vida.

Por fin, a las ocho y media, Pascal dijo simplemente:

—Va siendo hora, Clotilde.

La joven se levantó de la silla en que estaba sentada. Echaba en olvido a cada momento que tenía que partir. De pronto, la espantosa certidumbre

volvió a hacer acto de presencia en su mente. Le miró fijamente por última vez, sin que Pascal abriera los brazos para retenerla. Todo había concluido. Y, a partir de aquel instante, su semblante quedó como muerto, fulminado.

Al principio, cambiaron entre sí frases banales.

—Me escribirás, ¿no es eso?

—Desde luego, y tú también, mándame noticias lo más a menudo posible.

—Si estuvieras enfermo sobre todo, llámame enseguida.

—Te lo prometo. Pero, no tengas cuidado, me siento fuerte.

Luego, en el momento de abandonar aquella casa tan querida, Clotilde la envolvió por entero en una mirada vacilante. Y se echó sobre el pecho de Pascal, al que conservó entre sus brazos, balbuceante.

—Quiero abrazarte, quiero agradecerte... Maestro, eres tú, quien me forjó tal cual soy. Como tuviste ocasión de repetir muchas veces, supiste corregir mi ley de herencia. ¿Qué hubiera sido de mí, allá, en el medio ambiente donde creció Maxime...? Sí, no te quepa duda, si algo valgo, a ti sólo lo debo, a ti que me has trasplantado en esta casa donde imperan la verdad y la bondad, donde me has hecho crecer digna de tu ternura... Hoy, después de haberme tomado y colmado con tus virtudes, quieres que me vaya. Hágase tu voluntad, eres mi maestro y te obedezco. Igualmente te amo y te amaré siempre.

La estrechó contra su corazón, y respondió diciendo:

—Sólo deseo tu bien, acabo simplemente la obra que empecé.

Y, en medio de aquel último beso, un beso desgarrador y emotivo a más no poder, ella suspiró en voz muy baja:

—¡Ah! ¡Si hubiéramos podido tener un hijo!

Entonces, con un tono de voz más bajo aún, en un sollozo propiamente, le pareció a ella oír balbucear palabras confusas.

—Sí, la tan soñada obra, la sola verdadera y buena, la que no pude llegar a hacer... Perdóname, trata de ser dichosa.

La anciana señora Rougon se hallaba en la estación, muy contenta, muy vivaz, pese a sus ochenta años. Sentíase triunfante, creía tener al hijo a su merced. Cuando vio que uno y otra estaban como alelados, ella en persona se encargó de todo, cogió el billete, hizo facturar los bagajes, instaló a la viajera en un compartimento reservado para señoras. Seguidamente, se puso a hablar largo y tendido de Maxime, dio instrucciones y exigió que se la tuviera al corriente. Pero el tren no partía, y transcurrieron aún cinco minutos durante los cuales Pascal y Clotilde permanecieron cara a cara y sin decirse ya nada. Por fin, todo dio la impresión de naufragar, hubo allí abrazos, un fuerte ruido de ruedas, pañuelos que se agitaban.

De pronto, Pascal se dio cuenta de que estaba solo en el andén, mientras, allí abajo, el tren había desaparecido en un recodo de la línea. No quiso entonces escuchar a su madre, sino que emprendió carrera, un galope furioso de jovenzuelo; subió la pendiente, saltó las bancadas de piedras secas, y en tres minutos se encontró en la terraza de *La Soulejade*. El *mistral* azotaba allí en serio, formando una ráfaga gigantesca que doblegaba los cipreses centenarios como si fueran pajas. En el descolorido cielo, parecía el sol estar como cansado del impetuoso viento cuya violencia venía restregándole la cara desde hacía seis días. Y, semejante a los descabellados árboles, Pascal aguantaba firme, con sus ropas pegando chasquidos cual si fuesen banderas, con su barba y sus cabellos revueltos, fustigados por la tempestad. Entrecortado su aliento, con las dos manos puestas sobre el corazón para contener los latidos, contemplaba a lo lejos huir el tren, a través de la rasa llanura, un tren muy chiquitín que el *mistral* parecía ir a barrer, lo mismo que una rama de hojas secas.

XII

DESDE el día siguiente, Pascal se encerró en el fondo de la grande y vacía mansión. Cortó en seco sus salidas, abandonando por completo las escasas visitas que aún venía haciendo como médico; vivió allí de la mañana a la noche, con puertas y ventanas cerradas, en medio de una soledad y de un silencio absoluto. Y tenía dada a Martine la orden formal, de no dejar entrar a nadie, bajo ningún pretexto.

—Pero, señor, ¿y si viene su madre, la señora Felicité?

—Mi madre menos aún que los demás. Tengo mis razones para ello... Le dices que estoy trabajando, que necesito recogerme y que la ruego me excuse.

En tres ocasiones, la señora Rougon hizo acto de presencia. Gritaba y echaba pestes en la planta baja; Pascal la oía cómo levantaba la voz hasta irritarse, queriendo forzar la consigna. Luego, el ruido parecía calmarse y ya no quedaba sino un cuchicheo de queja y de conspiración entre ella y la criada. Y, ni una sola vez sintió la tentación de ceder, ni se inclinó en lo alto de la barandilla para gritarla que subiera.

Un día, Martine se aventuró a decirle:

—Escuche, señor, ¿no le parece algo duro, con perdón, eso de negar la entrada a su madre? Y tanto más cuanto que la señora Felicité viene animada de los mejores sentimientos, pues sabe lo afligido que está el señor y no insiste más que en ofrecerle sus servicios.

Exasperado él entonces, se puso a gritar:

—Dinero, dinero, ¡pero, si no lo quiero! ¿Me oyes...? Trabajaré, sabré ganarme la vida, ¡qué diablos!

El problema del dinero, no obstante, se iba haciendo apremiante. Se obstinaba en no tocar un solo céntimo de los cinco mil francos que seguían encerrados en el mueble-escritorio. Ahora que estaba solo, tenía en completo abandono cuanto hacía referencia a la vida material, hubiérase contentado con pan y agua; y, cada vez que la criada le hablaba de comprar vino, carne o cualquier golosina, Pascal se encogía de hombros: ¿para qué? Quedaba un mendrugo de la víspera, ¿no era suficiente acaso? Pero ella en su ternura

hacia aquel amo al que veía padecer, se desolaba con aquella avaricia más ruda todavía que la suya, con la desnudez de hombre mísero en que se hallaba sumido, junto con la casa entera. Se vivía mejor en las casas de los obreros del suburbio. Por tal razón y durante un día entero pareció librarse en Martine un terrible combate interior. Su cariño de perro dócil luchaba contra su pasión por el dinero, amasado céntimo a céntimo, oculto en Dios sabe dónde, haciendo hijitos, como ella decía. Mejor hubiera preferido entregar su propia carne. Mientras su dueño no fue sólo en sufrir, ni tan siquiera se le había ocurrido la idea de tocar su tesoro. Y significó un extraordinario heroísmo la mañana en que, llevada a un último extremo, viendo su cocina fría y la despensa vacía, desapareció por espacio de una hora, para volver luego con provisiones y el cambio de un billete de cien francos.

Pascal, que bajaba en aquel preciso momento, quedó asombrado; y le preguntó de dónde procedía aquel dinero, ya fuera de sí y dispuesto a echarla a la calle, en la creencia de que había ido a casa de su madre.

—¡No, no! ¡No es eso, señor! —balbuceó la sirvienta—, no es nada en absoluto de lo que se imagina.

Y acabó por soltarle la mentira que llevaba preparada.

—Piense que al señor Grandguillot llevan trazas de arreglárselo las cuentas, o por lo menos así lo parece... Se me ocurrió esta mañana ir a echar un vistazo y me dijeron que lo más probable es que le devuelvan algo, y que podía retirar cien francos... Sí, e incluso les bastó con un recibo mío. Más adelante ya regularizará usted todo ello.

Pascal no pareció sorprenderse gran cosa. Ella confiaba en que no se le ocurriría desplazarse para comprobar el hecho. Experimentó, no obstante, un alivio al ver la indolente facilidad con que se tragaba su invención.

—¡Ah! ¡Tanto mejor! —exclamó—. Bien decía yo que no había que desesperar. Eso me dará tiempo para organizar mis negocios.

Sus negocios consistían en la venta de *La Souleiade*, que tan sólo de un modo confuso había concebido. Pero ¡qué espantosa pena, abandonar aquella casa donde Clotilde había crecido, y en la que había vivido junto a ella por espacio de cerca de dieciocho años! Se había concedido a sí mismo dos o tres semanas de tiempo para reflexionar. Y cuando tuvo ya esa esperanza de recuperar algo de su dinero, dejó de pensar en la hipotética operación. Entregose de nuevo a su peculiar abandono, comía lo que Martine le servía, no dándose cuenta tan siquiera del estricto bienestar que la criada volvía a sembrar a su alrededor, de rodillas, en perenne adoración, desgarrada el alma por tener que tocar su pequeño tesoro, pero dichosa en el fondo con poder

alimentarle, sin que él sospechara por un solo momento que si vivía decorosamente lo debía a ella.

Por lo demás, no era gran cosa lo que Pascal la recompensaba por su sacrificio. Se enternecía enseguida, lamentaba sus violencias; pero, dado el estado de desesperada fiebre en que Pascal vivía, eso no le impedía volver a empezar a cada momento, emprenderla con ella por razón del más mínimo descontento. Una tarde en que había oído una vez más charlar a su madre ininterrumpidamente, en el fondo de la cocina, el doctor sufrió un acceso de cólera.

—Escúchame bien, Martine, no quiero que mi madre vuelva a entrar en *La Souleide*... ¡Con sólo una vez que la dé acogida abajo, puede darse por despedida!

Sobrecogida, Martine permanecía inmóvil. En los treinta y dos años que llevaba sirviéndole, jamás la había amenazado de aquella manera con el despido.

—¡Oh, señor! ¿Tendría usted el valor para hacerlo? Pues tenga por seguro que yo no me iría; antes me quedaba plantada en la puerta, de través.

Ya en aquellos momentos, se sentía Pascal avergonzado por su arrebató y procuró comportarse más suavemente.

—Me sé de memoria lo que está sucediendo. Si mi madre viene por aquí es para catequizarla, viendo la manera de azuzarla contra mí, ¿no es así...? Sí, está al acecho de mis papeles, quería robarlo todo, destruir cuanto tengo allá, en el armario. La conozco divinamente, cuando se propone algo, lleva su empeño hasta el final... Pues bien, le autorizo para que la diga, que yo por mi parte vigilo, y que no la dejaré acercarse al armario, mientras me quede un hálito de vida. Por lo demás, la llave está aquí, en mi bolsillo.

Y es que, en efecto, todo su terror de sabio acosado, hacía de nuevo acto de presencia en él. Desde que vivía solo, tenía la sensación de un renaciente peligro a su alrededor, de un continuo acecho, dirigido y organizado en la sombra. El círculo iba estrechándose en verdad, y si se mostraba brusco contra aquellas tentativas de invasión, era en gran parte porque no se equivocaba en absoluto respecto de tales auténticos proyectos y porque tenía miedo de mostrarse débil llegado el momento. En cuanto la madre sentara allí sus reales, le iría captando poco a poco hasta llegar a suprimirle. Por tal razón, las consabidas torturas volvieron a hacer mella en él, se pasaba los días en continua vigilancia; cerraba él mismo las puertas, llegada la noche, y se levantaba después muy a menudo, para cerciorarse de que no se forzaban las cerraduras. Su principal preocupación consistía en que, la criada, conquistada

al efecto por la madre, y creyendo así asegurar la eterna salvación de su amo, no llegara a abrirla. Imaginaba ver los legajos ardiendo, en la chimenea; montaba la guardia a su alrededor, presa de una pasión dolorosa, de una desgarrada ternura hacia aquel helado montón de papeles, respecto de aquellas frías hojas de manuscritos, por los que había consentido en sacrificar la mujer, y que se esforzaba en amar lo bastante para olvidar el resto.

Desde que Clotilde ya no estaba allí, Pascal se entregaba por entero al trabajo, trataba de anegarse y de perderse en él. Si se encerraba, si no había vuelto a poner los pies en el jardín, si, un día en que Martine había subido para anunciarle al doctor Ramond, Pascal había tenido la fuerza de voluntad suficiente para contestar que no podía recibirle, todo ese áspero afán de soledad no tenía otra finalidad que anonadarse en el fondo de una incesante labor. ¡Con qué gusto no hubiera abrazado a ese pobre Ramond!, convencido como estaba del delicado sentimentalismo que le hacía acercarse a él, con vistas tan sólo a consolar a su viejo maestro. Pero ¿por qué perder una hora? ¿Por qué aventurarse en sufrir emociones y en verter lágrimas, de las que forzosamente saldría acobardado? En cuanto amanecía, se sentaba a su mesa; allí se pasaba la mañana y la tarde, y con frecuencia permanecía hasta avanzada hora, previo haber encendido la lámpara. Trataba de realizar su antiguo proyecto: reajustar toda su teoría de la herencia sobre la base de un nuevo plan, valerse de los legajos y de los datos proporcionados por su familia, para llegar a sentar las leyes según las cuales, en un grupo de seres, la vida se distribuye y se conduce matemáticamente de uno a otro hombre, teniendo en cuenta los medios: vasta biblia, génesis de las familias, de las sociedades, de la humanidad entera. Esperaba que la amplitud de un tal plan, el esfuerzo preciso para la realización de una idea tan colosal, le poseería por completo, devolviéndole su salud, su fe, su orgullo, el superior goce en suma de la obra realizada. Pero, por mucho que quiso apasionarse, entregándose sin reservas y con encarnecimiento a su trabajo, lo único que conseguía era rendir su cuerpo y su espíritu; pese a todo seguía abstraído con el espíritu ausente de su tarea, cada día más desesperado y enfermo. ¿Tratábase, pues, de una definitiva quiebra del trabajo? Él, cuya existencia había devorado el trabajo, al que consideraba como único motor, benefactor y única fuente de consuelo, ¿veríase acaso forzado a sacar la conclusión de que amar y ser amado, supera a todo en el mundo? Sumíase a cada momento en profundas reflexiones, continuaba bosquejando su nueva teoría del equilibrio de fuerzas, que consistía en establecer que todo lo que el hombre recibe en sensación, debe devolverlo en movimiento. ¡Cuán normal, plena y dichosa no resultaría la

vida si se hubiera podido disfrutarla por entero, con un funcionamiento de máquina bien regulada, devolviendo en fuerza lo que queda en combustible, manteniéndose ella misma pujante y hermosa a virtud del juego simultáneo y lógico de todos sus órganos! Veía allí tanto un trabajo físico como labor intelectual, lo mismo sentimiento que raciocinio, la parte asignada a la función genética y la correspondiente a la función cerebral, sin apreciarse jamás fatiga ni de una ni de otra parte, pues el agotamiento no es otra cosa que el desequilibrio y la enfermedad. ¡Sí, sí! ¡Volver a empezar la vida y saberla vivir, cavar la tierra, estudiar el mundo, amar a la mujer, llegar a la perfección humana, a la ciudad futura de la universal dicha, por mediación del justo empleo del ser entero! ¡Qué hermoso testamento dejaría con ello un médico filósofo! Y ese sueño lejano, aquella teoría entrevista acababa de sumirle en la amargura, ante la sola idea de que, ahora ya no significaba él otra cosa que una fuerza derrochada y perdida.

En el fondo mismo de su entristecimiento, existía en Pascal esa sensación dominante de que era un hombre acabado. El constante lamento por no tener a Clotilde junto a sí, el dolor de no poseerla ya, la certidumbre de no volverla a gozar jamás, invadían su espíritu a cada nueva hora que pasaba, cual dolorosa ola que lo arrastrase todo. El trabajo había sido derrotado, dejaba a veces caer su cabeza sobre la página empezada y se ponía a llorar durante horas enteras, sin sentirse con valor para coger de nuevo la pluma y reemprender su labor. Su encarnizamiento en la tarea, sus jornadas de voluntario anonadamiento desembocaban en noches terribles, noches de ardiente insomnio, durante las cuales mordía las sábanas, para no empezar a soltar gritos llamando a Clotilde. En aquella entristecida casa, donde quiera que quisiera encerrarse allá se encontraba la joven. Topaba con ella al atravesar cualquier pieza, sentada en todas las sillas, de pie tras todas las puertas. Abajo, en el comedor, no podía sentarse a la mesa sin imaginarse que la tenía frente a sí. Arriba, en el gabinete de trabajo, continuaba siendo la compañera colaboradora de siempre; era tanto lo que había vivido encerrada, también ella, en aquella misma habitación, que su imagen parecía emanar de las cosas: la evocaba incesantemente a su lado, erguida y esbelta ante su pupitre, inclinada junto a un dibujo al pastel, con su delicado perfil. Y si no se apresuraba a salir huyendo de aquella querida y torturante obsesión, era porque tenía la certidumbre de volverla a encontrar asimismo donde quiera que fuese, en el jardín, pensativa al borde de la terraza, siguiendo con paso calmoso los senderos del pinar, sentada y solazada bajo los plátanos, con el eterno canto de la fuente, tendida al aire libre al llegar la hora del crepúsculo, con la

mirada perdida, observando las estrellas. Pero existía para él sobre todo un lugar de deseo y de terror, un santuario donde no entraba sino temblando: la alcoba en que se le había entregado, donde habían dormido juntos. Conservaba la llave en su poder, ni un solo objeto había cambiado allí de sitio, desde la triste mañana de la marcha; y una enagua olvidada en el último instante, todavía arrastraba por su sillón. Estando allá, respiraba hasta su aliento, su fresco olor de juventud, conservado en el aire como un perfume. Abría sus desatinados brazos y los estrechaba sobre su fantasma que aparecía flotando en la suave media luz de los cerrados postigos, en medio del empalidecido color rosado de la vieja indiana de las paredes, color de aurora. Sollozaba ante los muebles, besaba el lecho, el sitio marcado donde se dibujaba el divino arrebató de su cuerpo. Y el gozo de hallarse allí, su lamento de no volver a ver en aquel sitio a Clotilde, la violenta emoción que ello implicaba le consumía hasta tal extremo, que no osaba a acercarse todos los días a aquel temible lugar, prefiriendo acostarse en su fría alcoba donde sus insomnios no se la mostraban tan cercana y viviente.

En medio de su obstinado trabajo, existía para Pascal otro grande y doloroso goce: las cartas de Clotilde. Le escribía con regularidad, dos veces por semana, largas misivas de ocho a diez páginas, en las que le relataba su vida cotidiana. No parecía que fuera muy dichosa en París. Maxime, que ya no abandonaba su sillón de inválido, debía torturarla con exigencias de niño mal educado y enfermo, pues ella daba la impresión de hablar como reclusa, montando siempre la guardia a su lado, no pudiendo acercarse a las ventanas para echar un vistazo sobre la avenida, por donde trajinaba la mundana ola de los paseantes del Bosque; y, por algunas de sus frases, se adivinaba que el hermano, después de haberla reclamado con tanta impaciencia, sospechaba ya de ella, empezaba a cogerla desconfianza y animadversión, lo mismo que le ocurría con cuantas personas le servían, en su continua preocupación de ser explotado y desvalijado. Por dos veces, había tenido ocasión de ver a su padre, muy alegre siempre, rebosando negocios, convertido al credo de la República, en pleno triunfo político y financiero. Saccard la había cogido aparte para significarle que aquel pobre Maxime resultaba realmente insoportable y que demostraba tener un valor a toda prueba, prestándose a ser su víctima. Como a Clotilde no le resultaba posible atender a todo, Saccard había tenido incluso la atención, al día siguiente, de enviar a la sobrina de su peluquero, una muchachita de dieciocho años, llamada Rose, muy rubia, de cándido aspecto, para que le prestase ayuda en su tarea de cuidar al enfermo. Por lo demás, Clotilde no se quejaba en absoluto, afectaba por el contrario

mantener un estado de espíritu siempre igual, como satisfecha y resignada con la vida que llevaba. Sus cartas estaban llenas de valentía, sin reflejar cólera alguna por la cruel separación, sin desesperados llamamientos a la ternura de Pascal, para que reclamara de nuevo su presencia. Entre líneas, sin embargo, ¡cómo la presentía, estremecido y revuelto su ánimo, impelida totalmente hacia él, presta a la locura de volverse inmediatamente y a la menor indicación!

Y era precisamente ese arranque propio que implícitamente se le pedía, lo que Pascal no quería traslucir en sus cartas. Las cosas acabarían arreglándose, Maxime se acostumbraría a su hermana, el sacrificio debía ser consumado hasta el final, ahora que ya había sido dado el paso principal. Una sola línea que hubiera él escrito, movido por la debilidad de un instante, y el beneficio del esfuerzo realizado podía considerarse perdido, dando lugar con ello a que la miseria empezase de nuevo. Jamás había precisado de un valor tan enorme, cuando tenía que contestar a Clotilde. Durante sus ardientes y desazonadas noches, todo era agitarse y llamarla airadamente; se levantaba para escribir, para reclamar su presencia por telegrama. Luego, al rayar el día, después de haber llorado mucho, su fiebre decrecía; y su respuesta era siempre muy breve, casi fría. Repasaba cada una de sus frases, dispuesto a empezar de nuevo si creía que se había dejado llevar por el sentimentalismo. ¡Qué tortura, no obstante, aquellas espantosas cartas, tan breves, tan extremadamente frías, en las que contrariaba los impulsos de su corazón, con el solo objeto de separarla de él, para hacer recaer en sí mismo todas las faltas y darle a entender que podía olvidarle, puesto que por su parte la olvidaba! Terminaba sudoroso, rendido, como si hubiera llevado a cabo un violento acto de heroísmo.

Estaban en los últimos días de octubre, y hacía ya un mes que Clotilde había marchado, cuando Pascal, cierta mañana, sintió un repentino sofoco. Ya en varias ocasiones había experimentado de ese modo, ligeros ahogos, que él atribuía al exceso de trabajo. Esta vez, sin embargo, los síntomas fueron tan claros, que no le dieron lugar a dudas: un dolor punzante en la región del corazón, que se extendía por todo el pecho y descendía a lo largo del brazo izquierdo, una horrorosa sensación de apabullamiento y de angustia, mientras un sudor frío le inundaba por completo. Tratábase de un ataque de angina de pecho. El acceso en cuestión, apenas si duró más de un minuto; y su primera reacción fue más de sorpresa que de espanto. Con esa ceguera que los médicos suelen conservar a veces respecto de su propio estado de salud, jamás había sospechado que su corazón pudiera hallarse afectado.

En el preciso momento en que ya empezaba a recobrase, subió Martine para decirle que abajo se hallaba el doctor Ramond insistiendo de nuevo en ser recibido. Y Pascal, cediendo quizás a una inconsciente necesidad de saber, exclamó:

—Está bien, que suba, puesto que se empeña. Estaré encantado.

Abrazáronse los dos hombres, y no hubo más alusión a la ausente, a aquella que con su marcha había dejado vacía la casa, que un enérgico y desolado apretón de manos.

—¿A que no se imagina por qué vengo? —exclamó Ramond a renglón seguido—. Es por una cuestión de dinero... Sí, mi suegro el señor Lévêque, el procurador a quien usted conoce, me habló ayer una vez más de los fondos que tenía usted depositados en manos del notario Grandguillot. Y le aconseja insistentemente que se mueva, pues, según se dice, hay gente que consiguió recuperar alguna cosa.

—Pero —dijo Pascal—, sí, ya sé que todo eso está en vías de arreglo. A Martine le adelantaron ya doscientos francos según creo.

Ramond se mostró muy asombrado.

—¡Cómo! ¿Martine? ¿Y sin que haya tenido que mediar usted...? En fin, ¿le parece bien autorizar a mi suegro para que se ocupe de su caso? Él se encargará de poner las cosas en claro, puesto que a usted no le queda tiempo ni humor para ello.

—Autorizo desde luego al señor Lévêque, y dígame que se lo agradezco en el alma.

Después, arreglado ya este asunto, previo constatar el joven doctor su palidez y habiéndole interrogado al respecto, Pascal respondió con una sonrisa:

—Figúrese, mi querido amigo, como que acabo de tener un ataque de angina de pecho... ¡Oh! No crea que es pura imaginación, concurrían todos los síntomas... Y, ¡mire!, aprovechando que está aquí, va a tener la amabilidad de auscultarme.

Al principio, Ramond se negó a ello, afectando tomar a broma lo de la consulta. ¿Acaso un quinto como él iba a tener el atrevimiento de pronunciarse respecto de su general? No dejaba, sin embargo, de examinarle: le encontraba tirante la cara, como angustiada, con un singular espanto en la mirada. Y acabó por auscultarle con mucha atención, con la oreja pegada al pecho durante mucho rato. Transcurrieron varios minutos en el más profundo silencio.

—¿Qué le parece? —preguntó Pascal, cuando el joven médico se enderezó.

Éste, no quiso hablar enseguida. Notaba los ojos del maestro fijos en los suyos. Pero no osó desviarlos; y, ante la sosegada bravura de la pregunta, respondió sencillamente:

—Pues bien, sí, es cierto, creo efectivamente que existe esclerosis.

—¡Ah! Qué caballero es usted no mintiendo. Tuve miedo por un instante de que no me dijera la verdad, cosa que me hubiera disgustado profundamente.

Ramond se había puesto a auscultar de nuevo, diciendo a media voz:

—Sí, el impulso es enérgico, el primer ruido es sordo, mientras que el segundo, por el contrario, resulta estrepitoso... Se nota que el extremo desciende y se ve llevado hacia la axila... Existe esclerosis, o es por lo menos muy probable que la haya...

Luego, volviéndose a enderezar, añadió:

—Teniendo eso, pueden vivirse veinte años.

En muchos casos, sin duda —dijo Pascal—. A menos que no se muera uno de repente, como fulminado por el rayo.

Todavía estuvieron charlando un rato, mostrando ambos su asombro respecto de un extraño caso de esclerosis del corazón, vivido en el hospital de Plassans. Y, cuando el joven médico se marchaba, le anunció que volvería en cuanto tuviera noticias sobre el asunto Grandguillot.

Cuando estuvo solo, Pascal se sintió perdido. Todo estaba claro, las palpitaciones que venía notando desde hacía algunas semanas, sus vértigos, sus sofocos; y existía sobre todo el desgaste del órgano, de su pobre corazón sobrecargado de pasión y de trabajo, ese sentimiento de inmenso cansancio y de próximo fin, respecto del cual ahora ya, no había equívoco posible. Todavía no era miedo lo que experimentaba. Su primer pensamiento acababa de ser que él también, a su vez, pagaba su herencia; que la esclerosis, esa especie de degeneración, constituía su parte de miseria fisiológica, el inevitable legado de su terrible ascendencia. Otros habían visto la neurosis, es decir, la lesión original, convertirse en vicio o en virtud, en genio, en crimen, en embriaguez, en santidad; y otros hubo que murieron tísicos, epilépticos, atóxicos; por lo que a él se refería, había vivido movido por la pasión e iba a morir del corazón. Y ni temblaba, ni se mostraba irritado ya, ante aquella manifiesta herencia, fatal y necesaria sin duda. Por el contrario, apoderábase de él la humildad, la certidumbre de que toda rebelión contra las leyes naturales resulta nefasta. ¿Por qué, pues, en otro tiempo, llegaba a sentirse

triumfante, como arrebatado de alegría, con sólo pensar que no era de la familia, al sentirse diferente y sin ligazón alguna con la misma? Nada resultaba menos filosófico. Tan sólo los monstruos crecen aparte. Y, ser, pertenecer a su familia, ¡Dios mío!, acababa por parecerle tan bueno, tan hermoso, como el pertenecer a otra cualquiera. ¿No se parecían acaso todas ellas entre sí? La humanidad entera, ¿no era idéntica por doquier, con la misma suma de bien y de mal? Muy modesto y sumiso, bajo la amenaza del dolor y de la muerte, llegaba Pascal a aceptarlo todo de la vida.

Desde entonces, vivió obsesionado con la idea de que podía morir de un momento a otro. Y eso acabó de engrandecerle, de elevarle hasta llegar al completo olvido de sí mismo. No cesó de trabajar, pero jamás había comprendido mejor hasta qué punto el esfuerzo realizado debe hallar en sí mismo su propia recompensa, y ello pese a ser el mismo siempre transitorio e incluso quedar inacabada la obra. Una noche, a la hora de cenar, Martine le hizo saber que Sarteur, el sombrerero, antiguo pensionista del Asilo de los Tulettes, acababa de ahorcarse. Toda la velada estuvo pensando en aquel extraño caso, en aquel hombre al que creía haber salvado de la locura homicida, con su medicación de las inyecciones hipodérmicas, y que, presa indudablemente de un acceso, había tenido todavía la suficiente lucidez para estrangularse, en lugar de saltarle al cuello a un transeúnte cualquiera. Parecía estar viéndole tan perfectamente razonable, mientras le aconsejaba que reemprendiera su vida de obrero consciente. ¿En qué consistía, pues, semejante fuerza de destrucción, la necesidad de matar capaz de trocarse en suicidio, es decir la muerte realizando su tarea pese a todo? Con ese hombre desaparecía su último orgullo de médico sanador; y, cada mañana, cuando reemprendía el trabajo, ya no se creía más que un escolar que deletreaba, siempre en busca de la verdad, a medida que ésta retrocede y se ensancha.

Ahora, sin embargo, en medio de esa serenidad, una preocupación le restaba: la ansiedad de saber qué sería de Bonhomme, su viejo caballo, si éste moría después que él. Al presente, el pobre animal, completamente ciego, con las patas paralíticas, no abandonaba un solo momento su lecho de paja. Cuando su dueño iba a verle, le oía, volvía la cabeza, era sensible a los dos fuertes besos que Pascal le plantificaba a uno y a otro lado del morro. Todo el vecindario se encogía de hombros, haciendo constante broma respecto de aquel viejo pariente a quien el doctor se resistía a sacrificar. ¿Sería él, acaso, el primero en abandonar este mundo, con la preocupación de que, con toda seguridad, al día siguiente, llamarían al descuartizador? Y, una mañana, cuando el doctor entraba en la cuadra, Bonhomme no pareció oírle ni levantó

la cabeza. El animal estaba muerto, yacía con aire apacible, como aliviado por haber muerto allí, dulcemente. Su amo se había arrodillado, y le besó por última vez para decirle adiós, mientras dos gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas.

Y fue precisamente aquel día cuando Pascal fijó su atención una vez más en su vecino, el señor Bellombre. Se había acercado a una ventana, y desde allí estuvo observándole por encima de la tapia del jardín, al pálido sol de los primeros días de noviembre, dando su acostumbrado paseo; y la visión del anciano profesor, llevando una vida tan perfectamente dichosa, le produjo al principio asombro. Parecíale no haber pensado jamás en semejante cosa, en que allí enfrente tenía a un hombre de setenta años, sin mujer ni hijos, sin un perro tan siquiera, y que sacaba toda su egoísta felicidad del goce de vivir al margen de la vida. Hizo memoria a continuación y recordó la ira que le inspiraba aquel hombre, sus ironías contra el miedo a la existencia, las catástrofes que le deseaba, su esperanza de que cualquier día le llegaría el castigo, en forma de alguna inesperada pariente que constituiría la venganza. ¡Pero, no! Le hallaba siempre tan lozano, comprendía perfectamente que, durante mucho tiempo aún, continuaría envejeciendo de aquel modo, insensible, avaro, inútil y dichoso. Y, sin embargo, ya no le detestaba, sentía más bien lástima por él, hasta tal punto le juzgaba ridículo y miserable por el hecho de no ser amado. ¡Él, que agonizaba en cambio porque se quedaba solo! ¡Él, cuyo corazón iba a estallar debido al exceso de cariño que sentía hacia los demás! ¡Primero el sufrimiento, la muerte de cuanto existe de vivo en el ser humano!

En la noche siguiente, Pascal tuvo otro ataque de angina de pecho. Duró cerca de cinco minutos, y creyó que acabaría ahogándose, sin haber tenido fuerzas para llamar a la criada. Cuando recobró el aliento, no quiso molestarla, prefirió no hablarle a nadie de aquella agravación de su dolencia; pero, se quedó con el convencimiento de que estaba llegando a su fin y de que acaso no viviría ni siquiera un mes. Su primer pensamiento se encaminó hacia Clotilde. ¿Por qué no la escribía para que se apresurase a acudir a su lado? Precisamente la víspera había recibido una carta de ella, y quería contestarla aquella mañana. Luego, la idea de sus legajos apareció enseguida en su mente. Si moría de repente, su madre se apoderaría de ellos y los destruiría; y no se trataba tan sólo de legajos, sino de sus manuscritos, de todos sus papeles, treinta años de su inteligencia y de su trabajo. Se consumiría de tal modo el crimen que tanto había temido; miedo que por sí solo y durante sus noches de fiebre le había hecho levantarse tembloroso, oído alerta, para

comprobar si le forzaban el armario. Un sudor frío se apoderó nuevamente de él, veíase ya desposeído, ultrajado, las cenizas de su obra lanzadas a los cuatro vientos. E, inmediatamente, su pensamiento volvió a Clotilde, diciéndose a sí mismo que bastaba simplemente con llamarla: con seguridad que acudiría, ella sería quien le cerrase los ojos y sabría defender el que se respetase su memoria. Y al tiempo que así razonaba, ya se había sentado a su mesa de despacho y empezaba a escribirla para que la carta pudiera salir en el correo de la mañana.

Pero cuando Pascal se halló ante la blanca cuartilla y con la pluma entre los dedos, empezó a invadir su ánimo un escrúpulo cada vez mayor, un cierto descontento de sí mismo. El haber pensado en los legajos, el acertado propósito de facilitar a los mismos una guardiana y de salvarlos, ¿no era acaso una sugestión de su propia debilidad, un pretexto que acudía a su imaginación para volver a ver a Clotilde? En el fondo de todo ello, imperaba el egoísmo. Pensaba en sí mismo, no en ella. La vio regresar a aquella pobre mansión, condenada a cuidar a un anciano enfermo; y la imaginó sumida en profundo dolor, en el espanto de su agonía, cuando hubiera de aterrorizarla un día, al caer fulminado junto a ella. ¡No, no! Era ése precisamente el horripilante momento que quería evitarle; serían aquéllas forzosamente duras jornadas de crueles adioses; y a renglón seguido, la miseria, triste regalo que le estaba vedado hacerle, sin considerarse un criminal. El sosiego y la dicha de la muchacha eran los únicos factores a tener en cuenta, ¡qué importaba el resto! Moriría en su madriguera, contento con saberla dichosa. En cuanto a su propósito de salvar los manuscritos, ya vería si se sentía con la fuerza de voluntad bastante para separarse de ellos, enviándoselos a Ramond. E incluso en el caso de que todos sus papeles hubieran de perecer, también a la postre consentía en ello; aceptaba gustoso el que ningún rastro quedase de su persona, incluso sus ideas, con tal de que nada suyo ya, llegase a turbar la existencia de su querida mujer.

Consecuente con sus propios razonamientos, Pascal se puso entonces a escribir una de sus habituales contestaciones, del género que voluntariamente se imponía, de contenido insignificante y casi frío. En su última carta, Clotilde, sin llegar a quejarse de Maxime, daba a entender que el hermano se desinteresaba de ella y que le distraía mucho más Rose, la sobrina del peluquero de Saccard, aquella muchachita extremadamente rubia y de cándida apariencia. Y se estaba temiendo al respecto alguna maniobra del padre, una llamémosla sabia captación alrededor del sillón del inválido, en el que los vicios, tan precoces tiempo atrás, resurgían vivaces, en las cercanías de la

muerte. Pero, pese a su inquietud, no por ello dejaba Pascal de dar muy buenos consejos a Clotilde, repitiéndole a cada momento que su deber consistía en sacrificarse hasta el final. Cuando estampó su firma, las lágrimas le nublaban la vista. Lo que firmaba no era otra cosa que su muerte de animal envejecido y solitario, su desaparición de este mundo, sin un beso, sin una mano amiga. Luego, volvió a asaltarle la duda: ¿estaba en lo cierto dejando que permaneciera allá, en aquel nefasto medio ambiente, donde presentía toda clase de abominaciones alrededor de la joven?

En *La Souleide*, el cartero traía cada mañana las cartas y los periódicos, a eso de las nueve; y cuando escribía a Clotilde, acostumbraba Pascal a estar al acecho, para así estar bien seguro de que no se interceptaba su correspondencia. Ahora bien, aquella mañana, cuando había bajado para entregarle la que acababa de escribir, Pascal se vio sorprendido al recibir de manos del propio cartero una nueva carta de la joven, fuera del ritmo normal y que, por lo tanto, no esperaba. Subió inmediatamente a su gabinete, y ocupando de nuevo su sitio ante la mesa de trabajo, desgarró el sobre.

Y, ya al leer las primeras líneas, sintióse invadido por un fuerte sobrecogimiento, que bien podía calificarse de auténtico estupor. Le escribía Clotilde que estaba encinta de dos meses. Y que, si tanto había vacilado en darle la noticia, era porque quería tener antes una absoluta seguridad. Pero, Pascal, ahora ya, no podía equivocarse, la concepción se remontaba con seguridad a los últimos días de agosto, a aquella feliz noche en que ella le había obsequiado con el regio festín de su juventud, la noche que constituyó el remate de su peregrinación de miseria, llamando de puerta en puerta. En uno de sus ardientes abrazos, ¿no habían sentido acaso pasar la voluptuosidad acrecentada y divina que preconiza el engendro de una criatura? Después del primer mes, desde su llegada a París, empezó a tener sus dudas, creyendo en la posibilidad de un retraso, en una indisposición, perfectamente explicables por lo demás, en medio de la turbación y de los disgustos de su ruptura. Pero, no habiendo visto nada aún al transcurrir el segundo mes, había esperado algunos días más, y ahora ya, estaba más que convencida de su embarazo, que todos los síntomas venían por otra parte a confirmar. La carta era corta, relataba simplemente el hecho, aunque no por ello dejara de aparecer rebosante de un ardiente gozo, de un arranque de infinita ternura, que dejaban traslucir el deseo de un inmediato regreso.

Extraviada su mente, temiendo no haber comprendido bien, Pascal volvió a empezar la lectura de la carta. ¡Un hijo! ¡El hijo que tanto se menospreciaba a sí mismo el no haber podido engendrar, el día de la marcha de Clotilde, en

medio de aquella fuerte y desolada ventolera del *mistral*; cuyo hijo no obstante se hallaba ya allí, que llevaba ella en sus entrañas, cuando él contemplaba, a lo lejos, huir el tren por la rasa llanura! ¡Ah! Aquélla sí era la auténtica obra, la única buena, la sola viviente, la que venía a colmarle de dicha y de orgullo. Sus trabajos, sus temores respecto de la herencia, habían desaparecido por completo. El hijo iba a nacer, ¡poco importaba lo que llegara a ser! ¡El caso es que entrañase la continuación, la vida legada y perpetuada, el reflejo y la proyección de uno mismo! Seguía conmovido hasta el fondo de las entrañas, en un tierno estremecimiento de todo su ser. Reía, hablaba solo en voz alta, besaba locamente la carta.

Pero, un ruido de pasos, hizo que se calmara algo. Volvió la cabeza y vio a Martine.

—Señor, el doctor Ramond está abajo.

—¡Ah! ¡Que suba, que suba!

Seguía la dicha llamando a su puerta. Ramond, desde la puerta gritó alegremente:

—¡Victoria, maestro! Le traigo su dinero, ¡no todo, pero sí una buena suma!

Y se puso a contar lo ocurrido; un caso de agradable e imprevista suerte, que su suegro, el señor Lévêque, había conseguido poner en claro. Los recibos de ciento veinte mil francos que erigían a Pascal en acreedor personal de Grandguillot, de nada hubieran servido, puesto que éste era insolvente. La tabla de salvación había sido hallada en los poderes que el doctor le había enviado un día a petición suya, con objeto de invertir todo o parte de su dinero en préstamos hipotecarios. Como el nombre del mandatario había sido dejado en blanco, el notario, como así suele hacerse a veces, había tomado a uno de sus oficiales como hombre de paja; y de ese modo habían sido localizados ochenta mil francos, colocados en buenas operaciones hipotecarias, concertadas por mediación de una excelente persona y al margen desde luego de los negocios de su principal. Si Pascal se hubiera movido, y formulado la correspondiente reclamación judicial, haría ya mucho tiempo que el embrollo hubiera sido aclarado. En fin, que se metía de nuevo en el bolsillo, cuatro mil francos de renta segura.

Había cogido las manos del joven doctor y se las estrechaba con aire exaltado.

—¡Ah, mi buen amigo! ¡Si usted supiera lo feliz que me siento! Esta carta de Clotilde me proporciona una enorme felicidad. Sí, iba a llamarla para que estuviera a mi lado, pero, con sólo pensar en mi miseria y en las privaciones

que forzosamente había de imponerla, me echaba a perder a mí mismo el regocijo de su vuelta... Y, ¡mira por donde la fortuna me sonrío de nuevo, o cuanto menos en la proporción indispensable para sostener a los míos!

En la expansión de su enternecimiento, había tendido la carta a Ramond, forzándole a leerla. Luego, cuando el joven se la hubo devuelto sonriente, conmovido al verle tan trastornado, cedió a un desbordante impulso de ternura, le estrechó fuertemente entre sus brazos, como a un compañero, igual que si se hubiera tratado de un hermano. Los dos hombres se besaron en las mejillas con cariño y afecto.

—Puesto que la suerte le envía, voy a pedirle un favor más. Como usted sabe perfectamente, desconfío aquí de cuantos me rodean, incluso de mi vieja criada. Y es usted quien va a ponerme este telegrama.

Habíase sentado de nuevo a su mesa de despacho, y escribió simplemente: «Te espero, sal esta noche».

—Veamos —prosiguió Pascal—, hoy estamos a seis de noviembre, ¿no es eso...? Son cerca de las diez, y ella recibirá mi telegrama hacia mediodía. Eso le da tiempo más que suficiente para preparar sus maletas, y coger esta noche el expreso de las ocho, que la dejará en Marsella mañana para la hora del desayuno. Pero, como no existe un inmediato tren de enlace, no podrá llegar aquí hasta mañana siete de noviembre, utilizando el que sale después de Marsella, para llegar a las cinco.

Después de doblar el texto del telegrama, Pascal se había levantado de su asiento.

—¡Dios mío, a las cinco de mañana...! ¡Cuántas horas por delante todavía! ¿Qué voy a hacer hasta entonces?

Luego, invadido de pronto por una preocupación, y poniendo una cara muy seria, añadió:

—Ramond, mi estimado compañero, ¿quiere usted hacerme el gran favor de ser completamente sincero conmigo?

—¿Y a qué viene eso, maestro?

—Sí, usted me entiende perfectamente... El otro día me estuvo usted reconociendo. ¿Cree usted que todavía puedo tirar un año?

Y al expresarse así, tenía su mirada fija en la del joven doctor, lo que impedía a éste apartar sus ojos. Trató Ramond, sin embargo, de escurrirse, tomando la cosa en broma. ¿Y era precisamente un médico quien se atrevía a hacer tal pregunta?

—Se lo ruego, Ramond, obremos con formalidad.

Ramond entonces, le contestó con toda sinceridad que podía muy bien, según él, alimentar la esperanza de vivir todavía un año. Daba sus razones: el estado relativamente poco avanzado de la esclerosis, la perfecta conservación de los demás órganos. Precisaba conceder, naturalmente, el necesario margen a lo desconocido, a lo que no podía preverse, pues el accidente repentino e inopinado siempre resultaba posible. Y ambos llegaron a discutir el caso tan tranquilamente como si se hubieran hallado en consulta, a la cabecera del enfermo, pesando el pro y el contra, dando cada uno sus argumentos, estableciendo de antemano el fatal desenlace, según los índices más calculados y prudentes.

Como si no se hubiera tratado de su propia persona, Pascal había recobrado su sangre fría, su olvido de sí mismo.

—Sí —susurró al fin—, tiene usted razón, un año de vida está dentro de lo posible... ¡Ah! Verá usted, mi querido amigo, lo que yo quisiera, serían dos años; una loca aspiración sin duda, una eternidad de deleite...

Y, entregándose a ese sueño del futuro:

—El hijo nacerá hacia fines de mayo... Sería tan satisfactorio verle crecer un poco, hasta los dieciocho, hasta los veinte meses, ¡no me atrevo a pedir más! El tiempo tan sólo para que se desarrolle algo y pueda dar sus primeros pasos... No es mucho lo que pido, quisiera verle andar, y después, ¡Dios mío! Después...

Su pensamiento quedó redondeado con un ademán. Luego, captado por la ilusión:

—Pero dos años, tampoco me parecen ningún imposible. Yo tuve un caso muy curioso, un carretero del suburbio que llegó a vivir cuatro años, frustrando así todas mis previsiones... Dos años, ¡he de vivir dos años! ¡Precisa que los viva!

Ramond, que había bajado la cabeza, se abstenía ya de contestar. Sentíase nervioso con sólo pensar que se había mostrado demasiado optimista; y el regocijo de su maestro le resultaba violento, llegaba a serle doloroso, como si esa misma exaltación turbando un cerebro en otro tiempo firme, le hubiera advertido de un peligro sordo e inminente.

—¿No quería enviar ese telegrama enseguida?

—¡Sí, sí! Apresúrese usted, mi buen Ramond, y le espero pasado mañana. Clotilde estará aquí, y quiero que venga a darnos un abrazo.

Aquel día se hizo larguísimo. Y, por la noche, hacia las cuatro, cuando Pascal había conseguido por fin quedarse dormido, después de un venturoso insomnio de esperanzas e ilusiones, le despertó brutalmente una crisis

espantosa. Le pareció como si un peso enorme, toda la casa, se hubiera derrumbado sobre su pecho, hasta el punto de que el tórax, achatado, dábale la impresión de juntarse con la espalda; y ya no le era posible materialmente respirar, el dolor le alcanzaba los hombros y el cuello, paralizándole el brazo izquierdo. Por lo demás, su raciocinio se conservaba íntegro, tenía la sensación de que su corazón se paraba, de que su vida estaba a punto de extinguirse, en medio de ese horripilante aplastamiento de torno que le ahogaba por instantes. Antes de que la crisis alcanzase su período agudo, Pascal había tenido fuerzas para levantarse y golpear en el entarimado con un bastón, para hacer subir a Martine. Luego, había vuelto a caer sobre el lecho, sin poder moverse ni hablar, bañado en un sudor frío.

Felizmente, Martine, en el absoluto silencio de la vacía casa, había oído la llamada del doctor. Vistióse a toda prisa, se envolvió en un chal y subió rápidamente con su vela. Era noche cerrada todavía, no tardaría en amanecer. Y, cuando percibió a su dueño, del que sólo los ojos parecían tener vida, que no cesaba de mirarla, con las mandíbulas apretadas, con la lengua trabada y el rostro descompuesto por la angustia, el espanto de la criada fue indecible; se azaró y no pudo hacer otra cosa que lanzarse hacia el lecho, gritando.

—¡Dios mío, Dios mío! ¿Qué es lo que le ocurre, señor...? ¡Contésteme, señor, me da miedo verle así!

Durante un minuto largo, Pascal continuó ahogándose, sin conseguir recobrar su aliento. Luego, el torno que apretaba sus costillas pareció irse aflojando poco a poco, y acabó susurrando muy bajito:

—Los cinco mil francos del mueble-escritorio son de Clotilde... Dile que lo del notario se arregló por fin y que volverá a tener de qué vivir...

Martine, que le había estado escuchando anonadada, se desesperó entonces, confesó su mentira, ignorante como estaba de las buenas noticias traídas por Ramond.

—Señor, precisa que me perdone; he mentado. Pero estaría mal que le siguiera mintiendo... Cuando le vi solo y tan desdichado, eché mano de mi dinero.

—Pobre hijita mía, ¿y tú hiciste eso?

—¡Oh! Confiaba hasta cierto punto en que el señor me lo devolvería un día.

El ataque decrecía, Pascal pudo volver la cabeza y mirarla. Se hallaba estupefacto y enternecido a la vez. ¿Qué había, pues, sucedido en el corazón de aquella solterona avara, que tan duramente había estado amasando su tesoro, por espacio de treinta años, sin jamás haber sacado un céntimo ni para

los demás ni para ella misma? No acababa de comprender aún; quiso simplemente mostrarse reconocido y poner de manifiesto sus buenos sentimientos.

—Eres una mujer admirable, Martine. Todo ese dinero te será devuelto... Estoy convencido de que voy a morir...

Con gesto de rebelión, en un sobresalto de todo su ser, Martine no le dejó acabar; un fuerte grito de protesta salió de sus labios.

—¡Morir, usted, señor...! ¡Morir antes que yo! ¡No quiero que eso suceda, haré cuanto esté en mi mano, lo impediré a toda costa!

Y se había postrado de rodillas delante del lecho, le había cogido con sus temblorosas manos, palpándole para ver dónde le dolía, reteniéndole como si hubiera esperado que nadie se atrevería a arrebatárselo.

—Tiene que decirme lo que le pasa, yo le cuidaré y conseguiré salvarle. Si es necesario que le dé mi vida, se la daré, señor... Puedo pasarme aquí perfectamente los días y las noches. Todavía me siento con fuerzas, seré más fuerte que el propio mal, ya lo verá... Morir, morir, ¡ah, no, eso no es posible de ningún modo! Dios no puede querer semejante injusticia. ¡Es tanto lo que le rogué por usted durante mi existencia, que forzosamente ha de escucharme un poco! ¡Y atenderá a mi súplica, señor, le salvará!

Pascal la miraba, escuchaba atentamente cuanto decía, y una brusca claridad se abrió paso de pronto en él. ¡Aquella infeliz mujer, le amaba, le había amado siempre! Recordaba sus treinta años de ciega devoción, su muda adoración de antaño, cuando le servía arrodillada y él era joven, sus sordos celos contra Clotilde más tarde, todo cuanto en fin había sufrido la pobre inconscientemente en aquella época. Y allí estaba ahora, de rodillas aún, ante su lecho de muerte, con sus grisáceos cabellos y sus ojos color ceniza, enmarcados en su pálida faz de monja atontada por el celibato. Y la comprendía ignorante de todo, sin saber tan siquiera con qué especie o índole de amor le había amado, no amando sino a él por la dicha de amarle, de estar junto a él y de servirle.

Resbalaron lágrimas por las mejillas de Pascal. Una dolorosa compasión, una ternura humana, infinita, desbordaba de su pobre corazón medio destrozado.

—Mi pobre hijita —le dijo—, eres la mejor de las doncellas. ¡Anda! ¡Abrazame para mostrarme el cariño que me tienes, con toda tu alma!

Martine sollozaba a su vez. Dejó caer sobre el pecho del amo, su grisácea cabeza, su rostro por la larga servidumbre. Le abrazó ella entonces desesperadamente, poniendo en ese beso toda su vida.

—¡Bueno está ya! No nos enterezcamos, porque, sábetelo, por mucho que nos afanemos, esto será el fin de todos modos... Si buscas que te quiera, tendrás que obedecerme.

Al principio, se empeñaba Pascal en no permanecer en su alcoba. Le parecía glacial, alta, vacía, oscura. Le habían entrado deseos de morir en la otra alcoba, en la de Clotilde, aquella en que ambos se habían amado, donde él ya no se atrevía a entrar más que con un temblor religioso. Y fue preciso finalmente que Martine tuviese para con él esa última abnegación, que le ayudase a levantarse, viendo de sostenerle para conducirlo luego, tambaleante, hasta el todavía tibio lecho. Había cogido él, de debajo de la almohada, la llave del armario, que guardaba allí cada noche; y puso de nuevo esa llave debajo de la otra almohada, para velar por ella mientras estuviera vivo. Amanecía apenas, la criada había puesto la vela sobre la mesa.

—Ahora que estoy ya acostado y creo respirar un poco mejor, vas a hacerme el favor de ir corriendo a casa del doctor Ramond... Le despiertas y te vienes con él.

Partía ya Martine, cuando se apoderó de él un temor.

—Y, sobre todo, te prohíbo en absoluto que vayas a avisar a mi madre.

Violenta, suplicante, la criada se volvió hacia él.

—¡Oh, señor! La señora Felicité, que tanto me hizo prometerle...

Pero Pascal se mostró inflexible. Toda su vida había sido deferente para con su madre, y creía haber adquirido el derecho de protegerse de ella, en el momento de su muerte. Rehusaba verla. La criada tuvo que jurarle ser muda. Tan sólo entonces recobró él la sonrisa.

—¡Anda rápido...! ¡Oh! Tendrás tiempo de volver a verme vivo, la cosa no va ahora tan deprisa como todo eso.

Alboreaba al fin, un amanecer triste de una pálida mañana del mes de noviembre. Pascal había mandado abrir los postigos; y, cuando se halló solo, estuvo contemplando acrecentarse aquella luz, la del último día que viviría sin duda alguna. Había llovido la víspera, el sol permanecía velado, tibio aún. De los vecinos plátanos llegaba hasta sus oídos todo un despertar de pájaros, en tanto, muy a lo lejos, en el fondo de la adormecida campiña, silbaba una locomotora, en un gemido continuado. Y estaba completamente solo, solo en la espaciosa y melancólica mansión, cuyo vacío percibía alrededor suyo al tiempo que escuchaba su silencio. El día iba avanzando lentamente y su mirada continuaba siguiendo, a través de los cristales de las ventanas, la franja de luz cada vez más ancha y luminosa. A poco, la llama de la vela quedó como anegada y la alcoba se le ofreció a la vista en su integridad.

Esperaba encontrar allí un consuelo, y lo cierto es que no salió decepcionado, pues ese alivio le llegó por mediación del empapelado de la pared, color aurora, de cada uno de los muebles que tan familiares le eran, del amplio lecho donde tanto había amado y donde se había acostado para morir. En la tenebrosa pieza y bajo el alto techo, seguía flotando en el ambiente un puro olor a juventud, una infinita dulzura de amor, que le envolvía por completo, cual caricia fiel y reconfortante.

Pese a todo, y aunque lo agudo de la crisis hubiera cesado, Pascal sufría espantosamente. Un dolor punzante en la caja torácica seguía martirizándole aún, y su brazo izquierdo, entumecido, pesaba sobre su hombro como si fuera de plomo. En la interminable espera del auxilio en cuya busca había ido Martine, Pascal había acabado por concentrar su pensamiento en aquel dolor que martirizaba su carne. Y en el fondo se resignaba, no volvía a hallar la rebelión que se alzaba en él, tiempo atrás, ante el solo espectáculo del dolor físico. Le había exasperado otrora como una crueldad monstruosa e inútil. En medio de sus dudas como persona capaz de curar, no cuidaba ya a sus enfermos más que para combatir la tortura del sufrimiento. Y, si terminaba por aceptarlo, hoy, cuando le martirizaba a él en persona, era sin duda porque ascendía un escalón más en su fe respecto de la vida y hacia esa cima de serenidad, desde donde la existencia aparece totalmente aceptable, incluso con la fatal condición del dolor, que quizás constituye su resorte mismo. ¡Sí!, vivir íntegramente la vida, vivirla y padecerla por entero, sin rebeliones de ninguna especie, sin creer que conseguiríamos mejorarla haciéndola indolora; todo eso aparecía claramente, con extraordinaria viveza, en sus ojos de moribundo, como expresión del máximo valor y de una superior cordura. Y, para engañar su espera, para ver de distraer su mal, analizaba de nuevo sus últimas teorías, pensaba en el medio de hacer útil el sufrimiento, de transformarlo en acción, en trabajo. Si, a medida que se va formando en la civilización, el hombre siente más el dolor, también es absolutamente cierto al mismo tiempo que se convierte en un ser más fuerte, más armado y resistente. El órgano, el cerebro que funciona, se desarrolla, se solidifica, siempre que no sea roto, naturalmente, el necesario equilibrio entre las sensaciones que recibe y el trabajo que rinde. Partiendo de esa base, ¿no cabría concebir el sueño de una humanidad en que la suma del trabajo equivaliese de tal forma a la suma de las sensaciones, que el propio dolor resultara asimismo utilizado y como suprimido?

Alzábase el sol ahora ya; Pascal daba vueltas en su cerebro a semejantes lejanas esperanzas en el semisueño de su dolencia, cuando notó de pronto que

una nueva crisis surgía del fondo de su pecho. Tuvo un momento de ansiedad atroz. ¿Significaba aquello el acabamiento total? ¿Iría a morir solo? Pero, en aquel preciso instante oyéronse pasos rápidos en la escalera. Ramond entró en la habitación, seguido de Martine. Y antes de quedar de nuevo sumido en el sofoco, el enfermo tuvo tiempo de decirle:

—¡Píncheme, inyécteme inmediatamente con agua pura!, y hágalo dos veces, ¡por lo menos diez gramos!

Desdichadamente, el médico tuvo que empezar por buscar la jeringuilla y luego prepararlo todo. Duró todo ello algunos minutos, y el ataque fue de espanto. El joven doctor seguía la agravación con ansiedad, cómo el semblante del enfermo se iba descomponiendo, los labios que se amorataban. Por fin, cuando le hubo dado las dos inyecciones, comprobó que todos aquellos fenómenos, por un momento estacionarios, disminuían a renglón seguido de intensidad, lentamente. También, por esta vez, la catástrofe había sido evitada.

Pero, cuando ya le desapareció el sofoco, Pascal, echando una mirada al reloj de péndola, dijo con su débil y tranquila voz:

—Amigo mío, son las siete... Dentro de doce horas, a las siete de esta tarde, habré muerto.

Y, como sea que el joven doctor intentara protestar, presto a la discusión:

—No, no precisa que mienta. Ha presenciado el ataque y está tan bien informado como yo... Todo sucederá ahora en forma matemática; y, hora por hora, podría describirle las distintas fases del mal...

Se interrumpió para respirar dificultosamente; luego añadió:

—Por lo demás, todo me parece bien, me siento contento... Clotilde estará aquí a las cinco; sólo pido poder llegar a verla y morir entre sus brazos.

Pronto, sin embargo, pudo apreciarse en él una sensible mejoría. El efecto de la inyección era realmente milagroso; y le fue posible incorporarse en el lecho, con la espalda apoyada en los almohadones. La voz tornábasele fácil; jamás la lucidez del cerebro pareció ser mayor.

—Ha de saber, maestro —dijo Ramond—, que no pienso apartarme de su lado. Advertí a mi mujer que pasaríamos el día juntos; y, por mucho que se empeñe en ello, estoy convencido además de que no será el último... ¿No es así?, permita que me instale aquí como si estuviera en mi propia casa.

Pascal sonreía. Dio las oportunas órdenes a Martine, y quiso que ésta se ocupase de preparar el almuerzo para Ramond. Si la necesitaban, ya la llamarían. Y los dos hombres quedáronse solos, en amistosa e íntima charla, el uno acostado, con su gran barba blanca, discurriendo como un sabio,

sentado el otro a la cabecera, escuchando, mostrando la deferencia de un discípulo.

—En verdad —murmuró el maestro, como si hubiera estado hablando consigo mismo— que el efecto de esas inyecciones resulta extraordinario.

Luego, alzando el tono de voz, casi alegremente:

—Ramond, amigo mío, no es quizás un extraordinario regalo el que voy a hacerle, pero voy a dejarle mis manuscritos. Sí, cuando yo ya no exista, Clotilde tiene órdenes de entregárselos... Puede usted rebuscar en ellos, y acaso encuentre cosas no malas del todo. Si algo consigue sacar en limpio algún día, ¡tanto mejor para todo el mundo!

Y tomando aquel tema como punto de partida, otorgó su testamento científico. Tenía la clara conciencia de no haber sido otra cosa que un pionero solitario, un precursor, bosquejando teorías, buscando a tientas en la práctica; fracasando indudablemente, aunque debido sobre todo a su método todavía bárbaro. Recordó su entusiasmo cuando creyó haber descubierto la panacea universal con sus inyecciones de sustancia nerviosa, luego sus chascos, sus desesperaciones, la muerte brutal de Lafouasse, la tisis llevándose consigo a Valentin pese a todo, la locura victoriosa haciendo de nuevo mella en Sarteur y estrangulándole. Por ello, acababa su existencia sumido por completo en la duda, sin tener ya la necesaria fe en el médico capaz de curar, considerándose tan amante de la vida, que había acabado por centrar en ella su única creencia, convencido de que, de la misma tan sólo había de sacar su salud y su fuerza. No quería, sin embargo, cerrarle las puertas al futuro, y estaba contento por el contrario con poder legar su hipótesis a la juventud estudiosa. Cada veinte años, las teorías cambian y no quedaban como inquebrantables más que las verdades adquiridas y sobre las cuales la ciencia seguía edificando. Aunque no hubiera tenido otro mérito incluso que el de aportar la hipótesis de un momento dado, no por ello su trabajo debía considerarse perdido, pues con seguridad que el progreso residía en el esfuerzo, en la inteligencia siempre en marcha. Después, ¿quién podía saberlo?, le bastaba con morir turbado y cansado, sin haber podido realizar su esperanza con las inyecciones: otros obreros de la ciencia vendrían a sustituirle, ardientes en su juventud, convencidos como él, que recogerían la idea, para esclarecerla y ensancharla. Y quizás todo un siglo, todo un mundo nuevo partiese de ese pilar.

—¡Ah!, mi querido Ramond —continuó diciendo el moribundo— ¡si se viviera otra vida...! Sí, volvería a empezar, insistiría sin reposo en mi idea, pues últimamente me sentí impresionado por ese singular resultado capaz de evidenciarme que las inyecciones dadas con agua pura resultaban ser casi

eficaces... Nada importa el líquido que se inyecte, por lo visto no existe ahí sino una acción simplemente mecánica... Todo este último mes, me lo pasé escribiendo sobre el particular. Encontrará usted notas, observaciones curiosas... En suma, hubiera llegado a creer únicamente en el trabajo, en hacer depender la salud del funcionamiento equilibrado de todos los órganos; una especie de terapéutica dinámica, si es que me aventuro a utilizar semejante expresión.

Poco a poco, se iba apasionando; llegaba a olvidar del todo su cercana muerte, para no pensar más que en la curiosidad ardiente de la vida. Y esbozaba, a grandes rasgos, su última teoría. El hombre se hallaba sumergido en un medio ambiente, la naturaleza, que excitaba perpetuamente con sus contactos las terminaciones sensitivas de los nervios. De ahí, la puesta en marcha, no sólo de los sentidos sino de todas las superficies del cuerpo, externas e internas. Eran, por consiguiente, esas sensaciones las que, repercutiendo en el cerebro, en la médula, en los centros nerviosos, transformábase allí en tonicidad, en movimientos y en ideas; y tenía él la convicción de que encontrarse bien, consistía en el ritmo normal de ese trabajo: recibir las sensaciones, convertirlas en ideas y en movimientos, nutrir la máquina humana con el juego regular de los órganos. De ese modo, el trabajo venía a ser la ley fundamental, el regulador del universo viviente. Partiendo de esa tesis, si el equilibrio se rompía, si las excitaciones venidas de fuera dejaban de ser suficientes, hacía-se preciso entonces que la terapéutica crease otras artificiales, de modo y manera que así quedase restablecida la tonicidad, que era el estado de perfecta salud. E imaginaba toda una nueva medicación: la sugestión, la omnipotente autoridad del médico sobre los sentidos; la electricidad, las fricciones, el masaje sobre la piel y los tendones; los regímenes alimenticios para el estómago; las curas al aire libre, sobre las altas mesetas, para los enfermos del pulmón; en fin, las transfusiones, las inyecciones de agua destilada para el aparato circulatorio. La acción innegable y puramente mecánica de estas últimas era lo que le había señalado la senda; lo que ahora hacían no era otra cosa que extender la hipótesis, a impulsos de su espíritu generalizador; veía de nuevo salvado al mundo a virtud de ese perfecto equilibrio: tanto trabajo desarrollado como sensación recibida, el vaivén del inundo restablecido en su eterna labor.

A continuación, se puso a reír resueltamente.

—¡Bueno está! ¡Ve-o que volví a salirme del carril...!

¡Y estoy hablando así yo, convencido como estoy en el fondo de que lo único cuerdo es abstenerse de intervenir, dejar que la naturaleza actúe por sí

misma! ¡Ah! ¡Siempre vuelve a surgir en mí el viejo e incorregible loco!

Pero Ramond le había cogido las manos, en un arranque de ternura y admiración.

—¡Maestro, maestro! ¡Con pasión y locura como las tuyas, es tan sólo posible que nazca el genio...! Nada tema, le estuve escuchando, trataré de ser digno de su herencia; y, creo además como usted, que acaso el gran porvenir de la medicina se encuentra precisamente ahí.

En la enternecida y sosegada alcoba, Pascal se puso a hablar de nuevo, con la decidida tranquilidad de un filósofo moribundo que está dando su última lección. Volvía ahora sobre sus observaciones personales, explicando que, muy a menudo, él mismo había conseguido curarse mediante el trabajo, un trabajo reglamentado y metódico, sin excesos. Estaban dando las once, quiso que Ramond almorzara, y siguió la conversación desde muy lejos, hablando en voz alta, mientras Martine servía. El sol había acabado por horadar las grisáceas nubes de primeras horas de la mañana; un sol medio velado aún y muy suave, cuya dorada sábana templaba la amplia pieza. Luego, cuando hubo acabado de tomar algunos tragos de leche, se calló.

En aquel momento, el joven médico comía una pera.

—¿Siente dolor nuevamente?

—No, no, acabe de comer.

No le fue posible, sin embargo, seguir mintiendo. Tratábase de un ataque y además terrible. Le vino el sofoco de un modo fulminante, haciéndole caer sobre la almohada, con el rostro ya amoratado. Con las dos manos había agarrado fuertemente la sábana y se aferraba a ella como intentando encontrar allí un punto de apoyo que le permitiera sostener la espantosa masa que le aplastaba el pecho. Aterrado, lívido, tenía los ojos abiertos de par en par, fijos en el reloj de péndola, con una horripilante expresión de desesperación y de dolor. Y, durante diez largos minutos, estuvo a punto de expirar.

Inmediatamente, Ramond se apresuró a inyectarle. El alivio tardó en producirse, la eficacia era sin duda menor.

Gruesas lágrimas aparecieron en los ojos de Pascal, en cuanto se sintió revivir. Todavía no hablaba, se limitaba a llorar. Después, mirando siempre el reloj con sus nublados ojos, exclamó:

—Mi buen amigo, a las cuatro habré dejado de existir; no podré llegar a verla.

Y, como sea que Ramond, para distraer su mente, y contrariando la evidencia, afirmase que el final no estaba tan cercano como todo eso, Pascal se sintió nuevamente presa de su pasión de sabio y quiso dar a su joven colega

una última lección basada en la observación directa. Había atendido varios casos parecidos al suyo, recordaba sobre todo haber disecado, en el hospital, el corazón de un pobre anciano afectado de esclerosis.

—Creo estar viendo mi corazón... Tiene un color de hoja seca, las fibras están a punto de partirse, diríase que ha adelgazado a pesar de haber aumentado algo de volumen. El proceso inflamatorio ha debido endurecerlo, resultaría difícil cortarlo...

Y continuó hablando en un tono de voz más bajo. En aquel preciso instante había notado cómo su corazón se ablandaba, haciéndose sus contracciones más fofas y lentas. En vez del chorro de sangre normal, ya no salía por la aorta más que una baba roja. Detrás suyo, las venas aparecían cebadas de sangre negra, el sofoco iba en aumento a medida que iba retardándose la bomba aspirante e impelente, reguladora de toda la máquina. Y, después de la inyección, le fue posible seguir, a pesar de su dolor, el despertar progresivo del órgano, el latigazo que le había puesto de nuevo en marcha, barriendo la sangre negra de las venas, insuflando otra vez la fuerza con la sangre roja de las arterias. Pero la crisis iba a reaparecer, en cuanto el efecto mecánico de la inyección hubiera cesado. Podía predecirla con escasos minutos de error. Gracias a las inyecciones todavía padecería tres crisis. La tercera se lo llevaría consigo; moriría al dar las cuatro.

Después, con voz cada vez más débil, experimentó una última reacción de entusiasmo sobre la valentía del corazón, de ese obrero obstinado de la vida, dedicado incesantemente al trabajo durante todos los segundos de la existencia, incluso en las horas de sueño, cuando los otros órganos, más perezosos, se entregan al reposo.

—¡Ah, bravo corazón! ¡Cuán heroicamente luchas...! ¡Qué fe la tuya, qué generosidad la de ese músculo que jamás se cansa...! Amaste demasiado, latiste en exceso, y por eso te rompes, bravo corazón que no quieres morir y que te rebelas por querer seguir latiendo.

Pero, la primera de las anunciadas crisis se produjo al instante. Y, por lo que se refiere a esta vez, Pascal no salió más que para quedar jadeante, con la mirada hosca y el habla penosa a la vez que silbante. Dejaba escapar sordos quejidos, no obstante su entereza: ¡Dios mío! ¿Por qué no acabará esta tortura? Y, sin embargo, sólo le animaba un ardiente deseo: prolongar su agonía, vivir lo bastante para abrazar por última vez a Clotilde. ¡Ojalá se equivocara en sus cálculos, como Ramond se obstinaba en repetirle! ¡Si pudiera vivir tan siquiera hasta las cinco! Sus ojos estaban vueltos hacia el reloj, no cesaba de mirar las agujas, dándole a los minutos una importancia de

eternidad. En otro tiempo habían bromeado con frecuencia respecto de ese reloj estilo Imperio, un hito de bronce dorado, apoyado en el cual sonreía complaciente el Amor al Tiempo dormido. Indicaba las tres y media. Dos horas de vida tan sólo, ¡dos horas más de vida, Dios mío! El sol se ponía en el horizonte, una profunda calma parecía desprenderse del pálido cielo de invierno; y el moribundo escuchaba, a cada momento, las lejanas locomotoras que silbaban a través de la rasa llanura. Ese tren era el que iba a los Tulettes. El otro, el que venía de Marsella, ¡jamás llegaría!

A las cuatro menos veinte, Pascal hizo señas a Ramond para que se acercara. Ya no hablaba lo bastante fuerte, y no había manera de oírle.

—Para que pudiera vivir hasta las seis, precisaría que el pulso fuera menos bajo. Tenía todavía alguna esperanza, pero veo que esto se acaba...

Y, en medio de un leve murmullo, nombró a Clotilde. Era aquel un adiós balbuceante y desgarrador, reflejo de la espantosa pena que le causaba el no poder volver a verla.

Seguidamente, reapareció en su mente la preocupación por los manuscritos.

—No se aparte de mi lado... La llave está debajo de mi almohada. Dígale a Clotilde que la coja, le tengo dadas órdenes concretas.

A las cuatro menos diez, una nueva inyección ya no produjo efecto alguno. E iban a dar las cuatro, cuando hizo su aparición la segunda crisis. Bruscamente, después de un tremendo sofoco, se lanzó fuera del lecho, quiso levantarse, caminar, en un súbito despertar de sus fuerzas. Una necesidad de espacio, de claridad, de aire libre, le impulsaba a avanzar. Surgió a continuación un llamamiento irresistible de la vida, de toda su vida, que el desdichado creía oír llegar hasta él del fondo de la sala vecina. Y hacia allí se dirigía presuroso, tambaleante, sin poder soportar su ahogo, encorvado del lado izquierdo, agarrándose a los muebles.

Con la máxima rapidez, el doctor se había precipitado hacia él para retenerle.

—¡Maestro, maestro! ¡Vuélvase a acostar, se lo suplico!

Pero Pascal, sorda y obsesionadamente, se empeñaba en acabar su vida estando en pie. La pasión de continuar existiendo, la idea heroica del trabajo, persistían en él, le arrastraban consigo como una masa. Tenía estertores, balbuceaba.

—No, no... allá abajo, allá abajo...

Fue necesario que su amigo le sostuviera, y en esa forma siguió caminando, dando traspiés y hosco, hasta el fondo de la sala, y llegando allí se

dejó caer sobre su silla, ante la mesa de trabajo, por donde arrastraba una cuartilla empezada por entre el desorden de papeles y libros.

Estando allá, estuvo respirando unos momentos, sus párpados se cerraron. Muy pronto, sin embargo, los volvió a abrir, mientras sus manos buscaban a tientas el trabajo. Encontraron el Árbol genealógico, en medio de otras notas esparcidas. Todavía la antevíspera había estado rectificando en él algunos datos. Y, reconociéndolo enseguida, lo atrajo hacia sí y lo desplegó.

—¡Maestro, maestro! ¡Se está usted matando! —repetía Ramond tembloroso, trastornado y conmovido por la lástima y la admiración.

Pascal, ni le escuchaba ni le prestaba atención. Había notado rodar un lápiz bajo sus dedos. Consiguió cogerlo, se inclinaba sobre el árbol, como si sus ojos medio extinguidos no viesan ya. Y por última vez, pasó revista a los miembros de la familia. Al llegar al nombre de Maxime se detuvo y escribió: «Muerto atáxico, en 1873», por estar convencido de que su sobrino no acabaría el año. Seguidamente, y al lado mismo, el nombre de Clotilde atrajo su atención, y completó asimismo la nota poniendo: «En 1874, tiene un hijo de su tío Pascal». Pero, todo era buscarse a sí mismo en aquel árbol, extraviado y agotándose en el esfuerzo. Cuando por fin se hubo encontrado, su mano se fortaleció, puso punto final a su nota descriptiva, escribiendo con letra firme y altiva: «Muere de una enfermedad del corazón, el 7 de noviembre de 1873». Estaba desplegando el esfuerzo supremo, su estertor iba en aumento, se ahogaba materialmente, cuando de pronto, sobre el nombre de Clotilde percibió la hoja en blanco. Sus dedos ya no podían sostener el lápiz. Sin embargo, con un carácter de letra desfalleciente, por donde pasaba la ternura torturada, el desorden enajenado de su pobre corazón, añadió aún: «El niño en ciernes que ha de nacer en 1874, ¿qué será de él?». Y a renglón seguido se sintió presa de una debilidad enorme; Martine y Ramond se las vieron y se las desearon para llevarle otra vez al lecho.

El tercer ataque tuvo lugar a las cuatro y cuarto. En ese acceso final de sofoco, el semblante de Pascal dejó traslucir un espantoso sufrimiento. Su martirio de hombre y de sabio, tenía que soportarlo hasta el fin. Sus turbados ojos parecieron estar buscando aún el reloj de péndola, para constatar la hora. Y viéndole remover los labios, Ramond se inclinó, tratando de aplicar su oreja a la boca del moribundo. Murmuraba en efecto palabras sueltas, en un tono tan suave, que más bien parecían un soplo.

—Las cuatro... El corazón se adormece, ya no hay sangre roja en la aorta... La válvula se reblandece y se para...

Le sacudió un estertor espantoso, el ligero soplo de su respiración se hacía ya muy lejano.

—Esto va demasiado deprisa... No me abandone, la llave está debajo de la almohada... Clotilde, Clotilde...

Martine se había postrado de rodillas al pie del lecho, ahogada por los sollozos. Se daba perfecta cuenta de que el señor se moría. No se había atrevido a ir en busca de un sacerdote, pese a sus grandes deseos en ese sentido; y recitaba ella misma los rezos de los agonizantes, rogaba ardientemente a Dios, para que perdonase al señor y el señor fuera directamente al Paraíso.

Pascal murió. Tenía la cara completamente azul. Después de algunos segundos de completa inmovilidad, quiso respirar, adelantó los labios, abrió su pobre boca, cual pico de pajarito que trata de absorber un último trago de aire. Y a ello siguió pura y simplemente la muerte.

XIII

HASTA después de comer, a eso de la una de la tarde, no recibió Clotilde el telegrama de Pascal. Precisamente, aquel día habíase visto abroncada por su hermano Maxime que, con creciente dureza, volcaba sobre ella sus caprichosas reacciones y su cólera de enfermo. En suma, que el éxito conseguido cerca de él había sido más que escaso; la encontraba demasiado sencilla, demasiado seria para conseguir distraerle; y, en forma decidida ahora ya, se encerraba con la jovencuela Rose, aquella muchacha rubia de ingenuo aspecto que le divertía enormemente. Desde que la enfermedad le tenía inmóvil y debilitado, perdía por momentos su egoísta prudencia de hombre aficionado a las juergas y placeres, así como su acentuada desconfianza respecto de la mujer como devoradora del sexo contrario. Por ello, cuando su hermana intentó decirle que el tío la llamaba y que había resuelto irse, incluso halló ciertas dificultades para que le abriesen la puerta, pues en aquel preciso momento Rose le estaba dando unos masajes. Consintió en ello enseguida, y si bien la dijo que volviese lo antes posible, en cuanto hubiera terminado allá sus quehaceres, el caso es que no insistió mucho, deseoso tan sólo de hacer constar su gentileza al respecto.

Clotilde se pasó la tarde preparando sus maletas. Con aquel febril ajeteo, en medio del aturdimiento que le produjera una decisión tan repentina, ni siquiera se permitía reflexionar, entregada como estaba por entero a la enorme alegría que le producía el retorno. Pero, después de una comida atropellada, de los adioses al hermano y del interminable viaje en coche, desde la avenida del Bosque de Bolonia a la estación de Lyon, Clotilde se encontró en un compartimento reservado a señoras, en un tren salido a las ocho, en plena noche lluviosa y fría del mes de noviembre, que rodaba ya por las afueras de París; fue calmándose poco a poco, una serie de reflexiones invadieron su cerebro y acabó por sentirse turbada y experimentar sordas inquietudes. Por qué aquel telegrama, tan rápido y breve: «Te espero, sal esta noche». Tratábase sin duda de la contestación a la carta en que ella le anunciaba su embarazo. Tan sólo la joven sabía hasta qué punto Pascal deseaba que

permaneciera en París donde la soñaba dichosa; y por ello precisamente le extrañaba sobremanera la prisa que mostraba ahora al llamarla. No esperaba un telegrama, sino una carta; después de tomadas las oportunas medidas, en fin, el retorno al cabo de algunas semanas. ¿Sería que había algún otro motivo? ¿Acaso una indisposición, un deseo, la precisión de volverla a ver inmediatamente? Y, a partir de entonces, ese temor fue haciendo mella en ella con la fuerza de un presentimiento; tomaba cada vez más envergadura hasta llegar pronto a poseerla por entero.

Durante toda la noche, una lluvia torrencial había estado fustigando los cristales del tren, mientras éste atravesaba los llanos de la Borgoña. No cesó aquel diluvio hasta llegar a Mâcon. Cerca de Lyon, empezó a hacerse de día. Clotilde llevaba encima las cartas de Pascal; y esperaba el alba con impaciencia para releer y analizar esas cartas, cuyo tipo de letra le pareció haber cambiado. Y, en efecto, notó un pequeño escalofrío en el corazón al constatar los titubeos y vaivenes que se observaban en los rasgos. Estaba enfermo, muy enfermo: ahora ya la sospecha se convertía en certidumbre, se imponía en su mente como auténtica adivinanza, en la que entraba menos el raciocinio que una sutil presciencia. Y el resto del viaje se le hizo espantosamente largo, pues notaba crecer su angustia a medida que se acercaba. Lo peor del caso era que, bajando del tren en Marsella a las doce y media, no le resultaba posible coger un tren para Plassans hasta las tres y veinte. Tres largas horas de espera. Almorzó en la cantina de la estación, comió deprisa y corriendo, febrilmente, como si hubiera temido que se le escapase ese tren: luego estuvo dando vueltas por los polvorientos jardines circundantes, yendo a parar de uno a otro banco, bajo el pálido sol, tibio aún, en medio de la aglomeración de ómnibus y coches. Por fin, empezó a rodar de nuevo, aunque deteniéndose el tren cada cuarto de hora en las estaciones secundarias. Todo era asomar la cabeza por la ventanilla; le parecía hacer veinte años que había salido y que el emplazamiento de los poblados tenía forzosamente que haber cambiado. Abandonaba el tren la estación de Saint-Marthe, cuando, al alargar el cuello, sufrió una violenta emoción, al divisar muy a lo lejos, en el horizonte, *La Souleide* con sus dos centenarios cipreses de la terraza.

Eran las cinco, caía ya el crepúsculo. Las placas giratorias sonaron, y Clotilde descendió del vagón. Pero había notado como una punzada, un vivo dolor al ver que Pascal no se hallaba en el andén esperándola. Ya desde Lyon se venía repitiendo a sí misma: «Si no le veo inmediatamente, a la llegada, es que está enfermo». Quizás se hallaba, no obstante, en la sala de espera, o

buscando un coche, fuera. Corrió precipitadamente, y tan sólo pudo encontrar al tío Durieu, el cochero cuyos servicios solía contratar el doctor. Le interrogó con viveza. Aquel hombre anciano, un provenzal taciturno, no tenía gran prisa por contestar. Allá tenía su carruaje y pedía el resguardo de los bultos, quería ante todo ocuparse de las maletas. Con voz temblorosa, Clotilde repitió su pregunta:

—¿Están bien todos, tío Durieu?

—Pues sí, señorita.

Y le fue preciso insistir antes de llegar a saber que fue Martine quien le había encargado la víspera que estuviera en la estación con su carruaje para la hora en que llegase el tren. A nadie había visto y, personalmente al doctor, desde hacía por lo menos dos meses. Posible era, sin embargo, puesto que no estaba allí, que hubiera tenido que meterse en la cama, pues se rumoreaba por la ciudad que su salud no era muy firme.

—Espere a que traiga el equipaje, señorita. En la banqueta hay sitio para usted.

—No, tío Durieu, se me haría demasiado larga la espera. Me voy a pie.

Dando largos pasos, subió la pendiente. Oprimíasele el corazón de tal modo, que le faltaba casi la respiración. El sol había desaparecido por detrás de las colinas de Saint-Marthe; una fina ceniza parecía desprenderse de aquel cielo gris, con el primer estremecimiento de noviembre; y, cuando tomaba el camino de los Fenouillères, surgió una nueva aparición de *La Souleïade* que la dejó helada, con su melancólica fachada bajo el crepúsculo, cerrados todos los postigos, como exhibiendo una tristeza de abandono y de duelo.

Pero el auténtico terrible golpe lo recibió Clotilde cuando reconoció a Ramond, de pie en el umbral del vestíbulo, y que parecía estar esperándola. Y es que, en efecto, previo estar al acecho, el joven doctor había bajado en su mejor deseo de amortiguar el efecto que la espantosa catástrofe había de causar en la muchacha. Llegaba Clotilde sofocada, había pasado por el tresbolillo de plátanos, cerca de la fuente, para abreviar camino; y al ver allá al joven doctor, en lugar de Pascal con cuya presencia allí contaba aún, tuvo Clotilde una sensación de derrumbamiento, de irreparable desdicha. Ramond estaba muy pálido, fuertemente trastornado, pese a su esfuerzo de valor. No pronunció una sola palabra, esperando a ser interrogado. La propia Clotilde, sin salir de su sofoco, tampoco decía nada. Y, en tales circunstancias fue como entraron, llevándola él hasta el comedor, donde permanecieron todavía algunos segundos, el uno frente al otro, mudos, en medio de aquella indescriptible angustia.

—¿Está enfermo, no es eso? —balbuceó ella por fin.

Ramond repitió simplemente:

—Sí, enfermo.

—Me di perfecta cuenta al verle a usted —prosiguió la joven—. Para que no se halle presente tiene forzosamente que estar enfermo.

Ella entonces, insistió.

—Está enfermo, muy enfermo, ¿no es así?

Ramond no respondía, su palidez había ido en aumento, y ella lo observó. En aquel momento le pareció ver la muerte reflejada en él, en sus manos, temblorosas aún, que habían estado atendiendo al moribundo, en su desesperado semblante, en sus turbados ojos que conservaban la proyección de la agonía, en todo su desorden propio del médico que llevaba allí doce horas, luchando, impotente.

Lanzó la joven un grito desesperado.

—¡Ha muerto!

Y se tambaleó como fulminada, cayendo en brazos de Ramond que la estrechó fraternalmente, en medio de un sollozo. Y así, cogidos del cuello, estuvieron los dos llorando.

Luego, cuando la hubo sentado en una silla y pudo por fin hablar:

—Fui yo, quien, ayer, a las diez y media cursé el telegrama que recibió usted. ¡Se sentía tan dichoso, tan lleno de esperanza! No se cansaba de hacer proyectos para el futuro, soñando con uno, dos años más de vida... Y ha sido esta madrugada a las cuatro cuando sufrió el primer ataque y mandó en mi busca. Desde el primer momento, ya se vio perdido. Pero esperaba durar hasta las seis, vivir lo bastante para volverla a ver... La cosa ha ido desde luego demasiado deprisa. Paso a paso me ha ido explicando el progreso del mal hasta exhalar el último soplo; minuto por minuto, lo mismo que pudiera hacer un profesor que da su lección de ciencia en el anfiteatro. Ha muerto con el nombre de usted en los labios, tranquilo y desesperado, como un héroe.

Clotilde hubiera querido echar a correr, subir de un salto a la alcoba, y allí permanecía, sin embargo, como atornillada, sin fuerzas para levantarse de la silla. Con los ojos anegados en lágrimas, gruesas y ardientes lágrimas que no cesaban de resbalarle por el rostro, había estado escuchando a Ramond. Cada una de sus frases, el relato de aquella estoica muerte, resonaban en su corazón, donde quedaban profundamente grabadas. Reconstituía en su mente lo sucedido en aquel abominable día. Ya no habría forma de borrarlo jamás de su cerebro.

Desbordó, no obstante, su desesperación, cuando Martine, que entró a poco, dijo con voz seca y dura:

—¡Ah! Ya puede llorar la señorita, sus buenas razones tiene para hacerlo, pues si el señor ha muerto, por culpa suya ha sido.

La vieja criada, se mantenía en pie, a un lado, cerca de la puerta de la cocina, doliente, exasperada de que la hubieran cogido y matado a su amo; y ni siquiera intentaba soltar una palabra de bienvenida y de consuelo para aquella chiquita que ella misma había criado. Sin medir el alcance de su indiscreción, la pena o el gozo que pudiera causar, buscaba consolarse a sí misma, diciendo todo lo que sabía.

—Sí, si el señor ha muerto, se debe desde luego a que la señorita se marchó.

No obstante su anonadamiento, Clotilde protestó.

—¡Pero, si fue él quien se enfadó y me forzó a partir!

—¡Ah! ¡Ya, ya! ¡Mucha ha tenido que ser la ceguera de la señorita, y muchas también las ganas de complacerle, para no ver claro en todo este asunto...! La noche anterior a la marcha, encontré al señor medio ahogado, de tanta como era su pena; y, cuando quise avisar a la señorita, él fue quien me lo impidió... Pude además comprobarlo con mis propios ojos, desde que la señorita se ausentó. El martirio que les digo, cada noche volvía a empezar, tenía que frenarse en seco para no escribir y llamarla... En fin, de eso ha muerto, y esa es la pura verdad.

Una inmensa claridad iba abriéndose paso en el alma de Clotilde, que se sentía dichosa y torturada a la vez. ¡Dios mío! ¿Sería entonces verdad lo que por unos instantes sospechara? Pero el caso es que había acabado por dejarse engañar ante la violenta obstinación de Pascal, creyendo que éste no la mentía cuando, entre ella y el trabajo, decía sinceramente escoger el trabajo, como hombre de ciencia en el que el amor a la obra, se sobrepone al amor que pueda sentir por la mujer. Y, sin embargo, mentía, había sabido imponerse a sí mismo la devoción, el olvido de su propia persona, hasta llegar a inmolarse por lo que estimaba ser la dicha de la joven. Y la tristeza de las cosas quiso, no obstante, que a fin de cuentas se equivocara, llegando a consumir de ese modo la desdicha de todos.

De nuevo Clotilde exteriorizó su protesta y desesperación.

—Pero ¿cómo podía yo imaginar...? Me limité a obedecer y a poner toda mi ternura en esa obediencia.

—¡Ah! —gritó aún Martine—, ¡tengo la impresión de que yo en su lugar lo hubiera adivinado!

Ramond intervino entonces, para expresarse con dulzura. Había cogido las manos de su amiga, para darle a entender y explicarle que bien pudo la pena acelerar el fatal desenlace, pero, que, por desdicha, el maestro estaba condenado desde hacía algún tiempo. La enfermedad del corazón que padecía debía datar de bastante tiempo atrás: un exceso de trabajo acentuado, una parte indudable atribuible a la herencia, toda su última pasión en fin; y el pobre corazón estaba materialmente destrozado.

—Subamos —dijo Clotilde—. Quiero verle.

Arriba, en la alcoba, los postigos habían sido cerrados; el melancólico crepúsculo ni siquiera había llegado a entrar. Dos cirios ardían encima de una mesita, colocados en unos candelabros, al pie del lecho. E iluminaban con un resplandor pálido y amarillento, el cuerpo de Pascal tendido, con las piernas apretadas la una a la otra, las manos recogidas y medio juntas sobre el pecho. Le habían sido bajados piadosamente los párpados. La cara parecía dormir, azulada aún, aunque distendida ya, en medio de la ola esparcida del blanco de sus cabellos y de su barba. Apenas si hacía una hora y media que había muerto. La infinita serenidad y el eterno reposo habían dado comienzo.

Al volverle a ver de ese modo, al razonarse a sí misma que ya no le oía ni le veía, que al presente estaba sola, que le besaría por última vez para luego perderle irremediamente, Clotilde había experimentado una fuerte conmoción de dolor, se había lanzado sobre el lecho, sin poder balbucear otra cosa que la siguiente llamada de ternura:

—¡Oh, maestro, maestro, maestro...!

Sus labios se habían posado sobre la frente del muerto: y como sea que apenas lo encontrase frío, con cierta tibieza de vida aún, pudo vivir un instante de ilusión, creer que seguía sensible a aquella última caricia durante tanto tiempo esperada. ¿No había sonreído en su inmovilidad, como dichoso al fin de poder acabar de morir ahora ya que tenía allí a los dos, a ella y al hijo que llevaba en sus entrañas? Luego, deprimida ante la terrible realidad, Clotilde se puso a sollozar de nuevo desesperadamente.

Martine entraba en aquel momento con una lámpara que dejó apartada, en un rincón de la chimenea. Y oyó a Ramond que procuraba calmar a la joven, inquieto al verla conmovida hasta tal extremo, debido a su penosa situación.

—Si no logra conservar la serenidad, no tendré otro remedio que llevármela de aquí. Piense que no se trata tan sólo de usted, que hay que contar también con ese chiquitín que ha de nacer y del que con tanto gozo y ternura me hablaba el pobre Pascal.

Durante el día, la criada se vio sorprendida con motivo de oír ciertas frases, cogidas así al vuelo. Repentinamente, se hizo cargo de todo; y, cuando estaba a punto de alejarse de la alcoba, se detuvo unos instantes y escuchó aún.

Ramond había bajado el tono de voz.

—La llave del armario está debajo de la almohada; me ha repetido varias veces que se lo advierta... ¿Sabe usted ya lo que tiene que hacer?

Clotilde trató de hacer memoria y de contestar.

—¿Lo que tengo que hacer? Se refiere a los papeles, ¿no es eso...? ¡Sí, sí! Ahora me acuerdo, debo guardar los legajos y entregarle a usted los demás manuscritos... No sufra, tengo la cabeza despejada, y sabré obrar con cordura. Pero no quiero apartarme de su lado, deseo pasar la noche aquí, bien tranquila, se lo prometo.

Era tanta su aflicción, tanta su resolución por velarle, permaneciendo junto a él, en tanto no se lo llevasen, que el médico la dejó hacer.

—Está bien, la dejo; deben estar esperándome en casa. Hay que cumplimentar además toda clase de formularios, la declaración del fallecimiento a la autoridad, el entierro; trámites en fin, que desde luego quiero evitarle. No se ocupe usted de nada. Mañana por la mañana cuando yo vuelva estará todo arreglado.

Abrazó una vez más a la joven y se fue. Tan sólo entonces Martine desapareció detrás suyo, cerrando abajo la puerta con llave, yendo y viniendo por entre las sombras de la noche, que ya se había hecho cerrada.

Ahora ya, Clotilde se hallaba sola en la alcoba y, a su alrededor, debajo de sí, en medio del profundo silencio, notaba el vacío de la casa. Clotilde estaba sola, con Pascal muerto. Había acercado una silla a la cabecera del lecho y se había sentado, inmóvil, consciente de su soledad. Al llegar, se había quitado simplemente el sombrero; luego, dándose cuenta de que seguía con los guantes puestos, acababa asimismo de desprenderse de ellos. Pero allí seguía estando con su ropa de viaje, cubierta de polvo, arrugada por las veinte horas de ferrocarril. Indudablemente, debía hacer rato que el tío Durieu dejara las maletas abajo. Y, ni se le ocurría, ni se sentía con fuerzas para lavarse la cara y cambiar de ropa, anonadada como se hallaba en aquellos momentos en la silla donde se había dejado caer. Un solo lamento, un inmenso remordimiento, anegaba su alma. ¿Por qué había obedecido? ¿Por qué se había resignado a marchar? Si se hubiera quedado, tenía la ardiente convicción de que Pascal no hubiera muerto. Tanto hubiera sido su amor y sus caricias que con seguridad le habría curado. Cada noche le hubiera cogido

entre sus brazos para dormirle, contagiándole el calor de su plena juventud, le hubiera infundido nueva vida con sus besos. Cuando se quiere que la muerte no le arrebatase a uno un ser querido, se permanece a su lado para darle la sangre propia, poniendo así a aquélla en fuga. Y si lo había perdido, y si aún abrazándole desesperadamente ya no podía despertarle del eterno sueño, la culpa era exclusivamente suya. Encontraba además necio el no haber comprendido la verdad de lo sucedido, y se sentía cobarde por no haberse sacrificado; culpable y castigada para siempre jamás por haberse marchado, cuando el simple sentido común, en defecto del corazón, debía haberla tenido atornillada allí, cumpliendo su misión de vasalla sumisa y tierna, velando por su rey.

Llegaba a ser tan absoluto el silencio, tan amplio, que Clotilde apartó por unos instantes los ojos del rostro de Pascal, para echar una ojeada por la alcoba. No pudo ver más que sombras vagas: la lámpara alumbraba de sesgo el cristal del gran espejo de pie, semejante a una placa de plata mate; y, únicamente, los dos cirios proyectaban sobre el alto techo, dos manchas descoloridas. Viniéronle a la memoria en aquel momento las cartas que él le escribía, siempre tan cortas, tan frías; y comprendía al pensarlo la tortura que debió pasar para ahogar de ese modo su amor. ¡La fuerza de voluntad que debió precisar para llevar a cabo su propósito, sublime y desastroso a la vez, encaminado tan sólo a hacerla dichosa! Habíase empeñado en desaparecer de escena, en salvarla de su vejez y de su pobreza; la soñaba y la quería rica, libre de disfrutar sus veinte años, lejos de él: se trataba del total olvido de sí mismo, de la propia aniquilación por amor a otro. Y ello hacía que Clotilde experimentara una gratitud y una dulzura profundas, aunque mezcladas con una especie de amargura airada contra el malvado destino. Luego, de pronto, evocáronse en su mente los años felices, su juventud, su adolescencia junto a él, tan bueno y alegre. ¡Cómo había sabido conquistarla a través de una lenta pasión, cómo ella a su vez llegó a sentirse suya, después de las rebeliones que circunstancialmente les separaron, y con qué ímpetu de gozo se había entregado a él, para pertenecerle más por entero, puesto que la deseaba! La alcoba en que a aquellas horas su cadáver iba enfriándose, todavía ella la encontraba tibia y como estremecida por sus noches de ternura.

Sonaron las siete en el reloj de péndola y a la joven le dio un vuelco el corazón al oír aquel ligero tintineo en medio del profundo silencio. ¿Quién, pues, había hablado? Rebuscó en su memoria y contempló el reloj, cuyo timbre tantas horas de gozo había subrayado. Tenía el reloj una voz de tembleque, de viejo amigo, que les divertía extraordinariamente en la

oscuridad, cuando se pasaban las horas en vela, uno en brazos del otro. Y a la hora presente todos los muebles le traían recuerdos. Del fondo plateado y pálido del espejo de pie, resurgían sus dos imágenes: avanzaban indecisas, casi confundidas, con una sonrisa flotante, como en los días de regocijo y contento, en que él se la llevaba allí para adornarla con alguna alhaja, un obsequio que venía ocultando desde por la mañana en su locura por los regalos. También le traía recuerdos la mesa donde ardían los dos cirios, la mesita sobre la cual hicieran su cena de miseria, la noche en que les faltó el pan y en la que ella acabó sirviéndole un festín regio. ¡Qué de migajas de amor encontraría aún en la cómoda de mármol blanco cercada por un reborde! ¡La de risotadas que se llegaron a producir en ese diván alargado, de pies tiesos, cuando ella procedía a ponerse sus medias y él no cesaba de bromearla! Incluso del tapizado, de la antigua indiana de color rojo descolorido, convertido en color de aurora, le llegaba como un cuchicheo, todo cuanto se habían dicho de fresco y tierno, las infinitas puerilidades de su pasión, y hasta el propio olor de su cabellera, un olor de violeta que él adoraba. Entonces, cuando la vibración de los siete toques del reloj hubo cesado, produciendo tan prolongado efecto en su corazón, Clotilde volvió los ojos hacia el inmóvil semblante de Pascal y de nuevo se sintió anonadada.

Y fue hallándose en ese estado de creciente postración cuando Clotilde, algunos minutos después, oyó un súbito ruido de sollozos. Alguien había entrado inesperadamente y la joven reconoció a su abuela Felicité. Pero no se movió, ni dijo nada; hasta tal punto se hallaba entumecida por el dolor. Martine, anticipándose a las órdenes que con seguridad hubiera recibido, acababa de ir a toda prisa a casa de la anciana señora Rougon, para hacerla saber la horripilante noticia; y ésta, estupefacta al principio ante una catástrofe tan repentina, trastornada a renglón seguido, acudía presurosa, rebosando una ruidosa pena. Sollozó ante su hijo, besó a Clotilde, que le devolvió su beso, como en un sueño. Luego, a partir de aquel instante, ésta, sin salir de la postración que la mantenía como aislada del mundo exterior, notó que ya no se hallaba sola, por el continuo trajín ahogado cuyos ruiditos atravesaban la alcoba. Era Felicité que lloraba, que entraba y salía de puntillas, poniendo orden en las cosas; que husmeaba cuchicheando, cayendo a continuación en una silla para volverse a levantar enseguida. Y, a eso de las nueve, puso especial empeño en convencer a su nieta para que comiese alguna cosa. Por dos veces ya la había estado sermoneando en un tono muy bajito. Y volvió ahora a la carga, para decirle al oído:

—Clotilde, queridita, te aseguro que estás en un error... Precisas almacenar fuerzas, si no jamás llegarás al final.

Pero, con un movimiento de cabeza, la joven se obstinaba en negarse.

—Veamos, en Marsella debiste comer en la cantina, ¿no es eso? Y desde entonces no has tomado nada... ¿Te parece eso razonable? Sólo falta que también tú caigas enferma... Martine ha hecho caldo. Le mandé hacer un cocido ligero y que le pusiera pollo... Baja a comer un trocito, nada más que un trocito mientras yo me quedo aquí.

Con el mismo doloroso movimiento de cabeza, Clotilde seguía rehusando. Y acabó por balbucear:

—Déjame, abuela, te lo suplico... No me sería posible aunque quisiera, se me atragantaría.

Y no volvió a decir nada. No dormía. Tenía los ojos abiertos de par en par, obstinadamente fijos sobre el rostro de Pascal. Durante horas, no hizo el menor movimiento, tesa, rígida, como ausente, allá abajo, muy lejos, con el muerto. A las diez, oyó un ruido: era Martine, que volvía a subir la lámpara. Hacia las once, Felicité, que velaba en un sillón, pareció sentirse inquieta, salió de la alcoba y luego volvió a entrar. A partir de entonces, hubo idas y venidas, movimientos de impaciencia alrededor de la joven, siempre despierta con sus grandes ojos fijos y como petrificados. Sonó la medianoche, una idea obsesiva permanecía tan sólo en su vacía mente, como un clavo que la impidiera dormirse: ¿Por qué había obedecido? ¿Si se hubiera quedado allí, le hubiera contagiado el calor de su juventud y no se habría muerto! Un poco antes de la una, tal idea pareció esfumarse y perderse como en una pesadilla. Quedó sumida en un profundo sueño, agotada de dolor y de cansancio.

Cuando Martine había ido a anunciar a la anciana señora Rougon la inesperada muerte de su hijo, ésta, en medio de su estremecimiento, había soltado un primer grito de cólera, unido al de pena. ¡Cómo! ¡Pascal moribundo no había querido verla, había hecho jurar a aquella criada que no la avisase! Aquello fustigaba su sangre, como si la lucha entablada entre ambos y que había durado la vida, tuviera que continuar más allá de la tumba. Luego, después de haberse vestido a toda prisa, cuando acudió a *La Souleide*, el ponerse a pensar en aquellos terribles legajos, en todos esos manuscritos que llenaban el armario, había dado lugar a que invadiese su ser una temblorosa pasión. Ahora que el tío Macquart y tía Dide habían muerto, ya no tenía por qué temer a lo que ella solía llamar la abominación de los Tulettes; el mismo pequeño Charles, al desaparecer de este mundo, se había llevado consigo una de las taras más humillantes para la familia. Ya no

quedaban más que los legajos, los abominables legajos, amenazando la leyenda triunfal de los Rougon, que ella había dedicado su vida entera en crear, que constituía la única preocupación de su vejez, la obra por el triunfo de la cual y de un modo obstinado, había realizado los últimos esfuerzos de su espíritu, toda su actividad y su astucia. Después de largos años viviendo al acecho de los malditos legajos, sin jamás cansarse, volvía siempre a la lucha cuando ya se la creía derrotada, siempre emboscada y tenaz. ¡Ah! ¡Si pudiera hacerse con ellos por fin, y destruirlos! Significaría nada menos que todo un execrable pasado aniquilado para siempre; consagraría la gloria de los suyos, tan duramente conquistada y libre ya de toda amenaza, expandiéndose libremente por doquier, imponiendo su mentira a la historia. Y ella, por su parte, se veía también radiante, paseándose por los tres barrios de Plassans, saludada por todos, con su altivez de reina, llevando noblemente el luto del derribado régimen. Por eso, cuando Martine le hizo saber que Clotilde se hallaba allí, al acercarse a *La Souleïade* había apretado el paso, aguijoneada por el temor de llegar demasiado tarde.

Por lo demás, y en cuanto se hubo instalado en la casa, Felicité se rehizo enseguida. Nada apremiaba, tenía toda la noche por delante. Quiso, no obstante, sin tardanza, asegurarse de la complicidad de Martine; y se sabía de memoria lo que podía llegar a conseguir con aquella sencilla criatura, hundida en las creencias de una religión ceñida. Al estar en la planta baja, en medio del desorden de la cocina, donde había bajado para ver asar el pollo, su primer cuidado fue, pues, afectar una gran desolación ante la idea de que su hijo había muerto sin haberse congraciado con la Iglesia. Interrogaba a la criada, exigía detalles. Pero ésta no hacía más que mover la cabeza desesperadamente: ¡No! Ni un solo sacerdote había hecho acto de presencia, ni tan siquiera se había persignado el señor. Tan sólo ella se había arrodillado para recitar los rezos de los agonizantes, lo que, a buen seguro, no había de resultar suficiente para la salvación de un alma. ¡Con qué fervor, no obstante, había rogado a Dios para que el señor fuera directamente al Paraíso!

Con los ojos fijos en el pollo que se estaba dorando en la lumbre, y en un tono de voz más bajo, Felicité prosiguió con aire absorto:

—¡Ah! Mi pobre hijita, lo que le priva sobre todo de ir al Paraíso, son sus detestables papeles, todo eso que deja allá arriba, en el armario. Todavía no alcanzo a comprender cómo la furia divina no ha caído ya sobre esos papeles, para convertirlos en cenizas. ¡Si se les deja salir de aquí, arrastrarán consigo la peste, el deshonor! ¡Y, desde luego, el eterno infierno para su autor!

Martine la escuchaba, completamente pálida.

—¿Cree usted, entonces, señora, que sería una buena obra el destruirlos, una obra que aseguraría el eterno reposo del alma del señor?

—¡Por amor de Dios! ¡Claro que lo creo...! Si tuviéramos en nuestras manos esos horribles papelotes, ¡qué duda cabe! Ni un solo instante vacilaría en arrojarlos al fuego. ¡Ah! ¡Cuánta tranquilidad entonces! ¡Ah! No necesitaría añadir leña, tan sólo con los manuscritos que hay allá arriba, basta para asar tres pollitos como éste.

La criada había cogido una larga cuchara para rociar el asado. También ella ahora, parecía estar reflexionando.

—Sólo que no los tenemos... E incluso oí a ese propósito una conversación que puedo desde luego repetirle a la señora... Ocurrió cuando la señorita subió a la alcoba. Le preguntó el doctor Ramond si recordaba las indicaciones que había recibido, antes de su marcha sin duda; y ella le contestó entonces que sí se acordaba, que debía guardar consigo los legajos y entregarle los demás manuscritos.

Felicité, temblorosa, no pudo reprimir un ademán de inquietud. Veía ya los papeles escapársele de las manos; y no sólo quería apoderarse de los legajos, sino de todas las notas escritas, de toda esa desconocida obra, turbia y tenebrosa, de la que no podía salir más que el escándalo, según su cerebro obtuso y apasionado de vieja y orgullosa burguesa.

—¡Precisa moverse! —gritó—, ¡actuar esta misma noche! Si esperamos a mañana, quizás sea demasiado tarde.

—Sé donde está la llave del armario —prosiguió Martine a media voz—. El médico se lo dijo a la señorita.

Inmediatamente, Felicité aguzó el oído.

—¿Dónde está entonces la llave?

—Bajo la almohada.

Pese a la viva llama del fuego de sarmientos, un ligero soplo helado les pasó por delante; y las dos viejas se callaron. Y ya no se oyó allí más que el chorro del jugo que caía del asado sobre la grasera.

Pero, en cuanto hubo comido sola, y sin perder tiempo, la señora Rougon subió al piso con Martine. A partir de entonces, y sin haber hablado más entre ellas, la connivencia fue un hecho; el acuerdo consistía en apoderarse de los papeles, por todos los medios posibles, antes del amanecer. El medio más sencillo, seguía siendo, por el momento, apoderarse de la llave que había debajo de la almohada. Clotilde acabaría por dormirse, con toda seguridad: parecía estar demasiado agotada, sucumbiría al cansancio. Sólo era cuestión de esperar. Dedicáronse pues a espiar, a dar vueltas del gabinete de trabajo a

la alcoba; siempre al acecho para saber en el momento preciso si los abiertos y fijos ojos de la joven acababan cerrándose por fin. En todo momento había una de ellas que iba a ver, mientras la otra aguardaba impaciente en el gabinete, donde carboneaba una lámpara. Y así, haciendo ese relevo cada cuarto de hora, aquello duró hasta cerca de la medianoche. Sin fondo, llenos de sombra y de una desesperación, los ojos de Clotilde permanecían desmesuradamente abiertos. Un poco antes de la medianoche, Felicité se instaló de nuevo en un sillón, al pie del lecho mortuario, resuelta a no abandonar su puesto mientras no se durmiera la nieta. No le quitaba ya la vista de encima, irritándose al constatar que apenas si movía los párpados, sumida en esa fijeza inconsolable que constituía un desafío al sueño. Luego, metida en ese juego, fue la propia Felicité quien se sintió invadida por una acentuada somnolencia. Exasperada, no se sintió con fuerzas para resistir más, y salió de nuevo al encuentro de Martine.

—¡Es inútil, no se dormirá! —dijo la vieja con voz sofocada y temblorosa—. Hay que imaginar otra cosa.

Ya a aquellas horas, había pasado por su imaginación la idea de forzar el armario. Pero los viejos armazones de roble parecían firmes y los herrajes también sólidos. ¿Con qué forzar la cerradura? Eso sin contar con que harían un ruido espantoso y ese ruido forzosamente había de oírse en la vecina alcoba.

Habíase plantado, no obstante, ante las macizas puertas del armario en cuestión y las palpaba con los dedos, tratando de buscar los sitios más vulnerables.

—Si dispusiera de una herramienta...

Martine, menos apasionada, la interrumpió exclamándose.

—¡Oh! ¡No, no, señora! ¡Nos sorprenderían...! Espere un poco, quizás duerme ya la señorita.

Se fue a la alcoba, de puntillas, y regresó inmediatamente.

—¡Pues sí, duerme...! Sus ojos están cerrados y no se mueve lo más mínimo.

Seguidamente, hacia allá se dirigieron las dos, conteniendo la respiración, evitando la trepidación del entarimado con infinitos cuidados. Clotilde, en efecto, acababa de dormirse y su postración parecía ser tal, que las dos ancianas mujeres se envalentonaron. Temían, sin embargo, si llegaban a rozarla, ya que su silla estaba colocada junto al mismo lecho. Por otra parte, eso de deslizar la mano por debajo de la almohada del muerto y robarle, constituía un acto sacrílego que les producía auténtico espanto. ¿No irían,

acaso, a molestarle en su reposo? ¿No se movería bajo la sacudida? Semejantes consideraciones las hicieron palidecer.

Ya Felicité se había adelantado con el brazo tendido; pero acabó retrocediendo.

—Soy demasiado menuda —balbuceó—. Inténtelo usted, Martine.

La criada se acercó a su vez al lecho. Se sintió presa de un tal temblor, que, también ella, tuvo que hacer marcha atrás, para no caerse.

—¡No, no! ¡No puedo! Me da la impresión de que el señor va a abrir los ojos.

Y, temblorosas, extraviadas, todavía permanecieron unos instantes en la alcoba, saturada del profundo silencio y majestad de la muerte, frente a Pascal inmóvil para siempre jamás y a Clotilde anonadada bajo el agobio de su viudedad. Acaso les pareció ver la nobleza de una elevada vida de trabajo en aquella muda cabeza que, con todo su peso, guardaba la obra. La llama de los cirios ardía muy pálida. Parecía pasearse por allí un terror sagrado, que las hizo retroceder y huir.

Felicité, tan valiente y decidida por temperamento, que jamás retrocediera ante nada, ni siquiera ante la misma sangre, escapaba como perseguida.

—Venga, venga, Martine. Ya encontraremos otra manera, vamos a buscar una herramienta.

Ya en el gabinete, tuvieron un respiro. Recordó entonces la criada, que la llave del mueble escritorio debía estar sobre la mesilla de noche del señor, donde la había visto la víspera, en el momento del ataque. Y hacia allí encaminaron sus pasos para ver. Sin sentir ningún escrúpulo, la madre abrió el mueble. No encontró otra cosa que los cinco mil francos, que dejó en el fondo del cajón, ya que no era gran cosa lo que la preocupaba el dinero. En vano estuvo buscando el árbol genealógico, que la vieja sabía acostumbraba a guardar allí. ¡Con lo a gusto que hubiera empezado por él su obra de destrucción! El documento se había quedado sobre la mesa de despacho del doctor, en el gabinete; jamás llegaría a descubrirlo allí, sumida como estaba en aquella fiebre de pasión que le impulsaba a registrar los muebles cerrados, sin dejarle proceder con reflexiva calma y metódicamente alrededor suyo.

El obsesivo afán la hizo volver sobre sus pasos y fue a plantarse de nuevo ante el armario; todo era tomar mentalmente medidas, envolviéndolo con una ardiente mirada de conquista. No obstante su menuda talla, a pesar de sus ochenta años cumplidos, la anciana se erguía, desplegando extraordinaria actividad, en un verdadero alarde de fuerza.

—¡Ah! —repitió—, ¡si dispusiera de una herramienta!

Y de nuevo se puso a buscar la hendedura del coloso, la rendija por donde poder introducir los dedos para hacerlo estallar. Forjaba en su mente planes de asalto, concebía actos de violencia, para retornar seguidamente a la táctica de la astucia, a la idea de cualquier traición que le permitiera abrir los batientes del mueble de un simple soplo.

De pronto, su mirada relució: había encontrado el medio.

—Diga, Martine, ¿verdad que hay un garfio que sujeta el primer batiente?

—Sí, señora, se ajusta en un ojete que hay encima del estante de en medio... ¡Mire! Se encuentra a la altura de esa moldura, aproximadamente.

Felicité esbozó un gesto de próxima victoria.

—¿No tendrá usted una barrena, una barrena gruesa...? ¡Búsqueme una barrena!

Sin perder tiempo, Martine bajó a su cocina y se trajo consigo la herramienta que le había pedido.

—Perfectamente, como puede usted ver, con esto no armaremos ningún ruido —prosiguió la anciana dama poniendo manos a la obra.

Con singular energía, que nadie hubiera podido sospechar en aquellas manitas disecadas por la edad, clavó la barrena e hizo un primer agujero a la altura indicada por la criada. El sitio, sin embargo, era demasiado bajo, pues enseguida notó que la punta se hundía en la tabla. Un segundo taladro la llevó directamente al hierro del garfio. Esta vez, el agujero era demasiado directo. Y a partir de aquel momento, fue multiplicando los intentos, a derecha e izquierda, hasta que, valiéndose de la misma barrena pudo por fin empujar el gancho y sacarlo del ojete. Resbaló el pestillo y los dos batientes de la puerta se abrieron.

—¡Por fin! —exclamó Felicité, ya fuera de sí.

Luego permaneció inquieta durante unos instantes, inmóvil, con el oído atento, temiendo haber despertado a Clotilde. Pero toda la casa dormía, sumida en un profundo e impresionante silencio. De la alcoba sólo provenía una paz augusta de muerte, únicamente se podía oír el claro tintineo del reloj de péndola dando un solo toque, la una de la noche. Y allá se hallaba el armario abierto de par en par, como sorprendido, ofreciendo a la vista, en sus tres estantes, un desbordante amontonamiento de papeles. De improviso entonces, se abalanzó; y empezó la obra de destrucción, en medio de aquella sagrada sombra, del infinito reposo que imponía la fúnebre velada.

—¡Por fin! —repitió muy bajito—. ¡Después de treinta años de impaciencia y de espera...! ¡Despachemos, despachemos, Martine! ¡Ayúdame!

Sin pensarlo más, ya había acercado la silla alta del pupitre y se había subido a ella de un salto, para coger en primer lugar los papeles del estante de arriba, pues recordaba perfectamente que era allí donde se hallaban los legajos. Le sorprendió no ver las carpetas de cartón color azul; allá no quedaban más que tupidos manuscritos, las obras terminadas y no publicadas aún por el doctor; inestimables trabajos, todas sus investigaciones, sus descubrimientos todos, el monumento de su futura gloria, que había querido legar a Ramond, para que éste tratase con el máximo esmero. Con seguridad que algunos días antes de su muerte, pensando que tan sólo sobre los legajos se cernía la amenaza, y que nadie en el mundo se atrevería a destruir sus demás obras, Pascal debió proceder a un traslado de sitio, a una nueva clasificación, para sustraer de las primeras búsquedas a los tales legajos.

—¡Bah! ¡Tanto peor! —murmuró Felicité—, ya acabaremos por dar con ellos; empecemos por cualquier esquina, si queremos llegar a la meta... Puesto que ya estoy subida, sigamos limpiando por aquí... ¡Vamos, Martine, a escape!

Y así, rápidamente vació el estante, lanzando uno a uno los manuscritos en brazos de la criada, que los ponía seguidamente sobre la mesa, procurando hacer el menor ruido posible. Bien pronto, toda la pila de papeles estuvo allá, y la vieja se apresuró a saltar de la silla.

—¡Al fuego...! Ya acabaremos por meterle mano a los otros, a los que estoy buscando... ¡Al fuego, al fuego! ¡Empecemos por éstos! Hasta los trocitos de papel más minúsculos, hasta las notas ilegibles, ¡al fuego, al fuego!, si es que queremos estar seguras de matar la contaminación del mal.

Impelida por su fanatismo, por su feroz odio a la verdad, en su pasión de aniquilar el testimonio de la ciencia, rasgó ella misma la primera página de un manuscrito, la prendió fuego en la lámpara y fue a echar aquella pavesa ardiente a la gran chimenea, donde, desde hacía veinte años quizás, no había sido encendido fuego; y se dedicó a alimentar la llama, mediante seguir echando a trocitos el resto del manuscrito. La criada, tan resuelta como ella, se acercó a ayudarla después de haber cogido otro voluminoso cuaderno que iba deshojando. A partir de entonces, el fuego no cesó de arder. La alta chimenea se llenó de un resplandor, de una clara llamarada de incendio, que no disminuía de tanto en tanto más que para alzarse de nuevo con creciente intensidad a medida que nuevos alimentos lo avivaban otra vez. Ensanchábanse poco a poco aquellas brasas, un montón de ceniza iba alzándose, una espesa capa de hojas negras por donde corrían millones de destellos. Tratábase de una larga tarea, que parecía no haber de acabar nunca;

en efecto, cuando se echaban demasiadas páginas a la vez, entonces no ardían, se hacía preciso sacudirlas, agitarlas con las tenazas; y lo más práctico era arrugarlas y esperar a que estuvieran bien encendidas antes de añadir otras. Poco a poco iban adquiriendo maña y la faena se desarrollaba a toda marcha.

En su prisa por ir a recoger una nueva brazada de papeles, Felicité tropezó con un sillón.

—¡Por Dios, vaya con cuidado, señora! —dijo Martine—. ¡Podrían sorprendernos!

—Y, ¿quién quiere que venga? ¿Clotilde? Pobre hijita, ¡duerme como una bendita...! Además, si viene cuando hayamos terminado, ¡tanto me importa! No tenga, pues, cuidado, que no pienso ocultarme en absoluto; dejaré el armario vacío y abierto de par en par, diré en voz bien alta que soy yo quien ha purificado la casa... Cuando no quede ya ni una sola línea escrita, ¡válgame Dios! ¡El resto me tiene sin cuidado!

Durante cerca de dos horas, la chimenea estuvo ardiendo. Habían estado yendo y viniendo al armario, vaciando de ese modo los otros dos estantes; no quedaban ya más que los bajos, que parecía atiborrado con un revoltijo de notas. Embriagadas por el calor de aquella hoguera de regocijo, medio sofocadas, bañadas en sudor, cedían al ciego impulso de una fiebre salvaje de destrucción. Poníanse en cuclillas, ennegrecíanse las manos viendo de apartar los restos mal quemados para volcarlos en las llamas y que acabaran de arder; y tan violentos eran sus ademanes, que sus grises mechones colgaban en desorden sobre sus ropas. Semejaba aquello una danza de brujas atizando una pira diabólica, con vistas a la consumación de algún acto abominable, el martirio de un santo, el pensamiento escrito quemado en la plaza pública, todo un mundo de verdad y de esperanza destruido. Y el enorme resplandor, que por momentos hacía palidecer la lámpara, abarcaba por entero la amplia pieza, haciendo danzar en el techo sus desmesuradas sombras.

Pero, cuando quiso acabar de vaciar los bajos del armario, después de haber quemado ya, a fuerza de brazadas, el revoltijo de notas allá amontonado, Felicité lanzó un grito ahogado de triunfo.

—¡Ah! ¡Aquí los tenemos...! ¡Al fuego, al fuego!

Por fin, acababa de caer sobre los legajos. Al fondo de todo, detrás de la muralla de notas, el doctor había disimulado las carpetas de papel azul. Y tuvo lugar entonces la locura de la devastación; los legajos, cogidos a manos llenas, eran lanzados a las llamas, llenando la chimenea con un zumbido de incendio.

—¡Arden, arden...! ¡Arden, por fin...! Martine, ese que hay ahí, y ese otro... ¡Ah! ¡Qué fuego tan delicioso, qué magnífico fuego!

Pero la criada parecía estar cada vez más inquieta.

—Tenga cuidado, señora, acabará incendiando la casa... ¿No oye ese zumbido?

—¡Ah! ¿Y eso por qué te preocupa? ¡Todo puede quemarse perfectamente...! ¡Arden, arden! ¡Qué espectáculo tan grandioso...!

Y reía de contento, fuera de sí, poniendo una cara espantosa, cuando, en un momento dado, empezaron a caer pedazos de hollín encendido. El zumbido iba haciéndose terrible, el fuego alcanzaba a la chimenea entera que no se deshollinaba jamás. Aquello pareció excitarla más aún, en tanto que la criada se puso a gritar y a correr alrededor de la habitación.

Clotilde dormía al lado del cadáver de Pascal, en medio de la soberana calma de la alcoba. No se había notado allí otro ruido que el producido por la ligera vibración del timbre del reloj dando las tres. Los cirios ardían con larga e inmóvil llama, ni el más ligero estremecimiento removía el aire. Y, aunque sumida en su pesado aletargamiento sin sueño, la joven oyó, sin embargo, como un tumulto, un creciente galopar de pesadilla. ¿Dónde se hallaba? ¿Por qué ese enorme peso que oprimía su corazón? La espantosa realidad acudió de pronto a su mente: volvió a ver a Pascal, oyó los gritos de Martine en la habitación de al lado; y se precipitó angustiada, para enterarse de lo que estaba ocurriendo.

Pero, al llegar al umbral, Clotilde pudo ya captar toda la escena de una nitidez salvaje: el armario abierto de par en par y completamente vacío, Martine alocada por el miedo al fuego, su abuela Félicité radiante, empujando hacia las llamas con el pie los últimos fragmentos de los legajos. Una densa humareda, el hollín flotante llenaban por completo la sala, donde el zumbido del incendio proyectaba como un estertor de muerte, es decir, ese devastador galopar que acababa de oír desde el fondo de su sueño.

Y el grito que salió de sus labios, fue el que lanzara el propio Pascal, la noche de la tormenta, cuando la sorprendió en trance de robar los papeles.

—¡Ladronas! ¡Ladronas!

Sin pensarlo un instante, se había precipitado hacia la chimenea; y, no obstante el terrible zumbido, a pesar de los pedazos de hollín encendido que caían, con riesgo de que se le incendiaran los cabellos y de quemarse las manos, cogió a puñados las hojas que todavía no habían acabado de arder, y las apagó valientemente, estrechándolas contra su propio cuerpo. Bien poca cosa era, sin embargo; apenas algunos restos, ni una sola página entera, ni tan

siquiera migajas del colosal trabajo realizado, de la paciente y voluminosa obra de toda una vida, y que al fuego le habían bastado dos horas para destruir. Y su cólera iba en aumento; una ola de furiosa indignación invadía todo su ser.

—¡Son ustedes unas ladronas, unas asesinas...! ¡Es un abyecto asesinato el que acaban de cometer! ¡Profanaron la muerte, aniquilaron el pensamiento y dieron muerte al genio!

La anciana señora Rougon no retrocedía. Antes bien se había ido acercando, sin remordimientos, con la cabeza alta, amparando la sentencia de destrucción por ella dictada y luego ejecutada.

—¿Es a mí a quien hablas, a tu abuela...? Hice simplemente lo que debía, lo que tú misma quisiste un día hacer con nosotras.

—Es que entonces consiguieron ustedes volverme loca. Pero el caso es que he vivido, he amado, y he podido también comprender... Tratábase además de una herencia sagrada, confiada a mi entereza, de la última voluntad de un muerto, de todo cuanto quedaba, en fin, de un gran cerebro, y que tenía yo como misión el imponer a todos... ¡Sí, eres mi abuela, como bien dices! ¡Y esto que hiciste es tanto como si acabaras de quemar a tu hijo!

—¡Qué cosas se te ocurren decir! ¡Quemar a Pascal porque he hecho arder sus papeles! —gritó Felicité—. ¡Pues no faltaría más! ¡Hubiera sido capaz de quemar la ciudad entera por salvar la gloria de nuestra familia!

Seguía acercándose paso a paso, en actitud de combate, victoriosa; y, entretanto, Clotilde, que había colocado sobre la mesa los ennegrecidos fragmentos que acababa de salvar de la quema, los defendía con su cuerpo, por temor a que no los lanzase nuevamente a las llamas. Pero la abuela despreciaba aquellos restos, y ni tan siquiera se mostraba inquieta por el fuego de la chimenea, que afortunadamente se agotaba por sí mismo, mientras Martine, con la pala, procuraba sofocar el hollín y las fogatas de cenizas ardientes.

—Te consta, sin embargo, —continuó diciendo la vieja, cuya reducida talla parecía acrecentarse—, que sólo una ambición tuve, una pasión: la fortuna y la realeza de los nuestros. Luché, estuve velando toda mi existencia; y si tuve largos años de vida fue únicamente para conseguir desvirtuar viles historias y dejar respecto de nosotros una leyenda gloriosa... Sí, jamás desesperé de ello, nunca me sentí desarmada, dispuesta a sacar provecho de las más nimias circunstancias... Y si pude realizar cuanto se me antojó, fue sencillamente porque supe esperar.

Con amplio ademán, señaló entonces el vacío armario y la chimenea donde morían las últimas chispas.

—Ahora ya, todo acabó, nuestra gloria se halla a salvo; esos abominables papeles jamás podrán acusarnos y no dejaré de mí ninguna amenaza... Los Rougon triunfan.

Medio enloquecida, Clotilde levantaba el brazo, como para echarla de allí. Pero la anciana mujer salió por propia iniciativa; bajó a la cocina para lavar sus tiznadas manos y arreglar su cabellera. Se disponía la criada a seguirla, cuando, al volverse, vio el gesto que ponía su joven ama. Detúvose unos instantes.

—¡Oh! Yo, señorita, me iré pasado mañana, cuando el señor esté en el cementerio.

Reinó un silencio.

—No crea usted que la despido, Martine; estoy convencida de que no es usted la más culpable... Lleva treinta años viviendo en esta casa. Quédese, permanezca usted junto a mí.

La infeliz solterona meneó su cabeza gris, totalmente pálida y el semblante como ajado.

—No, he servido al señor, y después de él, a nadie más serviré.

—Pero ¡tratándose de mí!

Martine levantó los ojos, miró de frente a la joven, aquella niñita amada a la que había visto crecer.

—¡A usted, no!

Clotilde, entonces, se sintió violenta, quiso hablarle del hijo que llevaba en sus entrañas, de esa criatura de su amo a quien quizá quisiera servir. Y su intención resultó adivinada; recordó Martine en efecto la conversación que había sorprendido, dirigió su mirada hacia aquel vientre de mujer fecunda, en el que el embarazo todavía no se dejaba traslucir. Por unos instantes, pareció reflexionar. Luego, limpiamente y sin titubeos:

—El hijo, ¿no es eso...? ¡No!

Y acabó exponiendo sus cálculos, puntualizando la situación como mujer práctica, que sabía sobradamente el estricto valor del dinero.

—Puesto que cuento con fondos propios, voy a ir a comerme tranquilamente mis rentas en cualquier parte... Sé que puedo dejarla a usted, señorita, porque no es pobre. El señor Ramond le explicará mañana cómo ha sido posible salvar cuatro mil francos de renta, del dinero depositado en casa del notario. Entretanto, aquí tiene la llave del mueble escritorio, donde encontrará los cinco mil francos que el señor dejó allí... ¡Oh!, sé bien que no

han de surgir dificultades entre nosotras sobre este punto. Hace tres meses que el señor no me pagaba, y tengo papeles que así lo atestiguan. En esta última época, además, le adelanté casi doscientos francos de mi bolsillo, sin que él supiera de donde venía el dinero. Todo eso figura por escrito, y me siento tranquila pues sé que la señorita no me ha de perjudicar en un solo céntimo... Pasado mañana, cuando el señor ya no esté aquí, me marcharé.

Seguidamente, la criada descendió a su vez a la cocina, y Clotilde, a pesar de la ciega devoción de aquella mujer, que la había llevado a prestar sus manos para la realización de un crimen, se sintió horrorosamente triste con aquel abandono. Sin embargo, mientras estaba recogiendo los restos de los legajos, antes de volver a la alcoba, experimentó una alegría: la de reconocer así de pronto, sobre la mesa, el árbol genealógico, desdoblado tranquilamente y que las dos mujeres no habían llegado a ver. Era el único residuo que se conservaba íntegro, una santa reliquia. Lo cogió y se fue a encerrarlo en la cómoda de la alcoba junto con los fragmentos medio consumidos.

Pero, cuando se encontró de nuevo en aquella augusta habitación, una fuerte emoción se apoderó de ella. ¡Qué soberana calma, qué inmortal paz aquella, al lado del salvajismo destructivo que había llenado la pieza vecina de humareda y de cenizas! Una sagrada serenidad desprendíase de la penumbra, los dos cirios ardían con una llama pura, inmóvil, sin el menor estremecimiento. Y observó entonces que la cara de Pascal se había quedado muy blanca, en medio de la dispersa ola de su barba y de sus cabellos, también blancos. A aquella semiluz parecía dormir, como enmarcado en una aureola, soberanamente hermoso. Se inclinó la joven, le besó una vez más y notó en sus labios el frío de aquel rostro de mármol, con sus cerrados párpados, durmiendo su sueño de eternidad. Sintió un dolor tan intenso por no haber podido salvar la obra cuya custodia le confiara, que cayó de rodillas y se puso a sollozar. Acababa de ser violado el genio; le parecía que el mundo iba a ser destruido, ante aquella feroz aniquilación de toda una vida de trabajo.

XIV

EN el gabinete de trabajo, se hallaba Clotilde abrochando de nuevo su blusa, teniendo aún sobre sus rodillas al hijo que acababa de amamantar. Ocurría eso después del almuerzo, hacia las tres de la tarde de un esplendoroso día de fines del mes de agosto, con un cielo que parecía estar en ascuas; y los postigos, cuidadosamente cerrados, no dejaban pasar a través de las rendijas más que unas finísimas agujas de sol, en medio de la penumbra amodorrada y tibia en la amplia pieza. La soberana y ociosa paz del domingo, parecía extenderse por fuera, a través de un lejano vuelo de campanas sonando el último toque de vísperas. Ni el más leve ruido se alzaba en la vacía casa, donde la madre y el pequeño habían de permanecer forzosamente solos hasta la hora de la cena, por haber pedido la criada permiso para ir a ver a una prima que vivía en el suburbio.

Durante breves instantes, Clotilde estuvo contemplando a su hijo, hermosa criatura que ya contaba tres meses. Había dado a luz hacia últimos de mayo. Desde pronto haría diez meses, llevaba luto de Pascal; un sencillo y largo traje negro, con el cual estaba divinamente hermosa, tan fina, tan esbelta, con su rostro de una juventud tan triste asimismo, nimbado por sus admirables cabellos rubios. Y, aunque no le era posible sonreír, experimentaba una tremenda dulzura al ver aquel hermoso niño, gordito y sonrosado, con su boquita todavía humedecida de leche, y cuya mirada había sido atraída por una de aquellas franjas de sol, donde el polvillo parecía entretenerle con su danza. Parecía estar muy sorprendido, no separaba la vista de aquel estallido de oro, de semejante y deslumbrador milagro de luz. Llegó luego el sueño, dejando caer su redonda y desnuda cabecita sobre el brazo de la madre.

Levantóse entonces Clotilde con sumo cuidado y fue a ponerle en su cuna que se hallaba cerca de la mesa. Por unos momentos permaneció inclinada sobre el chiquitín para estar bien segura de que dormía. Y bajó la cortina de muselina, en la sombra crepuscular. Sin hacer el menor ruido, con suaves ademanes, caminando con paso tan ligero que apenas si rozaba el entarimado, enseguida empezó a trajinar, ordenó la ropa blanca que había encima de la

mesa y atravesó dos veces la pieza, puesta a buscar un zapatito que se había extraviado. Estaba muy silenciosa, dulce y activa. Y, aquel día, sumida en la soledad de la casa, se dedicaba a pensar en cómo iba transcurriendo ese año de su vida.

Para empezar, después de la espantosa sacudida del entierro, había tenido lugar la marcha inmediata de Martine, que se había obstinado en abandonar la casa, sin tan siquiera querer respetar los acostumbrados ocho días de despedida y limitándose a traer, para reemplazarla, a la joven prima de un panadero de la vecindad, una muchacha morena y regordeta que, por fortuna, resultó ser lo bastante limpia y fiel. En cuanto a Martine, vivía en Sainte-Marthe, en un agujero perdido y tan mezquinamente, que con las rentas de su pequeño tesoro aún debía ahorrar dinero. No se le conocía ningún heredero, ¿en beneficio de quién redundaría aquel furor de avaricia? En diez meses, ni una sola vez había puesto sus pies en *La Souleiaide*: el señor ya no estaba allí, y no cedía al impulso de ver al hijo del señor.

En la meditación de Clotilde, evocábase luego la figura de su abuela Felicité. Esta, venía a visitarla de tanto en tanto, con una condescendencia de pariente poderoso, que es además de un espíritu de comprensión lo bastante amplio como para perdonar todas las faltas, cuando éstas son cruelmente expiadas. Llegaba de improviso, tomaba al niño en sus brazos, predicaba la moral, daba consejos; y la joven madre había adoptado con relación a ella, esa actitud simplemente deferente que siempre observara en Pascal con su madre. Por lo demás, Felicité se había entregado por entero a saborear su triunfo. Estaba a punto de poder realizar por fin una idea acariciada durante mucho tiempo, maduramente reflexionada, que había de consagrar en un monumento imperecedero la pura gloria de la familia. Y esa idea consistía en emplear su fortuna, que había llegado a ser considerable, en la construcción y dotación de un asilo para ancianos, que se denominaría el Asilo Rougon. Tenía ya comprado el terreno, una parte del antiguo Jeu de Mail, en las afueras de la ciudad, cerca de la estación; y aquel domingo precisamente, hacia las cinco, cuando el calor cediera un poco, se procedería a la colocación de la primera piedra, una auténtica solemnidad honrada con la presencia de las autoridades, y en la que ella figuraría como reina aplaudida, en medio de una enorme concurrencia de gente.

Clotilde experimentaba además, un cierto sentimiento de agradecimiento hacia su abuela, que acababa de demostrar perfecto desinterés y falta de egoísmo con motivo de la apertura del testamento de Pascal. Este había instituido a la joven como su heredera universal; y la madre, que conservaba

su derecho a la reserva de una cuarta parte de la herencia, después de haber puesto de manifiesto su mayor respeto de lo que constituían las últimas voluntades del hijo, renunció simplemente a la sucesión. Se proponía desde luego desheredar a todos los suyos, no legarles más que la gloria, empleando su enorme fortuna en la erección de este Asilo que llevaría el nombre respetado y bendecido de los Rougon a futuras generaciones; así, después de haberse manifestado, durante un medio siglo, tan dura y áspera en la conquista del dinero, se permitía desdeñarlo a aquella hora, como purificada en una ambición de mayor enjundia. Y Clotilde, gracias a aquel gesto de liberalidad, había dejado de sentir inquietud por el porvenir: los cuatro mil francos de renta bastarían a ella y a su hijo. Le educaría y haría de él todo un hombre. E incluso había colocado a nombre del niño, como a fondo perdido, los cinco mil francos del mueble escritorio y aún le quedaba *La Souleide* que todo el mundo le aconsejaba vendiese. Indudablemente, la conservación no resultaba del todo costosa, pero ¡qué vida de soledad y de tristeza, la de aquella grande y desierta mansión, espaciosa en exceso, donde se veía como perdida! Hasta entonces, sin embargo, no se había decidido a separarse de ella. Y acaso no se decidiera jamás.

¡Ah!, esa *Souleide*, ¡allá se hallaban concentrados todo su amor, toda su vida y sus recuerdos todos! A cada instante tenía la impresión de que Pascal vivía aún allí, pues en nada había alterado Clotilde su anterior forma de existencia. Los muebles se hallaban colocados en su sitio de siempre, el transcurso de las horas era fiel reflejo de los mismos hábitos. Únicamente había cerrado la que fue alcoba de él, y en la que tan sólo ella entraba, como en un santuario, para llorar, cuando notaba su corazón demasiado apesadumbrado. En la alcoba donde se habían amado, en el lecho donde él muriera, Clotilde se acostaba cada noche, al igual que en tiempo atrás, cuando era doncella; y arrimada a esa cama no había sino la cuna, que allí colocaba cada noche. Seguía siendo, pues, la misma dulce alcoba de siempre, con sus antiguos muebles familiares, con sus cortinas, color aurora, dulcificado con el transcurso del tiempo; era, en suma, la muy vieja habitación de antaño que ahora el hijito venía a rejuvenecer de nuevo. Luego, en la planta baja, por muy sola y perdida que se encontrase en el luminoso comedor a las horas de las comidas, también allá le parecía oír ecos de risas, de los vigorosos apetitos de su juventud, cuando tan alegremente se dedicaban los dos a comer y a beber por la salud de la existencia. El jardín, la finca entera, se hallaban asimismo impregnados de la esencia del propio ser de ambos, en sus fibras más íntimas, pues no le era factible dar un paso sin evocar las imágenes

unidas del uno y del otro: en la terraza, a la ceñida sombra de los grandes cipreses seculares, ¡con cuánta frecuencia no habían contemplado el valle del Viorne, que enmarcaban las barreras rocosas del Seille y las abrasadas colinas de Sainte-Marthe!, por las bancadas de piedras secas, a través de los enclenques olivos y almendros, ¡eran tantas las veces que se habían desafiado para trepar vivamente, como chiquillos escapados de la escuela!, y todavía quedaba el pinar, la sombra aquella cálida y embalsamada, donde las hojas crujían a su paso, en una atmósfera de inmensa pureza, con el suelo alfombrado por una hierba que resultaba blanda a las espaldas, y desde el que se descubría el cielo entero, por la noche, cuando se alzaban las estrellas; y se hallaban allí sobre todo, los plátanos gigantes, el ambiente de deliciosa paz que habían ido a saborear cada día durante el verano, escuchando la canción refrescante de la fuente, la cristalina y pura nota que manaba desde hacía siglos. Hasta las viejas piedras de la casa, incluso la tierra del suelo, no había un átomo en *La Souleide*, donde ella no notara el tibio latido de un poco de la sangre de ambos, de algo de su esparcida y entremezclada vida.

Prefería, no obstante, pasarse el día en el gabinete de trabajo, y allí era donde revivía sus mejores recuerdos. Sólo podía verse allí un mueble más: la cuna. La mesa del doctor seguía en su sitio, ante la ventana de la izquierda: hubiera podido entrar y sentarse simplemente, pues ni siquiera la silla había sido movida. Sobre la mesa alargada de en medio, por entre el amontonamiento de libros y folletos, sólo había allí de nuevo la nota clara de la ropita de niño que Clotilde se traía entre manos para repasar. Los estantes de la biblioteca exhibían las mismas hileras de volúmenes, el gran armario de encina parecía guardar en sus entrañas el mismo tesoro, sólidamente cerrado a toda hora. Bajo el ahumado techo, el agradable olor a trabajo flotaba todavía en el ambiente, por entre la desbandada de sillas y el característico desorden amistoso de aquel taller en común donde durante tanto tiempo habían hallado cobijo los caprichos de la jovencita y las investigaciones del sabio. Y, sobre todo, lo que más la impresionaba al presente, era el volver a ver sus antiguos dibujos al pastel, clavados por las paredes, las copias que había hecho de flores vivientes, minuciosamente copiadas primero, y alzando el vuelo más tarde para situarlas en pleno país quimérico a impulsos de su imaginación; esas flores de ensueño a que la llevaba a veces su loca fantasía.

Estaba Clotilde acabando de repasar la ropita sobre la mesa, cuando, en un momento preciso, su mirada, al alzarse, se posó ante el pastel del viejo rey David, con la mano apoyada sobre el hombro desnudo de Abisaig, la joven sunamita. Y la joven, que ya no sabía lo que era la risa, notó que una

sensación de regocijo le subía al rostro, producto del feliz enternecimiento que en aquellos instantes experimentaba. ¡Cómo habían llegado a amarse, qué sueños de eternidad los suyos, el día en que estuvieron divirtiéndose con aquel símbolo de orgullo y ternura! El viejo rey suntuosamente ataviado con una túnica que le caía a plomo, cargada de pedrerías, llevaba la cinta real ciñendo sus cabellos de nieve; y por lo que a ella se refiere, iba más suntuosa todavía, sin más ropaje que la seda lilial de su piel, su esbelto y alargado talle, sus redondos y menudos senos y sus delicados brazos, de una gracia divina. Ahora ya, se había ido él, dormía bajo tierra, mientras ella, vestida de negro, enlutada toda, nada mostraba de su triunfante desnudez; no tenía más que el hijo para expresar la entrega tranquila, absoluta, que había hecho de su persona, ante el pueblo congregado, a la plena luz del día.

Moviéndose con suavidad, Clotilde acabó por sentarse al lado de la cuna. Las agujas de sol alargábanse ahora de un extremo a otro de la pieza; el calor de aquella sofocante jornada parecía como querer penetrar pesadamente por entre la amodorrada sombra de los postigos cerrados; y el silencio de la casa producía la impresión de acentuarse más aún. La madre había puesto a un lado las almillitas, y con lenta aguja recosía los cordones, sintiéndose poco a poco presa de una creciente somnolencia, en medio de aquella profunda y caldeada paz que la envolvía, bajo la presión del incendio afuera existente. Su mente volvió primero a los dibujos al pastel, los realistas y los quiméricos; y se razonaba a sí misma que ése su doble prisma se hallaba fundada en aquella auténtica pasión que la tenía absorta durante horas enteras ante una flor, para copiarla con precisión, para luego, en su afán de alcanzar el más allá, proyectarla otras veces fuera de lo real, encaminada en locos sueños hacia el paraíso de las flores aún no creadas. Siempre había sido así, y notaba en su fuero interno que, hoy, seguía siendo lo que había sido la víspera, bajo la ola de vida nueva que la transformaba incesantemente.

Y su imaginación entonces, saltó a la profunda gratitud que guardaba a Pascal por haberla forjado tal cual era. Cuando siendo muy chiquita la sacara antaño de un medio execrable, con seguridad que la tomó bajo sus auspicios movido por su buen corazón, pero también sin duda deseoso de intentar en ella la experiencia de saber cómo crecería en un medio ambiente distinto, rebotante todo él de verdad y de ternura. Constituía eso en él, una preocupación constante, una antigua teoría, que hubiera querido experimentar en grande: la cultura por el medio, la curación misma, el ser mejorado y salvado, lo mismo en lo físico que en lo moral. Le debía ciertamente lo mejor de su ser y de su personalidad; adivinaba lo antojadiza e impulsiva que

hubiera podido llegar a ser, de no haberle él infundido la pasión y el valor. En medio de aquella florescencia, al aire libre y al sol, la propia vida había acabado por lanzarles al uno en brazos del otro, y, ¿no era acaso algo así como el esfuerzo, el exponente último de la bondad y del gozo, el hijo venido al mundo, y que les hubiera mantenido unidos en un único regocijo si la muerte no les hubiera separado?

Estando en ese análisis retrospectivo, tuvo la clara sensación del duro y largo trabajo que se había operado en ella. Pascal había llegado a corregir su estigma hereditario; y en su mente, Clotilde revivía ahora la lenta evolución de su idiosincrasia, la lucha entre la personalidad real y la quimérica. Tenía ello origen en sus iracundas reacciones de niña, en un cierto fermento de rebelión, en un desequilibrio que la lanzaba a las peores quimeras. Venían luego sus fuertes accesos de devoción, su necesidad de ilusión y de mentira, de dicha inmediata, con la idea obsesiva de que las desigualdades e injusticias de la tierra habían de estar forzosamente compensadas por los eternos goces de un Paraíso futuro. Aquella fue la época de su enfrentamiento con Pascal, al que estuvo torturando con sus tormentos, soñando con asesinar su genio.

Y retornando su memoria a ese recodo del camino, volvía a encontrar a su maestro, que conseguía conquistarla con la terrible lección de vida que le diera en el transcurso de aquella tormentosa noche. Después, el medio ambiente había obrado por su cuenta, la evolución se precipitó impensadamente: era ella quien acabó por ser la ponderada, la razonable, aceptando vivir la existencia como realmente había que vivirla, con la esperanza de que la suma del trabajo humano liberaría al mundo un día del mal y del dolor. Había amado, era madre, y se hacía cargo de todo.

De pronto, otra noche le vino a su mente, aquélla que pasaron a la intemperie. Todavía le parecía estar oyendo su lamentación bajo las estrellas: la naturaleza atroz, la humanidad como algo abominable, y la quiebra de la ciencia, la necesidad de perderse en Dios, en el misterio. Al margen del aniquilamiento, no había posibilidad de dicha duradera. Le oía luego volver a exponer su credo, el progreso de la razón por la ciencia, el único posible bien de las verdades lentamente adquiridas para siempre; la creencia de que la suma de esas verdades, siempre en aumento, tenía que acabar por proporcionar al hombre un incalculable poder y si no la dicha, la serenidad cuanto menos. Todo quedaba resumido en una fe ardiente en la vida. Como él decía, precisaba caminar con la vida, siempre en marcha. No había por qué esperar ningún alto ni paz alguna en la inmovilidad de la ignorancia, y tampoco alivio de cualquier especie, en los retrocesos. Era necesario tener el

espíritu firme, la modestia de decirse a sí mismo que la sola recompensa de la vida está en haberla vivido con coraje, cumpliendo la tarea que la misma impone. Pensando así, el mal no era sino un accidente todavía falto de explicación; la humanidad aparecía, desde un punto de mira muy alto, como un inmenso mecanismo en funcionamiento, trabajando por un perpetuo futuro. ¿Por qué el obrero que desaparecía, una vez terminada su misión, había de maldecir la obra, en razón simplemente a no poder admirar y juzgar la obra acabada? Incluso si no llegara a existir un final, ¿por qué no disfrutar el gozo de la acción, el aire vivo que se produce al andar, la dulzura del sueño después de un prolongado cansancio? La tarea de los padres, la continuarán los hijos; no nacen ni se los ama más que por eso, para que cumplan esa tarea de la vida que se les lega, y que transmitirán luego a su vez. Desde ese momento, tan sólo quedaba ya una valiente resignación respecto de la gran tarea común, sin la rebelión del propio yo, que exige una dicha absoluta y exclusiva para sí.

Interrogábase ahora a sí misma y veía con sorpresa que no experimentaba ya el apuro que antaño la angustiaba, cuando se ponía a pensar en el más allá de la muerte. Esa preocupación de antes no la apremiaba ya hasta la tortura. Tiempo atrás, su deseo hubiera consistido en arrancarle violentamente al cielo el secreto del destino. Albergábase en ella una infinita tristeza motivada por la sola circunstancia de existir; es decir, de estar en este mundo sin saber el por qué. ¿Qué veníamos a hacer en la tierra? ¿Cuál era el auténtico significado de esta execrable existencia, carente de igualdad, sin justicia, y que aparecía a sus ojos como la pesadilla de una noche de delirio? Y al presente, su estremecimiento se había calmado, podía ya, valientemente, pensar en todas esas cosas. Sería quizás ese hijo, aquella continuación de sí misma, lo que ahora le ocultaba el horror de su acabamiento. Pero también había allí mucho del equilibrio en que vivía, de la idea de que precisaba vivir por el mero esfuerzo de hacerlo, y que, la sola posible tranquilidad de este mundo, residía en el gozo de ese esfuerzo llevado a cabo. Y se repetía a este respecto una frase del doctor que, cuando veía a un aldeano entrar, con aire apacible, después de terminada su jornada de trabajo, solía decir: «He ahí uno a quien el problema del más allá no le impedirá dormir». Quería con ello significar, que semejante preocupación no se extravía ni pervierte más que en el enfebrecido cerebro de los seres ociosos. Si cada uno cumpliera su tarea o cometido, todos dormirían tranquilos. Ella misma había notado esa omnipotencia bienhechora del trabajo, en medio de sus sufrimientos y sus duelos. Desde que él la enseñara cómo había de emplear cada una de sus

horas, y desde que había sido madre sobre todo, ocupada como estaba incesantemente con su hijo, ya nunca más había notado el escalofrío de lo desconocido pasarle por la nuca, como un ligero soplo helado. Apartaba de su mente los sueños inquietantes, sin esfuerzo ni lucha; y, si algún temor la turbaba aún, si determinadas pesadillas cotidianas le anegaban el corazón de náuseas, encontraba un consuelo, una fuerza de resistencia invencible, tan sólo con pensar que su hijo tenía un día más, el que estaba viviendo, y que al día siguiente tendría otro; que de ese modo, día por día, página por página, su obra viviente se iba acabando. Y eso la calmaba deliciosamente de todas las miserias. Tenía una función, una finalidad que cumplir, y se daba perfecta cuenta de ello a través de su feliz serenidad; con seguridad que estaba haciendo lo que había venido a hacer.

En aquel mismo minuto, sin embargo, comprendió Clotilde que la quimera no había muerto por completo en ella. Un ligero ruido acababa de revolotear en el profundo silencio, haciéndola alzar la cabeza: ¿quién era el mediador divino que pasaba? ¿Sería acaso el muerto querido que ella lloraba y que creía adivinar a su alrededor? Siempre había de quedar en ella algo de la niña creyente de otros tiempos, que siente curiosidad por el misterio, así como la necesidad instintiva de lo desconocido. Había hecho el análisis de esa necesidad, e incluso le daba una explicación científica. Por muy lejos que la ciencia haga retroceder los lindes del conocimiento humano, hay un punto que no conseguirá franquear; y era allí precisamente donde Pascal situaba el único interés en vivir: el deseo que experimentaba el ser humano de saber incesantemente más. Y, desde entonces, ella admitía las fuerzas ignoradas en que el mundo aparece anegado, un inmenso dominio oscuro, diez veces más inmenso que el conquistado ya; un infinito inexplorado a través del cual la futura humanidad remontaría sin alcanzar el final. Era aquél, ciertamente, un campo lo bastante amplio como para que la imaginación pudiera perderse en él. En las horas de meditación, en ese inmenso pozo era donde calmaba la sed imperiosa que en el ser humano parece haber respecto del más allá; una curiosa necesidad de escapar del mundo visible, de satisfacer la ilusión de absoluta justicia y de dicha futura. Lo que le quedaba de su tormento de antes, sus últimos impulsos de alzar el vuelo, se calmaban en ese ambiente, puesto que la humanidad doliente no puede en efecto vivir sin el consuelo de la mentira. Felizmente, sin embargo, todo se esfumaba en ella enseguida. En ese retorno a una época sobrecargada de ciencia, inquieta por las ruinas que la misma había causado, presa de espanto ante el nuevo siglo, con el deseo alocado de no seguir adelante y de retroceder, Clotilde venía a representar el

feliz equilibrio, la pasión de la verdad, como ampliada por la inquietud de lo desconocido. Si los sabios sectarios se empeñaban en cerrar el horizonte para atenerse estrictamente a los fenómenos, bien podía permitírsele a ella, sencilla criatura de Dios, considerar aparte lo que no sabía ni sabría jamás. Así por lo menos, se lo había autorizado Pascal, y si el credo de éste era la conclusión lógica de toda la obra, el eterno interrogante del más allá, que ella seguía igualmente planteando al Cielo, reabría la puerta del infinito ante la humanidad en marcha. Puesto que siempre precisará aprender, resignándose al propio tiempo a no conocer jamás todo, ¿no significaba acaso querer el movimiento, la vida misma, eso de reservar el misterio como eterna duda y eterna esperanza?

Un nuevo ruido, un ala que pasó, el roce de un beso sobre sus cabellos, la hizo sonreír esta vez. Con seguridad que estaba allí él. Y todo en Clotilde conducía a una ternura inmensa, llegada de todas partes y que anegaba su ser. ¡Qué bueno y alegre era su Pascal y qué amor al prójimo le inspiraba su pasión por la vida! Quizás él mismo no era sino un soñador, pues había convertido en realidad el más hermoso de los sueños: la creencia final en un mundo superior, cuando la ciencia hubiera investido al hombre de un poder incalculable: ¡aceptarlo todo, emplearlo en forjar la felicidad, saberlo y preverlo todo, reducir la naturaleza a no desempeñar más papel que el de simple servidora, vivir en la tranquilidad de la inteligencia satisfecha! En espera de que así ocurriese, el trabajo voluntario y regulado bastaba para la perfecta salud de todos. Quizás el dolor llegara a ser utilizado un día. Y, frente a una tan intensa labor, ante esa suma de seres vivientes, malos unos, buenos otros, admirables en todo caso por su coraje y su trabajo, Clotilde no creía tener ante sus ojos más que una humanidad fraternal; no tenía sino una indulgencia sin límites, ni sentía más que una infinita compasión y una caridad ardiente. El amor, como el sol, baña la tierra, y la bondad es el inmenso río donde beben todos los corazones.

Pronto haría dos horas que la aguja de Clotilde no paraba, con el mismo movimiento regular siempre, mientras su pensamiento volaba. Pero los cordones de las almillitas habían sido ya recosidos, había asimismo marcado dos nuevos pañales, comprados la víspera. Y, habiendo terminado la costura, se levantó de su asiento, en su deseo de ordenar toda aquella ropita. Fuera, el sol declinaba ya, las agujas de oro ya no entraban más que muy delgadas y oblicuas, a través de las rendijas. Como apenas veía tuvo que ir a abrir un postigo; y, estando junto a la ventana, permaneció unos instantes absorta ante el vasto horizonte que bruscamente apareció ante sus ojos. El fuerte calor

decrecía, un vientecillo ligero soplaba en aquel admirable cielo, de un azul sin mácula. A la izquierda, se distinguían hasta las más insignificantes copas de pinos, por entre los hundimientos color sanguinolento de los peñascos del Seille; en tanto que hacia la derecha, después de las colinas de Sainte-Marthe, el valle del Viorne se extendía hasta el infinito, entre la polvareda de oro del sol poniente. Contempló por unos instantes la torre de Saint-Saturnin, resaltando en oro toda ella también, dominando la sonrosada ciudad; e iba a retirarse, cuando un espectáculo la hizo quedarse apoyada de codos en el marco de la ventana, durante largo rato aún.

Más allá de la línea del ferrocarril, observábase un bullicio de gente que se apretujaba en el antiguo Jeu de Mail. Recordó enseguida Clotilde la ceremonia, y comprendió que su abuela Felicité, se disponía a colocar la primera piedra del Asilo Rougon, el victorioso monumento, destinado a transmitir la gloria de la familia a futuras generaciones. Desde hacía ocho días se venían llevando a cabo enormes preparativos; se hablaba de un cuezo y de una paleta de plata, que había de utilizar la anciana dama en persona, por haberse empeñado en figurar y salir airoso del cometido a sus ochenta y dos años. Lo que la henchía de un orgullo regio, era el estar acabando por tercera vez la conquista de Plassans, con motivo de tal circunstancia; pues el caso es que forzaba en efecto a la ciudad entera, a los tres barrios a formar alrededor suyo, a hacerle escolta y a aclamarla como una bienhechora. Tenían que figurar allí, desde luego, damas patrocinadoras, escogidas entre las más nobles del barrio de Saint-Marc, una delegación de las sociedades obreras del barrio viejo, los habitantes más destacados en fin, de la villa nueva, abogados, notarios, médicos; sin contar la gente de clase social humilde, una oleada de tipos endomingados, que se dedicaban a rondar por allá como en un día de fiesta. Y, en medio de ese supremo triunfo, se daba una circunstancia que la hacía sentirse más feliz aún: ella, una de las reinas del Segundo Imperio, la viuda que tan dignamente llevaba el luto del derrocado régimen, enorgullecida de haber vencido a la joven república, forzaba a ésta ahora, en la persona del subprefecto, a venir a darle las gracias y a saludarla. No se había anunciado al principio más que un discurso del alcalde, pero desde la víspera se daba por descontado que también el subprefecto pronunciaría unas palabras. Desde tan lejos, Clotilde no distinguía más que un tumulto de levitas negras y de vestidos claros, bajo el deslumbrante sol. Hubo luego un ruido perdido de música, el sonsonete de los aficionados de la ciudad y de los que el viento le traía a cada momento las vibraciones de cobre.

Abandonó Clotilde la ventana y se dirigió a abrir el gran armario de roble, para guardar allí la ropita que había quedado encima de la mesa. En ese armario, tan lleno en otro tiempo de manuscritos del doctor y tan vacío hoy, había ordenado la canastilla del chiquito. Parecía carecer de fondo, inmenso, abierto; y sobre los desnudos y espaciosos estantes ya no se veía otra cosa que delicados pañales, almillitas, gorros, zapatillas, el montón de ropitas, toda esa lencería fina, la pluma ligera de pájaro todavía en el nido. Donde tantas ideas habían dormido apiladas, donde se había acumulado durante treinta años la obstinada labor de un hombre en un auténtico desbordamiento de papelotes, no quedaba más que el lino de un pequeño ser, que apenas si podían llamarse vestidos; las primeras envolturas que le protegían durante una hora, y que pronto ya no habrían de servirle. La inmensidad del antiguo armario, parecía como alegre y refrescada por completo.

Cuando Clotilde hubo ordenado sobre uno de los estantes, los pañales y las almillas, percibió en un voluminoso envoltorio, los restos de los legajos, que había metido allí después de haberlos salvado del fuego. Y recordó entonces el ruego que el doctor Ramond había venido a hacerle la víspera: que mirase si, entre esos restos, no quedaba ningún fragmento de alguna importancia que pudiera tener un valor científico. Estaba desesperado por la pérdida de aquellos manuscritos inestimables, que el maestro le había legado. Inmediatamente después de ocurrido el fallecimiento, el joven doctor se había esforzado por reconstruir y redactar el contenido de la suprema conversación que con él había tenido, ese conjunto de vastas teorías expuestas por el moribundo con una tan heroica serenidad; pero no conseguía sino sumarios resúmenes; le hubieran sido precisos los estudios completos, los resultados conseguidos y las leyes formuladas. La pérdida seguía siendo irreparable, tratábase de toda una labor a empezar de nuevo; y se lamentaba de no tener más que leves indicaciones, y significando al mismo tiempo que ello implicaría para la ciencia un retraso de por lo menos veinte años; que antes no podrían ser utilizadas las ideas del pionero solitario, cuyos trabajos se había llevado por delante una catástrofe salvaje y estúpida.

El árbol genealógico, el solo documento que se conservaba intacto estaba junto al envoltorio, y Clotilde cogió todo ello y lo puso sobre la mesa, cerca de la cuna. Cuando hubo examinado los restos, uno a uno, pudo constatar algo de lo que ya estaba casi convencida, o sea de que ni una sola página del manuscrito se conservaba entera, ni había tampoco ninguna nota completa con sentido. No había más que eso, fragmentos, trozos de papel medio quemados y ennegrecidos, sin continuidad ni hilazón. Pero a medida que iba

analizándolos, para ella personalmente desprendíase un interés de aquellas frases incompletas, de aquellas palabras medio comidas por el fuego, un comienzo de oración evocaba los personajes, las historias. Y así fue como el nombre de Maxime cayó bajo sus ojos; y revivió en su mente la existencia de ese hermano, que siempre fue un extraño para ella, y cuya muerte ocurrida dos meses antes, la había dejado casi indiferente. A renglón seguido, fijó su vista en una línea truncada conteniendo el nombre de su padre; lo que le produjo cierto malestar pues creía saber que éste había conseguido meterse en el bolsillo la fortuna y el palacete de su hijo, gracias a la sobrina de su peluquero, aquella Rose tan cándida, compensada con un tanto por ciento generoso. Luego, todavía encontró otros nombres; el de su tío Eugène, antiguo viceemperador adormecido a aquellas horas; el de su primo Serge, el cura de Saint-Eutrope, del que le habían dicho la víspera estar tísico y moribundo. Y cada resto de aquéllos parecía animarse por sí mismo; la execrable y fraternal familia resurgía de aquellas migajas, de todas esas cenizas negras por donde no corrían ya más que sílabas incoherentes.

Tuvo entonces Clotilde la curiosidad de desplegar el árbol genealógico y extenderlo sobre la mesa. Una singular emoción se había apoderado de ella; sentíase enternecida por aquellas reliquias, y cuando releyó las notas añadidas a punta de lápiz por Pascal, algunos minutos antes de expirar, las lágrimas acudieron a sus ojos. ¡Con qué valentía y decisión había inscrito la fecha de su muerte!, y, ¡cómo se apreciaba su desesperado lamento de la vida, en aquellas temblorosas palabras anunciando el nacimiento del hijo! El árbol subía, proyectaba sus ramas, desarrollaba sus hojas, y Clotilde se abstraía durante largo rato contemplándolo, diciéndose a sí misma que toda la obra del maestro estaba sintetizada allí, en aquella tupida vegetación clasificada y documentada de su familia. Llegaban a sus oídos las palabras con que Pascal comentaba cada caso hereditario, recordaba sus lecciones. Los niños sobre todo, le interesaban sobremanera. El colega a quien el doctor había escrito a Nouméa, para que le facilitase informes respecto del hijo nacido del matrimonio de Etienne, por entonces en la cárcel, se había decidido a contestar, aunque se limitaba a puntualizar el sexo, una niña, y que disfrutaba de buena salud al parecer. Octave Mouret, había estado a punto de perder la suya, muy enclenque, en tanto que su hijito seguía estando muy rollizo. Por lo demás, el rincón de soberbia y hermosa salud, de extraordinaria fecundidad, seguía localizado en Valqueyras, en la casa de Jean, la mujer del cual, en tres años, había tenido dos hijos, y estaba embarazada de un tercero. La nidada crecía pujante a pleno sol, retozando por aquella fecunda y grasienta tierra,

mientras el padre se dedicaba a las labores del campo, y la madre condimentaba en el hogar la comida y atendía a los niños. Existía allí la bastante savia nueva y trabajo como para rehacer el mundo. En aquel momento le pareció a Clotilde oír la exclamación de Pascal: «¡Ah!, nuestra familia, ¿qué va a ser de ella? ¿Dónde acabará desembocando, por fin?». Y ella misma, entonces, dio a su vez rienda suelta a la imaginación, con la mirada fija en aquel Árbol, intentando prolongar hacia el futuro sus últimas ramas. ¿Quién era capaz de saber de dónde nacería la rama sana? El sabio, el poderoso esperado, quizá germinaría allí.

Un ligero grito apartó a Clotilde de sus reflexiones. La muselina de la cuna, parecía animarse a impulsos de un soplo; era el niño que, habiéndose despertado, llamaba y se agitaba. Se apresuró enseguida a cogerle, y le alzó alegremente en el aire para que su cuerpecito se bañara en la dorada luz del sol poniente. Pero a la criaturita no parecía impresionarle gran cosa aquel hermoso atardecer; sus inciertos ojitos se volvían hacia el vasto cielo, mientras abría desmesuradamente su sonrosado piquito de pájaro incesantemente hambriento. Y lloraba tan fuerte, era de un despertar tan glotón, que la madre se decidió a darle el pecho. Le tocaba, además, pues hacía ya tres horas que no había mamado.

Clotilde fue a sentarse de nuevo junto a la mesa. Había colocado a la criaturita sobre sus rodillas, donde no se portaba con mucha cordura que digamos, sino que chillaba más fuerte y se impacientaba; la madre no hacía más que mirarle sonriente, mientras se desabrochaba la blusa. Y apareció entonces el seno, una teta menuda y redonda, que apenas sí había hinchado la leche. Tan sólo una ligera aureola de bístre había venido a florecer el pezón, invadiendo la delicada blancura de aquella desnudez femenina, divinamente esbelta y joven. Ya el niño notaba la proximidad de la teta e intentaba alzarse, tanteando con los labios. Cuando la madre le hubo puesto la boca en el pezón, se oyó como un ligero gruñido de satisfacción y se lanzó de lleno a la faena con el hermoso voraz apetito del ser que quiere vivir. Mamaba a plenas encías, ávidamente. Al principio, con la manita que tenía suelta, había empuñado el seno, como para constatar la posesión del mismo, defenderlo y conservarlo. Luego, en medio de la alegría de aquel tibio chorro del que tenía la boquita llena, la criatura había alzado en el aire su bracito, manteniéndolo en alto como una bandera. Y Clotilde seguía sin abandonar su inconsciente sonrisa, al verle así, tan rollizo, nutriéndose de ella. Durante las primeras semanas, una grieta la había hecho sufrir mucho; ahora aún, el seno seguía

sensible; pero sonreía igualmente, con ese aire apacible de las madres, contentas con dar su leche, lo mismo que darían su sangre.

Cuando había procedido a desatarse la blusa y su pecho, su desnudez de madre había quedado al descubierto, otro misterio de la joven, uno de sus secretos más ocultos y deliciosos para ella, había hecho asimismo su aparición: el fino collar de siete perlas, aquellas estrellas lechosas que el maestro había colocado en su cuello, un día de miseria, en su apasionada locura por el regalo. Desde que lo llevaba puesto, nadie había vuelto a verlo. Formaba como parte integrante de su pudor, significaba su propia carne, tan sencilla e ingenua toda ella. Y, durante el tiempo que el niño mamaba, era ella sola quien lo volvía a ver, enternecida, reviviendo el recuerdo de los besos cuyo tibio olor parecía la joya haber conservado aún.

Una bocanada de música, a lo lejos, sobresaltó a Clotilde. Volvió la cabeza y miró hacia la campiña, rubia y dorada toda ella por el declinante sol. ¡Ah, sí!, ahora recordaba, ¡se trataba de la famosa ceremonia, de aquella primera piedra que colocaban allá abajo! Y volvió a posar sus ojos sobre el niño, quedando absorta de nuevo en el placer de verle mamar con tan buen apetito. Había acercado hacia sí una pequeña banquetta para poder levantar una de sus rodillas, al tiempo que apoyaba un hombro en la mesa, al lado del Árbol y de los fragmentos ennegrecidos de los legajos. Su pensamiento permanecía flotante, encauzado hacia una dulzura divina, mientras notaba lo mejor de sí misma, aquella leche pura, manar sin apenas producir ruido, haciendo suyo, cada vez más, el ser querido salido de sus entrañas. El niño había nacido, el redentor quizás. Las campanas habían sonado, los Reyes Magos se habían puesto en camino, seguidos de los pueblos, de la naturaleza toda que, engalanada para la fiesta, sonreía al pequeño cubierto con sus mantillas. Y ella, la madre, mientras la criaturita bebía su vida, soñaba ya en el porvenir que le esperaba. ¿Qué sería de él cuando se hubiera hecho grande y fuerte, después de haberle volcado todo su ser? ¿Un sabio que enseñaría al mundo algo de la verdad eterna? ¿Un capitán que sabría aportar la gloria a su país? O, mejor aún, quizás llegara a ser uno de esos pastores del pueblo que amortiguan las pasiones y hacen reinar la justicia. Le veía llamativamente hermoso, de extremada bondad, muy poderoso. Y no era aquél sino el sueño de todas las madres, la certidumbre de haber dado a luz al esperado Mesías; y, en esa esperanza, en esa creencia obstinada de cada madre en el triunfo de su hijo, existía ya desde luego la esperanza misma que forja la vida, la creencia que suministra a la humanidad la fuerza sin cesar renaciente de querer seguir viviendo.

¿A quién saldría el niño? Y no cesaba de mirarle tratando de encontrarle parecidos. La frente y los ojos eran ciertamente de su padre, como también algo de la envergadura y solidez que se observaba en la contextura de su cabeza. Y se reconocía a sí misma en él, observando su fina boca y su delicada barbilla. Luego, sordamente inquieta, era a los demás a quienes buscaba, a los terribles ascendientes, a todos aquellos que figuraban allí, inscritos en el Árbol, propulsando el desarrollo de las hojas hereditarias. ¿Sería a éste, a ese otro, o a aquel de más allá quizás, a quien se parecería? Siempre, no obstante, conseguía tranquilizarse; no podía en absoluto dejar de tener confianza, hasta tal punto aparecía su corazón henchido de la eterna esperanza. La fe en la vida que el maestro había hecho arraigar en ella, la mantenía valerosa, decidida, inquebrantable. ¡Qué importaban las miserias, los sufrimientos y las abominaciones!, la fuente de salud estaba en el universal trabajo, en el poder que fecunda y crea. La obra era buena cuando, como resultas del amor, nacía un hijo. A partir de ese momento, volvería a renacer la esperanza, pese a las llagas incesantemente extendidas y el negro cuadro de las vergüenzas humanas. Aquello venía a ser el nuevo escalón que perpetuaba la vida, puesta a prueba una vez más; la vida que no se cansa uno de considerar buena, puesto que con tanto encarnizamiento se la vive pese a su ambiente de injusticia y de dolor.

Clotilde había posado involuntariamente su mirada sobre el árbol de los antepasados desplegado ante sí. ¡Sí! Allí estaba la amenaza, ¡tanto crimen, tanto lodo, por entre tantas lágrimas y tanta bondad doliente! ¡Cuán extraordinaria mezcla de lo excelente y de lo peor! ¡Una humanidad en pequeño, con todas sus taras y todas sus luchas! Era como para preguntarse, si no hubiera valido más barrer de un solo golpe, fulminándolo, todo aquel hormiguero miserable y echado a perder. Y, después de tantos terribles Rougones, y de tanto Macquart abominable, todavía nacía uno más. En el valiente desafío de su eternidad, a la vida, en efecto, no le atemorizaba el crear uno más. Proseguía simplemente su obra, se propagaba según sus leyes, indiferente a las hipótesis, en marcha para la realización de su labor infinita. Aún a riesgo de crear monstruos, se veía en la precisión de dar vida, puesto que, pese a los enfermos y locos que engendra, no se cansa de crear, con la esperanza sin duda de que, un día u otro, acabarán por llegar los fuertes y sabios. ¡La vida, la vida que se desliza en torrente, que continúa y vuelve a empezar, camino de un final ignorado! ¡La vida en que nos vemos sumergidos, la vida de infinitas y contrapuestas corrientes, siempre en movimiento e inmensa, como un mar sin límites!

Un ímpetu de fervor maternal remontó del corazón de Clotilde, contenta y satisfecha de notar la voraz boquita, absorberla sin fin. Era una plegaria, una invocación. ¡Al niño desconocido, al dios desconocido, como quien dice! ¡A ese niño que nacería mañana, al genio que acaso estaba naciendo, al Mesías que el próximo siglo esperaba y que había de conseguir sacar a los pueblos de su duda y de su sufrimiento! Puesto que estaba por rehacer la nación, ¿no estaría predestinado ese su hijito a realizar semejante tarea? Adquiriría experiencia, alzaría los muros, devolvería la certeza a los hombres vacilantes, edificaría la ciudad de justicia, donde la sola ley del trabajo aseguraría la dicha. En los tiempos turbulentos es cuando deben ser esperados los profetas. A menos que no resultara ser el Anticristo, el demonio devastador, la anunciada bestia que purgaría la tierra de la impureza convertida en demasiado extensa. Y la vida continuaría a pesar de todo; precisaría tan sólo tener la paciencia de aguardar unos miles de años más, antes de que hiciera su aparición el otro niño desconocido, el bienhechor.

Pero a todo esto, su hijito había agotado ya el seno derecho; y como parecía ponerse de mal humor, Clotilde le volvió de lado y le dio el pecho izquierdo. Luego, se puso de nuevo a sonreír bajo el efecto de la caricia que implicaban aquellas diminutas y glotonas encías. La esperanza, se personificaba en ella igualmente. Una madre que amamanta, ¿no es acaso el exponente de un mundo continuado y puesto a salvo? Habíase inclinado sobre el chiquitín y tropezado con sus límpidos ojos, que se abrían alegres, ansiosos de luz. ¿Qué estaría diciendo el pequeño ser, para que la madre notase latir su propio corazón, bajo el seno que el hijito estaba acabando de succionar? ¿Qué de bueno estaría anunciando con el ligero chupar de su boquita? ¿En favor de qué causa daría su sangre, cuando se hubiera hecho todo un hombre merced a aquella leche que habría bebido? ¡Quizás no decía nada, acaso mentía ya, pese a estar ella tan contenta, tan llena de una absoluta confianza en él!

De nuevo, las lejanas trompetas hicieron resonar sus cobres, estallando en charangas. Aquello debía significar la apoteosis, el minuto mismo en que la abuela Felicité, con su paleta de plata, colocaba la primera piedra del monumento que sería alzado para la mayor gloria de los Rougon. El inmenso cielo azul, que también parecía querer vivir aquel regocijo dominguero, estaba de fiesta. Y, en el tibio silencio, en aquella solitaria paz del gabinete de trabajo, Clotilde sonreía al hijito, que no cesaba de mamar, con su bracito al aire, erecto, enarbolándolo como una bandera de llamada a la vida.

LOS PERSONAJES DE LOS ROUGON- MACQUART

En 1870, cuando Emilio Zola se disponía a iniciar la publicación de *Los Rougon-Macquart* —el primer volumen apareció en 1871—, Europa estaba llena de un enorme entusiasmo por la ciencia. En el campo de las disciplinas biológicas ese entusiasmo se polarizaba en torno a las ideas de evolución y de herencia. Zola conocía, como es lógico, las obras de Darwin, mas era el *Traité de l'hérédité naturelle* (*Tratado de la herencia natural*) del doctor Lucas la obra que más le había impresionado. Sin embargo, esa impresión iba a ser ampliamente sobrepasada por la *Introduction à l'étude de la médecine expérimentale* (*Introducción al estudio de la medicina experimental*) de Claudio Bernard, que para Zola fue una auténtica revelación.

Claudio Bernard había puesto prudentemente en guardia a sus lectores contra el abuso del método experimental en los estudios antropológicos. Únicamente lo estimaba útil en el campo de la biología, de la medicina; no para las ciencias del espíritu. Pero Zola, influido tal vez en esto por la *Filosofía del Arte* de Hipólito Taine, iba a intentar la aplicación del método experimental a las obras de imaginación. Se ha dicho que era una idea pueril y, desde luego, los principios de la «novela experimental», tal como los expuso en la obra que lleva ese título —*Le roman expérimental*, París 1880—, constituyen una evidente exageración. Pero no cabe negar que una parte de sus métodos de trabajo, la minuciosidad con que recogía los datos para sus obras, su estudio previo de los personajes, de los lugares de la acción, del ambiente, etc. se han incorporado desde entonces a la técnica habitual de la mayor parte de los novelistas. Es más, el gran talento de Zola como escritor, su intuición y su buen gusto, impidieron que aquellos prejuicios y exageraciones teórica llegasen a dañar a su obra. Cuando hoy la leemos no nos viene demasiado a la memoria la idea de que en ella se pretendían estudiar, dentro del cuadro grandioso de toda la estructura social del Segundo Imperio, los efectos que en una extensa familia iban a ir produciendo determinados factores hereditarios de degeneración, cuya acción había de determinar, de un modo fatal e ineluctable, al reaccionar contra un determinado ambiente, la conducta de sus personajes. Sin embargo, esa es la idea que guió a Zola al escribir *Los Rougon-Macquart* y no estará de más que,

como apéndice a la magna serie, hagamos aquí una recapitulación genealógica de sus principales personajes.

El tronco común a los Rougon y a los Macquart es una mujer, Adélaide Fouque, la *Tía Dide* de *La Fortuna de los Rougon*, nacida en 1768, que en 1786 había casado con Rougon, un campesino de los Bajos Alpes, y que, al enviudar un año después, se convirtió en la amante de Macquart, contrabandista muerto por los aduaneros en 1810. Adélaide Fouque tuvo un hijo de su marido, Pedro Rougon, nacido en 1787, y dos de su amante, Antonio y Ursule Macquart, nacidos respectivamente en 1789 y 1791. Es decir, que los Rougon serán la descendencia legítima de Adélaide Fouque y los Macquart la ilegítima. Adélaide Fouque era una neurótica que, después de sufrir frecuentes crisis a lo largo de su vida, se volvió completamente loca cuando un gendarme mató ante sus ojos a su nieto Silverio Mouret.

Pedro Rougon vivió en Plassans, nombre que, como es sabido, aplica Zola a la ciudad de Aix-en-Provence, al norte de Marsella, donde transcurrió la infancia del propio novelista. Dedicado al comercio, Pedro Rougon se casó en 1810 con Felicidad Puech, la cual le dio cinco hijos: Eugène, Pascal (el *doctor Pascal* del último volumen de la serie), Aristide, Sidonie y Marta.

El primero de ellos, *Su Excelencia Eugène Rougon*, nacido en 1811, se hace abogado, se pone al servicio del futuro Napoleón III, y después del restablecimiento del Imperio se convierte en un personaje tan influyente que acaba por ser nombrado ministro. No tiene descendencia.

El segundo, Pascual, nacido en 1813, es médico. Zola se esconde detrás de él para exponer sus propias ideas sobre la familia. En cierto modo, la acción de *El Doctor Pascal*, con que se cierra la serie, tiene carácter autobiográfico.

El tercero, Aristide, nacido en 1815, lleva al principio una vida oscura como escribiente en la subprefectura de Plassans. Casado en 1836 con Angèle Sicardot, tiene dos hijos, Maxime y Clotilde. Pertenece al partido republicano, pero al triunfar el golpe de Estado bonapartista de 1851 se une a los vencedores. Gracias al apoyo de su hermano Eugène, se enriquece rápidamente en París, en turbias especulaciones, sobre todo después de su segundo matrimonio con Renata Béraud de Châtel, que le había aportado una buena dote. Su hijo Máximo, nacido en 1840, es un libertino que acaba por convertirse en el amante de su madrastra. Máximo se casa, por presión de su padre, con Luisa de Mareuil, pero enviuda al poco tiempo. En cuanto a Clotilde, nacida en 1847, vive desde los siete años con su tío, el doctor Pascal.

El cuarto de los hijos de Pedro Rougon es una mujer, Sidonie Rougon, nacida en 1818, que se casa con el pasante de un abogado parisino.

El último hijo de Pedro Rougon es también una mujer, Marta Rougon, nacida en 1820 y casada a los veinte años con su primo Francisco Mouret.

Francisco Mouret es el primero de los tres hijos de Ursule Macquart. Había nacido en 1815, en Marsella, pero a los veintitrés años se traslada a Plassans a fin de ocupar un empleo en el negocio de vinos de su tío Pedro Rougon. En 1845 el matrimonio Mouret-Rougon se establece en Marsella, donde el comercio de los vinos les hará ricos. Entrado en años, Francisco Mouret se retira definitivamente a Plassans con su familia, pero será desposeído de su hogar por los Faujas. Encerrado en un asilo por falsas sospechas de locura, perderá verdaderamente la razón y morirá en un incendio. De su matrimonio con Marta Rougon había tenido tres hijos entre 1840 y 1844: Octavio, Sergio y Deseada Mouret.

Octavio Mouret, nacido en Plassans, es enviado por sus padres a Marsella, a los diecinueve años, para entrar en el mundo del comercio. En Marsella lleva una vida disoluta. Más tarde se instala en París y antes de casarse con Carolina Hédouin, dueña de «*La Delicia de las Damas*», es amante de María Pichon y de Berta de Vabre. Enriquece el almacén, del que hará un gran negocio. Casa en segundas nupcias con Dionisia Baudu, una vendedora del almacén, pero no tiene descendencia.

Sergio Mouret, nacido también en Plassans un año después que Octavio, es el *Abate Mouret* del quinto tomo de la serie. Pierde la memoria como consecuencia de una fiebre y el doctor Pascal le envía a la finca de Paradou, donde pasa una temporada con Albina, de dieciséis años, huérfana que vive con su tío Jeanbernat. Albina, que cuida a Sergio enfermo convirtiéndose en su amante, se envenena con el perfume de las flores cuando Sergio recupera la memoria y la abandona para ejercer de nuevo el sacerdocio en su aldea de Los Artaud.

Deseada Mouret es la tercera hija de Marta Rougon y de Francisco Mouret. Nacida en Plassans como sus dos hermanos, es una criatura muy inocente que sólo ama a los animales. Como consecuencia de la aversión que le toma su madre, Deseada es conducida por el padre a la casa de su nodriza. Huérfana a los veinte años, su hermano Sergio la recogerá en su casa.

Ursule Macquart es la primera de los dos hijos que Adélaide Fouque tuvo de sus amores con el contrabandista Macquart. Había nacido en 1791 y casó a los diecinueve años con Mouret, un fabricante de sombreros que se ahorca a

la muerte de su mujer. Úrsula, que falleció de tisis en 1839, fue la madre de Francisco, Helena y Silverio Mouret.

Helena Mouret, la segunda hija del matrimonio, tuvo una hija de su primer marido, Grandjean, que murió enseguida. La viuda de Grandjean se trasladó entonces al barrio de Passy con su hija pequeña. Durante un día será la amante del doctor Deberle; luego casará por segunda vez con un viejo amigo, el señor Rambaud. Su hija, Juana Grandjean, atacada de una afección cloro-anémica, morirá a los trece años.

El tercer hijo de Ursule Macquart, Silverio Mouret, nació en 1834. A la muerte de sus padres fue recogido por su abuela Adélaide Fouque, que se volvió completamente loca cuando un gendarme, al que Silverio había dejado accidentalmente tuerto, lo mató en su presencia. Silverio había sido militante en las filas republicanas.

Antonio Macquart, hermano de Úrsula y hermanastro de Pedro Rougon, es el tercero de los hijos de Adélaide Fouque. Nació el mismo año de la Revolución Francesa, y se hizo soldado a los veinte años. En 1826 contrae matrimonio con Josefina Gévaudan, llamada Fina, una mujer muy trabajadora pero falta de templanza, que empleaba sus servicios en el Mercado de Plassans. Muere en 1850 después de haber dado a su marido tres hijos: Lisa, Gervaise y Jean. Antonio Macquart vive en Plassans y siente un profundo desprecio por su hermanastro Pedro Rougon. El día siguiente al del golpe de Estado que llevó a Francia al Segundo Imperio, Antonio Macquart se refugia en la alcaldía de Plassans, pero es capturado por Pedro Rougon, y los bonapartistas. Más adelante planea con su cuñada Felicidad, esposa de Pedro Rougon, una emboscada contra los republicanos. Abandona Francia durante algún tiempo y vuelto más tarde a Plassans vive en una pequeña aldea próxima, Tulettes, donde los Rougon le han comprado una finca. Ayuda a escapar del manicomio a su sobrino, el loco Francisco Mouret, creyendo perjudicar así a los Rougon.

La primera de los tres hijos del matrimonio Macquart-Gévaudan fue Lisa, nacida en 1827, que se traslada a París, donde en 1852 casa con Quenu, sobrino y heredero del charcutero Gradelle. Lisa Macquart poseía una extraordinaria belleza, la cual se veía acompañada por una fácil desenvoltura en su medio, lo que le permitió convertirse en una mujer muy admirada. Florent, personaje central de *El Vientre de París* y hermanastro del charcutero Quenu, es un joven republicano que fue detenido en la tarde del golpe de Estado. Vuelto de su destierro a ultramar, se instala en casa de Quenu, y dirige desde allí un complot político ante la indiferencia de su hermanastro,

víctima de las intrigas de su esposa. No obstante, Florent será denunciado por su cuñada Lisa y detenido en una celada en la que interviene todo el barrio.

Lisa Macquart tuvo una hija de su matrimonio con Quenu, Paulina, la cual quedó huérfana a los diez años. Recogida por la familia Chanteau, de Bonneville, entabla relaciones amorosas con Lázaro Chanteau, que merced a la promesa de casarse con ella dilapida los ahorros de Paulina. Lázaro contrae matrimonio luego con Luisa Thibaudier, y tras la muerte de la señora Chanteau, Paulina Quenu permanece en Bonneville cuidando al viejo Chanteau y consagrando su existencia a su ahijado Pablo, el hijo que Lázaro había tenido de Luisa, cuya fortuna había sido igualmente dilapidada por su esposo.

Gervaise Macquart es la segunda de los tres hijos que Antonio Macquart tuvo con Fina Gévaudan. Nacida en 1818, de carácter voluble, fue amante de Augusto Lantier, con quien tuvo dos hijos, el primero a los catorce años. Éste será el pintor Claude Lantier. El segundo hijo, Esteban Lantier (Santiago en *La Bestia Humana*), recibirá el sobrenombre de «Zouzou». Augusto Lantier, que conoce a Gervaise en casa de los Coupeau y se convierte en su amante a los dieciocho años, era curtidor en Plassans. Era de carácter perezoso pero muy elocuente al hablar. Gervaise Macquart se traslada en 1850, en compañía de su amante y de sus dos hijos, a París, donde será abandonada poco después por Augusto, que vive desde entonces en la casa de las hermanas Adela y Virginia Peisson, su nuevo amante.

Claude Lantier es el primero de los dos hijos de Augusto y Gervaise. Vive algún tiempo en compañía de su madre, pero luego se convierte en el protegido de un viejo señor de Plassans, que lo llevará al colegio. Claude es el personaje central de *La Obra*. Como pintor aspira a conseguir una pintura nueva, pero va de fracaso en fracaso. Cristina Hallegrain, su modelo y amante, es madre de Santiago-Luis, Un niño enfermizo que muere enseguida. Claude toma a su hijo como modelo para su cuadro «El niño muerto». Finalmente, acabará suicidándose ante su última obra. Muchos de los rasgos de la figura de Claude Lantier están inspirados por un personaje real: el famoso pintor francés Paul Cezanne, unido a Emilio Zola por una amistad muy estrecha desde los años de la infancia.

El segundo hijo que Augusto Lantier tuvo con Gervaise Macquart es Esteban. A los doce años, el pequeño Esteban Lantier es aprendiz de herrero junto con Goujet apodado «Boca de Oro», que ama en silencio a Gervaise. Esteban («Zouzou») —es el personaje central de *Germinal*. Enviado a la zona industrial de Lille—, Zouzou» trabaja como, obrero en las minas de Voreux y

se convierte en jefe de la huelga, que, no obstante, fracasará. Tras la derrota de los huelguistas y la inundación de los pozos, «Zouzou» deja la mina y vuelve a París.

Santiago Lantier es el protagonista de *La Bestia Humana*. En realidad, se trata del propio Esteban Lantier, segundo de los dos hijos de Augusto Lantier y Gervaise Macquart, al que Zola cambió a última hora el nombre por motivos que nunca han sido suficientemente aclarados. Zola había concebido inicialmente a Esteban Lantier como el protagonista de *La Bestia Humana*, un personaje salvaje y brutal, completamente dominado por sus instintos atávicos, que hacen de él un criminal nato. No obstante, en *Germinal* había transformado de tal modo la personalidad original de Esteban que, cuando llegó el momento de escribir su «novela del crimen», Zola debió de creer preferible cambiarle el nombre como último recurso. Pero, al hacerlo así, el novelista introducía un nuevo personaje que no admite encuadramiento en el árbol genealógico de la familia *Rougon-Macquart*. Maquinista del ferrocarril de la Compañía del Oeste, Santiago Lantier era víctima de frecuentes arrebatos de locura, que se manifestaban por el deseo de matar a una mujer. De este modo llegará a quitar la vida a su amante, Severina Aubry.

Gervaise Macquart que, tras el abandono de Augusto Lantier, había casado con Coupeau, tuvo de este matrimonio un tercer hijo: Ana Coupeau (*Nana*). Nana fue primeramente florista; luego, tras haber llevado una vida más entretenida, desapareció de su ambiente, Nana se convierte en actriz del Teatro de Variedades, en París, y llega a ser una cortesana de altura. Tiene como amantes a Steiner, Muffat, el príncipe de Escocia, Jorge y Felipe Hugon, Vandeuves, etc. Muere en 1879, víctima de la viruela.

Finalmente, el tercero y último de los hijos de Antonio Macquart y de Fina Gévaudan fue Juan Macquart, nacido en 1831. Carpintero en sus primeros años, Juan Macquart deja la casa de su familia a la muerte de su madre, en 1850, para convertirse en labriego en la Borderie, cerca de Rognes. Contrae nupcias con Francisca Fouan, a cuya muerte abandona el país.



ÉMILE ZOLA (París 2 de abril de 1840- París 29 de septiembre de 1902) nació en una familia de origen veneciano. Después de unos años de bohemia literaria en París, Zola es jefe de publicidad de la librería Hachette y periodista literario. Escribe también sobre arte y alaba a los pintores de la Escuela de Batignolles (Edouard Manet), es decir, a los futuros impresionistas, lo que provoca un gran escándalo.

Para Zola, el novelista es como el naturalista y apuesta por una literatura de análisis inspirada por la ciencia. Toma partido contra el régimen monárquico y se deshace progresivamente de sus resabios románticos. Con el libro *Thértèe Raquin* (1867) nos da su primera novela naturalista. Influida por las investigaciones científicas sobre las leyes genéticas y las pasiones, inicia una gran obra cíclica (1871-1893) a lo largo de veinte volúmenes: *Los Rougon-Macquart, historia natural y social de una familia durante el 2.º Imperio*. Otras novelas naturalistas describen el París popular en *La taberna* (1876), el mundo de las cortesanas en *Nana* (1880), el poder destructor del capital en *El paraíso de las damas* (1883), la mina y los mineros en *Germinal* (1885), los campesinos en *La tierra* (1887) y otras historias de dramas íntimos: *Los cuatro evangelios* (1889-1903). Toma partido en el caso Dreyfus con su artículo «Yo acuso» (13 de enero de 1898) que le obliga a exiliarse en Inglaterra, convirtiéndose así en el primer intelectual comprometido de la época contemporánea. De vuelta a Francia un año después, con su fama literaria aún intacta, desempeña un influyente papel como intelectual en la opinión pública. Muere accidentalmente en 1902.